

RECUERDOS HISTORICOS

DEL

Monasterio de las Religiosas Dominicas

DE Sta. ROSA DE LIMA,

de Santiago de Chile



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA LAGUNAS & Co.

Teatinos 58

1923

RECUERDOS HISTORICOS

DEL

Monasterio de las Religiosas Dominicas

DE Sta. ROSA DE LIMA,

de Santiago de Chile



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA LAGUNAS & Co.
Teatinos 58

1923



PROLOGO

Inspiradas las presentes páginas en sólo el amor a la verdad y a la virtud; en el sincero anhelo de producir resoluciones santas, propósitos de bien, referirán hechos muy remotos ya, recordarán acciones extraordinarias y evitarán que el olvido y la ingratitud borren para siempre, méritos y heroísmos que dieron vida, fama y gloria a una familia religiosa que, por su fidelidad y constancia a su origen y tradición, es honra de la Iglesia y gloria de la Patria.

Muchos, egoístas e indiferentes, considerarán sin utilidad ni provecho, la presente obrita. Modestas estas páginas como la virtud que les da vida, como el amor

Para muchas personas de nuestra mejor sociedad, de nuestras más antiguas familias, estas breves líneas serán una revelación, un recuerdo honroso del pasado, objeto de santo orgullo al saber que entre las dignas hijas de Santo Domingo, hubo parientes, miembros cercanos de esos respetables hogares, que embalsamaron con sus virtudes, con sus ejemplos santos, el silencioso claustro del Monasterio de Santa Rosa de Lima.

Esos nombres no han perecido; están escritos con caracteres de oro en el corazón de sus hermanas de hábito y el tiempo no ha podido borrarlos y los méritos que obtuvieron mediante la oración, el sacrificio y la virtud, dan hoy más brillante aureola, más precioso realce a su venerada memoria.

Lean, pues, mediten silenciosas y tranquilas, las Religiosas Dominicas, estas hermosas páginas, escritas por sus beneméritas hermanas de ayer para que las de hoy copien esos modelos, imiten esos ejemplos, sigan las huellas de esas maestras del saber de la virtud y merezcan atraer con el

aroma suave y puro de su amor y perfección, otras nuevas esposas de Jesucristo que guarden y acrecienten las glorias del bicolor dominicano!

FR. LUIS M. IGLESIAS.

Santiago, 30 de Abril de 1923.



Rda. Madre María Rosa de Jesús

En el siglo, Julia Rosa Meza Barahona. Fallecida el 20 de Diciembre de 1906, a la edad de 45 años

**Biografía escrita en 1907 por la M. R. Madre
Sor María del Rosario Agüero Adriasola, religiosa
del mismo Monasterio.**

Fué esta religiosa hija de padres cristianísimos quienes, venciendo los sentimientos más delicados de la naturaleza, tuvieron el heroico valor de consagrar voluntariamente al Señor lo más que amaban en la tierra y el único encanto de su vejez, porque era única entre muchos hermanos (1). Ella se complacía en recordar las piadosas reflexiones de su padre al darle el consentimiento para realizar un ideal que debía separarlos para siempre y renunciar a los cuidados de una hija amantísima, cuya abnegación y solícitas atenciones habían experimentado más de una vez

(1) Tenía otra hermana mucho mayor que se casó siendo ella muy pequeña, y como vivía en distinto pueblo siempre se la consideró como única.

en graves enfermedades. Pero, Dios la eligió para El y esta niña de sólo 21 años, que se veía en un hogar sin nubes, adorada de los suyos, rodeada de cuantas comodidades le presentaba una regular fortuna, no tuvo reposo hasta corresponder al llamamiento que el Señor se dignó hacerle y que ella apreció siempre como un favor el más grande después del bautismo.

Las circunstancias de su vocación se las oí muchas veces y, aunque no me es posible darles el encanto que la narración tenía en sus labios, quiero, sin embargo, contarle con todos sus pormenores, como ella lo hacía por entretenernos.

«Concluídos mis estudios—nos decía—me fuí a Talca, donde pasábamos la temporada de invierno con un entusiasmo loco; no pensaba sino en trajes y paseos; así continué hasta el 15 de Agosto en que fué necesario pensar en confesarse para festejar a la Sma. Virgen en el glorioso día de su Asunción; pero esta pequeña acción me la recompensó mi Madre querida con una gracia tan eficaz que transformó por completo mis gustos e inclinaciones que ya no pensé sino en entregarme de lleno a las prácticas de piedad. Como mi conversión había empezado en la Iglesia de los R. R. Dominicos, ahí elegí confesor. Al principio sufría mucho por no sentir el horror al mundo que yo deseaba y que creía necesario; y el temor de ser infiel a Ntro. Señor me hacía huír y no me presentaba en él, sino cuando era obligada por mis padres. Las galas, por las que todavía no había perdido por completo la afición, no las usé sino

por no contrariar tanto a mi familia; pero ya no me preocupé de ellas, de tal manera que los trajes me los mandaban hacer sin poder conseguir que yo los eligiera y ni aun insinuara cómo los quería; esto era desesperante para los míos, y esta conducta hizo sufrir muchísimo a mis padres y hermanos. Cuando me obligaban a presentarme en la sociedad me dejaba peinar y arreglar como una estatua; pero sin darme una sola mirada en el espejo que tenía adelante. Cuando pienso en lo mucho que mortifiqué a los de mi casa me lleno de confusión; lo hacía por ignorancia, falta de dirección, pues creía que con esta conducta extravagante agradaba a Jesús, lo que era mi único anhelo. Pero todavía no tenía pensamiento fijo; sólo me preocupaba de servir al que ya consideraba como mi Dueño. Frecuentaba los Stos. Sacramentos, me dedicaba a obras de caridad, el deseo de recogimiento y soledad era tan inmenso que me puso rara y me condujo a mil extravagancias.

En esa época quiso el Señor darme otra prueba de su bondad permitiendo llegara a mis manos un libro antiquísimo que tenía una tía mía, señora de gran piedad, en él encontré un tratado preciosísimo sobre la virginidad. Probaba su excelencia y sublimidad, sus prerrogativas, la belleza suma de esta celestial virtud, la que atrae irresistiblemente el corazón de Dios. Mi alma se empapó tanto de estos pensamientos, que verdaderamente me enamoré de esta perla preciosa y resolví abrazar esa virtud que hace a la criatura semejante a los Ángeles. Después de consultarlo

con el confesor, sellé con un voto mi resolución, pero aun no pensaba hacerme religiosa.

Llegó el tiempo de volver al campo y ¡qué cambio tan grande se había efectuado en mí! Sentimientos muy contrarios agitaban mi corazón; por una parte, iba a poder saciar la sed inmensa de silencio y de paz que sentía, pero por otra, la idea de verme privada de los auxilios espirituales llenaban mi alma de profunda amargura, que yo procuraba disimular por no contrariar a mis viejecitos. Fué necesario partir y *era ahí donde me esperaba Jesús con el último golpe de su gracia para rendir mi voluntad a su suave y sublime llamamiento.*

Al bajarme del coche, se me acercó un sirviente a contarme la muerte de una de nuestras pobres del fundo a quién yo quería mucho. Me dijo había muerto entre las más crueles angustias, atormentada por el pensamiento de sus hijos que dejaba desamparados, suplicaba con instancias me entregaran a mí la mayorcita que era la que corría peligro. Esta relación sencilla causó en mí una impresión que en más de 20 años no se me ha podido borrar, ella me habló un lenguaje más persuasivo y elocuente que el del más hábil predicador. De un solo golpe se me presentó el cuadro de las serias obligaciones de una madre de familia, y me horrorizó la responsabilidad que carga sobre sus hombros y que ni aun para morir tienen tranquilidad; pues sus últimos momentos pertenecen más a sus hijos que a Dios y el recuerdo del porvenir de éstos les desgarran el al-

ma. Estas verdades que pasan desapercibidas a la generalidad de las niñas fueron para mí, gracias a la misericordia del Señor, una luz clarísima que me mostró el claustro como dulcísima mansión donde me vería a cubierto de tantas angustias y cuidados».

El elegir nuestro Monasterio entre los demás, se atribuye aquí a las oraciones que en ese tiempo hacía al Señor una de nuestras Madres muy celosa de la observancia y en extremo amante de su Comunidad, quien pedía con instancias a Jesús, una de esas vocaciones que por sus grandes cualidades son el consuelo y apoyo de las casas religiosas. El tiempo y las obras que llevó a cabo esta religiosa nos dan la seguridad de que N. Señor escuchó las súplicas de esta Madre, y aunque a ella no le fué dado, sino vislumbrar lo que llegó a ser la Madre María Rosa, estamos convencidas de que desde el cielo la bendeciría muchas veces y daría gracias al Señor por el favor otorgado a su tan amada casa.

Asegurada de su legítima vocación, regresó a Talca y, venciendo las mil dificultades que al corazón se le presentaban, pues no las tuvo de otra clase, viendo el horrible sufrimiento de sus padres, oyendo sin cesar las quejas y lamentaciones de sus hermanos que hacían cuanto podían por detenerla en el siglo, se sobrepuso a todo y escribió a nuestra Comunidad solicitando ser admitida en ella. Su primera carta llamó la atención de la Prelada que en esa época era la R. M. Josefa de Jesús María (Cerde), quien con suma

diligencia pidió informes a personas muy respetables de Talca, y, tomados todos los datos que exigen nuestras Sdas. Constituciones, que resultaron de primer orden, tanto por las cualidades personales que adornaban a la pretendiente, como por lo honorable de toda su familia, pudo contestársele muy luego que la Comunidad la aceptaba con gusto.

Apenas cumplidos los veintidós años, rogó, instó y al fin consiguió que vinieran a dejarla al Monasterio. El 6 de Septiembre de 1883 abandonó su pueblo y la casa paterna con un heroísmo sin nombre. Venía acompañada de sus ancianos padres y de su confesor el que, por una deferencia a la familia de la niña, hizo este viaje. Pero llegando a Santiago, quiso el Señor probar su fidelidad. Le ocultó sus gracias y la dejó que experimentara lo terrible que era para la naturaleza el paso que iba a dar. «Entonces decía ella con esa sencillez encantadora que le era tan natural—sentí angustias de muerte: el cariño a mis padres y hermanos se hizo sentir con una vehemencia extraordinaria; la separación me parecía imposible, y hasta el recuerdo de los últimos momentos de mis viejecitos, a quienes no me sería dado asistir, acibaraban más y más el repleto cáliz de amargura que se presentaba a mi vista; para colmo de mis angustias me parecía que jamás había sentido atractivo hacia la vida religiosa y, por el contrario, me causaba horror el claustro. Deseaba vivamente que la comunidad rehusara recibirme, pues creía así salvar mi conciencia que,

apesar de todo, me instaba a corresponder al llamamiento de Jesús». Molesta y cruel fué la lucha, 'pero su clara inteligencia le hizo comprender que ese cambio tan brusco no podía sino ser producido por la astucia del demonio, el que sin duda veía la guerra que después le había de hacer esta hermana, y la gloria que daría a Dios en el estado religioso. Una vez convencida de la malignidad de su enemigo venció con heroica constancia y magnanimidad la tentación, y el día 1.º del mismo mes se presentó suplicando la abrieran la puerta de esta sagrada mansión que ella llegó a amar hasta el delirio y le prestó grandes y señaladísimos servicios.

Sus ancianos y piadosos padres quisieron consumir su sacrificio viniendo ellos mismos hasta la puerta reglar a depositar en la Casa del Señor lo más caro de sus almas. Jamás recepción de postulante ha causado en la Comunidad la impresión que produjo ésta, y más de una lágrima arrancó a las religiosas la última y suprema despedida. En ese supremo instante, ella de rodillas, pidió a su padre la bendición, éste después de dársela y al ver que su hija idolatrada ponía los pies en la clausura, en el colmo de su angustia se dió una palmada en la frente como diciendo *ya todo se acabó; he hecho el sacrificio más grande y costoso de mi vida*. Muchas veces he oído decir a Ntras. Madres que la acción de estos venerables ancianos les hicieron recordar a los Stos. Padres de la Sma. Virgen cuando fueron al templo a ofrecer al Señor el tesoro más amado de sus

corazones y la víctima más pura y agradable que jamás se ofrecerá a sus ojos divinos. Una vez dentro, luego conoció la R. M. Priora que la postulante que había recibido era de un mérito sobresaliente, y de grandes esperanzas para la Comunidad. La amó siempre con preferencia y llegó a tener tan alta idea de ella, que su correspondencia más íntima hacía que, aún de novicia, se la escribiera. Era de mucha nobleza de alma, clarísimo talento, bastante instruída y de una educación de hogar tan fina y delicada, que en toda su vida religiosa no se le vió jamás acción menos digna. De natural franco y abierto no podía sobrellevar los dobleces, en ella nunca se vió esta miseria; era su carácter alegre y así lo conservó hasta sus últimos días y aprovechándose de él para ocultar los grandes sufrimientos a que el Señor la sometió desde el noviciado, y los martirios de su alma purificada por penas intensísimas de las que sólo Dios y el confesor fueron testigos.

Tomó nuestro santo hábito el 6 de Diciembre del mismo año con indecible gozo de su corazón. Día mil veces feliz para N. Comunidad, pues iniciaba en su carrera a una hija que con su generosidad y abnegación debía proporcionarle grandes consuelos. Nos parece que Ntro. Sto. Fundador también miraría con complacencia a la joven novicia y creemos que ese fué el momento en que infundió de lleno el espíritu dominicano que tanto brilló en ella toda su vida. Vestida con la librea del

gran Guzmán todo su anhelo fué llegar a conseguir el doble fin de su vocación.

El año de noviciado, que tan penoso es para todas las jóvenes, lo fué en extremo para nuestra hermana María Rosa. Su gran capacidad y suma viveza de genio la hicieron encontrar dificultades que la tenían en una verdadera tortura. El confesor no la comprendía y creía pecados lo que era muy natural que esta novicia sintiera, atendidas las circunstancias por que pasaba. Ella nos decía después: «Me creía condenada y sin poder apartar de mí las faltas que tanto me reprendían. En el extremo de su aflicción no veía más remedio que salir, y a esto no pudo resolverse jamás, cuando el Señor, que tenía destinada a esta hermana para grandes cosas, se dignó consolarla y al mismo tiempo mostrarle el guía y apoyo que en su misericordia infinita había resuelto darle.

Llegaron las témporas, y, según costumbre, pidieron confesor extraordinario y el nombramiento que en la tierra se hizo fué Providencia admirable de Jesús para la novicia; pues ella encontró en él lo que Tobías en el Alcáengel Rafael. El Sr. Pbro. Don Santiago Vial Guzmán fué el encargado por el Prelado para oír a la Comunidad. Ansiosa nuestra novicia de encontrar luz en sus perplejidades, desahogó su alma con la sencillez que le era propia. Este sacerdote comprendió luego de dónde provenían las angustias de la novicia; disipó sus dudas, tranquilizó su conciencia y la animó a seguir su clarísima vocación.

Desde esa época la confianza de la Hna. María Rosa en el Sr. Vial no tuvo límites; fué al único que le abrió su alma sin reserva y se entregó de lleno a su discreta y experimentada dirección. En muchas circunstancias no podía comunicarse sino de tarde en tarde o por escrito, pues esta religiosa sacrificó siempre al deber sus más legítimas aspiraciones. Permaneció con los ordinarios por contrarios que fueran a su gusto y sólo Dios podría ver lo acerbo del cáliz que esta abnegada criaturaapuró en muchas ocasiones.

Sólo en sus últimos años, cuando ya la enfermedad no le daba tregua ni descanso y las penas del alma arreciaban de una manera notable, con opinión de su Prelado se atrevió a suplicarle al Sr. Vial la confesara semanalmente. Es el señor Vial enemigo sistemático de que las religiosas abandonen al confesor ordinario; así es que se resistió con *demasiada tenacidad*, y sólo cuando pudo convencerse de que las razones que la Hna. le exponía eran evidentes y de que la gravedad de la enfermedad pedía de derecho este consuelo, accedió a ello.

Siendo los noviciados la escuela en donde se preparan las futuras esposas del Señor, tienen que experimentar en ellos las continuas guerras del demonio, y la experiencia nos muestra todos los días que aquellas novicias que con el tiempo llegan a ser, por su observancia, el apoyo y sostén de sus Comunidades, son a quienes ataca el enemigo con más violencia. Esto pasó con nuestra hermanita María Rosa. El demonio sabía lo

que llegaría a ser si quedaba en la religion, por eso no dejó piedra por mover; para derribarla, volvió porfiadamente a tentarla contra la vocación (1) y le hizo sufrir ansiedades más terribles que la muerte.

La salud, que tanto preocupa a las religiosas, fué otro motivo de penas, pues era delicada y se puede decir que este fué el único inconveniente que tuvo la niña; por lo demás, era el alma del noviciado y el encanto de sus compañeras que la querían con extremo. Eran cuatro: dos volvieron al siglo, y sólo profesaron la Madre Rita y ella, las cuales han conservado hasta el último día una unión tan íntima y tan ajena a todas las miserias del corazón humano, que es imposible dejar de reconocer que era muy espiritual y santo el lazo que las unía.

Por fin pasó el año de prueba, y risueñas esperanzas llenaban el corazón de nuestra joven hermana. El día de la Inmaculada Concepción del año 1884 fué el designado para que emitiera los solemnes votos, lo que deseaba con toda la vehemencia de su corazón ardiente y apasionado.

Era sumamente devota de este Misterio, devoción que había bebido con la leche; pues, en su casa se celebraba este día con una gran comida para los pobres que acudían en gran número

(1) La caridad inmensa que tenía con las novicias nos ha hecho conocer muchas cosas que jamás habíamos sabido, y sólo el deseo de animarnos en la lucha le hizo abrir su corazón algunas veces.

hasta de muy lejos, los que eran servidos por sus piadosos padres y hermanos. Pero Jesús quiso privarla de gusto tan santo y al mismo tiempo acortar el plazo para recibir una ofrenda que tanto le agradaba.

El Sr. Pbro. Don Ramón Angel Jara, actual Obispo de Ancyud, fué el encargado de predicar el sermón y, teniendo inconveniente el día 8, pidió adelantasen la profesión para el día anterior. Nos cuenta la tradición que el sermón fué en extremo tierno y hermoso. Presentó a la novicia *como una hostia, víctima voluntaria ofrecida al Señor por sus padres, para cuya oblación les servía de patena sus propios corazones*. Se recuerdan aquí hasta algunas expresiones del predicador, entre otras, la que en un arranque de entusiasmo dirigiéndose a la novicia le dijo: «¡Adiós, Julia! te grita el mundo. ¡Bienvenida seas, Sor María Rosa de Jesús! te aclaman los Angeles». No dudamos que el cielo miró con especial complacencia a la nueva esposa de Jesús, pues eran muy puras sus intenciones y muy ardiente el fuego del amor que consumía el holocausto.

Distintos sentimientos causó la hermosa ceremonia de esa memorable mañana. Votivó la misa del Espíritu Santo el M. R. P. Valenzuela dominico, que fué el confesor de la novicia en el siglo y él mismo le dió la profesión. Asistió la Comunidad Dominicana y toda su familia. En los momentos de silencio no se oían más que sollozos, sus padres y hermanos lloraron durante toda la ceremonia.

Conmoción que impresionó hasta al celebrante, quien no pudo contener las lágrimas. Todos lloraban: sólo nuestra hermana María Rosa permanecía gozosa, tranquila, y como ajena a cuanto pasaba, ansiando el momento de sellar con sus votos la consagración que de sí misma quería hacer al Amado de su alma. Una vez profesas se dedicó a hacer un estudio serio de sus Reglas y Constituciones de las que llegó a tener un conocimiento clarísimo y una verdadera pasión porque ellas se observaran hasta en sus ápices. Los tiempos libres los empleaba en la oración y trato íntimo con Dios; pero el Señor, que conocía bien el temple de esta alma grande y heroica que lo amaba apasionadamente y por lo tanto no buscaba en su servicio los goces, sino al Dador de ellos, quiso probar si era realmente desinteresado y puro su amor, la privó siempre de todo consuelo sensible, pero en cambio le dió los copiosísimos frutos de su gracia en una oración seca y envuelta en crueles y penosas tinieblas.

Algunas de nosotras que buscábamos en su juiciosa experiencia, consejo en nuestras dudas, solíamos lamentarnos de no hallar entrada en el trato con Dios, la oíamos repetir muchas veces—y *con esto procuraba animarnos*—que ella jamás había gustado las delicias espirituales, y añadía con suma gracia: «*Jesús, cuando quiere atraerse un alma, la regala con sus caricias, pero conmigo no se ha preocupado nunca de eso, me ha dejado andar siempre por las piedras*».

En sus primeros años hizo mucha penitencia

corporal, a pesar de su delicadísima complexión. Tomaba la disciplina hasta empaparse en su propia sangre, y los cilicios, *de los que hemos encontrado después de su muerte un cajoncito lleno*, fueron sus compañeros hasta que la obediencia intervino en ello. Con estas industrias trataba de contrarrestar las imperfecciones que la vehemencia y viveza natural de su carácter la hacían cometer. En esta época se pudo conocer claramente que Jesús la asistía con luces muy especiales, pues, ella sola, sin que nadie le advirtiera, cortó un lazo y evitó un escollo para su perfección que le habría sido de funestas consecuencias, el que era imposible conocer con sólo la razón humana. Ciertó que era muy despejada su inteligencia y muy grande su sagacidad, pero las apariencias eran tan halagadoras, tan sutil el veneno, que nosotras que conocemos todas las circunstancias que la rodeaban, estamos convencidas de que sólo Dios pudo inspirárselo y darle el valor que necesitaba para hacerlo.

El último día del año, antes que nuestra hermana cumpliera un mes de profesa, fué destinada al servicio de las enfermas como segunda enfermera. El entusiasmo y abnegación con que se dedicó a sus penosas obligaciones dieron claras muestras de lo mucho que ya amaba el deber. Aunque delicada de salud, trasnochó siempre que la necesidad lo exigió y jamás se eximió de ninguna obligación del oficio por pesada que fuera. Suplía su grande voluntad y mucho ánimo a lo que le faltaba en su complexión.

En este mismo año la M. R. M. Priora tuvo que sujetarse a una dolorosa operación y pidió que la joven enfermera la asistiera después de la operación, que la tuvo, como es natural, en mucha gravedad. Nuestra hermana la atendió con la ternura y solicitud de una verdadera hija sin omitir sacrificio alguno. Velaba a su lado toda la noche y también de día; para no molestarla con el ruido de los zapatos se los sacaba y así hacía todos los trajines dentro de la pieza sin preocuparse absolutamente de su salud.

En Octubre de 1885 fué llamada a gobernar la Comunidad la Rda. Madre Mercedes de Sta. Ana. Esta digna y observantísima religiosa miraba la Prelacia con verdadero horror, pues conocía sus serias obligaciones y le tomaba el peso a la enorme responsabilidad que ella trae consigo. En el extremo de su aflicción recurría a toda hora al Señor, pidiéndole luz y acierto y que la protegiera en un cargo que S. R. encontraba tan superior a sus fuerzas.

Necesitando una secretaria que le ayudara a llevar la pesada cruz, fijó sus ojos en la hermana María Rosa que aun no tenía un año de profesa, ella fué el Cirineo de Ntra. querida Madre. Esta elección que sólo Dios pudo inspirársela, fué acertadísima y en extremo provechosa para la Comunidad. Hemos preguntado muchas de nosotras a Ntra. Madre Sta. Ana que cómo pudo fijarse para confiar un cargo tan delicado a una niña recién profesa y a quien sólo conocía pocos meses. Su Rcia. riéndose nos contaba: «*Su discreción y*

talento eran notables y escribía bastante bien; tuve lugar a conocerla por sus cartas que, cuando estaba de pretendiente, se leían en la recreación. Al Sr. Vial cuando vino de confesor le llamó también la atención que hubiera sabido escoger y me celebró mucho la elección que había hecho».

Al hacerse cargo del nuevo oficio tuvieron muy poco que enseñarle, y luego conoció Ntra. Madre con gran satisfacción que tenía la secretaria cualidades muy superiores a las que S. Rcia. creía. Desde entonces depositó en ella su absoluta confianza, de lo que jamás tuvo que arrepentirse, pues la lealtad fué uno de los caracteres más sobresalientes en la vida íntima de esta hermana. Hemos oído muchas veces contar a la Madre Sta. Ana que el Sr. Vial le dijo en esa época que, si se le ofrecían dudas en asuntos de Comunidad, consultara a la Hna. María Rosa, que tenía un conocimiento tan claro de la vida religiosa, que entre tantas monjas que él confesaba no conocía ninguna superior a ella, y le añadió: «Yo no le he enseñado esto, es Dios el que le enseña». Con esta respetable opinión que jamás ha olvidado Ntra. Madre se aprovechó siempre del consejo y discretas advertencias de su secretaria, la que no omitió sacrificio para ayudar y aliviar de todas maneras a la que miró y amó como verdadera madre. Ella nos decía que el tiempo que estuvo al lado de la Madre Sta. Ana le había servido mucho a su alma, que en el íntimo trato con ella había aprendido la práctica de la vida religiosa y el

amor al deber. Toda su vida le conservó una estimación y cariño tan grandes, que en el último tiempo sus visitas le eran de gran consuelo.

Durante este trienio se presentaron graves dificultades para la Comunidad, en las que tuvo la secretaria bastante campo para mostrar su gran talento y profundo conocimiento de las obligaciones de la religiosa. Sobre todo, prestó en la correspondencia grandes servicios. Nos asombramos cuando la Mdre. Sta. Ana nos contó que esta niña sin experiencia sostuvo en ese tiempo una correspondencia por demás dificultosa, dirigida al Superior de una Comunidad, donde la ciencia y la perfección religiosa se encuentran con todo su esplendor. Hemos oído decir que las cartas eran leídas y comentadas en la recreación, y se vieron obligados a confesar que la que las escribía tenía gran conocimiento de los deberes religiosos y sabía con discreción y lucidez mantenerse en el lugar que le correspondía. Nosotros preguntamos: ¿quién pudo enseñar a esta niña recién profesa lo que muchas veces no saben distinguir las ancianas cargadas de años y experiencia? Llenas nuestras almas de profunda gratitud, reconocemos que Nuestro Señor, en su bondad infinita y por una marcadísima predilección a Ntra. Comunidad nos envió a esta criatura adornada con todos los dones necesarios para la misión que le confiaba y a quien asistió en toda circunstancia con especialísimas luces.

Grande y sublime fué tu misión, hermana querida, la que cumpliste con una generosidad y ab-

negación que raras veces se halla. Jesús te confió el engrandecimiento de su Casa y el adelantamiento espiritual de tus hermanas, y esto tuviste que hacerlo como simple religiosa, sin que la libertad de la autoridad te dieran facilidad para ello.

Ardua fué tu empresa y desconocido tu mérito, y sólo a las que nos cupo la suerte de acompañarte de cerca y ver las contradicciones sin cuento que se oponían a tus proyectos, podemos comprender qué grande, qué generoso y heroico debía ser el amor que tuviste a Dios y a tu Comunidad cuando así te sacrificaste.

Sí; nos amaste, incomparable hermana, más que a tu propia vida, pues muchas veces nos dijiste con esa sencillez de la que era incapaz de decir lo que no sentía, que gustosa la ofrecerías por cada una de nosotras, y en tus postreros momentos lo confirmaste con una última e inequívoca prueba, acordándote de ofrecer por todas y cada una de nosotras tus mortales angustias y horriblos dolores. ¿Podremos olvidar tu recuerdo algún día? Jamás. El nos acompañará al sepulcro y la gratitud eterna que conservaremos en lo más íntimo de nuestros corazones hace que a toda hora se desprendan de nuestros labios la ofrenda de nuestras oraciones por el descanso de tu alma tan querida para nosotras.

Muchas y grandes cualidades se veían reunidas en la joven religiosa, lo que sucede rarísimas veces. Talento sobresaliente, gran discreción, criterio firme y seguro. carácter franco, mucho

agrado en la conversación, todo esto realzado por un amor entrañable a su vocación y virtudes propias de su estado, del que no desdijo jamás. Como es natural, con estas prendas se hacía muy agradable a las criaturas; pero lo era mucho más a los ojos de Dios. Él, que quiso preservar esta alma que le era tan cara de la más terrible y sutil de las pasiones, la Vanidad. Para este efecto puso en sus hombros un pedacito de su cruz, el que ella cargó con sumo gozo toda su vida. Quiso que la enfermedad le sirviera de lastre, que la pusiera a cubierto de la soberbia y al mismo tiempo le proporcionara sacrificios innúmeros que ofrecerle todos los días. Un cruel reumatismo que llegó a comprometerle seriamente el corazón la postró en cama bastante tiempo. Enemiga de alarmar a la Comunidad, máxima que observó toda su vida, pues decía: «La tranquilidad de una Comunidad es muy sagrada para que se perturbe por enfermedades y las religiosas que agitan medio mundo por un dolor, se hacen muy odiosas y dan mucho que hacer en la vida religiosa»; nadie conoció su gravedad ni aun la Superiora que viéndola siempre alegre, llena de ánimo, con la mayor inocencia la mortificó hasta lo indecible preguntándole si no estaba capaz de levantarse. La Hna. se contentaba con decir que no y guardaba silencio sobre sus horribles padecimientos. La Hna. Rita era la enfermera y fué su única confidente; la acompañó a sufrir y procuró aliviarla por cuantos medios estuvieron a su alcance, pero el mal seguía su curso haciendo

grandes estragos en la pobre hermana. Viendo la impotencia del médico de la Comunidad y sus medicinas,—suplicó a la Prelada le llamase al Dr. Letelier, a quien conocía mucho y con cuya familia conservaba una antigua y muy sincera amistad. Hemos oído decir a este Doctor que, cuando él vino, ya el reumatismo le había despedazado el corazón; desde esa época la siguió curando, siempre con una atención llena de respeto y delicadeza. Jamás aceptó remuneración por ella, por largas que fueran las enfermedades y asidua su asistencia, pues cuando creía necesario, venía diariamente y hasta dos veces al día sin que nunca se le notara cansancio o disgusto. Ntra. Comunidad conservará eterna gratitud a este noble y bondadoso caballero y reconocerá en su ciencia y cuidados los instrumentos de que se sirvió el Señor para conservar por algunos años una vida que nos era tan cara y necesaria. Gracias al cuidado de este hábil Doctor pudo levantarse nuestra hermana; pero ya con una gravísima afección al corazón. Desde ese tiempo estuvo su vida en un inminente peligro. Ella lo comprendía muy bien, y día a día esperaba la venida del Esposo para que, por repentina que fuese, no fuera para ella imprevista, atribuyendo sólo a las oraciones de sus hermanas la prolongación de su vida. Cierto es que eran muy fervientes y continuas las súplicas que dirigíamos a Jesús pidiéndole la conservación de una existencia que nos era tan preciosa; pero nosotros hemos mirado siempre la vida de esta her-

mana como un prodigio de misericordia y amor efectuado en favor de este Huertecito de Rosas.

Después de este ataque se sintió algún tiempo bien, pudiendo seguir la observancia en todo; y aún levantándose más temprano algunas semanas para despertar a la Comunidad. Nos parece que esto duró poco, porque en los más de los 16 años que la hemos conocido podemos asegurar, sin temor que en ello haya exageración, que no la hemos visto ni un solo día sin que tuviera dolores y achaques que ofrecer al Amado.

No era una sola su enfermedad, eran muchas y molestas hasta el exceso; pero si grandes eran sus padecimientos, mucho más grandes fueron su paciencia y conformidad a la Divina Voluntad. Jamás se le vió ni un primer movimiento que manifestara cansancio sino, al contrario, oírla hablar del beneficio inmenso que el Señor le había hecho en enfermarla era algo que pasmaba y confundía. Tenía tal convicción de este favor, que decía que después del de su vocación religiosa, no había nada que más le agradeciera a Jesús, y que no cambiaría sus males por todas las delicias del mundo. Eran tan expresivas las frases, tan edificantes sus palabras cuando se trataba de este asunto, que todo lo que digamos es pálido y se necesitaba oírla a ella para ver hasta dónde llegaba su entusiasmo y comprender cuán enamorada debía estar de la cruz de su Amado la que así se expresaba. Esto no era en ratos de descanso, cuando el alma es capaz de reflexionar y abrazar lo más perfecto, se lo hemos oído en todo tiempo

y circunstancias, cubierta de dolores, entre las más amargas contrariedades: todo lo decía en el seno de la amistad y de la más íntima confianza fraterna.

Tiene la enfermedad en la vida religiosa algunas punzantes espinas, sobre todo, cuando ésta recae en jóvenes ávidas de perfección, como era la hermana María Rosa. El temor de decaer en la regular observancia fué el más cruel verdugo de esta hermana. Solía repetir. «De la enfermedad a la relajación no hay más que un paso. Necesitamos mano de fierro para contener a nuestra naturaleza, tan propensa al regalo, no se hábitue a lo que por necesidad se le concede». Estos temores la tuvieron siempre alerta no admitiendo más dispensas que las que le eran imposible no aceptar. El grande espíritu de mortificación que la dominaba era parte en ahorrarle muchas necesidades. Su reumatismo pedía naturalmente algo más de ropa y que ésta fuera más gruesa que la que usamos; pero, según ella, siempre tenía lo necesario y sólo cuando la enfermedad la postró, vieron las enfermeras el lamentable estado de su ropa. *Era dicho entre nosotras a modo de refrán: ¿Quieren ropa vieja? busquen la de la Hna. María Rosa.* Cuando vivían sus padres tenían cuidado todos los años de hacer trabajar en su fundo una cantidad de jerga de la que nosotras vestimos; pero mas gruesa y de superior calidad, para mandarle a esta hija a quien tanto querían. La Prelada se inclinaba siempre a que la Hna. María Rosa fuera preferi-

da con esta clase de ropa, pero ésta generosa, tenía tal arte, que disimulando con destreza su noble abnegación, convencía a la Madre de que habían otras que lo necesitaban más que ella, y si algunas veces admitía algún abrigo hecho de esta jerga, al poco tiempo pedía licencia para dárselo a alguna de las que salían temprano al coro, gozándose ver a sus hermanas acomodadas con lo que ella carecía.

En la comida fué mortificadísima la tenía al lado en el refectorio y no le ví más especialidad que un poco de jugo de carne recetado por el médico. Cuando le prohibieron la carne negra, se contentaba con leche y algún *plato de viernes* de los que servían a la Comunidad y muchos años se mantuvo sólo con leche; no era por que el estómago no le admitiera otro alimento, sino porque éste debía ser especial y más delicado. Sumamente industriosa para ocultar su mortificación, no la conocíamos sino las que más de cerca tratábamos con ella a las que nos comprometía guardarle el secreto. Confesamos que nos costaba mucho este silencio, pues sabíamos que su vida era de gran utilidad a Ntra. santa Casa y, por otra parte, el gran cariño que le profesábamos nos impulsaba a dar aviso a la Madre, pero el temor de quitarle lo que talvez el Señor exigía de ella y hacerla sufrir más con esto, nos obligaba a callar y a guardar un secreto que nos era tan costoso. Cuando se vió precisada a comer ave pidió las presas que, por lo insípidas tenían menos aco-

gida entre las otras enfermas; según ella, no tenía paladar, bastándole que no le hicieran mal.

En la celda no tenía sinó los remedios indispensables para atender los continuos ataques al corazón. En muchas ocasiones le rogamos admitiera un anafe con que pudiera proporcionarse algún alivio en las noches, que las pasaba extremadamente malas, pero su respuesta era siempre la misma: *«Dejémonos de más regalos ¿hasta cuándo quieren que tenga comodidades?»*

En el año 1892 fué Ntra. Comunidad atacada de una general epidemia. Sólo dos religiosas y dos novicias se vieron exentas y fueron las que asistieron a las enfermas de las que estaba llena la Enfermería. La Hna. María Rosa fué de las más atormentadas, pues le comprometía el pulmón, y en su enfermedad y convalecencia le tuvieron que poner 6 u 8 cáusticos. Luego que esta valerosa hermana pudo levantarse aun con todos los achaques de una convalecencia que apenas empezaba volvía a su oficio (que era el de Procuradora), donde encontró, como es natural, harto que hacer. Aquí le tenía Jesús una crucesita con qué regalar a su sierva. En su ausencia había salido la seglar que le ayudaba, y en su reemplazo entraron una niña que por sus pocos años y absoluta inhabilidad para todo, no servía sino para ejercitar la paciencia de la pobre oficiala. Nunca se nos olvidará esta época en la que tuvimos lugar de ver verdaderos prodigios de valor y abnegación, sólo entonces pudimos comprender hasta donde era esclava del de-

ber. Con un cáustico en el pecho y otro a la espalda, la hemos visto cargar pesos muy superiores a sus fuerzas, lavar ollas y hasta *hacer el almuerzo para el Sr. Capellán* ella sola y soportar después con una energía suma las consecuencias que el calor del fuego le producía en los cáusticos irritábansele éstos de una manera extraordinaria y se vió obligada a confesar que le producían dolores indecibles. Era enfermera, tenía que curarla y presencié sus padecimientos, pero lo que más me confundió fué que al poco tiempo tuvo necesidad de ponerse otra vez cáusticos: volvió a hacer lo mismo y con los mismos resultados. Rogábanle fuera más prudente, avisándole a la Madre Priora no estaba capaz de cumplir el oficio y sólo recibíamos por respuesta: «Déjenme rendir la vida con el deber».

Esta fué su divisa toda su vida religiosa, amaba y respetaba cualquier oficio impuesto por la obediencia. Jamás distinguió lo que eran oficios altos o bajos en la religión, todos eran iguales y muy dignos de aprecio. Decía con gracia: «La dignidad del cargo está en la manera con qué se desempeña, más digna de honor encuentro a una cocinera que pone todos los medios que están a su alcance para cumplir bien con sus obligaciones que a una Priora que no conociera sus deberes o los desatendiera. Sus consejos y sobre todo los ejemplos que hemos visto en ella en este particular quisiera que no se nos borrara jamás, ellos serían de gran utilidad para muchas almas y también para la Comunidad.

El entusiasmo con que se dedicaba al oficio en que era colocada por la obediencia y el anhelo de servir a sus hermanas le hizo concebir, siendo Ropera, un proyecto bastante difícil; pero que con constancia y discreción subsanó los inconvenientes y llevó a cabo con éxito feliz. Amaba mucho la pobreza religiosa teniendo gran conocimiento y temor de las obligaciones de este santo Voto. Encontraba que Ntro. santo hábito y ropa interior (que eran de anascote), decían poco con nuestra profesión de religiosas mendicantes, desde muy joven ansiaba vestir la jerga que trabajan las pobres de nuestros campos como más propia de nuestro estado. Por algún tiempo alcanzó licencia para ella interiormente, pero luego se la obligó a uniformarse con la Comunidad. Sin embargo, parece que fué Ntro. Señor el que conservó en su corazón este piadoso deseo, porque los resultados dan a conocer fué El el que le inspiró trabajara en esta reforma. ¿Pero, cómo hacerlo? Ella era una religiosa particular que no tenía ingerencia en el gobierno de la Comunidad, pero mucho alcanza la que con su mirada fija en el cielo sólo trabaja por dar gloria a Dios. Mucho le ayudó en esta empresa la opinión que teníamos de su anhelo por la observancia y solidez de juicio. En sus conversaciones familiares fué poco a poco infundiendo entre nosotras el mismo deseo, y confieso esto le costó poco, pues su modo de pensar tenía gran influencia. Una vez segura de la mayor parte, hizo llegar a la Rda. Madre Priora las súplicas y representaciones, por los medios

que creyó más oportunos, los que fueron oídos con bondad. Vencidos ligeros inconvenientes, pidió N. Madre licencia al Prelado para un cambio que tan bien se acomodaba a nuestro riguroso Voto. Obtenida ésta se notificó a la ropera, se fijó el día en que debíamos estrenar los hábitos. Aquí tuvimos a la Hna. María Rosa cosiendo sin descanso, a pesar que su pulmón sufría mucho con este trabajo; pero eso no le importaba, hubo vez que concluyó un hábito en el día. A ella y sólo a su discreta actividad debemos cargar hoy la verdadera librea de pobres de Cristo, aunque creo hay más de una en la Comunidad que ignore a quien le debe este servicio, pues esta hermana no se preocupaba se supiera de donde procedía el bien; su único deseo y constante ambición fué la mayor perfección posible en las religiosas sus hermanas para que en este Huertecito de Rosa (como nos decía) encuentre Jesús sus delicias.

En extremo gozosa se vió una vez vestida del tosco sayal objeto de sus deseos, lo amó tanto cuanto éste le sirvió de verdugo hasta sus últimos momentos. Era de cutis muy delicado, y la enfermedad le producía una transpiración copiosa con estos inconvenientes, el roce y aspereza de esta ropa le era un suplicio continuó. Había épocas en que se desollaba enteramente y otras en que se le cubría todo el cuerpo de erupción, la que le producía una comezón desesperante. Tenía el remedio a la mano, pero nunca aceptó el más ligero alivio, cuando le proponíamos admitiera un pañito de hilo en la espalda lo rechazaba con una

firmeza que confundía. Jamás olvidaré lo que me pasó con ella a este respecto. Me encontraba en la enfermería con fiebre y había colocado un paño de algodón para que no me tocara a la cara la sábana de lana y aliviar con esto un tanto el fuerte calor que sentía. Fué a verme la hermana María Rosa, llamándole luego la atención mi poca mortificación, me dijo con seriedad: ese regalo no es propio de una monja dominica. Confieso que me dió mucha confusión y vergüenza, pues me era bien conocida su gran caridad con las enfermas, y teniendo por mí un especial interés, sólo la obligaba a esto la convicción íntima que tenía que la religiosa debe serlo tanto en salud como en enfermedad. Además; a la que así me hablaba la había visto yo soportar los rigores de la jerga en gravísimas enfermedades con fiebre de 40 grados o más. Tal era la convicción que teníamos que en este punto de regla no transigía por nada que la hemos visto quemarse a causa de devoradora fiebre y ninguna se atrevió a ofrecerle cambio de ropa, pues estamos seguras la habría rechazado y la habríamos molestado con sólo proporcionárselo. De la ropería pasó a ser proveedora, es decir, para atender la cocina; gozosa se preparaba a servir a sus Hnas. en el nuevo oficio, pero Jesús, que la había tomado como instrumento de su misericordia en favor de nuestra Comunidad, destinada la tenía para que hiciera muy luego grandes servicios a su Comunidad, por eso quiso prepararla en el calvario porque a la sombra del Arbol sagrado nacen y arraigan los grandes y

sublimes pensamientos. El 2 de Febrero tuvo que irse a la enfermería, once meses pasó en ella, la mayor parte postrada en cama con un conjunto de enfermedades y dolores que llegamos a perder toda esperanza de conservarla entre nosotras. Dime, hermana querida. ¿fué acaso sólo tu cuerpo el que tu Amado clavó en la cruz? ¿No fué tu alma más crucificada aún? ¡Oh, Dios mío! Vos sólo pudisteis medir la profundidad del mar de penas en que en muchas ocasiones se vió anegada. Llorábamos al verla en tantos sufrimientos y, ¡cosa extraña! la que valor y aún alegría mostraba en ellos se enternecía hasta derramar lágrimas a la más ligera manifestación del cariño de sus hermanas. Esto tuve oportunidad de notarlo durante toda su vida, pues la gratitud llegó a ser una verdadera expansión en ella. ¡Qué angustias tan grandes pasasteis! ¡Qué noches tan terribles aquellas en que por no molestar, te privasteis aún de la compañía de alguna de tus Hnas. que en algo te pudiera consolar, aunque no fuera más que el tomar parte en tus angustiosas congojas.

Al fin la inmensa bondad de N. Señor se dejó enternecer por nuestras súplicas y en Diciembre tuvimos el gran consuelo de ver a nuestra hermana dejar la enfermería aunque sumamente hinchada, pues su enfermedad al corazón había tomado caracteres alarmantes en este tiempo.

En Abril del 96 fué elegida Priora la R. M. Manuela del C. de María; estrechos lazos ligaban a esta Madre con nuestra Hna. María Rosa, la que

conociendo los extraordinarios dotes y la gran voluntad de esta hermana, conoció que no la aliviaría poco la carga si la nombraba de secretaria, descargó en ella gran parte del peso del gobierno. Los intereses de la Comunidad los manejaba con grande acierto, parecía se multiplicaban en sus manos, siempre que ella tuvo que entender en ellos tenía la Madre Priora con que hacer mejoras en el Monasterio. Era muy delicada en este punto, tenía horror a que por descuido o falta de discreción se malgastaran los bienes que miraba como sagrados por ser bienes de la Iglesia. La mayor parte de su vida religiosa la ocupó la obediencia en este penoso trabajo el que era contrario a su genio, aborrecía los números, pero la voluntad de Dios y el deseo de servir a su Comunidad le hicieron vencer su natural repugnancia y dedicarse a ello hasta sus últimos días con un tesón inconcebible.

Escribía muy bien sus cartas, generalmente gustaban mucho, no tanto por lo hermoso y correcto de su redacción, sinó mucho más por el perfume de piedad y sencillez de que estaban impregnadas; bastaba leerlas para conocer que amaba y respetaba su estado hasta el delirio; pues jamás se deslizaba un punto de lo que le correspondía como religiosa y como religiosa ejemplar.

Hemos oído decir a un sacerdote muy ilustrado y respetable, que sus cartas las había propuesto él como modelo a las religiosas.

En este trienio se presentaron muchas vocacio-

nes. Cinco novicias fueron admitidas a la profesión; todas le deben a la Hna. María Rosa no solo su gran influencia y cariño sino muchos señalados servicios. Con ese amor intenso que tenía a su santa casa es natural le preocuparan en extremo las buenas y verdaderas vocaciones; nos repetía siempre: «Prefiero ver extinguirse la Comunidad, antes de verla despedazada por espíritus inquietos y orgullosos que vienen a la religión buscando, nó a Jesús y su propia santificación, sino a sí mismas y a sus bajas pasiones. Estas no tienen jamás paz, ni la dejan tener a las otras. Hasta en sus postreros días, nos aconsejaba y suplicaba con palabras llenas de convicción que nos fijáramos mucho en esto: que nuestro único móvil fuera la gloria de Dios y el bien del Monasterio.

De fierro fué su voluntad para rechazar las solicitudes que con harta frecuencia se presentan de religiosas de vida activa, pidiendo pasar a nuestro Monasterio. Quiero recordar su modo de pensar por contener enseñanzas de grande utilidad. Creía que en este punto de regla debemos ser inflexibles para evitar grandes inconvenientes a nuestra Comunidad y también a las Congregaciones. Para quitarnos toda duda o temor nos decía: «No somos nosotras más santas y sabias que Ntro. santo Legislador a quien tanta oración y penitencias costaron nuestras santas Constituciones, para querer hacer lo que él prohíbe terminantemente. Yo creo puede haber algún caso extraordinario; pero para esto debemos esperar que Ntro. Señor lo manifieste con señales evi-

dentes, por lo general no son sino engaños del demonio que con pretexto de mayor perfección intranquiliza a las religiosas de carácter inconstante. Si no aman la Religión que con solicitud maternal ha guiado sus primeros pasos en la vida espiritual, ¿podríamos hacernos ilusión que amaran la nuestra? Esto nos manifiesta que son de genio ligero y mudable y por lo mismo no nos convienen». Para ella, era preferible una religiosa que amase y apreciase su santa vocación, aunque tuviera algunos defectos, a otra que tuviera otras virtudes sin ese grande aprecio por su estado; pareciéndole que la primera trataría de corregirse de sus defectos, por corresponder al insigne favor de N. S. en llamarla a tan sublime estado, mientras que la otra careciendo de este conocimiento, jamás llegaría a ser una religiosa abnegada y útil a su Comunidad.

Tenía mucha discreción y sagacidad para sondear a las postulantes: generalmente su juicio sobre ellas era exacto. Si alguna vez se engañó fué porque la traicionó la compasión y excesiva bondad de su corazón.

Muy santa, prudente y experimentada en la vida religiosa, es la Madre que hemos tenido la suerte de tener por Maestra casi todas las que hemos entrado después de la hermana María Rosa; pero nuestra bondadosa Maestra tenía el dolor de separarse de nosotras el mismo día que profesábamos (pues debía permanecer ella en el noviciado con las que quedaban) sin saber qué defectos descubriríamos en la vida de Comunidad para

corregirlos y evitarlos. Aquí entró a secundar la obra de nuestra Maestra la hermana M. Rosa, pues parece que la Providencia enlazó con dulce y fuerte nudo la misión de estas almas tan queridas para nosotras.

Se engaña y se engaña grandemente la que piensa que con el año de noviciado queda expedita para seguir sin tropiezo la vida de Comunidad. Toda la caridad, celo y vigilancia de la Maestra más diligente y experimentada, no es suficiente para evitar la infinidad de inconvenientes que traemos del siglo (pues en el claustro se oscurecen las que el mundo venera por santas). Tiene que luchar la Maestra contra los resabios del mundo y los mil defectos, que las contradicciones propias del estado de perfección a que aspiramos, nos hacen descubrir. Además debe esperar que las hondas heridas que causan la separación de los seres queridos y el cambio de vida se cicatricen un tanto; sólo entonces empiezan las correcciones y enseñanzas las que nos hacía siempre nuestra querida Maestra con suma discreción y bondad. Dicen que una religiosa debe llegar a ser una imagen de Cristo y Cristo crucificado. ¿Cómo en un año labrar un crucifijo de madera tan dura, tosca y nudosa? El penoso y duro trabajo de debastar tomaba para sí mi Maestra, dejando que los consejos y fraternales correcciones de la hermana María Rosa, nos fueran puliendo poco a poco.

En nuestras Stas, Constituciones no se encuentra el cargo de Maestra de jóvenes, porque es ley

universal en la Orden que las niñas permanezcan cuatro años por lo menos en el noviciado después de profesar; pero nosotras estábamos privadas de tan laudable costumbre que está llamada a traer grandes bienes a las niñas y a la Comunidad, hasta que adoptamos para las religiosas españolas aprobadas por Ntro. Smo. Padre General. Pero este vacío lo llenó con nosotras la Hna. M. Rosa con tanta más abnegación y trabajo cuanto que carecía de la libertad y prerrogativa del cargo. Era de trato muy agradable teniendo un atractivo tan grande para inspirar confianza que insensiblemente se le abría el corazón. En la imposibilidad de recurrir a nuestra Maestra en las dificultades que se nos presentaban, acudíamos a esta bondadosísima hermana en la que encontrábamos siempre sabios y acertados consejos; aclaraba nuestras dudas con una madurez de juicio sorprendente. Usaba la corrección fraternal con mucha libertad, pues decía que no buscaba el cariño de nosotras sino el que fuéramos agradables a Jesús. Nos repetía: «He oído siempre, que el cariño es ciego; pero a mí me pasa todo lo contrario, en las que más quiero veo más de relieve los defectos, lo que en otras me parecen moscas en vuestras caridades me parecen elefantes». Mucho nos ha servido con su inteligencia clara, criterio firme, y profundo conocimiento de la vida religiosa; pero no era esto lo que la hacía tan amable, lo que arrebatava irresistiblemente nuestro cariño, era su alma nobilísima, esa lealtad y delicadeza en todas sus acciones y una caridad

fraterna tan inmensa y universal que no tenemos palabras como expresarlas, la que ha quedado grabada con caracteres indelebles en nuestros corazones. No había necesidad que tuviéramos que no procurara remediarla. Si estábamos enfermas acudía a la Prelada pidiéndole nos hiciera ver de médico, nos diera licencia para tomar más alimento, o nos eximiera de algo que nos hacía mal. Si alguna por timidez o vergüenza no se atrevía a pedir algún remedio que necesitaba, iba ella a pedirlo y se lo proporcionaba; esto no dejaba de costarle sufrimientos. Cuando nos veía con algún trabajo extraordinario o en un oficio pesado, hasta la ropa nos componía; por aliviarnos a nosotras se cargaba ella hasta lo excesivo; no hay duda que los servicios que prestaba a la Comunidad eran muy superiores a los que le hacíamos nosotras. ¿Y qué diremos cuando nos veía tristes, afligidas? ¿Cuántas veces la hemos visto mezclar sus lágrimas con las nuestras? No era entonces una hermana, era el corazón de una verdadera madre. ¡Con qué delicadeza y discreción procuraba saber el motivo de nuestros sufrimientos! Si inquietudes o angustias de conciencia eran la causa de nuestras penas, con cuánta bondad procuraba remediarlas! Infinidad de veces prefirió la paz de nuestras almas a la de su propia conciencia. En esto qué campo tan vasto tuvo en que ejercitar su inmensa caridad; y qué ejemplo de tanta abnegación nos ha dejado. Era una de esas almas que teniendo una gracia especial para tranquilizar a otras, ella no veía en su

conciencia sino dudas y oscuridades. Sólo encontraba paz en la sabia dirección del Sr. Pbro. Dn. Santiago Vial Guzmán. Le llamaba con empeño, pero en muchas ocasiones costaba extremadamente que viniera, sea por una delicadeza excesiva o múltiples ocupaciones; lo cierto es que esta conducta dió que merecer a la hermana y también a nosotras. Después de repetidas cartas y recados lograba conseguirlo, pero innumerables veces cedía su lugar a cualquiera de nosotras que veía afligida y lo hacía con tanta delicadeza para disimular su generosidad que para algunas pasaba desapercibido, pues se habían habituado a ver estos actos en ella; otras la admirábamos en silencio temiendo herirla con una palabrita de alabanza. Vos solo Dios mío conocíais toda la belleza y magnitud de estos sacrificios pequeños en apariencia, pero muy hermosos sin duda a tus divinos ojos. Si el Sr. Vial Guzmán hubiera vuelto a los pocos días para la Hna., siempre habría sido bella su acción, mas no tan abnegada; pero generalmente tenía que esperar quince días o más, sin que jamás se le escapase ni una ligera palabra que manifestara pesar o arrepentimiento por lo que había hecho; al contrario, lo volvía a hacer siempre y cuantas veces se le ofrecía, no con ésta o aquélla, sino con cualquiera que lo necesitaba. Notábamos que más gozo le proporcionaba el vernos a todas contentas y tranquilas, que el que le causaba la paz de su propia conciencia. Parece que esta hermana sin igual no sabía alegrarse sino de las alegrías ajenas. Pocos días

antes de su muerte, escribía su última carta al Sr. Vial G., rogándole que esa semana que estaba nombrado extraordinario, nos diera todo el tiempo a nosotras, que no importaba que a ella la oyera a la ligera. Esto lo hemos sabido por el mismo señor Vial. Las que merecíamos su íntima confianza podemos apreciar este acto en su debido valor, pues vislumbramos el postrero y acerbo cáliz con que Jesús depuraba al alma de su sierva amada.

Hay un error en el mundo pues se piensa en él que en el corazón de la religiosa se extingue el cariño por la familia. ¡Qué engaño tan grande! Cierto es que se espiritualiza y en esto trabajamos con empeño, pero sin duda que nadie ama a los suyos con cariño más puro y desinteresado que las religiosas. Nuestra hermana conservó por sus padres y hermanos inmensa ternura que no tenía más límites que el deber. Cuanto dejó en el siglo lo miraba como nada; sólo el sacrificio de la separación de los seres queridos lo tomaba en cuenta; muchas veces la oí sobre todo en las horas de prueba como para darse valor. «No he dejado a mis padres para quedarme en la puerta del cielo» y en su lecho de muerte lo repetía aun animándose con este pensamiento a sufrir sus crueles dolores. A nosotras no nos es lícito participar los goces de la familia; pero sus sufrimientos, en estos sí que la religiosa toma la mayor parte habiendo veces que son muy hondas las heridas que estos nos causan. La hermana María Rosa sabía muy bien lo que es este doble

sentimiento, por eso qué tacto tan exquisito, qué bálsamo tan suave usaba cuando nos veía con algún sentimiento de esta clase. Con qué interés se preocupaba del asunto, la hemos visto enter necerse al sólo recuerdo de la pena de una hermana, pero no era simple compasión la que la animaba, procuraba por cuantos medios estaban a su alcance salvar la situación; si por escrito se podía remediar algo, al momento dejaba su trabajo, no se acordaba de sus enfermedades y sacrificaba aún su reposo, pues todo le parecía nada por dar algún consuelo a la hermana afligida. ¡Qué tiernas y bellas eran sus cartas en estas circunstancias! Nos admirábamos cómo podía expresar sentimientos ajenos con tanta exactitud; ella respondía con sencillez. «Siento y sufro como su caridad, así es que en esto no tengo más que dejar que hable el corazón». Pero había algo muy particular en este punto, cualquier sacrificio que tuviera que hacer lo daba por bien empleado por enjugar una lágrima [y volver la tranquilidad a una hermana; pero si el asunto de que se trataba no era propio que la religiosa se mezclara en ello se ponía firme como una roca; consolaba sí, pero nos aconsejaba olvidáramos los sentimientos naturales para acordarnos de lo que debemos a nuestro estado. Jamás sacrificó el deber al cariño por más intenso que este fuera. La que tanto amó a sus hermanas ¿procuraba acaso la correspondencia de ellas? No era corazón para saciarse con cariño de criaturas, más puras eran sus miras y más elevado su fin. Cuando veía algunas

religiosas de esas tan sensibles que les parece que las quieren poco decía con encantadora gracia: En mi vida religiosa me ha llamado la atención, encontrándolo absurdo, que dejen voluntariamente cariños que legítimamente les pertenece para venir a mendigar los ajenos. «Para eso me habría quedado gozando el de mis padres». Ella no deseó sino el de su Amado, pero Jesús le dió en abundancia el de sus hermanas, pues era muy natural que sus bondades inclinaran fuertemente nuestros corazones. Comprendiéndolo la hermana, temió defraudar a su dulce Dueño de afectos que le pertenecen y para evitar que estos fueran escollos para su santificación y la nuestra, tomó medidas muy delicadas que en vez de separarnos de Jesús nos acercaba más a El. Era muy seria, no usaba más palabras que manifestaran cariño que cuando quería decirnos algunas verdades, como estas son siempre amargas las endulzaba haciéndonos comprender que sólo este y el gran interés que tenía por nosotras la obligaba a corregirnos. El temor que el cariño que sentíamos por ella nos hiciera hacer algo que no se hacía con todas le tenía muy sobre sí, prohibiéndonos continuamente alarmáramos por sus enfermedades; que no se llamara médico a deshora y que ni aún a la Madre se incomodara. No nos permitía cariños ni aun de palabras, de tal manera le disgustaban estas que poco antes de entrar en agonías, una de las hermanas que la asistía al ofrecerle algún alivio le dijo una de esas palabras cariñosas que involuntariamente se

escapan al ver sufrir a personas queridas; pero en el acto le respondió con seriedad: «Las palabras melosas no son propias de religiosas». Muy joven aún, le manifestó a una hermana que la quería con predilección que deseaba morir, pues temía ella ser un obstáculo para que llegara a la perfección a que N. Señor la llamaba.

Desde sus primeros años le enseñaron sus padres aborrecer el egoísmo, y en la religión le hizo guerra cruel. Por eso ni la sombra de tan mezquina pasión se vió jamás en ella; de ahí nacía ese desprendimiento extraordinario para ceder en favor de las otras cuanto bueno llegaba a su poder. No quiero dejar pasar un rasgo que impresionó agradablemente al Sr. Síndico (pues sabemos lo contó a más de un amigo), aunque nosotras que hemos visto su vida llena de acciones semejantes lo consideramos lo más natural en ella. El deseo de la observancia regular la hacía preocuparse en conservar la salud en las niñas que profesaban. A este fin se empeñó con la R. M. Piora para que al arreglarles las celdas reemplazara el ladrillo por piso de madera dejándoselas lo más secas posible; sabía por propia experiencia los malos resultados de las celdas húmedas. El Sr. Síndico que intervino en este trabajito y teniendo un corazón verdaderamente paternal para con nosotras se afligió sobre manera al ver la humedad de nuestro viejo claustro, sabiendo que por entonces no se podía pensar en reedificarlo porque la Comunidad no contaba con capitales para un trabajo de esa especie, manifes-

tó el deseo de arreglar la celda de la hermana María Rosa que era húmeda, fría en extremo y que no tenía sino un pequeño postigo por donde le entraba luz, viéndose obligada a tener la puerta abierta o prender luz para poder trabajar. La hermana se opuso con resolución a esta propuesta. El Sr. Síndico, que la apreciaba en todo su valor y conociendo lo necesaria que era a la Comunidad su vida, deseaba conservarla, y no pudiéndose conformar con verla en habitación tan malsana, insistió una y otra vez proponiéndole que le dejara acomodarle la celda. Agradecía mucho al Sr. Síndico su bondad en preocuparse de ella, pero se mantuvo firme en rechazar lo que le proponía hasta que un día en que este caballero le rogaba con más insistencia le contestó: «No hablemos, señor, más sobre ésto, no aceptaré jamás el verme yo en una celda cómoda y seca mientras mis hermanas soportan la humedad y defectos de sus celdas». La Madre Priora sin duda no quiso obligarla por no privarla de una acción que sería muy agradable al Señor y de gran edificación y ejemplo para nosotras.

Su prudencia y mortificación eran extrema; solo las podemos comparar con el inmenso deseo que teníamos de servirla. La enfermedad la había imposibilitado de tal manera, que no daba paso sin gran fatiga; pero su valor y esfuerzo la hacían hacer por sí misma la mayor parte de sus servicios, solo pedía los que le eran imposible practicar, y estos habían de hacerse sin sacrificio de quien se los prestaba. Cuantas veces soporta-

ba callada sus deseos de algún remedio que pudiera aliviarla, por no molestar o dar trabajo a la que la acompañaba cuando sabía que era enferma. Muchas veces la ví esperar que llegara otra para pedir lo que necesitaba; pero solía suceder que tocaban al coro cuando ella había manifestado alguna urgente necesidad no hacía mas que sentir la campana nos obligaba a dejarlo todo sin concluir, repitiéndonos sin cesar. «Que no oye que la llama Jesús. No quiero nada sino que se vaya al acto de Comunidad y no dé mal ejemplo llegando atrasada por mí.» Esta idea la preocupó hasta sus postreros momentos. Su enfermedad al corazón y demás achaques la ponían continuamente en suma gravedad era para nosotras un cruel tormento dejarla sola en la noche, las que muchas veces temíamos se nos muriera; pero ella se mantenía firme en rechazar que la acompañaran y aunque daba por excusa que la mortificaba la Hna. por que no tenía libertad siquiera para quejarse, mas de una vez la vimos decir que lo que realmente la obligaba a no admitir trasnocharan, era que esa religiosa que pasaba mala noche no le sería fácil asistir a la oración a la hora de costumbre por la mañana y ya que ella no podía hacerlo no quería que otra se quedara por su culpa ¡Qué sufrimiento tan terrible sería para la que así sabía apreciar los actos de Comunidad el verse privada de asistir a ellos gran parte de su vida religiosa! Pero ahora, hermana mía, comprenderás que algo mas sublime practicaste, en conformar tu voluntad con la de tu Dueño y en

sufrir con heroica alegría las dolorosas enfermedades que tantas humillaciones y amarguras te proporcionaron!

La verdad, fué su verdadero carácter, la dijo siempre aunque en muchas ocasiones le trajo grandes sinsabores. Aborrecía el disimulo y la doblez; lo encontraba incomparable con la sencillez y sinceridad que debe tener la religiosa; decía, que le tenía menos miedo al demonio que a una hipócrita. La lisonja y el adulo estuvieron tan distantes de sus labios como si fueran blasfemias y se habría dejado hacer pedazos antes que decir lo que no sentía. En la amistad fué constante y sincera y su lealtad estuvo sujeta a grandes pruebas; pero no se desmintió jamás. Se la acusó de asuntos que eran completamente contrarios a su modo de pensar: prefirió callar antes que traicionar a la que de ella se confiaba, sufriendo en silencio ser el blanco sobre que llovían las quejas por resguardar a la Superiora.

Dice una de las hermanas que ella reduciría la vida entera de esta admirable religiosa a estas solas palabras: «Amó a Dios como le aman los ángeles y a su Orden y Comunidad, más que su propia vida». Su confesor nos ha dicho que en sus últimos tiempos no corrió sino que voló en los caminos del divino amor. Sin embargo, atendiendo a mi insuficiencia no me atrevo a hablar de tan sublime materia; me conformaré con narrar sencillamente las acciones que la he visto practicar, que yo creo eran chispas del sagrado fuego que ardía en su corazón. El Amante Prisionero de

nuestros altares, era el objeto de todos sus cariños y desvelos; de fuego eran sus palabras cuando se trataba de este adorable misterio. En casi todas sus cartas se veía un recuerdo o expresión de ternura al Huésped divino, y las veces que tuvo que escribir sobre esto, parecía que a raudales se escapaban de su pluma frases sublimes de amor y gratitud. Todo el tiempo que fué Secretaria, no ahorra sacrificios para que el Corpus se celebrara con la mayor magnificencia posible; escribía a varios caballeros invitándolos a cargar el palio y rendir sus homenajes al que por puro amor a sus criaturas se quedó en nuestros altares. Se enternecía hasta derramar lágrimas al ver, o a solo oír contar cualquiera manifestación de amor o adoración, hecha a su Dios y Señor. Mucho deseó que la Comunidad tuviera con qué costear en vez de tres, cuatro turnos de Jubileo, pues decía que estos días eran de grandes bendiciones para el Monasterio. A sus ruegos hizo Nuestra Madre Santa Ana colocar otra lámpara que sirviera de compañía a Jesús Sacramentado. Nosotras miramos esta lámpara como emblema de esa alma que silenciosa y oculta se consumió a los pies de su Amado.

Quería que el aceite que se empleaba en las lámparas de Ntro. Amo fuera de la mejor calidad que se encontrara en plaza; se horrorizó a la sola propuesta que hizo un Capellán de gastar aceite que no era de olivo como lo hacían en otras iglesias. Decía ella sumamente afligida: «Que los Curas hagan lo que les parezca o lo que la nece-

sidad les obligue; en cuanto aquí está en casa de sus esposas colmadas de sus beneficios el Dueño de todo, justo es que se le ponga lo mejor y más fino que se encuentre». Las noches las pasaba malísimas y cuánto le costaba soportarlas sin tomar nada para poder comulgar, solo Dios puede comprenderlo. Siempre que pudo lo hizo diariamente y cuando las enfermedades arreciaban lo hacía con la mayor frecuencia que le permitían éstas. Se valió de mil industrias para fomentar en nosotras el amor al Smo. Sacramento. No le gustaba que las religiosas jóvenes se cargaran de devociones particulares, pues creía (y con mucha razón) que con asistir a todos los actos de comunidad y cumplir bien con el oficio impuesto por la obediencia, teníamos bastante y nos decía: «Si algún ratito les queda, váyanse a los pies de Ntro. Amo, que esa es la devoción por excelencia».

Si alguna deseaba hacer algún trabajito para Jesús, no teníamos más que insinuarle a la Hna. María, en la que siempre encontrábamos aprobación. Se encargaba de pedir y encargar los materiales, los que le gustaban, fueran finos, como para quién eran. Nos decía: «A todo lo que toca de cerca a Jesús debe ser hecho por las religiosas». Las hostias, el lavado de los corporales y purificadores le parecía no debíamos ceder a nadie este trabajo, pues lo encontraba muy propio y muy grato al corazón que ama a Jesús.

Cuando se mandó hacer el Sagrario de fierro, le pidió al Sr. Síndico lo hiciera traer sin tapizar,

pues quiso que aunque no estuviera tan bien hecho, fuera hecho con amor. Daba devoción verla a ella pasar largos ratos en una postura molesta para un cuerpo tan enfermo como el suyo, por ayudar a la que había honrado, dándole esta dulcísima ocupación.

En su jardín no cultivaba más flores que las que podían servir para adornar a Ntro. Amo. Tenía una gran mata de camelia blanca, las que ocupaba en el mismo fin. Todo su gusto era que en la fiesta de Corpus adornaran la iglesia con ellas y que también fueran las que sirvieran para arreglar la bandeja que se tiraban al pasar Jesús.

Los grandes servicios que prestaba a las Superiores le daban cierta libertad para pedirles lo que deseaba, la que jamás usó en favor de su persona, pues su delicadeza suma en este punto es digna de ser imitada; pero la que para ella no quería nada, lo aprovechaba en pedir para Jesús. A sus ruegos se mandaron muchas veces limosnas de ornamentos y demás cosas necesarias para el culto, a iglesias pobres. A una de las hermanas muy devota de estos obsequios, le alcanzó licencia del Sr. Vicario para que todos los años destinara para este fin un número de purificadores bordados de su mano. La Hna. le llevaba todos sus bordados para que se los recortara y con gran placer tomaba esta pequeña parte en la obra. Imposible sería contar todos los obsequios con que nuestra Hermana procuraba agradar a su Amado; estamos seguras que estas que parecen pequeñeces a

los ojos mundanos, complacían al corazón de Jesús y le hacían olvidar las imperfecciones en que la miseria humana hacía caer a su sierva.

¿Con qué palabras daremos a conocer el amor que esta Hna. tuvo a su Comunidad? Creo, y como yo muchas otras, que pocas fundadoras habrán amado más la obra de sus desvelos y sufrimientos que lo que esta religiosa amó a su Orden y Monasterio. Le amó más que a su propia vida. ¡Qué de veces no ofreció ésta al Señor en cambio de algún beneficio para su comunidad! Fué una víctima que el Señor aceptó en muchas ocasiones. A costa de su propio sacrificio le proporcionó bienes y le evitó males que sólo en la eternidad podremos apreciar dignamente. No hay duda que a Ntro. Señor le agradaban las disposiciones de esta Hna., pues la favorecía con luces muy extraordinarias y un acierto tan grande en sus opiniones que seguidos sus consejos por difícil y oscura que fuera la situación, infaliblemente salíamos bien.

Tenía vastos conocimientos de la historia de la Orden y seguía por medio de la lectura paso a paso las obras de celo de los Dominicos. Su alma entusiasta se enamoraba más cada día de una Familia que tan bien ha sabido seguir las huellas de Ntro. Sto. y amado Fundador. Oírla hablar de Ntro. Sto. Pdre., a quien llamaba el más amante de los Patriarcas, de la infinidad de Stos. y mártires que con nuestro santo hábito y propias constituciones han dado tanta y siguen dando tanta gloria a Dios, era de encender el corazón más he-

lado. Para ella no había nada más grande y sublime que la Religión Santa que la había recibido en su seno.

Hubo un confesor que se molestaba por el entusiasmo que manifestaba por la Orden Dominicana y por bajarla se ponía a enaltecer las otras Ordenes. Ella nos decía riendo: «Miren qué ocurrencia, entre una reina y mi madre es natural que ame y venere más a ésta aunque no sea tan grande».

Le causaba horror la sola idea de una religiosa descontenta con su estado y no podía sobrellevar ni aún el deseo de observancias de otras Religiones aunque fueran más austeras. Las respetaba a todas hasta la más pequeña Congregación diciéndonos que trabajáramos con empeño para que en el cielo no nos avergonzaran las religiosas de vida activa que en medio de tantas distracciones y ocupaciones exteriores habían alcanzado más recogimiento que nosotras. También respetaba las vocaciones, jamás insinuaba ni aún indirectamente el que se vinieran a nuestra comunidad a las que se inclinaban a otra parte; conformémonos decía con las que el Señor nos manda y dejemos que cada una siga su inclinación. Pero le gustaba que cada religiosa procurara santificarse según el espíritu de su Orden, sin buscar fuera de él nada, nada. «El carácter propio de las Dominicas, nos repetía, es la verdad, alegría y sencillez; bajo estos velos debemos ocultar las austeridades y sufrimientos propios de nuestra vida de abnegación». Como en cada página se encuentran gran-

des rasgos de amor entrañable con que la Hna. amaba nuestra Sta. Casa sólo diré para concluir que parece que Ntro. Señor hizo de este corazón albergue de todos los amores nobles. Amó a la Iglesia y al Vicario de Jesucristo con toda su alma. Por sus Prelados tuvo siempre gran respeto y cariño; pero distinguió con un afecto enteramente filial a nuestro dignísimo Sr. Vicario, D. Manuel A. Román. Su gratitud por el que miramos como amado padre más que como prelado no tenía límites.

Poco tiempo antes de morir nos decía: si el Sr. Román deja algún día de ser Vicario Uds. deben portarse mas cariñosas aun porque jamás ha de borrarse de nuestros corazones los grandes servicios que con tanta voluntad y cariño nos ha prestado. Los Dominicos tenían preferente lugar en su cariño: decía que solo ver su santo hábito le robaba el corazón. Al digno Sacerdote que la dirigió en la vida religiosa le pertenecieron los sentimientos mas puros y delicados de su alma y su lealtad con él fué a toda prueba. Otro de sus grandes afectos eran los bienhechores de la Comunidad y entre ellos ocupó el primer lugar nuestro Síndico actual y el Dr. Letelier por la felicidad de estos caballeros había hecho los mas grandes sacrificios y creemos que en el cielo donde esperamos esté no dejará de pedir mil gracias y favores para ellos y sus amadas familias. Dejo a un lado su caridad con las propias hermanas porque en cada paso de su vida de claustro se ven a gran distancia luminosas huellas y tan encantadora virtud; pero ¿Que diré del amor a sus pa-

dres? Nada ni nadie lo entibió jamás; así vivos como después de muertos los recordaba con indecible cariño. A la muerte de su padre, generosa ofreció al Señor todos los méritos que pudiera tener en su presencia en favor del autor de sus días. Mucho veneraba y quería a su padre; pero parece que era aun mas tierno el amor que tenía por su madre. No soportaba cuando le celebraba las cualidades de claro talento e integridad con que había oído recomendar a su padre, sin que luego me dijera que no creyera que su mamá tenía menos inteligencia por ser mas callada y no concluía de engrandecer las bellas prendas que la adornaban. Por último, se le grababa marcadísima inclinación por los pobres y por los desgraciados.

Colmaba de atenciones y cariños a las personas que veía humilladas por reveses de fortuna siendo así que confesaba que le costaba no portarse con terquedad con las que llenas de orgullo creen que todo se lo merecen. Cada una de nosotras puede contestar. ¿Cual era el miembro de nuestras familias por quien mas interés y cariño mostraba la Hna. María? ¿Cual el que presentándose a ocasión se llevaba sus preferentes atenciones? Siempre, siempre, el que veía oprimido por la desgracia o humillado por la pobreza.

Otra de las virtudes que de relieve se notaba en la hermana fué el celo por la salvación ajena. Como grabado con buril de hierro tenía en su corazón el doble fin de nuestra santa vocación que es la santificación propia y salvación del prójimo;

repetía constantemente. «Una Dominica no puede entrar sola en el cielo, necesita salvar almas que la acompañen». Este era el objeto preferente de sus oraciones, a este fin enderezaba las penas de su alma y sufrimientos físicos los que al ofrecerlos avaloraba con los méritos de la pasión y muerte de nuestro amable Redentor. Desde recién profesa la obra de la Propagación de la fe fué objeto de mil pequeños desprendimientos. Estampas, objetos piadosos que le regalaban y también trabajitos hechos por ella, todos eran enviados para unas rifas que entre los colegiales hacían por aquella época los Jesuítas y Padres Franceses. Su ejemplo era seguido por otras, así es que en esto no sólo hacía el bien ella, sino que también nos daba ocasión de hacerlo nosotras. La misión de las Religiosas de la Providencia en Temuco era de su especial cariño; si hubiera podido, habría hecho mucho en favor de las indiecitas. En una época que estuvo en un oficio que le dejaba algún tiempo de que disponer, pedía licencia para hacer una infinidad de trabajitos, los que hacía a fuerza de vencimientos, pues su enfermedad no le permitía trabajar; pero gozó mucho cuando a sus ruegos los envió la Madre a la Superiora de la Casa Central para este objeto. Tuvo la paciencia de juntar los sellos usados de los que alcanzó a reunir una cantidad de miles que mandó a la Comunidad de Padres que tienen misiones en la China para que los emplearan en comprar niños. Solía decir: «Si mis Chinitos han muerto poco después del bautismo ya tengo esas almitas que me espe-

ren en el cielo.» Era apasionada por la obra de los Patronatos, decía que, debía ser la obra preferente de los Dominicos, pues parecía hija legítima de nuestra Sagrada Orden. Hasta sus últimos días nos recomendaba que cuando tuviera la Comunidad algo sobrante, si estaba en nuestra mano la dedicáramos a esta obra regeneradora.

Cuando venían a pedir oraciones para que se confesara algún enfermo que se resistía, con grande empeño ofrecía todas sus oraciones y buenas obras por esta alma. Gozaba sobremanera cuando nos veía entusiasmadas en alcanzar de Nuestro Señor alguna conversión, oírnos que nos convidábamos para ofrecer la disciplina con este objeto era para ella de mucho contento. Si podíamos tener alguna noticia de la persona por quien se pedía, con cuanto interés preguntaba si daba alguna esperanza o si se podía hacer llegar hasta él algún objeto piadoso. Algunos meses antes de su muerte vinieron a suplicar pidiéramos por un caballero de nuestro barrio que siendo educado muy cristianamente y de familia piadosa, no quería confesarse y tropezaban con el gravísimo inconveniente que su esposa se oponía tenazmente a que le hablaran de Sacramentos. A la hermana María Rosa con el deseo que tenía de conseguir el intento, se le ocurrió la idea de enviarle una imagen de Nuestra Madre del Santísimo Rosario, diciéndole que iba a visitarlo a nombre de nosotras y hacerle compañía durante su enfermedad. Esto fué suficiente para que se suavizara la señora y se consiguiera cuanto deseaban. A los pocos

días vinieron personalmente a dar las gracias y a decirnos que había muerto como ferviente cristiano.

Bajo un modo arrogante ocultaba un gran fondo de humildad. Esto se lo hemos oído decir muchísimas veces al Sr. Vial que la dirigió durante 24 años, la conducta que observó siempre en la vida íntima nos confirma más esta verdad. Ciertamente que era un tantito dominante; pero hay que hacerse cargo que en la casa paterna fué un ídolo y aquí en el claustro se seguían sus opiniones como oráculos. Como era tan inteligente conocía sus defectos, parece se avergonzaba de ellos, decía que el Sr. Vial la reprendía constantemente por esto; por lo demás no hemos visto en ella sino grandes y heroicos ejemplos de profundísima humildad. Tenía un horror sin igual a los cargos elevados, bendecía una y mil veces las enfermedades que la ponían a cubierto de ellos, y así como ocupaba todo su talento y esfuerzo en elevar a otras que consideraba servirían al bien de la Comunidad, tanto o más se preocupaba en alejar de ella hasta la sombra de lo que el mundo llama honor y grandeza. Las que la tratamos más de cerca aseguramos con firmeza que el odio por las prelacías rayaba en extremo. Su espíritu enteramente religioso y su clarísima inteligencia le daban bastante luz para mirarlas a los ojos de la fe desnudas del falso brillo y mágico esplendor que fascina la miseria humana. No veía en ellas sino estrecha cuenta de acciones propias y ajenas que dar a Dios, peligros a cada paso para su

alma, sinsabores y sufrimientos de todas clases y por último (añadía con gracia) humillaciones sin cuento, pues nunca se luce más nuestra miseria y pequeñez que desde los puestos elevados. Confesamos con sencillez que su modo de pensar sobre este punto nos hacía desear con más ardor verla colocada a la cabeza de nuestra Comunidad, pues creíamos que a pesar de ser tan enferma nadie como ella la habría dirigido con más amor, prudencia y acierto; pero el temor de perderla a consecuencia de este sufrimiento nos hacía ahogar tan legítimos y halagadores deseos. Para que aceptara formar parte del Consejo, fué necesario un mandato expreso del Sr. Vicario.

El vivir oculta y desconocida fué su anhelo constante, era una luz que a gran distancia se veían sus resplandores, pero tuvo arte para ocultarlos sirviéndole de velo la Prelada. Esta era la que aparecía en todo y su nombre era el que tomaba siempre en cuanto hacía. No ahorró sacrificio por colocar a su Comunidad a la mayor altura posible, pero escondiendo su persona. En una ocasión tuvo que sostener bajo la firma de la Madre una correspondencia con un sacerdote para pedirle unos datos; pero habiéndole dicho una de las hermanas que a este caballero le llamaban la atención las cartas por lo bien escritas y que le había preguntado quien las escribía, no fué necesario más para que no volviera hacerlo.

En un tiempo fué confesor de Ntra. Comunidad, un sacerdote de gran talento y mucha reputación a quien desde el principio le llamó la aten-

ción la inteligencia y sobre todo el buen espíritu de esta religiosa y tuvo por ella grande aprecio y la colmaba de atenciones; pero seguramente temía que la vanidad malograra tan bellas disposiciones; parece quiso conocer el terreno y un día cuando más despreocupada encontró a la Hna. le preguntó de sorpresa. Dígame hija, no se le ha ocurrido alguna vez encontrarse parecida a Sta. Teresa? y la Hna. le contestó en el acto con esa sinceridad y prontitud que le era propia. ¿En qué? En la santidad? Nó en el talento. ¿Por qué nó en la santidad? Tanta distancia hay de la una como de lo otro. Creo que la ingenua respuesta disiparía su temor y nosotras podemos asegurarle que estaba muy distante de encontrarse superior a las demás y por lo mismo completamente ajena de tan soberbios pensamientos.

Parece que el rasgo siguiente no deja duda del espíritu de humildad de la Hna. Siendo ordinario de la Comunidad el R. P. Errázuriz (1) quiso que la Hna. María Rosa consultara con un amigo suyo que por su santidad y saber era una de las notabilidades del clero chileno. Desde la primera vez que este santo sacerdote habló a la Hna., creyó era favorecida de N. Señor con gracias extraordinarias juzgó que las muchas enfermedades que la afligían provenían del estado de su alma y por consiguiente le prescribió reglas adecuadas al camino por donde creía que Dios la llevaba. Para un espíritu menos sólido habría sido esto una ten-

(1) Hoy, dignísimo Arzobispo de Santiago.

tación de las más halagadoras; pero a la M. María Rosa lejos de halagarle la opinión de este sacerdote, la llenó de angustias y perturbaciones hasta que el confesor se vió obligado a decirle no lo hablara más. Deseaba ser santa, no parecerlo y su alma no encontraba paz sino con los que conociendo a fondo sus miserias la reprendían y humillaban.

El ideal de perfección que ambicionó para ella y sus Hnas. fué siempre el camino llano y seguro del cumplimiento del deber en todos sus ápices, este a que podemos aspirar todas ayudadas de la divina gracia.

Cuando este confesor concluyó de Ordinario le prometió a la Hna. venir cada 15 días si quería la siguiera dirigiendo, pero antes de contestarle la hermana tuvo sus horas de lucha. Es natural que la gratitud y el corazón se inclinaran al que la distinguía con marcadísima preferencia, pero su alma necesitaba algo más. El que se la reprendiera con apostólica libertad y el que la humillara en todo tiempo y circunstancia. Este fué uno de los principales motivos porque jamás quiso dejar la dirección del señor Santiago Vial Guzmán. Nos entretenía algunas veces contándonos lo mucho que la había humillado, sobre todo en sus primeros años; no sabemos qué admirar más, si la maestría del director que con pequeños y continuados golpes avasalló la natural altivez y amor propio de esta hermana o la docilidad y abnegación de ella para aceptar todo con gran voluntad y alegría. Cuando estuvo de ordinario durante

algún tiempo no la permitía en el confesonario sino el momento que ocupaba en darle la bendición, al acercarse le escribía ella recordándole el día en que terminaba el castigo y rogándole venga a confesarla, pero la contestación fué otra de las mil industrias con que trataba de dar muerte al amor propio y sólo le contestaba que la confesaría cuando viniera para confesar a la Comunidad, porque por ella no hacía viaje. Aquí era donde la Hna. María Rosa se desquitaba con la pluma, le brotaban razones y argumentos para defender su causa y tenía en estos casos cierta sal y gracia que encantaba. Creo que sus cartas más lindas fueron éstas donde, abierto enteramente el corazón, dejaba deslizarse la pluma, descubriendo a grandes rasgos lo delicado y noble de sus sentimientos, sus amarguras y sus quejas, todo con una sencillez de exquisito gusto y espíritu profundamente religioso. En otra ocasión con motivo de una visita del Presidente le preguntó el señor Vial G. si había hablado con alguna de las personas que habían entrado, le contestó con su franqueza de costumbre que sí y que en algunas partes le había tocado estar al lado de la señora del Presidente, la que le había colmado de cariños, inmediatamente le dijo él: a las huasas campesinas no les pega meterse en esto, y ella como si nada le dijera, le contestó con prontitud: «Las *huasitas* suelen ser algunas veces simpáticas y atrayentes». No hay duda que la viveza de su carácter le ayudaba grandemente, pero es imposi-

ble que no tuviera que vencerse cuando se le tocaba en lo más vivo.

Me ha dicho el Sr. Vial mas de una vez que desde que habló a esta hermana por primera vez conoció que sería de gran porvenir para la Comunidad, y que el temor que se envaneciera con sus relevantes cualidades y se malograran las bellas esperanzas que en ella tenía, lo hizo tratarla talvez con demasiada dureza. La conducta de la hermana es el mas bello panegírico de su sabia y santa dirección.

No quiero dejar pasar una acción de la hermana que me impresionó y edificó mucho, de tal manera que la recuerdo como si lo acabara de oír. Estando de novicia me decía mi Maestra que no sabía qué admirar más si la firmeza del Sr. Vial para exigirle sacrificios o la sumisión y humildad de esta para obedecerle, y me contó que estando la Hna. María Rosa muy joven cuando aún chorrrea sangre el corazón al solo recuerdo de los seres queridos que se han abandonado, hizo un viaje su madre con el objeto de consultar algunos médicos y mas que todo por ver a la hija que amaba mas que la propia vida. Cómo es natural su primera visita fué para ella y convencida la Sra. que en este viaje le concedería lo que en otros, volvió segunda vez pidiendo se la sacaran nuevamente al locutorio. Atendiendo la Prelada que era su madre que venía de lejos y que talvez se pasara mucho tiempo sin volver, accedió gustosa; pero al llamar a la hermana se le dijo que estaba en el confesonario. Después de esperar un

rato le hizo avisar la esperaba su mamá, pero sin mandarle que saliera. Repetidas veces hizo ver si se desocuparía luego; pero el Sr. Vial no la dejaba salir hasta que se hubo resuelto ofrecer al Señor los legítimos deseos que le inspiraba su filial ternura de volver a ver a su madre, pero lo que seguramente le fué mil veces mas duro obligar a la Sra. hiciera un sacrificio superior a sus fuerzas. Al fin cansada la Sra. se fué; entonces vino la Hna. María Rosa donde la M. Priora muy tranquila en apariencia a pedir licencia para escribir a su mamá y como para todo encontraba salida por ocultar el mérito de su acción, le manda decir ha ofrecido a Jesús el sacrificio de no verla por su salud. Lo que sufrió la Sra. se dejó comprender; en la misma tarde arregló su viaje y al otro día temprano abandonaba Santiago para quien no tenía otro atractivo que su hija. Solo ella era capaz de endulzar las penosas molestias que ocasionaba la separación de la familia y del hogar. Todo lo comprendió la hermana; pero una vez resuelta no titubeó un momento. ¿Cuanto le costó este sacrificio? Dios lo sabe y las que hemos conocido ese corazón de fuego y sabemos lo que es ese amor, creemos fué muy grande.

En sus conversaciones nos enseñaba mucho, no se daba aire de maestra, nos trataba con gran familiaridad y como la edad nos acercaba, teníamos con ella esa confianza de hermana que tan dulce es al corazón. Confieso he aprendido más lo que es la vida religiosa en su trato íntimo que cuanto me han enseñado los libros. Tenía mucha clari-

dad para entender las Constituciones y Ceremonial, los que siempre tenía a la mano para consultarlos. Nos aconsejaba sostuviéramos la observancia aunque nos costara grandes sacrificios y que procuráramos la paz y unión fraterna sacrificándole todo, menos el deber, pues nos decía: «La paz verdadera que es la que deseo para mi comunidad, no es la paz de los sepulcros porque a Ntro. Señor no le agradaremos dejando bajo el pretexto de una paz falsa que los abusos y relajaciones se introduzcan en el Monasterio, pues debemos acordarnos que si N. Señor dijo en su evangelio: «mi paz os dejo, también está escrito en el mismo: «espada he traído para dividir todo lo unido.—Ella no dejó de hacer nada que creyera conducente a la paz y unión fraterna y no hay miembro en nuestra Comunidad que no le deba grandes servicios. Pero persiguió hasta la sombra de inobservancia y abuso. Esta conducta hizo creer obraba por mala voluntad con algunas de las Religiosas y es el error más grande, le hemos oído a su confesor asegurar no tuvo jamás mala voluntad por nadie y las que la hemos conocido a fondo, aseguramos también que era nobilísimo su corazón incapaz de hospedar en él sentimientos de esta clase. Lo que hay de verdad es que su clarísimo talento distinguía con facilidad lo que podía ser funesto a su Comunidad, entonces sí que prefería el bien de esta al de las particulares; además ella comprendía que en atajar ciertas cosas no le hacía sino un gran bien al al-

ma de su hermana, que aunque fuera por ser obligada obrara según su santa vocación.

La clausura era otro punto sobre lo que la hermana María Rosa trataba de enseñarnos, solía decir: «Si yo fuera Priora los temores de la clausura me volverían loca». Era muy estricta en esto, le parecía que aún el Doctor no debía estar dentro sino el tiempo necesario para ver a las enfermas y recetar, pero que el hacerlo esperar para ver el efecto que producen las medicinas o por si acaso sucede algo después, creía que en esto se falta a la clausura. Por felicidad en nuestra Comunidad nadie exige esto y hay sumo cuidado en que las inyecciones o curaciones que no sean de estricta necesidad que las haga el médico hacerlas entre nosotras. Para nuestras moribundas jamás se ha hecho trasnochar al Doctor y esta costumbre la veneraba y decía: «Los enfermos pobres no hacen trasnochar al médico porque no tienen con qué pagar un servicio de esta clase; nosotras hemos profesado pobreza y además debemos guardar clausura, justo es que nos parezcamos a ellos». Tanto trabajó por impregnarnos de esta idea que cuando vino el Doctor en sus últimos momentos la encontró ya con el corazón paralizado, pidió inmediatamente una inyección de alcanfor y aunque la angustia y perturbación de nosotras fué inmensa, nadie le pidió que esperara llegaran de la botica donde se había mandado en el acto a buscarlas para que se la pusiera él mismo, estábamos seguras que a la más ligera insinuación nos habría acompañado hasta que muriera, pero creemos que

en esto hicimos su voluntad, pues más de una vez le habíamos oído decir que en la agonía de la religiosa un sacerdote y sus hermanas debían ser sus únicos compañeros.

Siempre renunció con sin igual abnegación no solo a todo alivio que no fuera conforme a la perfección del estado religioso sino aun aquello que le hubiera sido legítimo tener. Habiendo sufrido algunos ataques de asfixia nos atormentaba cruelmente la idea que en sus últimos momentos tuviera que padecerla, ella también lo temía como quien había experimentado sus desesperantes efectos. Un día le dije que había tenido mucho consuelo al saber que el Doctor estaba facilitando la respiración a una religiosa de otro Monasterio con el oxígeno. En el acto me contesta: «No hagan eso conmigo, pues tendrá que aplicármelo el médico y por darme un pasajero alivio me atormentarán en extremo con que el médico esté en la clausura por mí.» Me lo dijo con resolución tan grande que me hizo abandonar mi consoladora idea; pero traté de averiguar si podríamos aplicarlo nosotras para en caso necesario no privarla de este alivio. La vida de esta religiosa está llena de actos de generosidad como este y aunque en muchas ocasiones N. Señor se contentó solo con sus deseos, en muchísimas otras nos hizo ver que en la obra iba mucho mas allá que en sus palabras, por que se abrazaba con la cruz con un valor indecible sin *decir nunca basta*.

Como todas las cosas humanas, también las comunidades religiosas tienen sus horas de pruebas,

por una de esas pasábamos nosotras, no recuerdo precisamente en que fecha. Muy densas eran las nubes que se divisaban y todo nos parecía oscuro y triste. Nuestras angustias, recelos y amarguras eran depositados como siempre en el magnánimo corazón de la Hna. María Rosa, ella aunque procuraba una aparente serenidad, sufría más que todas, según nos confesó después, había pasado unas noches horribles y añadía: «Si ahora no me he muerto de impresión creo que ya no me moriré de ellas.

Más de una vez había ofrecido su vida por la Comunidad, pues la amaba hasta el delirio, si es lícito expresarse así; pero en esta ocasión ofreció algo que le causaba más repugnancia y horror que la muerte, esto era la postración. Creemos que nada era más contrario a su carácter y al contarnos había suplicado a N. Señor descargara sobre ella sola todo el peso de su indignación nos dijo con un acento que no se borraré jamás: «Le pedí hasta la postración». Como quien dice he ofrecido lo que más me cuesta y estamos seguras que su natural inclinación habría preferido mil veces la muerte a este estado. Desde entonces su salud ya fué tan mala que fué decayendo de una manera considerable, al poco tiempo decía que ya no andaba sino que se arrastraba, tal era la violencia que se hacía para caminar; pero había salvado a su santa y querida Casa, y esto le causaba más alegría y consuelo que pena y amargura sus dolores y enfermedades.

En Mayo de 1902 fué elegida para gobernar a la Comunidad la M. Mercedes de Sta. Ana; al verse con la cruz del gobierno se fué a la Hna. María Rosa y le exigió tomara una parte sobre sus hombros. Estaba yo presente y oí a esta hermana que llena de abnegación le respondió haciéndole presente que ya sus enfermedades la imposibilitaban casi en absoluto; pero que si en algo podía servir a su Comunidad dispuesta estaba a rendir la vida en su servicio. Se propuso la Madre eligiera entre las religiosas jóvenes una que le ayudara en el trabajo de la Secretaría que le confiaba, pero la Hna. a la que tomó para enseñarle le dió el título y ella solo dejó el trabajo para sí y las incomodidades propias del oficio. Cuando sus achaques se lo permitían acompañaba a la Madre Priora al Locutorio y ahí decía siempre que porque la Secretaria era muy joven y ella no servía para otra cosa, la acompañaba en eso. Sin embargo, la Madre la presentó en toda circunstancia como su Secretaria, en quien tenía confianza absoluta, y además como su más íntima consejera, a cuyas luces y discreción fiaba gran parte del gobierno.

Las fuerzas corporales estaban estenuadas; pero el ánimo siempre lleno de vigor y entusiasmo. Concibió la ardua empresa de hacer refaccionar la Iglesia, entablar el coro y sala de Recreación. A primera vista parecía un disparate pensar en ello sin tener capitales de que disponer; pero la hermana insistió para que la Madre se resolviera a la obra, prometiéndole manejar los gastos sin

perjudicar los capitales. El arreglo del coro y sala lo recibió con entusiasmo el Sr. Síndico porque creía que el piso de ladrillo era húmedo y nocivo; más llegando a la refacción de la Iglesia, puso dificultad, atendiendo a que una refacción de esta clase demandaban subidos gastos; a él le parecía que la Iglesia tenía espera y que más precisaba las habitaciones secas para las religiosas que en su cariño de verdadero padre sufría de verlas enfermas a causa de la humedad. La opinión del señor Síndico la veneraba, pues lo respetaba y amaba como nuestro más insigne bienhechor; pero en esta ocasión se le hizo la desentendida y no condescendió. Como era ella la que se comprometía a buscar con qué hacer los gastos, era a ella a quien se dirigía el señor Síndico, persuadiéndola a que primero se pensara en quitar la humedad de las celdas y por lo tanto en la salud de las religiosas. Pero ella amaba apasionadamente al Prisionero de nuestros Tabernáculos y sufría horriblemente al verlo habitar en una mansión oscurificada por el tiempo y el humo de las velas: *¿No es Él el Dueño de casa?* decía. *El que por amor a nosotras permanece día y noche en morada tan indigna de su grandeza?* Jamás, jamás daré un paso para que se arregle el claustro hasta que Jesús tenga su Iglesiasita donde resplandezca el amor que le debemos nosotras. No quería lujo, pero suspiraba porque la Iglesia estuviera arreglada con sencillez y buen gusto, quería que todo el que entrara en ella comprendiera que existen en este claustro almas amantes que se

preocupan con delicada ternura de todo lo que pueda embellecer la morada del Huésped divino.

Viendo el señor Síndico la determinada resolución de la hermana, le prometió buscar contratista que hiciera el trabajo como lo deseaba, diciéndole que ella se preocupara en buscarle la plata para los gastos. Con gran alegría empezó su obra, olvidándose de sus enfermedades, escribió cantidad de cartas pidiendo le ayudaran; algo consiguió; pero la mayor parte se debe al singular acierto y prudencia que tenía para gobernar dinero, que, sin quitar lo necesario, sabía cerceñar lo inútil. Era su máxima que por muy grande que fuera un gasto necesario debía hacerse; pero los inútiles o de simple complacencia, aunque fueran de pocos centavos, los creía indebidos y contrarios al voto de pobreza y en este parecer se mantuvo inflexible aunque le costó no pocos sufrimientos.

Tus bellísimas prendas, cara hermana, eran más que suficientes para que tu memoria no se borrara jamás de entre nosotras; pero ¿dónde vamos que no encontremos tu recuerdo? Ntra. Igle-sita nos cuenta tus amores al más dulce de los Dueños. El coro del que tú no pudiste casi gozar, nos dice tus deseos de que acompañáramos más tiempo al Amado. El claustro nos grita a todas horas tus penas y amarguras sin cuento por dejar a tus hermanas habitaciones secas que les proporcionaran mejor salud. Tú estabas convencida que no alcanzarías habitarlas ni aun a ver-las, pues esperabas de un día a otro la muerte;

pero eso no fué capaz de entibiar tus deseos como que jamás te preocupaste de ti, pues en tu noble alma se hallaba la abnegación, ternura que sólo en el corazón de las madres deposita el Señor.

La sala nos recuerda también tus cariños, y las imágenes que la embellecen, objeto de nuestros amores, nos repiten sin cesar tus anhelos y santas industrias con que procurabas fomentar nuestra piedad y devoción. En fin, en todo lo que nos rodea vemos pintado en grandes caracteres tu amor fraterno con sin igual belleza; pero donde está grabado con buril de hierro tu amable y simpática figura es en las almas que tú amaste más que a ti misma.

Los edificios y reparaciones en una comunidad donde es natural hayan tantos pareceres distintos tienen que gastar grandes contrariedades, por eso para que ellos lleguen a emprenderse se necesitan almas que olvidadas por completo de sí mismas no miren sino la gloria de Dios y el bien común. De este temple fué la hermana a quien nunca lloraremos bastante. Ella trabajó en beneficio de su comunidad acortando, como se dice, los días de su vida sin encontrar en cambio el más ligero halago, porque el Señor permitió que en la tierra toda su recompensa fuera un cáliz repleto de amarguísimas decepciones. El quería ser su único premio y permitió que cuanto hizo esta hermana estuviera marcado con el sello de la cruz y teñido en sangre de su propio corazón. Al contemplar todas las obras que llevó a cabo no

podemos menos de recordar la infinidad de sacrificios que le costaron; llenas de profunda pena nos vemos obligadas a confesar las hizo sólo en favor de nosotras, pues el gravísimo estado de su salud cuando las emprendió no podía darle la más ligera esperanza que ella aprovechara sus beneficios; pero contra toda esperanza humana Jesús quiso lo viera todo terminado y pudiera gozar con los bienes que dejaba a sus hermanas. Creemos sin temor de exagerar que esto sólo deseaba, pues para ella no quería sino cambiar el destierro por la patria y encontrar en ella a Aquel que con tanto afán y sufrimientos había buscado en su vida.

No fueron solo servicios materiales los que prestó a la comunidad durante el gobierno de la Mdre. Mercedes de Sta. Ana. Esta Madre apoyó siempre los proyectos de la Hna. María Rosa convencida que en todo cuanto hacía no tenía más objeto que la gloria de Dios y el bien del Monasterio, le dió libertad y los secundó en todo hasta verlos realizados. Parece que toda la generosidad, abnegación y sacrificios de que está compuesta la vida de esta hermana, no podía nacer sino de grande y puro amor a Dios y como necesariamente quien ame a Jesús tiene precisamente que amar a María, de ahí su tierna y constante devoción a la Sma. Virgen y el amor que tenía por Ella era ardientísimo, no la llamaba sino su Madre querida y decía que el título de Reina infundía respeto y no le permitía acercársele sino a los piés; pero que el regazo era el lugar de los hijos

y que como ella quería gozar las maternales caricias, este era el nombre que le encantaba. Como verdadera Dominica el Smo. Rosario fué su devoción predilecta, el que rezaba entero más de una vez al día apesar de sus muchos achaques y quehaceres. Bajo este dulcísimo título procuraba honrarla haciendo desde muy joven cuantos sacrificios son imaginables por propagar tan santa y eficaz devoción y engrandecer su fiesta celebrándola con la mayor solemnidad posible; pero hasta el año 1900 no pudo ver cumplidas sus filiales ansias, en que fué elevada a fiesta patronal y establecido en público el Mes del Rosario. El primer año que se celebró con extraordinaria solemnidad, consiguió para todos los días predicadores que graciosamente se prestaron a cantar las glorias de esta Madre amantísima y el último día fué regio. No he presenciado desde que estoy en el Monasterio una fiesta que me haya dejado más gratos recuerdos y causado más dulces emociones, pero los goces de esta vida no están jamás exentos de amarguras y las lágrimas vinieron a acompañar nuestra alegría al considerar que nuestra queridísima hermana autora de todo no le fué dado gozar de su trabajo a causa de sus enfermedades. Todo cuanto había hecho le pareció poco y se dedicó por cuantos medios tuvo a su alcance en aumentar la dotación para esta fiesta. Mucho le ayudó la bondad de Ntro. dignísimo Prelado el Sr. Román quien le concedió licencia para que se pusiera de comunidad todo lo que se

necesitara a fin que la solemnidad pudiera hacerse con el mayor esplendor.

A fuerza de industrias se proporcionó con qué comprar un precioso adorno de ángeles, flores y lámparas para el pedestal. Causaba devoción verla votada en su tarima forrando los palitos de las flores para que otra hermana armara las jardineiras. Como ella no era prolija para esta clase de trabajo se conformaba con ayudar en ésto siquiera. El último día del mes de Octubre hacía repartir en la iglesia estampas de N. M. Santísima o emblemas relativos al Rosario para fomentar la devoción.

El tiempo que estuvo de secretaria consiguió con la Madre comprara gran cantidad de rosarios para repartir entre los pobres, y cuando venían al torno a pedir, decía: «No saben estos pobrecitos el gusto que me dan en proporcionarles con qué alaben a mi Madre preciosa». Mucho deseó para los Sábados una misa en su honor con cánticos sagrados; pero esto no lo pudo conseguir. En fin, en todo tiempo y circunstancia procuró ensalzar, honrar y glorificar a la que con justísimo título llamamos *Madre e insigne Bienhechora* las hijas del Patriarca de Guzmán.

En sus conversaciones, en sus cartas, en sus consejos, en todo se reflejaba el amor intenso y tiernísimo a la Sma. Virgen, a quien pedía constantemente estuviera a su lado en la hora de su muerte y fuera Ella la que la presentara al Divino juez. Parece que esta bondadosa Madre no desoyó estos ruegos, pues la paz y alegría que la

acompañaron en momentos tan terribles, hacen creer estaba muy cerca la que es todo paz y suavidad.

Las obras que a Jesús le agradan son generalmente pagadas con nuevas y más pesadas cruces y como extremadamente le complacen las que van dirigidas a honrar a su Purísima Madre, no deja de premiarlas con lo que El tanto amó en el mundo y que es lo único que puede asemejarnos a El.

Muy luego recibió la hermana la recompensa de su trabajo en honra de la Sma. Virgen. El segundo mes del Rosario que se celebró en la iglesia fué el que eligió Jesús para darle la última mano a la corona que debía ceñirle en la eternidad. En ese Octubre se agravaron extraordinariamente sus males; ya no pudo salir de la celda sino rarísimas veces. Se vió precisada a confesarse adentro, lo que fué para ella un prolongado suplicio, su alma necesitaba expansión y en la clausura tenía que cercenar todo aquello que no fuera de estricta necesidad. En más de 2 años que duró en esa semi postración no le oí sino unas 2 o 3 veces pedía al Señor, si era de su agrado la dejara salir a confesarse y comulgar. En todo lo demás se manifestaba tan tranquila y contenta como si las 4 murallas de una celda oscura y fría fuera para ella la más agradable mansión que existía en la tierra. Conociéndola a fondo admiramos los efectos de la gracia, única capaz de cambiar inclinaciones muy contrarias a una vida tan pasiva.

Malestar a causa de una fiebre lenta y continua, dolores constantes y alarmantes novedades producidas por el estado del corazón fueron desde esa época los diarios compañeros de la hermana; pero esto no es nada en comparación de lo que sufrió su espíritu. El temor de dar mal ejemplo fué su cruel verdugo, pues se vió precisada a tener excepciones, éstas si se miran con relación al bien de la Comunidad y los servicios que prestaba aún en ese estado, podemos asegurar que no sólo las que tuvo sino mucho más debía haber tenido pues se trataba en ellas más del bien que de su persona.

Después de muchas perplejidades y bien consultada, se resolvió a pedir licencia para permanecer en la celda, porque sabía por experiencia lo mal que le probaba la Enfermería. Ella creía como quien lo había pasado muchas veces sobre todo en una época que estuvo 11 meses que yéndose a la Enfermería se inutilizaría por completo para todo trabajo porque lo angustioso de las noches no le dejaban ánimo para nada y tendría que permanecer en la inacción lo que habría sido para ella mil veces más terrible que la misma enfermedad. Esto es por lo que tocaba al alivio de la hermana; veamos ahora los inconvenientes que su estadía en la Enfermería habría traído a la Comunidad. En primer lugar no habría podido desempeñar la secretaría, oficio para el que tenía dotes extraordinarios lo que nos habría privado de grandes bienes. Los proyectos que llevó a dicho fin nacieron en el rincón de esa celda vo-

tada en una tarima. Ahí escribía y llevaba los Libros, ahí realizó el inmenso trabajo que le dieron los edificios. No podía sin gran sacrificio permanecer sentada lo que la obligaba a no tener otro escritorio que una tablita que afirmaba como podía. Por otra parte la Prelada consultaba con ella todos los asuntos difíciles del gobierno, porque la discreción y talento de esta hermana bien merecían esta confianza y no era posible que cada vez que la necesitaba lo que generalmente era muy seguido, tuviera que andar una cuadra de distancia que hay hasta la Enfermería. Además fué esta la época en que se emprendió la refacción de la Iglesia y claustro y como la idea era de ella siendo también ella la que corría con las entradas y salidas de capitales, tuvo orden del señor Vicario para que cada vez que pudiera acompañara a la Madre Priora al locutorio, pues era natural que nadie impusiera mejor al señor Síndico. Estas salidas al locutorio le hacían bastante mal y le dieron mucho más que merecer. Como no es posible en una Comunidad darle a todas cuenta de su conducta no faltaron algunas *escrupulosas* tomaban mal ejemplo se violara la costumbre laudable que cuando se comulga dentro no se puede salir al locutorio; pero sin duda no se fijaban que esto no rige en asuntos de Comunidad, pues la Prelada en más de una ocasión se ha visto precisada a hacer lo mismo sin que se le pueda hacer cargo alguno, pues dejaba sólo una costumbre por cumplir con un deber. Todo lo comprendía la hermana María Rosa, pero generosa como

siempre dejaba a un lado el *yo*, *este yo* que tanto amamos y no miraba más que el bien común. No dejándole estas salidas más provecho personal que una nueva molestia que ofrecer al Señor. Sin embargo, la que tanto se sacrificó siempre por servir su Comunidad jamás quiso salir para los suyos. No era porque materialmente le fuera imposible, pues así como podía acompañar a la Madre, estamos seguras que ésta le habría facilitado todo a la más ligera insinuación para que pudiera darse el gusto de ver a los que de tan lejos venían ambicionando como un bien supremo el consuelo de verla; pero ella se hizo superior a la ternura inmensa que tenía a los suyos y a la pena que naturalmente le causaba despedirlos por medio de un recado, pero se inmoló hasta el fin contentándose con decir: *«En el cielo los veré»*.

La complicación de tantas y contrarias enfermedades le hacían insoportable la cama; diariamente se vestía, pero con tanta fatiga y trabajo que algunas veces decía riéndose: «Cuándo será el día que no me tenga que vestir». Sólo dejaba la cama para cambiarla por una tarima donde no admitía para recostarse más comodidad que el respaldo de una sillita vieja; ahí permanecía todo el día ocupada siempre en algo, tan contenta que llamaba la atención aún de las sirvientas a las que he oído decir hasta después de estar fuera del claustro hacer recuerdos llenos de edificación de su alegría, del buen modo que tenía para mandarlas y de su prudencia sin igual. Ciertamente es que las Preladas que gobernaron a la comunidad el

tiempo que duró postrada, trataron de suavizarle la situación en cuanto le fué posible. Consultaron con el S. Vicario Pdo. D. M. Antonio Román y con sacerdotes de talento y vasto conocimiento de la perfección religiosa, si les sería permitido dar licencia a las religiosas para que fuesen a verla como se hace con las que están en la enfermería; se les autorizó ampliamente y hubo quien dijo que no sólo podía dar la Prelada esa licencia sino que podía obligar a que todas la visitaran, porque lo demás lejos de ser perfección era muy contrario a la caridad fraterna. Con estas opiniones nuestras Superiores concedieron licencia para que pudiésemos verla con la frecuencia que se acostumbra y a las que lo solicitaban se les concedió algo más, pues nos fué permitido acompañarla algún ratito todos los días. Yo agradecí a N. Señor y a mis Superiores esta concesión como un gran favor; gracias a ella me fué dado corresponder con algo la deuda de inmensa gratitud y cariño que tenía para con ella y pude seguir paso a paso su escabrosa pero agigantada carrera. Fuí testigo de sus crueles sufrimientos, de las luchas angustiosas con que el Señor aquílato su virtud, de los rápidos adelantos en la perfección. A pesar de nuestros grandes deseos, la pobre enferma tenía que soportar muchas horas de soledad, pero ella encontró medio de endulzarlas con la lectura, de la que era apasionada, procurando infundir en nosotras el mismo gusto. Generalmente su conversación era sobre lo que había leído, lo que narraba con una precisión y

encanto indescriptible. Estos buenos amigos llenaban su alma de grandes pensamientos y sin duda le daban gran fuerza para sufrir; pues veíamos en nuestra querida enferma la que por razón natural no estaba capaz sino de luchar para conservar la paciencia entre tan continuos y agudos dolores, manifestarse extraña a estos importunos compañeros. Tenía estudio en no preocuparse de sus males, no obteníamos de ella otra respuesta: «Estoy un poco mejor, o malita». N. Madre, oyendo nos quejábamos de este laconismo, solía decirle que por qué no nos daba más detalles de su salud, pues tanto nos interesaba; y más de una vez le oí contestarle riéndose: «Madre mía, son tan odiosas, me crucifican a preguntas: si les digo que estoy peor no concluyen de preguntarme, sin son muy graves los dolores, y para que acaben de una vez les contesto que no los he medido: lo que puedo asegurarle es, que no hay parte de mi cuerpo que no tenga un dolor especial». Sólo por estas circunstancias nos fué dado conocer el cruel y prolongado martirio que padeció.

Sin embargo su espíritu conservaba todo su vigor y el deseo de trabajar por la gloria de Dios y bien de la Comunidad lo conservó hasta su postrer momento. Ya puedes descansar hermana mía, ves la Iglesia refaccionada y adornada de lindas imágenes, arreglado el coro, sala de recreo y Noviciado; establecida la nueva Constitución, celebrado con solemnidad el mes de Ntra. Madre del Smo. Rosario, aumentadas las procesiones por el claustro que tanto te hacían gozar aún cuando

solo te era posible acompañarlas desde tu celda, celebrada cada semana una misa por tus hermanas difuntas, enriquecida la Biblioteca con muchísimos libros buenos. ¿Que más te queda que desear? puedes hacer algo todavía en servicio de tu Amado? Sí, por que en ese corazón arde el fuego del amor y este no sabe lo que es descanso. El amor es más fuerte que la muerte. Hay en el mundo una porcioncita despreciada, desconocida, olvidada, pero amada con ternura infinita de Jesús: estas son las niñas pobres. Estas que Jesús ama con predilección, también las amó apasionadamente su sierva. Trabajó con empeño increíble por que se le diera cristiana educación a las pobrecitas niñas de nuestro barrio el que por estar cerca de la calle Sama y Río lo necesitan bastante. A fin de conseguirlo, alcanzó licencia del Prelado para trasladar la escuela del Monasterio que estaba en el curato de Sta. Ana y darle mayor impulso y vida propia. Muchas penas y sinsabores le costó este cambio; pero gracias a Dios en Marzo de 1904 pudo abrirse la escuela de Sta. Rosa instalada en la casa más grande que tiene la Comunidad en la calle de Amunátegui que aunque está muy lejos de tener la comodidad necesaria, por no ser edificada para esta clase de establecimientos, por de pronto no se podía proporcionar otra. Este era solo el primer paso, y bien comprendía la hermana que una escuela que nosotras no podíamos vigilar, no podía dar los frutos que se deseaban, confiada a unas preceptoras, las que muchas veces desconocen en abso-

luto sus deberes. A fin de salvar este inconveniente habló al Sr. Vial, presidente entonces del Centro Cristiano y hoy de la Sociedad Victoria Prieto, rogándole pidiera a las Señoras se hicieran cargo de visitarla y tomarla bajo su inmediata vigilancia. El Sr. Vial con el celo del bien de las almas que hace su verdadero carácter, aceptó lleno de bondad la súplica y desde entonces un grupo de abnegadas Señoras se dedican con heroica constancia, no solo a atender personalmente la moralidad, enseñanza y buen régimen de las niñas sino que la mayor parte de los gastos los hacen ellas por no estar ahora la Comunidad en circunstancias de subvenir a todos ellos como mucho lo deseamos.

Grande, muy grande era el cariño que la Hna. María Rosa tenía a esta obra; hablaba de las niñas con un entusiasmo y ternura que causaba devoción; se entretenía en ver sus pequeños trabajos y hasta examinaba con atención los cuadernos en que escribían niñas de primeras letras. Cuando llegaba la época de la primera comunión, se informaba de cuanto estaban preparando y pedía sus nombres y a pesar de estar tan enferma y llena de serias ocupaciones no dejaba por eso de hacerles de su mano unos cuadritos en los que les escribía ella misma el recuerdo de este gran día, encargando les dijeran los conservaran siempre. Más los trabajos de la hermana no debían tener aquí la más ligera recompensa: Jesús quería a su esposa crucificada y la privaba aún de los goces más inocentes; ja-

más pudo presenciar la sencilla pero hermosa fiestecita que hacen en nuestra Iglesia para este día. Conociendo su carácter y entusiasmo nos llamaba mucho la atención el que nunca mostrara sentimiento ni aún deseos de asistir a ella. Siempre contenta nos preguntaba y oía con gusto lo que le contábamos y al manifestarle que habíamos tenido pena que ella no hubiera podido estar en el coro, nos contestaba con ese espíritu superior que conservaba en toda ocasión; *«En el cielo veré fiestas más lindas»*.

A fin de proporcionarse algún dinero, organizaron las Señoras un bazar para el que nosotras ayudamos con algunos trabajitos. El primer año la inmensa mayoría de los trabajos fueron hechos por la Hna. María Rosa, las que sabemos cuál era el estado de su salud y lo mucho que le costaba hacer cualquier cosa, podemos comprender la cantidad de sacrificios y vencimientos que le costó cada uno de ellos. Cuando materialmente ya no podía trabajar, daba para el bazar cuanto llegaba a sus manos y no cesaba de aconsejarnos con expresiones llenas del celo que la devoraba procuráramos por todos los medios posibles sostener y adelantar la escuela. Poco antes de morir repartió entre algunas de nosotras todos los útiles y materiales que tenía, rogándonos no dejáramos de ayudar con nuestros trabajitos a una obra que podía ser de tanta gloria del Señor, pues, estaba llamada a producir muy buenos frutos.

El alma de la Madre María Rosa fué grande, hasta en sus deseos no se conformaba con empe-

zar, quería que las obras santas llegaran a la mayor altura posible. Deseó ardientemente poder abrir talleres en que las niñas más grandes aprendieran a ganar su vida honradamente y de esta manera continuaran practicando esa vida sólida-mente cristiana, que con noble afán procuran infundir en ellas las piadosas Señoras que, llenas de caridad, se han hecho cargo de la Escuela; pero ella comprendió que para esto necesitaban un local proporcionado y de ahí nació su último proyecto de comprar una casa especialmente con este objeto. Todo lo tenía arreglado y calculado muy bien los beneficios e inconvenientes que podía tener; pero como no proponía nada sin que antes consultara privadamente al señor Román alcanzó a llamarlo; mas N. Señor que había resuelto premiar ya sus trabajos permitió que el señor Vicario demorara su venida, pues él sabía que para una empresa de esta clase en las circunstancias en que estaba la Comunidad, necesitaba no sólo para empezar sino para darle fin la magnanimidad y constancia de esta alma grande sobre toda ponderación de la que muy en breve debíamos vernos privadas.

Muy extraño parece el que una religiosa particular lleve a cabo todas estas obras; pero en realidad la idea y los trabajos fueron exclusivamente de ella, no haciendo más las Preladas que prestar su consentimiento y apoyarla con su autoridad tomando en los asuntos toda la parte correspondiente de lo que se había de tratar con los de fuera. En esto podemos ver, una vez más,

que los medios que el Señor toma para sus obras son muy contrarios a los que pide la humana razón, ésta diría: pues si la dotó de una superior inteligencia y la destinó a prestar grandes servicios a su Comunidad, déle salud y elévela a las dignidades que desde ahí podrá ejercer más influencia y tener la libertad de acción para cumplir sus designios. ¡Pobre juicio humano, tú te engañas! Si la Madre María Rosa halagada por los honores y disponiendo de todos los auxilios hubiera llevado a feliz término el engrandecimiento moral y temporal de su Monasterio, la encontraríamos digna de alabanza; pero no había hecho sino lo que muchas otras y talvez le hubiera sucedido lo que ella tanto temía: *trabajar mucho y encontrarse en la presencia de Dios con las manos vacías.*

Mas lo que arrebatara nuestra admiración es ese aspecto de sublime heroísmo que fué el sello de todas sus acciones, y que nos dice muy alto que, sin miras muy elevadas, no era posible contrarrestar con tantos inconvenientes y conservar como conservó siempre, la noble ambición de ser desconocida. Las que hemos visto sus trabajos en la íntima confianza, sabemos tomar el peso a sus sacrificios. Siempre contemplando ajenas voluntades, esperando tiempo oportuno y acomodándose más a las circunstancias que a sus anhelos. En muchas ocasiones se paralizaba la acción exterior de la hermana; pero cual vigilante centinela jamás dejó de velar.

Concluído el trienio de la Madre Mercedes de Sta. Ana el espíritu de la Madre María Rosa abatido por el excesivo trabajo y su cuerpo lleno de achaques, parece que de justicia pedía algún descanso. Ella lo creía así, ansiando este momento para entregarse enteramente a prepararse a la muerte que veía muy cercana; pero Jesús quiso dejarnos a nosotras un heroico ejemplo de abnegación, disponiendo que muriera con las armas en la mano.

La R. M. Manuela del C. de María que sucedió en la prelación, pidió a la hermana siguiera ayudando a la Secretaria que había nombrado. Era la misma que había acompañado a la M. Mercedes de Sta. Ana en el trienio pasado; pero para formarse una idea de la situación de la Madre María Rosa en esta circunstancia hay que dar a conocer un tanto a la joven Secretaria. Tenía esta hermanita repugnancia extrema al oficio, rogó, lloró; pero la obediencia la obligó a aceptarlo. Por otra parte, era muy regalona de la M. María Rosa, la que tenía por esta hermana un afecto muy grande. Ella había conocido su vocación cuando aún la niña estaba encantada con las ilusiones color de rosa con que trataba de seducirla el mundo y la había obligado a pensar por primera vez seriamente sobre lo que Dios quería de ella. En las terribles luchas que tuvo que soportar tanto como en el tiempo del noviciado, la M. M. Rosa fué su apoyo, y sus consejos alentaban extraordinariamente a la afligida novicia; pudo decir con toda verdad cuando la vió profesa: «ésta es hija

de mis penas y sufrimientos», y como lo que mucho cuesta mucho se ama, tuvo por ella gran cariño. Pero los afectos de la Mdre. M. Rosa fueron siempre superiores a la miseria humana, no buscando en ellos su propia satisfacción, sino el bien de su amada Casa ; trató de aprovechar la lealtad con que le correspondía la hermanita para enseñarla y corregirla, empeñándose en que aprendiera todo aquello que la pudiera hacer útil a la Comunidad. En todo le condescendió pero llegando al oficio de Secretaria, se dieron bastante que merecer las dos. La Madre María Rosa creía que se podía formar una buena Secretaria y le exigía se dedicara con empeño, aunque tuviera que contrariarse de la mañana a la noche haciéndola comprender que ésa era la obligación de la religiosa cuando la obediencia le confía algún cargo; pero es tan difícil contrariar la propia inclinación: para la Hna. Secretaria era un tormento tener que dejar sus devociones y aún sus inocentes entretenciones de niña para ocupar la mayor parte del día en escribir y sacar cuentas. Mil disculpas se le ofrecían y cuando éstas no eran suficientes venían las lágrimas que conseguían llenar de compasión el corazón de la Madre Priora que no se atrevía a apurarla. En vano protestaba la Mdre. María Rosa diciendo que era capaz de hacerlo (como efectivamente se vió cuando ella murió), pero inútilmente. El respeto a la Madre y el cariño a la Secretaria la obligaron a cargar con la correspondencia y con todas las dificultades que se presentaban en los libros.

Perdóname hermana mía si este recuerdo te molesta, pero quiero dar a conocer en toda su desnudez el trabajo y mérito de la que S. C. amaba y veneraba tanto como yo.

A este trabajo intelectual se agregaba otro que la obediencia la había obligado a emprender. Hacía algunos meses el señor Román le exigió escribiera las Crónicas del Monasterio; mucha repugnancia sintió para obedecerle porque estaba persuadida que se le pedía algo muy superior a su inteligencia e instrucción. Jamás quiso acceder a nuestros ruegos, los rechazaba como si le pidiéramos un imposible, sólo el respeto y deferencia que tenía a los deseos e indicaciones del S. Vicario la hicieron doblar su juicio: «*En las Rosas no hay escritoras*», contestaba con viveza cada vez que se trataba de este punto, y podemos asegurar son muy injustos los que la juzgaron de otra manera. Muchas veces la oí repetir que se quedaría muy tranquila si el Sr. Román echara su trabajo al fuego por inútil.

Al paso que se acercaba a la eternidad, fué mas veloz su carrera, podemos decir que en los 4 últimos años hizo mas que en el resto de su vida. Dicen los escritores: "que más hace el que padece por Dios que el que hace grandes obras por El. Esto se comprende fácilmente pero en Ntra. hermana encontramos lo uno y lo otro, hizo mucho por Dios; pero padeció mucho más por El. Sus obras estuvieron llenas de contradicciones y los sinsabores fueron sus inseparables compañeros. No fué alabada ni aún reconocida su inmensa ab-

negación, sino por el contrario, siempre mal interpretadas sus acciones más heroicas, así que en cuanto trabajó pudo ofrecer al Señor la obra y el sufrimiento pues no estuvo nunca la una sin el otro. Sus obras fueron rosas de peregrina hermosura cuyo perfume recreaban al Hortelano divino, por eso las cubrió de tan punzantes espinas para evitar fueran marchitadas por el pestífero aire de la vanidad y humanas alabanzas. En los primeros meses del gobierno de la Mdre. Manuela insistió el Sr. Síndico en que lo dejaran reedificar nuestro viejo claustro. Con bondad sin igual decía que ya había edificado una casa con toda comodidad para su familia y que no quería morir dejándonos a nosotras en habitaciones tan malsanas; pero se tropezaba con un inconveniente insuperable: La falta de recursos, pues la Comunidad no tenía sino para sus gastos ordinarios, y fué preciso decir nuevamente que no se podía. A la Madre no se le ocultaba que talvez nunca se le presentaría al Monasterio ocasión más favorable para edificar, pues nuestro Síndico ofrecía atender y dirigir personalmente el trabajo el que además de su reconocido mérito como ingeniero, miraba nuestros intereses con cariño de verdadero padre. Sentía por lo tanto no poder aprovechar en favor de la Comunidad ofertas tan ventajosas. Pero parece que N. Señor se complacía en que la Mdre. María Rosa allanara todas las dificultades y a ella le inspiró la idea. En sus desvelos por el bien de esta Casa que tanto amaba, se le ocurrió que edificando en la parte a la calle almacenes y casas

que produjeran el interés del capital que se necesitaba, podría invertirse éste quedando después la Comunidad con un interés mayor que el que producen las Letras, y además un claustro higiénico para las religiosas. Consultó su pensamiento con el Prelado y obtenida la licencia se lo dijo al Sr. Síndico el que le aprobó con entusiasmo.

En los primeros días de Octubre de 1905 abandonamos las celdas testigos de nuestras penas y también de tantos inocentes goces, habíamos estado en ellas desde el día de la profesión y por lo tanto nos eran muy queridas. Al dejar la suya la M. María Rosa sintió una impresión muy fuerte, su estado de salud no la dejaba esperanza de volver a ella. Esa celda la había hecho edificar *Sor Mercedes de la Purificación* (*Valdés Carrera*), en ella alcanzó el grado sublime de perfección a que llegó, pues la mayor parte de su vida la pasó postrada en cama y mereció morir en olor de santidad. Esta era la razón porque la M. María Rosa amaba y veneraba esas murallas y además porque ese rinconcito encerraba para ella un mundo de recuerdos.

Repartidas las religiosas, diez fuimos a instalarnos en el noviciado, la pieza más grande se destinó para la M. María Rosa y ahí pasó un año ¡pero qué año! ¡Dios mío! Tú sólo puedes comprender hasta donde llegó el exceso del sufrimiento de aquella que con amor riguroso quisisteis purificar para hacerla digna de ser colocada a grande altura en la mansión donde muy luego debías llamarla!

Con gran empeño se empezaron los trabajos del claustro; pero a medida que éstos avanzaban se iba haciendo más difícil la situación de la Comunidad por la escasez de recursos. Los materiales y obreros subieron considerablemente de precio y los apuros de la Madre María Rosa eran extremos. Algunos meses no tenía que darle a la Madre, ni para los gastos esenciales y los gastos tenían que hacerse. Por delicadeza jamás quisieron molestar al señor Síndico, y más bien ocultaban los apuros en que estábamos. Pidiendo algo al Banco, escribiendo a otros no pasaran sus cuentas ese mes e ideando de mil maneras salvar la dificultad, pero ¿qué no sufría entonces? Lo que mayor impresión le hacía era ver las justas aflicciones de la Madre, la que muchas veces sentía haber empezado una obra tan superior a los fondos de la Comunidad. La Madre María Rosa no participaba de este sentimiento, pues no era su carácter para retroceder ante las dificultades. Antes de tomar una resolución, siempre consultaba, porque tuvo el don de saber consultar y una vez convencida que convenía, nada y nadie la hacía vacilar.

El verano lo pasó muy mal; pero no le faltó el ánimo para preocuparse de que se acercaban las bodas de oro de N. P. General. Su entusiasmo superó mil dificultades a fin de que la Madre pudiera hacer a nombre de la Comunidad una manifestación de adhesión y filial cariño al digno representante de Ntro. Smo. Patriarca. La carta que escribió en esta ocasión, de la que conservamos

una copia, está impregnada del amor apasionado que tuvo a la familia Dominicana y que fué su verdadero carácter. Pero el trabajo por poner a la Comunidad en relación con N. P. General no fué sólo por satisfacer el cariño de Dominica hacia el común Padre, sino también para abrirse paso y llegar a realizar un deseo que la gratitud había hecho nacer en su alma. Mucho tiempo hacía que deseaba corresponder las excesivas y paternales bondades del Sr. Síndico consiguiendo para él una Carta de Hermandad, que lo hiciera participante en vida y en muerte de todos los privilegios, gracias, trabajos apostólicos, oraciones y buenas obras de toda Ntra. Orden, reparada por el mundo. Y lo consiguió pues, la tierna paternal contestación del Pdre. General el que agradeció mucho nuestro pequeño obsequio le dió confianza para hacer la solicitud que fué atendida con benevolencia en Roma.

En el mes de Julio otro objeto llamó su atención. El 10 de Agosto era el III centenario de la toma de hábito de Ntra. Madre Sta. Rosa. Mucho se deseó celebrar este día con un solemne triduo en nuestra Iglesia; pero la situación de la Comunidad a consecuencia de los edificios no permitía hacer ni un solo gasto extraordinario. Esta fué la ocasión en que más dió a conocer la Mdre. María Rosa la devoción y cariño que tenía a su Sta. Madre y Patrona. Viendo que la Madre nada podía hacer, buscó ella por otros medios; pero solo pudo conseguir una pequeña limosna que no permitía sino hacer celebrar una misa con cánti-

cos sagrados y esto no la dejó contenta. Un día nos dijo: «He pensado escribir al Sr. Román, pidiéndole ofrezca S. S. nuestras oraciones, por premio al cantor que quiera celebrar las glorias de Ntra. Madre Sta. Rosa para festejarla en el centenario de su toma de hábito; pero es necesario que cada una de V. V. C. C. se comprometa a ofrecer un número de comuniones, misas y rosarios con que formar el ramillete». Todas le recibimos con gusto la proposición y efectivamente la oferta fué aceptada por el bondadoso Sr. Román, lo que fué para nosotras de mayor satisfacción. Un bello Romance que publicó en la Revista Católica vino alegrar nuestros filiales corazones dejándonos llenas de gratitud hacia nuestro amado Prelado. El día 10, después de satisfacer su devoción la Madre María Rosa dedicó parte de la mañana en escribir al Señor Vicario, manifestándole nuestro agradecimiento y enviándole una modesta tarjeta en la que iba nuestro espiritual obsequio.

Aquí quisiera dejar la pluma y pasar en silencio los cuatro últimos meses de su preciosa existencia. Hay en ellos recuerdos tan amargos, días tan oscuros, que la naturaleza se resiste a trasladar al papel impresiones tan sombrías; pero ¿cómo callar cuando tengo la íntima convicción de que este aparente rigor de Jesús fué la mayor prueba del amor que tuvo a su esposa? Si quiso extinguir en ella hasta en sus ápices el amor propio y demás imperfecciones de las que jamás están libres aún las personas santas, por

eso hizo llegar el fuego de la purificación hasta lo más íntimo del alma.

He leído muchas veces que por apasionada que sea una creatura de la mortificación y aunque tenga una verdadera locura por ofrecer sacrificios al Señor, jamás hará llegar la espada hasta ciertas secretas y delicadas fibras del corazón. El valor no llega nunca hasta ahí, antes semejantes penas la muerte parece dulce y mil veces preferible. Es necesario sea la mano de un Dios el que abra estas heridas que siendo dolorosísimas en sí son bálsamo eficaz para curar las muchas que las faltas e imperfecciones dejan hasta en las almas más bien dispuestas.

La experiencia nos muestra todos los días que las personas y sobre todo las religiosas que más han trabajado por llegar a la perfección poco antes de ser llamadas al divino Tribunal, son casi siempre probadas con extraordinarios sufrimientos. Alguna vez es una humillación tremenda, otras penas tan intensas en el alma que si Dios no las sostuviera ellas solas causarían la muerte; lo cierto es que esto las pone en estado de purificación y por lo mismo de practicar virtudes heroicas lo que sin duda les disminuye el purgatorio y les acrecienta los grados de gloria en la eternidad.

En Septiembre tomó una parte del trabajo de la Secretaría. Desde esa época dejando Jesús que las penas del alma concluyeran los rasgos de semejanza que debe tener el Crucificado y su esposa, suavizó sus rigores en lo exterior y bien po-

dríamos decir le dió muchas pruebas de ternura, pues, los dolores disminuyeron considerablemente, se le quitó el malestar que tanto tiempo la molestaba, pudo alimentarse bien y las noches las pasaba relativamente buenas; todo es raro pues la enfermedad que le producía dolores subsistía y materialmente hablando es casi imposible que estos cesen sin quitar la causa. Además quiso viera concluido el claustro, ese claustro que tanto le había costado, pues alcanzó habitar más de dos meses su nueva celda.

Aún llegó su condescendencia hasta darle la satisfacción que viera en nuestro poder la Carta de Hermandad que tan ardientemente había deseado para el Sr. Síndico. Ocho días antes de su muerte se recibió en el Monasterio.

Este bienestar con que Jesús la regalaba lo aprovechó para entregarse de nuevo a servir a su Comunidad. Volvió a tomar con empeño el trabajo de los Libros. Un día al verla tan atareada una de las Hnas. llena de aflicción le dice llorando, «Por amor a Dios deje esos libros, ¿hasta cuándo quiere matarse con esas cuentas? y ella le contestó con mucha tranquilidad. Qué quiere que haga? el soldado muere al pié del cañón, yo quiero morir sirviendo a mi comunidad». Estas manifestaciones de cariño la enternecían, después me decía: *«No me imaginé que esta Hna. tuviera tanto cariño por mí; si se pone nerviosa cuando me ve escribir y sacar cuentas».*

Muy dura fué la prueba, pero los efectos fueron excelentes y dió frutos de valor inapreciable. En

pocos días desarraigó más defectos que en muchos años de trabajo dejando en el alma bien cimentadas virtudes que elevan a grande altura.

Desde Octubre su vida se deslizó como suave arroyo; una paz profunda dulcísima, superior a todos los contratiempos y contradicciones que nada y nadie pudo alterar, fué como el anticipado premio de sus sufrimientos.

Sin embargo se dejaba traslucir que el Pintor divino se empeñaba en dar en el alma de su esposa las últimas pinceladas. Una suave tristeza se notaba en ella y aún parece repercutir en nuestros corazones ese *¡Ay! penas del alma mía!* que involuntariamente y muy a menudo se escapaba de su pecho y que traicionaba el secreto que quisiera sellar con absoluto silencio. Con cuánta propiedad hermana mía podías repetir entonces lo de la Esposa de los cantares: «*Manojito de mirra es mi Amado para mí*». Sí, te amó Jesús con predilección indecible, por eso quiso hacer de tu alma una acabada imagen de Jesús hostia, de Jesús víctima, *de Jesús crucificado*.

Una sola cosa la preocupaba y esta era su queja constante. Lo mucho que la cuidábamos. Toda su vida había sido inflexible en no aceptar especialidades mucho menos de las que conocía tenían por ella preferente cariño; pero en esa época, ya sea por una condescendencia o porque la hubieran obligado, recibía con gratitud el cuidado que ponían las oficiales para que se alimentara mejor. Algunas veces nos decía: «*V. V. C. C. no*

piensan en otra cosa que en halagar este cuerpo, parece creen que soy animalito.

Parece que N. Señor le dió a conocer que pronto la sacaría del destierro, porque el 8 de Diciembre, día en que acostumbraba renovar sus votos, estando con ella dos religiosas les dijo que esa sería la última Inmaculada que pasaría con nosotras. Pocos días después, diciéndole una hermana quería hacer una tunicuita nueva al Niño Jesús que adoramos en el coro el día de Pascua, le prometió conseguirle con la Madre el género y le dijo: «Hágala luego para alcanzarla a ver yo». Diciéndole la Hna. que aunque se demorara la tenía que ver, le respondió: «Su caridad lo va a ver». Después me repitió a mí *que la haga luego porque si nó, yo no la veré*. Efectivamente fué así; no creímos lo que nos decía y la demora de unos días nos privó de la satisfacción de haberle dado gusto.

Hay épocas y circunstancias en la vida que se graban de tal manera, que el tiempo no podrá jamás borrar. El recuerdo de esta Hermana a quien amé con el más puro y sincero cariño lo tengo tan presente, como si ayer no más nos hubiera dejado; sobre todo en algunos pasos de su vida, me parece que aun veo su actitud, oigo sus palabras y siento el suave aroma de sus bellas acciones.

Llegamos ya al término de su carrera. Los últimos meses habían sido de extraordinario adelanto en su espíritu. Dice el Sr. Vial que no caminó, sino que voló a la perfección. Todo lo que se veía en ella hace conjeturar que N. S. le con-

cedió gracias muy especiales. Su vida se asemejaba a la de una enamorada tórtola que con lastimeros ayes llora la ausencia de su Dueño y para quien la tierra no es ya sino un árido y sofocante desierto. Llegarán ya cara Hermana tus gemidos al corazón del Amado? Cortará de una vez el ligero hilo que le aprisiona? Preparada está la víctima; el fuego está pronto, una chispa sola, Señor, y el holocausto quedará consumido en honor vuestro. El amor que tuvo a su Comunidad fué el fuego que consumó el sacrificio. Divisó, previó males que a ella no le fué dado evitar y como flor que no puede resistir al huracán, cayó tronchada al peso del sufrimiento.

El día octavo de la Inmaculada tuvo un enorme sufrimiento. A las 3 de la tarde fuí a verla, luego me dijo: «He sufrido tanto, tanto como no puede imaginarse; *pero estoy enteramente tranquila y conforme; ya todo está depositado a los pies del Crucifijo*». En esa hora le trajeron una carta que le mandaba la Madre para que la contestara; en el acto se puso a escribir como si nada la preocupara. Lo restante del día lo pasó relativamente bien, al verla nadie sospechaba que penas horribles la atormentaban. En la tarde le contaron que una de las Hnas. había recibido una noticia muy desagradable, que estaba sufriendo mucho y como jamás le fué indiferente el sufrimiento ajeno, esto la preocupó y contribuyó a desvelarla, pasó la noche mala, después me dijo: «Las penas de la Hna. N. me parten el alma; no me ha dejado dormir. Al otro día que era Domin-

go fué a misa de 9½, no recuerdo si comulgó, pero el día antes sí, pues estaba siguiendo los 15 Sábados. Al salir del coro se encontró con una de nuestras Madres ancianas a quien hacía tiempo que no veía, por no poder ésta subir las gradas del claustro nuevo; la saludó con grandísimo cariño, de ahí se la llevó la Madre al Locutorio donde la esperaba el Sr. Síndico. Al salir se sintió mal, ella creyó haberse resfriado; pero seguramente no fué sino el principio de la enfermedad que la arrebataría al cariño de sus Hermanas. A las 6 fuí a verla, la encontré en cama, tenía la cortina algo levantada y estaba absorta mirando los majestuosos cipreses que dan a nuestro claustro un aspecto tan imponente, melancólico y devoto. Otras veces la había visto entretenida contemplándolos; pero entonces tenía algo de sublime, estaba repitiendo con un acento que aún me parece oír: «Eternidad, eternidad». Déjese de eternidad, le dije, como que me molestaba toda idea de separación. Se calló; pero por un rato quedó mirando lo que dulcemente le atraía. Qué lejos estuve yo de pensar que esa era la última vez que me sería dado gozar de su conversación en el seno de la amistad más sincera. Me despedí para ir a Maitines con la esperanza de volver a la noche a saber como seguía; pero a esa hora nos dijeron había pedido la dejaran sola porque quería dormir.

A la media noche le empezaron los dolores sin calmarle ni un solo instante; pero fué tal su abnegación que soportó cinco horas de purgatorio

sin exhalar una queja, por no molestar a las que dormían en las celdas vecinas, pues se había habituado a mirar más por la salud ajena que por el propio alivio, hasta en horas supremas conservó esa generosidad que la hizo tan admirable. Los dolores continuaban en tanto extremo que la obligaron a decir: Parece que me estuviera deshaciendo. Cuantos remedios se le dieron los arrojó con indecible tormento, pero en medio de tantas angustias se conservaba tan alegre y tranquila que admiraba a todas, solo un ligero quejido que involuntariamente se le escapaba nos advertía el estado en que se encontraba.

Al llegar el Doctor una de sus primeras preguntas fué si sería ya tiempo de que la sacramentaran; pero él contestó no era el caso de esa gravedad. Le ofreció una inyección de morfina, pero con valor increíble se la rechazó. Déjeme con mis dolores; no quiero calmantes, exclamó. Muchas de tus hermanas antes que tú ofrecieron al Señor sacrificios que sin duda le son agradables, pero a ninguna he visto que rehusara el alivio en toda la fuerza de los dolores, reservándose para ti este acto de ejemplar heroísmo. Había tenido siempre mucho temor a la morfina y decía: «Es algo inconformable que por evitar un dolor pierda la religiosa los últimos momentos que tiene para entregarse al Señor.» Esta reflexión a todas nos parece muy buena, pero llegando la enfermedad a cierto grado poquísimas son las que tienen valor; ella sí que lo tuvo, soportando durante 10 horas continuas los tormentos con que Jesús la regala-

ba, no sólo con paciencia sino con alegría admirable. Habiéndole dicho yo que ofreciera al Señor los dolores en satisfacción de sus faltas, me contestó con gracia. «Mire si será tontita ésta, ni uno solo he dejado de ofrecer y unidos a la Pasión del Señor los he ofrecido por mí y también por todas y cada una de Uds.» Después continuó contándonos que esta práctica se la había enseñado el Sr. Román, que con ella valoraba todas sus obras y oraciones del día para pedir lo que deseaba, que últimamente había leído que una religiosa dominica se admiraba que por sus oraciones salieran tantas almas del Purgatorio, las que venían a darle las gracias y que se le había revelado que la causa era el mérito de la Sda. Pasión a que las unía. Todo esto lo decía entre los ayes que le arrancaban los dolores, pero con encantadora animación que parecía que la que así nos conversaba estaba muy distante de sentir molestia alguna, si el quejido no nos advirtiera lo contrario. Pero lo que más me llamó la atención desde el primero hasta el último día de su enfermedad, fué un gozo, una alegría muy grande, muy extraña que se notaba en ella, esto nos confundía; por una parte veíamos que la enfermedad tenía síntomas muy graves y sin embargo tenía ella esa animación y jovialidad como en sus tiempos de mayor felicidad. «¡Qué lindos 15 Sábados voy a concluir en el cielo!» nos dijo con gran entusiasmo; después mirando a las que rodeábamos su cama nos pidió la sacáramos luego

del Purgatorio para ir a pedir por nosotras: porque allá voy a pedir mucho por Uds. exclamó.

A la una de la tarde le calmó la fuerza de los dolores; pero lo restante del día lo pasó muy mal. La postración era extrema. «Cómo pide la tierra estos despojos» decía ella, con gran tranquilidad de ánimo.

Nunca se conoce más el hábito de mortificación que en la enfermedad; en nuestra hermana hemos visto de una manera extraordinaria el hábito que tenía de esta virtud. Con una fiebre abrasadora observó hasta la muerte toda la estrictez que nuestras Constituciones nos exigen en la ropa que es de lana tosca hasta en la cama. No pedía alivio sino los que eran indispensables, rehusando todo aquello que le parecía regalo, pero lo que más me llamó la atención fué el dominio que tenía sobre sí misma para contestar con suma dulzura a las mil preguntas e importunidades de nuestro cariño, y éstas repetidas por una y otras a cada momento, pues no hay duda que es muy majadero el cariño.

A las 5 de la mañana del día siguiente le volvieron con nueva fuerza los dolores, entonces pensó en confesarse, pidió le entraran al Sr. Vial; pero al Sr. Vial le pasó lo que a nosotras que al ver la animación con que hablaba (pues parece que en esos días le volvió toda su viveza de carácter que los últimos sufrimientos habían apagado algún tanto) y al ver que se confesaba con suma tranquilidad, no creyó estuviera tan grave. Cuando la Madre le preguntó al salir, cómo la en-

contraba, le contestó que la única señal de muerte que le hallaba era una paz muy grande que tenía, profunda paz. Sí, el gozo y la paz en que estaba sumergida no dejaban ver las oscuras sombras de una muerte muy cercana ya.

Sólo a las 10 A. M. se pudo conseguir al doctor, éste la encontró con cerca de 40 grados de fiebre y para calmar algún tanto los dolores, recurrió a las bolsas de hielo. En el acto salieron algunas de las hermanas a preparársela, y efectivamente esto le calmó los dolores. Poco después fuí a verla, la encontré mejor; se puso a contarme llena de gratitud la ligereza con que le habían proporcionado este alivio, alabando el cariño extremo con que la servían. Yo, sintiendo que este alivio no lo hubiera tenido antes, le manifesté sentimiento con el doctor por haber llegado tan tarde; pero me contestó en el acto: «Siempre culpando a la creatura. Voluntad de Dios, voluntad de Dios». Me parece oír aún estas expresiones que tan de relieve manifestaban el estado de su espíritu.

Muchas veces recuerda la Mdre. Sta. Ana llena de admiración algo de lo que vió en nuestra queridísima enferma; dice que un día después de decirle que no tenía parte de su cuerpo que no tuviera su especial tormento, se puso a contarle llena de entusiasmo las virtudes y trabajos apostólicos de unos Padres Dominicos que hacía poco había leído en una revista dominica española. Lo que le sorprende a la Mdre. es la presencia de ánimo para preocuparse de otra cosa que de los dolores y angustias de su gravísimo estado; pero

la Hna. nunca perdió la tranquilidad y la gracia y así otro día le dijo riéndose: «Madre mía, hemos cambiado de decoración» aludiendo a que su enfermedad había tomado otro giro.

Se preocupaba de nosotras con la misma solicitud de antes, nos preguntaba por todo aquello que sabía nos interesaba; pero sobre todo celaba nuestra observancia con la misma vigilancia de siempre. No hubo vez que me viera llegar a su celda a horas de actos de comunidad que no fuera su primera palabra para preguntarme, por qué andaba fuera del coro, contestándole yo que habíamos tenido que abrir la puerta para recibir los remedios o por alguna cosa por el estilo, me dijo una vez llena de angustia. «No se pueden imaginar lo que me hacen sufrir al ver que se quedan sin los actos de comunidad por mí».

He visto morir a muchas religiosas; en todas he notado gran tranquilidad y en algunas sumo gozo al abandonar el destierro, pero siempre los dolores, el mal estar y desasosiego propios de esos momentos, imprime un algo de angustioso para ellas y para las que las acompañamos; pero en esta hermana, quitadas las 2½ horas de agonía no hubo nada que inspirara tristeza o dolor; aún el quejido que le arrancaba la fuerza del mal era tan ligero que solo lo oíamos las que estábamos más cerca.

No era que no se diera cuenta del tremendo trance que se le acercaba, gracias a sus instancias tuvo la felicidad de recibir los santos sacramentos en pleno conocimiento y con gran prepara-

ción. En los 4 días de enfermedad trabajó con increíble empeño en hermosear su alma para presentarse en las mejores disposiciones a los ojos del divino Juez; pero parece que le preocupaba más el amor del Esposo que la justicia del Jesús. Hablaba de su partida con una alegría como quien está segura que abandona el destierro por la patria. Que bien pudo repetir ella: «*Vale la pena el vivir sin placer, el placer de morir sin pena*». Le pregunté si deseaba mucho morir. «Temo no haber llegado al grado de perfección que Jesús quería de mí, pero...» No me dijo más, no olvidaré la dulce expresión de su semblante y la suavidad con que pronunció la última palabra, estoy segura que este temor se perdía como una gota de agua en el océano inmenso del amor y misericordia divina, en la que parece se sumergía y abandonaba en absoluto. La jaculatoria que repetía con mucha frecuencia era: «*In te, Dómine sperávi, non confundar in æternum*». Frecuentes eran sus aspiraciones y al acercarnos a ella solía principiarnos algunas de esas oraciones cortas que con frecuencia repetimos, talvez porque oyéndolas le sería más fácil decirlas con atención. La Madre Rita, que durante estos días no se separó de su lado, de quien decía la Madre María Rosa con ternura e inmensa gratitud que parecía que a su Angel de la guarda le había encomendado su cuerpo según era el respeto y delicadeza con que la trataba. Esta buena Madre que tan profundo afecto le profesaba, puso toda su atención en ayudarle a ofrecer sus padecimientos confor-

tándola con palabras llenas de unción y sugiriéndole los actos más propios para embellecer un alma así crucificada en el lecho del dolor. Muchas veces le oí decir a la Madre María: «Qué lindo es lo que me dice la Madre Rita, hay momentos en que no puedo repetirlo fuerte, pero siempre lo hago interiormente. El deber me forzaba a pasar largos ratos separada de nuestra querida enferma y sin duda he perdido muchos rasgos edificantes, pues sólo escribo lo que yo he visto o que ella me contaba.

El miércoles le empezaron fatigas muy fuertes producidas por el corazón, pasó muy mal el día; pero su ánimo no decayó un punto, esto nos hacía admirar el poder de la gracia y la generosidad con que corresponde N. Señor aún en esta vida, lo que hacemos o sufrimos por El.

En la tarde nos pidió la cambiáramos de postura, lo que nos costó inmenso trabajo, pues tenía ya postración de los moribundos; pero lo que más nos hizo sufrir fué lo que ella tuvo que padecer para poder moverla. «*Hoy en la cruz mañana en el cielo* exclamó» como confortándose con estas palabras que tenía escritas cerca de la cama; después repitió su jaculatoria favorita Madre dulcísima ayúdame. Solo entonces pudimos comprender mucha parte de sus tormentos que ella siguiendo su costumbre de no decir sobre sus enfermedades sino lo indispensable había pasado por alto. Este cambio le proporcionó un rató de alivio. «Que bien me han dejado, decía con gratitud, pero los males arreciaron de una manera ex-

traordinaria llegando la noche. Ese malestar indefinible que produce el corazón cuando ya no tiene fuerzas, le causaba indecibles tormentos, aún hoy se enternecen las hermanas que tuvieron el consuelo de acompañarla al recordar lo que sufrió la que tanto amábamos y a quien no podíamos aliviar.

El jueves muy de mañana pidió que entraran al Sr. Vial, con el que tuvo la felicidad de hacer su última confesión.

Poco después llegó el Doctor, al verlo insistió en que dijera de una vez que la sacramentaran, pues la Madre esperaba su opinión. Por complacerla dijo el Doctor que lo hicieran, pues todavía él tenía esperanza, al menos creía no estaba tan próxima la partida. Extraño parece que tratándose de una enfermedad tan grave y de una religiosa por quien se tenía tan grande estimación y cariño, nos conformáramos con solo la opinión del Dr. Letelier sin pedir junta o consultar otros Doctores; pero esto manifiesta claro que sus enseñanzas habían echado en nosotras raíces muy hondas, pues ninguna se atrevió a insinuarlo si quiera, seguras que en esto obedecíamos a sus deseos. La Mdre. Piora también conocía su modo de pensar y por esto no la molestó con exigencias.

Repetidas veces nos había dicho que a ella le parecía que salvo algunas excepciones la religiosa debía conformarse con un Médico, cuya ciencia inspira confianza y en lo demás abandonarse en manos del Señor. Parece que en esto de juntas

temía tal vez pudiera introducirse algún abuso o falta de pobreza religiosa. Sin embargo no fué exagerada en esto.

Al oír que el Doctor accedía a sus deseos, no pensó sino en prepararse, pero quiso recibir los postreros auxilios de manos de aquel a quien tan de corazón había llamado padre y siempre distinguió con marcada preferencia. Pidió escribieran al Sr. Román rogándole viniera a prestarle este último servicio. Siguió muy grave, a las 12 fuí a acompañarla y quedé un rato sola con ella contemplando lo que jamás admiraré bastante, la muerte con su cortejo de angustias indefinibles cernía ya sobre ella sus negras sombras, y sin embargo permanecía tranquila, jovial, gozosa. Al poco rato me dijo le había dado una fatiga, salí a llamar a otra Hna.; pero con disimulo, acordándome lo que había trabajado porque mirara las cosas con calma, reprendiéndome toda alarma cuando se trataba de ella. Al verme volver con la Madre Rita, lo comprendió todo y dijo riéndose y con mucha gracia: «Ya fué ésta a alarmar la gente». Me retiré para dejarla en más sosiego. Después hizo la arreglara para recibir la santa extremaunción, preocupándose hasta de lo más insignificante.

A las 2 pidió que la sentaran; desde esa hora ya no habló sino lo más necesario a las Hnas. que a cada momento querían saber de ella misma cómo seguía, les decía con dulzura: «Déjenme prepararme». Las horas son muy largas para las enfermas, sobre todo cuando están en una postu-

ra molesta, y la pobrecita tuvo que esperar más de 2 horas sentada con indecible sacrificio. Al fin llegó el Sr. Román; pero la culpa del atraso la tuvo la que escribió que, con la impresión, se le olvidó rogarle viniera temprano. Antes de darle el Sto. Viático le preguntó el Sr. Vicario si quería reconciliarse, a lo que ella le contestó que estaba tranquila, que en la mañana se había confesado; después hizo la protesta de fe con voz clara y recibió con gran devoción el Pan divino y los Sellos sagrados que debían confortarla en su viaje a la Eternidad. El deber nos obligaba a presenciartan tierna y conmovedora escena, y al ver que la hora fatal se acercaba, que ya la separación parecía inevitable, fué inmenso nuestro dolor, muchas lágrimas se derramaron durante toda la ceremonia.

A las 5½ vino el Doctor; la encontró bastante mal, pero creyó que la impresión de los sacramentos había contribuído algo en el mal estado del corazón. Los seglares no pueden creer se vea llegar con tranquilidad un trance tan terrible; nosotras sí que lo creemos, pues estamos acostumbradas a ver esta misericordia inmensa del Señor con las religiosas. Para ésta generalmente la muerte no tiene de terrible más que los dolores y angustias propia de la última enfermedad y como he dicho muchas veces, en esta Madre se vió esto de una manera especialísima.

Poco más de tres horas le quedaban de vida y en ese estado de suma gravedad al oír el toque de maitines, su celo por los actos de comunidad

la obligó a hablar; dijo a la enfermera: «Váyase a maitines; con la Madre Rita que quede es bastante».

A las 7½ fuí a verla, poco después empezó a quejarse del mucho sueño; entonces la Madre Rita la santiguó con agua bendita, le dió a besar su crucifijo y con mucha unción recitó varias oracioncitas cortas, pero afectuosísimas que la Madre María Rosa repetía con una devoción inexplorable.

Un instante después despertaba para entrar en lucha con el infierno; fué éste el momento en que Nuestro Señor le dió licencia al demonio para acercarse a ella.

¡Oh! qué tentaciones tan terribles, dijo con voz un tanto apagada. Estaba recostada en el brazo de la M. Rita, dice ésta que en el acto la miró, pero que su semblante se conservaba sereno sin notar, se en él alteración alguna; pero que a ella no se le ocurrió preguntarle nada, sino que en su confusión se puso a rezar el rosario en voz un tanto fuerte para que pudiera oirla. La expresión de dulzura que se pintó en su semblante y el cariño con que procuraba manifestar su gratitud, nos hace creer que la Sma. Virgen le obtuvo la victoria. Justo era que esta Madre dulcísima al oír las preces del rosario acudiera presurosa a socorrer a la que millares de veces había depositado a sus plantas las coronas de rosas de esta devoción bendita. Sí, Madre querida, ella te amó apasionadamente, trabajó con todas sus fuerzas por propagar tu devoción, y no dejó sacrificio que no

hizo por honrarte y hacerte honrar en la tierra, pidiendo por toda recompensa tu asistencia en esta hora tremenda y tu dulcísimo regazo en el cielo. Después de este ligero combate no se le notó ya sino muy grande paz, y su agonía, que vino poco después, no tuvo más accidente que un suave quejido que a medida que la hora se acercaba fué haciéndose más penetrante.

Parece que N. Señor quiso que esta Madre sellara en su lecho de muerte los grandes ejemplos de virtud con que nos había edificado durante su vida, pues en estos últimos 4 días hemós visto sublimes actos de todas ellas y aún en agonía supo enseñar a sus hermanas el respeto que merecen nuestras santas constituciones. A las 9½ llegó el doctor. Al decirle la M. Rita que estaba ahí el Doctor, en el acto levantó el brazo para alcanzar el velo y se veló, (no la habían cubierto porque en estos casos sólo lo colocan sobre la cabeza) tuvieron que decirle que debía estar con la cara descubierta, y sólo así quedó tranquila. ¿Cómo pudísteis, observantísima Hna., hacer un esfuerzo semejante cuando el corazón paralizado hacía ya imposible los movimientos? ¿Cómo te acordásteis en ese estado de tanto desfallecimiento que estábais obligada a permanecer velada delante de los de fuera? En ti hemos visto actos tan heroicos que nos confunden y nos obligan a confesar el poder de la gracia y a reconocer de una manera palpable que Jesús no se deja vencer en generosidad. El Dr. se sorprendió al tomarle el pulso; el corazón ya estaba paraliza-

do. Desde la hora que manifestó su lucha con el demonio no había vuelto a hablar; pero se le pidió dijera al Doctor qué era lo que más le molestaba y en una sola palabra que dijo en voz muy baja y que fué la última que pronunció, dió a conocer una vez más el horrible mal que la llevaba a la tumba.

Se le puso una inyección de cafeína, poco después otra de alcanfor; pero no se logró sino una ligera reacción, dió tiempo para que alcanzara mayores auxilios espirituales.

Todas creíamos que pasaría la noche y se había mandado buscar un sacerdote para que se quedara en el Monasterio. No nos habíamos atrevido a molestar al señor Vial, a pesar de su gran voluntad, pues sabíamos el mucho mal que le hacen las salidas a esta hora; pero al oír al Dr. que luego concluiría, mandamos inmediatamente a su casa y vino en el acto. Jesús quiso darle el consuelo que las últimas absoluciones las recibiera de quien tanto la conocía. Al decirle el señor Vial la iba absolver de todas las faltas de su vida, un pronunciado quejido nos hizo conocer había oído; creemos que no perdió sus sentidos hasta el último momento y nos queda el consuelo de creer que en pleno conocimiento recibió la absolución que muchas veces le dió el señor Vial durante la agonía.

Reunida la Comunidad se rezó la recomendación del alma, se cantó la Salve y aún me parece sentir el melancólico y suave acento con que la Madre Rita repetía a su oído las letanías de la

Sangre Preciosa. Dice esta Madre que al empearlas, el semblante de la Madre María tomó una expresión muy dulce, la miró y le hizo un signo de mucho agrado. Entre estas súplicas expiró, a las 10½ de la noche. Aquí no tuvo límites nuestro dolor, la lloramos con la sinceridad y ternura con que se lloran los seres más queridos en la vida y que bien merecía nuestras lágrimas la que no había hecho durante su vida sino colmarnos de bondades y beneficios. Cuando nuestros ojos arrasados en llanto buscaban ansiosos a la hermana querida, nuestras miradas se fijaron en su cadáver y una sola expresión se escapó de nuestros labios: ¡Se parece a Santa Filomena! En realidad, había quedado muy parecida a las imágenes de esta Santa en que la representan muerta. Ella no le debía nada a la hermosura, pero después de muerta quedó bellísima: tenía una suavidad indecible en el semblante realzado por un ligero tinte de melancolía que hizo decir a una de las religiosas. ¡Qué bien, parece virgen y mártir! Aún a las religiosas que les causa sumo horror los cadáveres se acercaban a mirarla, parecía estaba en apacible sueño.

Al poco rato se rezó en su misma celda el oficio de difuntos, y durante lo restante de la noche, el santo rosario. A siete religiosas nos fué concedida la licencia para velar su cadáver, el que amortajamos con gran respeto y cariño. Todo lo hicimos nosotras y durante su enfermedad fué lo mismo, no se ocupó para nada a las seglares, pues

sus Hnas. tenían por gran consuelo prestarle sus servicios.

¡Qué impresa ha quedado en mi alma la luz primera del día 21 de Diciembre de 1906. Al ver que los rayos del alba iluminaban cadáver ya, a la Hermana que tanto había amado, no sé lo que pasó por mí. Yo no comprendo cómo sin fe puedan soportar separaciones semejantes! ¡Oh religión santa y mil veces y mil veces bendita, tú sola tienes bálsamo para las heridas del corazón! Tú nos dices que hay una mansión deliciosa, un mundo mejor; donde nos reuniremos a los seres queridos por toda una eternidad! A las 9 de la mañana fué llevado el cuerpo al coro. El carrito que debía conducir su cadáver no pudo subir por las gradas del claustro y así nos fué preciso llevarla a pulso gran parte. Ordenada la procesión se empezó el fúnebre, *Libera me Dómine* que los sollozos no dejaban continuar. Durante el oficio de difuntos que rezamos inmediatamente de llegar al coro no hubo lección que no fuera entrecortada por las lágrimas que nos ahogaban.

La hemorragia que el Doctor había temido la ahogara en los últimos momentos le sobrevino al día siguiente y esto nos privó del consuelo de tener su cuerpo en el coro durante las modestas honras que se le hicieron el día 22. El Sr. Román se dignó pedir el altar y le cantó la misa correspondiéndole aún en este servicio al grande y filial cariño con que la Mdre. María Rosa lo distinguió siempre. Inútil me parece decir que no he pre-

senciado jamás funerales en que se hayan derramado más lágrimas. Justo era que nuestros corazones pagaran tributo de gratitud a la Hermana sin igual que acabamos de perder.

A la muerte de esta inolvidable Madre se recibieron muchas cartas de pésame, no sólo de los Monasterios, sino aun de las Congregaciones que nos son casi desconocidas. Esto es raro, pues, sólo lo hacen cuando muere la Superiora y más tratándose de una religiosa que todo su empeño y ambición lo puso en pasar escondida y desconocida.

8 de Septiembre de 1905.

Madre mía Santísima:

He sido instada muchas veces por mi confesor y por las Hnas. jóvenes a que ponga por escrito los edificantes ejemplos que nos han dejado las Hnas. nuestras que nos han precedido; mi voluntad estaba pronta, pero los inconvenientes eran muchos, bien lo sabéis. Hoy me obliga una orden superior y debo obedecer; y ¿a quién recurriré en busca de auxilios, sino a ti Madre mía dulcísima? He querido que mi acto de obediencia principie hoy, para honrar tu Natividad; ayúdame con tu protección para acertar en la relación de las virtudes que he oído narrar o he visto practicar a mis Hnas. de la antigüedad y que ellas sean un estímulo para las que quedamos, a fin de que un día nos veamos reunidas bajo tu manto, gozando las delicias de tu regazo maternal. Ayuda mi memoria, que ya es nula, para recordar cuanto he oído y visto, a fin de proporcionar flores fragantes al que tejerá la corona para adornar tus sienes, ya que las glorias de las hijas son triunfos de la Madre. No permitas que por mi insuficiencia deje manchas en vez de bellezas en ese precioso cendal dominicano que tú, Madre mía, nos has regalado como prueba de tu maternal afecto.

Para que se comprenda la idea que muchas veces tocaremos en estos «recuerdos» diremos: que en nuestro lenguaje distinguimos dos clases de santos: unos hechos a pincel que nos admiran y atraen, y otros labrados a cincel, que nos consuelan y animan. De los primeros son aquellas hermanas que por su buen natural la gracia obra en ellas sin resistencia y las pasiones les están tan sometidas que parece no las tienen. Las segundas son esas almas que por el vencimiento han conseguido el perfecto dominio de sí mismas y alcanzado una virtud tan perfecta que parece ha nacido con ellas.



Fundación del Monasterio y noticia de las primeras religiosas

1754-1854

En 1680 llegaron a Santiago dos Terceras Dominicas de Lima, a instancias del Ilmo. Señor Dr. Don Fr. Bernardo Carrasco, de la Orden de Predicadores y dignísimo Obispo de esta Diócesis. Instaladas en el local que ahora ocupa el Monasterio de nuestra segunda orden, dieron principio al Beaterio denominado de Sta. Rosa, el cual aunque experimentó varias alternativas de prosperidad y decadencia, alcanzó una existencia de 73 años. En él hacían votos simples y vivían sin clausura rigurosa, con grande escasez e incomodidad. Primero fueron gobernadas por el Jefe de esta provincia de Predicadores de San Lorenzo mártir, y posteriormente (1713) pasaron por orden superior a la jurisdicción del Prelado Diocesano época en que había 24 Terceras y más de 50 personas seglares.

En 1748 hallábase de Priora de ese establecimiento Sor Josefa de San Ignacio, en el siglo To-

rrejón y Heredia, natural de Quillota, señora de pensamientos elevados y de carácter emprendedor. Ella fué la primera que concibió el proyecto de transformar en Monasterio de la segunda Orden el Beaterio que gobernaba. Consultó su pensamiento con el R. P. Ignacio García, de la Compañía de Jesús, que felizmente había sido su Director espiritual, y aquel varón admirable por sus virtudes y ciencia aprobó plenamente la indicación y se constituyó fervoroso agente de su realización, como consta de su doble Historia, escrita la una por el P. Manuel José Alvarez, y la otra por el P. Francisco Javier Cevallos, ambos de la misma Compañía y de una carta que se conserva dirigida por el propio P. García a la referida Priora (1).

Esta se empeñó en obtener a la mayor brevedad los informes de la Municipalidad, Real Au-

(1) La carta es la siguiente: «Madre Priora Josefa de San Ignacio.—Señora: me alegro de sus adelantamientos en esa casa religiosa y su portería, que todo es señal de que quiere Dios servirse en ella algún día en clausura perfecta. Apruebo, señora, su pensamiento; y así procure cuanto antes hacer sus inventarios, sacar sus informes del señor Obispo, audiencia, ciudad, etc. que yo los pondré en Madrid en manos del P. Procurador de mi provincia de Castilla, que como está ahí de asiento y despacio con mi carta y encargo tomará el negocio entre manos y mejor que nadie lo despachará. Si yo vivo, espero que han de tener aquí clausura en breve. Ya yo les hubiera ofrecido esta diligencia, sino tuviéramos la esperanza en otros agentes; pero al P. Carlos discúpenle, que iba de paso y no pudo tomar el negocio despacio. Ahora dejen a mí, que yo avivaré los cuidados para el efec-

diencia y Señor Obispo, Dr. D. Juan González Melgarejo, y los dirigió a España por conducto del Padre referido.

Efectuadas varias tramitaciones que se siguieron, se obtuvo de Fernando VI la Real Cédula dada en Buen Retiro el 3 de Marzo de 1753 que autorizaba la fundación con la condición de no tener más que 21 Religiosas: disposición que posteriormente se modificó a instancias del Ordinario por otra Real Cédula dada en Aranjuez a 26 de Abril de 1761, concediéndose que las Religiosas se aumentasen hasta 33 para facilitar la observancia (1). Entre otras diligencias que se practicaron, escribió el Ilustrísimo Señor don Manuel de Alday, Obispo electo de esta Diócesis al Ilmo. y Rdmo. Señor Arzobispo de Lima don Pedro Antonio Barroeta, pidiéndole Religiosas fundadoras.

to breve. No digo más sino que me cuiden de la Virgen de Pastoriza. N. S. G. a V. R. muchos años—Bucalemu, Agosto 12 de 1748.—Madre Priora.—Su muy afecto capellán.—*Ignacio García*.—P. D.—Escribiré también al confesor del rey, padre Francisco Navago, que es mi conocido y maestro y puede mucho en la Corte.—Después de escrita ésta ví cierta tempestad que oía se les levanta; acudan con oraciones a la Reina de los Angeles que ahora mucho la necesitan. Ayudaréles a que todo se serene.»

Se conserva otra carta de la referida Priora con fecha 18 de Septiembre de 1748, en que da parte al P. García de los informes que ya tenía y de otros que esperaba por solicitud del señor Marqués de la Pica, expresando varias diligencias que debían practicarse.

(1) El Sr. Pbo. Don Francisco Gandarillas en sus «Recuerdos de Sta. Rosa» se ocupa de la Fundación de nuestro

Nombráronse en efecto las Madres Sor Laura Rosa de San Joaquín, en el siglo, Flores de la Oliva, deuda de Santa Rosa de Lima, Sor María Antonia del Espíritu Santo, Vaudin, y Sor Rosa de Sta. María, Escobar, la 1.^a como Priora, la 2.^a como Maestra de Novicias, y la 3.^a como Portera, siendo todas ellas del ejemplar Monasterio de Santa Rosa de Lima, y se les designó por capellán el R. P. Fr. Diego Flores de la Oliva, Mercedario, deudo de la Madre Priora fundadora y de la gran Santa Rosa. Salieron de la capital del Perú el 16 de Agosto de 1754 y el 1.^o del siguiente Octubre ya estaban hospedadas en la quinta del señor Marqués de la Pica, poco distante de esta ciudad, acompañadas de su capellán y del señor Dr. don Estanislao de Andía Irarrázabal, canónigo Magistral de esta Catedral, Comisario Subdelegado

Monasterio y trae una copia de la carta que el Ilmo. Sr. Alday dirige al Rey pidiendo se aumente a treinta y tres el número de religiosas. Tomamos a la letra el siguiente párrafo:

«Que el nuevo monasterio progresó rápidamente, lo manifiesta el testimonio del mismo Prelado de Santiago, quién, en carta de 18 de Febrero de 1755, (*) decía al Rey: «Procede con tanta felicidad, que se hallan ya con el hábito diez novicias, siendo cuatro de las beatas que había anteriormente, que sólo se hallaron capaces de seguir la regla y entrar en el oficio divino, quedando de terceras algunas otras que no lo son por su crecida edad; y están por entrar próximamente otras seis; de modo que, por la aceptación general de esta fundación y devoción con la gloriosa Santa, se lle-

(*) Esto se escribía *dos meses* después de hecha la fundación. Cinco de las beatas tomaron el hábito para conversas.

de la Cruzada y Provisor nombrado para el nuevo Monasterio, que había ido a recibirlas en Valparaíso. Allí tuvieron que aguardar cinco días por el mal estado del tiempo. Partieron de ese punto el 5 de dicho mes para el Monasterio de Clarisas de la Victoria conducidas en su coche por la Excma. Señora Presidenta, doña Ana Vieveca y Ahumada y acompañadas de las Señoras Oidoras y otras muchas de primera categoría. En el referido Monasterio fueron recibidas por el Ilmo. Señor Obispo electo con los Señores Venerable Dean y Cabildo.

El 9 del siguiente Noviembre salieron acompañadas hasta la portería, de toda la comunidad de la Victoria: montaron en un coche y fueron a la Catedral asociadas del mencionado Señor Obispo que iba en su calecín. Tomó su asiento en el presbiterio y las Madres quedaron hincadas de rodillas en la primera grada del plano superior hasta que llegaron el Excmo. Señor Presidente y Oido-

nará en breve el número de veinte y una religiosas, que se propuso a V. M. para obtener su real licencia, y sobran pretendientes, que se tiene noticias concurren de todas las ciudades de este Reino, cuya circunstancia me obliga a suplicar con el mayor sentimiento a V. M. se digne aumentar el número hasta el de treinta y tres becas, que es el propio del monasterio de Lima». (Archivo del Arzobispado, tomo IV n. 99 a).

«En 8 de Enero de 1760 agregaba al Rey el Ilmo. Sr. Alday lo siguiente: Por el informe de la Priora consta que, antes de cumplir un año de la fundación, había recibido veinte novicias para velo negro que profesaron a sus tiempos».

res, el Cabildo, Justicia y Regimiento de esta ciudad que traían en medio a la Señora Presidenta y dos Oidoras. Tomados sus asientos en la capilla mayor, se incorporaron dichas R. R. Madres con las expresadas Señoras. Formóse la procesión compuesta de las comunidades Regulares, llevando la nuestra a nuestro Santo Patriarca, y después el clero y Señores del Venerable Deán y Cabildo que acompañaban a Santa Rosa. Entre los Señores de la Real Audiencia y Cabildo secular iban las Madres fundadoras con las expresadas Señoras sus Madrinas que las llevaban de la mano dándoles el lado derecho. En esta conformidad llegaron hasta su Monasterio estando colgadas todas las calles del tránsito y adornadas con muchos arcos. Entradas a la Iglesia, subieron hasta el presbiterio en donde adoraron al Señor sacramentado que estaba patente, mientras se cantaba el Te Deum con las antífonas y oraciones de nuestro Santo Padre, Santa Rosa y el Santísimo Sacramento que luego se cubrió. Después fueron conducidas con el mismo acompañamiento hasta dentro del Monasterio. Allí el Ilmo. Señor Obispo entregó las llaves a la Madre Priora en señal del gobierno que le confería del Monasterio; con lo que declaró instalada la fundación y establecida la observancia de la clausura. (Libro de la fundación).

La Madre Priora Laura Rosa funcionó poco más de un mes, por haberse enfermado gravemente, de cuyas resultas falleció a los seis meses de su estación en el Monasterio. Desde el 18 de

Diciembre de 1754 ya aparece como Priora en el libro de Monjíos la sobredicha Madre Sor María Antonia del Espíritu Santo, dando en ese día el hábito a nueve Señoras todas pertenecientes al antiguo Beaterio (1). Entre ellas figuran Sor Josefa de San Ignacio, la principal autora de la nueva fundación, que cambió su apellido de religión por el de Santa Rosa, y Sor Dolores Peñalillo, las cuales han dejado en el Monasterio recuerdos indelebles de talento, observancia y santidad. La Madre María Antonia gobernó hasta 1766 con toda la prudencia y acierto que prometían sus relevantes cualidades, y cuando vió coronados sus esfuerzos con una comunidad completa y floreciente, compuesta de almas distinguidas en la virtud y radicadas en la observancia, se regresó a su

(1) Cuatro de las beatas tomaron el velo negro y dieron por dote y alimentos del noviciado mil pesos cada una, por que—dice Ntra. Rda. M. Fundadora en el libro de «Monjíos» o de toma de hábito—«a causa de tener méritos y servicios hechos en este Monasterio etc.» Cinco entraron al noviciado para velo blanco, «sin dote ni nada por estar ya con el hábito de beata» o de tercera. De estas salió una.

Como a los sacrificios y privaciones de las primeras Hnas. debemos, en gran parte, nuestra felicidad de poder vestir nuestro amado cendal dominicano y ser hijas de la Madre sin par, la Reina del Smo. Rosario, queremos dejar aquí consignados sus nombres; ellas son: Sor Josefa de Sta. Rosa, Torrejón Fernández de Heredia que—como dice el Rdo. P. Aracena fué la autora de tan noble pensamiento; Sor Rosa de Sta. María, Roco y Galleguillos, la más antigua de las beatas; Sor Isabel de la Sma. Trinidad, Soto y Tello y Sor Isabel del Rosario, Chaparro y Olivera.

Monasterio natal de Lima con profundo dolor de las Religiosas.

Ella no dejó súbditas sino hijas que la reverenciaban y amaban como a verdadera Madre, y es necesario leer una carta de las que les dirigió y que se conserva con fecha 16 de Octubre de 1769 para formar concepto adecuado del talento, amabilidad, carácter e importancia de esa Madre bienhechora. El Monasterio de Santa Rosa tiene el gran consuelo de poseer su retrato.

Cuando se partió para el Perú quedó en su lugar gobernando el Monasterio la Madre Sor Luisa del Corazón de Jesús (1), en calidad de Presidenta, hasta que en 19 de Enero de 1770 fué canónicamente elegida la Madre Sor Josefa de Sta. Rosa, antes de San Ignacio, la Torrejón y Heredia. Bien digna era por cierto de suceder a la Priora Fundadora la que había tenido magnanimidad para proyectar y llevar a cabo la nueva creación.

El local del Monasterio no fué más al principio que unas casas de su propiedad que dió el capitán León Gómez de Oliva para la fundación del Beaterio. Después compraron las Beatas parte de un solar contiguo, y cuando ya estaba instalada la segunda Orden se compró lo que faltaba para enterar la manzana (2) y se construyó el último

(1) Portales, Andía Irarrázabal, (historia del Sr. Don Diego).

(2) En 1760 tomó el hábito y profesó a su tiempo, la Hna. conversa Mercedes de Pastoriza, Malbranch y Espinosa y «aseguró su dote» o más bien, legó al Monasterio su «casa

claustro que aún no existía. Lo mejor que había cuando llegaron las Fundadoras, era la iglesia; muy pocos años antes construída y dedicada a nuestra Señora de Pastoriza a solicitud del P. Ignacio García, que tuvo una parte muy principal en aquella obra que existió hasta 1852 en que por su vetustez tuvo que ceder su lugar al bello y más espacioso templo que le ha sucedido, uno de los más lindos que posee Santiago.

Tiempo es ahora de que hagamos un recuerdo, aunque sucinto, del benemérito P. Ignacio García, el primer bienhechor del Monasterio de Santa Rosa, digno de perpetua gratitud.

Nació en San Verisimo de Arzúa, pueblo de Galicia, a principios de Enero de 1696, siendo sus padres don Domingo García y doña Isabel Gómez. Pasada su infancia como si fuese un adulto, fué enviado por sus padres a la Coruña para que iniciase allí su carrera literaria. Bajo la dirección de excelentes profesores aprovechó mucho en humanidades, pero mucho más en el estudio de la perfección evangélica. Sintiéndose fuertemente

que, por contigua al Monasterio, se unió a este y queda dentro de la clausura». (Libro de monjíos).

En 1762 tomó el hábito y profesó a su tiempo Sor Josefa del Rosario (Arrechavala y Alday). Su señor padre cedió al Monasterio, por parte de la dote; tres sitios que poseía en la mitad de la manzana que adquirieron las Fundadoras. Nos parece que estos completaron el total de terreno que ocupa al presente Ntro. Monasterio.

Esta escritura está firmada por el Sr. Dn. Nicolás de los Olivos, primer síndico que tuvo el Monasterio.

inclinado a la vida religiosa para consagrarse a la salvación propia y a la de los prójimos, eligió la exclarecida Compañía de Jesús, y recibido el hábito en Villa-García, hizo su noviciado con fervor ejemplar hasta emitir sus votos religiosos. Los superiores lo enviaron a Salamanca a cursar Teología. Concluída ésta con el aprovechamiento que era consiguiente a sus bellas disposiciones, recibió el Presbiterado y poco después su asignación para las Indias.

Sin despedirse de sus padres ni de sus amigos se embarcó en Cádiz y llegó a Buenos Aires después de una navegación azarosa. Luego se puso en marcha para Santiago y tan pronto como estuvo aquí, el provincial P. Manuel Sancho Grando lo asignó al colegio de la Serena. Allí vivió tan abstraído que al cabo de seis meses aun ignoraba la situación de la nueva iglesia que se construía en el mismo colegio. De allí regresó a Santiago a desempeñar el cargo de Ministro en el convictorio de San Francisco Javier, y poco después pasó a enseñar Filosofía en el de San José de la ciudad de Concepción. Después volvió a Santiago y en el colegio máximo enseñó sucesivamente Filosofía, Teología y Retórica; hizo el cuarto voto y recibió el cargo de Operario en el mismo colegio. Este empleo proporcionó un campo adecuado al ardor de su apostólico celo: el púlpito, el confesonario, la visita de moribundos por una parte, y por otra, el retiro, la oración y acerbos maceraciones le absorbían su tiempo. Corría con la casa de las Arrepentidas, daba los ejercicios de la Ollería y

dirigía Religiosas en todos los Monasterios a que lo destinaba la obediencia. Tantas atenciones no le impedían ocuparse en las misiones rurales: las doctrinas de Curimón, Aconcagua, Ligua, Petorca, Illapel, Mincha, Choapa, Purutún, Quillota, Melipilla, San Pedro, Colchagua y Malloa fueron testigos de las numerosas conquistas que hizo para el cielo. Fundó un colegio para su instituto en Colchagua, y después de haber gobernado por algún tiempo el Seminario de Bucalemu en clase de Vice-Rector, volvió al colegio máximo de Santiago, en donde fué sucesivamente Consultor de provincia, Prefecto espiritual de Coadjutores y últimamente Rector del mismo en cuyo destino terminó santamente sus días poco después de las diez de la noche del 2 de Octubre de 1754, teniendo cincuenta y siete años diez meses de edad y cuarenta de Religioso.

El P. García no sólo era querido y respetado de todo Santiago y de cuantos lo conocían; sino que todos lo veneraban y recibían sus pareceres como oráculos de un santo. Conmovióse todo Santiago a la noticia de su muerte: un llanto general se oía en los claustros y templos de la Compañía invadidos por una muchedumbre inmensa; todos competían en adquirir algo del siervo de Dios como reliquia. El ayuntamiento le decretó funerales costeados de su tesoro en manifestación de gratitud y aprecio. El Presidente, la Audiencia, el Señor Obispo Electo, ambos cleros y un crecidísimo gentío solemnizaron las exequias: el P. Francisco Javier Cevallos del mismo instituto pronunció

la oración fúnebre, tomando por tema las muy oportunas palabras del cántico de Exequias: *Dum adhuc ordiret, succidit me.*

Sobran motivos para tanto interés por el ilustre finado: fué un sabio; un excelente sacerdote y Religioso. A toda hora lo devoraba el fuego del amor divino y una sed inextinguible de justicia. Solo poniéndose al corriente de las intimidades de su vida privada, se puede formar idea del estudio incesante; fervoroso, singular con que se dedicaba a la práctica y progreso de la virtud. Hemos visto una parte del diario de su vida comprensiva de 13 años (1731-1744), en que están lacónicamente consignados día por día los pensamientos dominantes que lo ocupaban. Es imposible leer ese escrito sin sentirse conmovido, dominado, atraído por los encantos y belleza de la santidad. No hay un solo día que no brille con el reflejo de un gran pensamiento, de una idea sublime, que retratan a grandes rasgos la hermosura de su alma y los sentimientos de su corazón nobilísimo. Ora es un vehemente deseo del cielo, ora una lágrima compasiva por los pecados del mundo; ya es un rapto de amor que convida a todos los seres a adorar a su Criador; ya un sentimiento de humildad que lo hace reputarse como el más bajo e imperfecto de los hombres; a la vez se lanza rápido a prosternarse a los pies de la Madre de Dios, ofreciéndole su fidelidad y todo su corazón: a la vez conversa con un Santo, y le pide su imitación; cuando es un propósito que lo lleva hasta el martirio, antes que cometer la más

pequeña falta; cuando, un acto de caridad que lo hace amar por Dios a todos los prójimos por más repulsivos y antipáticos que sean; o bien una jaculatoria ardiente que lo pone en comunicación con el dueño de su alma, o un propósito que lo impulsa a ser hoy mejor que el día de ayer; o una resolución inapelable de ciertos ejercicios piadosos en expiación de las faltas de cierta persona; y muchas veces también por la conversión de todos los pecadores, etc., etc. Es una colección amenísima y sobremanera interesante de pensamientos celestiales y de la perfección más sublime, que al paso que muestran la ocupación constante del P. García, indican la región elevada en que siempre se hallaba. ¡Qué chico parece todo lo de la tierra y cuanto no se refiere a Dios, después de contemplar los transportes de un justo! El P. García escribió tres obras que no son más que un imperfecto bosquejo de lo que él practicaba de mil maneras. Igualmente sentimos no poder consignar aquí algunos trozos de los muy numerosos en que con mayor extensión que en su Diario estampaba sus sentimientos, sus propósitos, sus ardientes deseos de amar y servir a Dios, y de crecer en la perfección de la caridad: desahogos de su pecho abrasado en un océano de fuego, himnos que en diferentes armonías entonaba al Eterno o a sus Santos. Resalta entre ellos una entusiasta protesta de desinterés y de servir a Dios solo por amor y por complacerle; un propósito de proceder en todo con la intención más pura; un voto ardiente de rezar todos los días el

Rosario a la Santísima Virgen, una declaración fervorosa de que quiere agregarse a las almas piadosas de la tierra y a los bienaventurados del cielo para alabarla en toda hora y momento, una larga carta en que manifestando a borbotones el amor a su Reina se constituye su perpetuo esclavo. proponiendo, en consecuencia, evitar todo pecado mortal, venial, imperfecciones, faltas de Regla, y toda ocasión de incurrir en ellas, resolviendo darse todo a la virtud con todas sus fuerzas y hacer sus obras lo mejor posible, por agradar al Salvador y a su divina Madre, y firma este compromiso con la sangre de sus venas el 8 de Mayo de 1728; varias cartas de filiación afectiva a los principales Fundadores de Ordenes Religiosas, incluyendo a nuestro Patriarca Santo Domingo, en que declara y protesta cual individuo de cada una de ellas que desea su progreso y mejoramiento general y particular, que rogará por todos y trabajará, en efecto, para que vistan su sagrado Hábito y amen sus respectivas grandezas.

He aquí la virtud verdadera que desprecia las vergonzosas rivalidades, que desconoce las quisquillas del amor propio y del egoísmo y que se complace en el bien ajeno como en el propio. Sin embargo, esto puede llamarse heroísmo! Cerramos esta reseña observando que una de las cosas que más llaman la atención en esos apuntes es el entusiasmo creciente que en ellos se observa, y que la marcha en el camino del bien se hacía tanto más rápida, cuanto el viajero se acercaba más

al término de su carrera. Se conoce que tenía muy presente aquella máxima fundamental, que el no ir adelante es retroceder. «El que es justo, justifíquese más.» (Apocalipsis, Cap. XXII. V. 11). En la santidad rige hasta cierto punto la misma ley que en los cuerpos físicos, los cuales se mueven con tanta mayor fuerza cuanto están más cerca de su centro.

Aunque el P. García no ponía límites en su amor y veneración a la Santísima Virgen bajo todas sus denominaciones, sabido es que había una advocación, que él distinguía con muy marcada predilección, la de Nuestra Señora de Pastoriza. Esta devoción la trajo de España, devoción de sus primeros años y de su país natal. Hay en Galicia, a una legua de distancia de la capital de la Coruña, un santuario célebre consagrado a la veneración de Nuestra Señora bajo la advocación de Santa María de Pastoriza. Es común tradición que se halló aquella devota imagen en una piedra que a corto trecho de la iglesia se muestra hasta hoy a los peregrinos. La denominación de Pastoriza trae su origen de que nuestra Señora se valió para darse a conocer, de la sencillez inocente de una pastora. Se refiere que son indecibles las gracias que concede a los que para remediar sus miserias acuden humildes a su templo, cuyas murallas están cubiertas de tarjetas en que se ven pintados los milagros que en varios tiempos se han obtenido. Son notables las romerías de nacionales y extranjeros que van a invocar el patrocinio de la Madre de Dios.

El Beaterio de Terceras Dominicanas le proporcionó ocasión de generalizar en el país el culto de su devoción predilecta. Aquella piadosa Comunidad había emprendido la construcción de la iglesia que aun no tenía, sin más recursos que los auxilios de un caballero caritativo, los cuales eran sin duda insuficientes para dar cima a una obra tan costosa. En tal situación el P. Ignacio se resolvió a cooperar de la manera más decidida a aquel trabajo tan del agrado de Dios. Púsose de acuerdo con el caballero indicado: éste se comprometió a continuar sus erogaciones, y el P. Ignacio a buscar nuevas limosnas. Solicitólas con el fervor y abnegación que le inspiraba su celo, no sólo en las casas sino en las calles, y sus esfuerzos fueron tan felices que a más de coadyuvar a la construcción del templo que se concluyó mucho antes de lo que pensaba, consiguió erigir él solo el bello altar mayor que hasta hace muy poco tuvo aquella iglesia. Ese altar fué dedicado por él a Santa María de Pastoriza, nombre que desde su principio recibió el mismo templo.

El día de la inauguración fué para el P. Ignacio el más feliz de su vida. Trasladó de la Iglesia de la Compañía a la del Beaterio de Santa Rosa la imagen de Pastoriza y la colocó en el trono del altar que le había preparado. Esa traslación se hizo con una pompa que jamás se había visto igual en Chile; por ella se conmovió todo Santiago y casi no quedó familia que contribuyese a solemnizarla. Celebróse una Misa con toda la magnificencia del culto católico y el P. Ignacio predi-

có el Sermón de Dedicación, vertiendo un raudal de doctrina, de piedad, de amor y del júbilo que inundaba a su alma. Estaba satisfecha la vehemencia de sus santos deseos. En los lados del altar tuvieron su lugar el Patriarca San Ignacio, San Francisco Javier, nuestro Padre Santo Domingo y Santa Rosa de Santa María, a la cual profesaba el P. Ignacio un tiernísimo afecto (1). Próximo a morir pidió que su corazón fuese sepultado al pie del altar en que residía su Madre y

(1) El Rvdo. Pdre. Enrich en su obra «Los Jesuitas en Chile» describe la bendición de la iglesia y dice:

«Bendijose el 3 de Junio de aquel mismo año (1742) saliendo de nuestro Colegio máximo la procesión, en que fueron con velas encendidas lo mejor y más lucido de la ciudad. El marqués de la Pica llevaba el guión; seguía el convictorio de Sn. Javier con su santo patrono en andas; luego los de la Compañía con roquetes, llevando a Ntro. Sto. Padre Ignacio; en seguida el clero secular con la Sra. de Pastoriza, o sea la divina Pastora, en andas rica y vistosamente adornadas; últimamente el cabildo eclesiástico acompañando al Smo. Sacramento, junto al cual iban doce bellas niñas vestidas de ángeles, con ricos ropajes y preciosas alhajas; cerraba la procesión la Real Audiencia con su presidente el Sr. Manso. Al salir de la iglesia, uno de los angelitos pronunció un tierno y piadoso discurso ante el Santísimo, que excitó la admiración y piedad de aquel numeroso concurso; y entre los armoniosos acentos de melífluas voces y bien concertados instrumentos lo acompañaron al nuevo templo de Sta. Rosa. Al llegar a la calle de Sto. Domingo salió a recibir la procesión la orden venerable de predicadores, llevando en andas a su Santo Patriarca y a la gloriosa Sta. Rosa de Lima, y se agregó a ella en pos de Ntro. Sto. Pdre. Ignacio. Al llegar a la nueva iglesia «fueron colocados el Smo. Sacramento en su Tabernáculo, Ntra. Sra. de Pastoriza en su trono del

Señora, lo que se ejecutó al pie de la letra, y yace hasta el día de hoy enterrado dentro de una cajita muy decente al pie del altar mayor en el lado del evangelio, entre las gradas del altar y la pared adyacente. ¡Idea feliz la de consagrar el símbolo del amor a la Reina del amor hermoso, del conocimiento y de la santa esperanza, que siempre tendrá aplausos tanto en la tierra como en el cielo! (1).

altar mayor, y en sus nichos los demás Santos; y se cantaron las vísperas con gran solemnidad. Al otro día se celebró una misa solemne con la mejor orquesta de la ciudad; y el P. Ignacio García, principal móvil de aquella fiesta, hizo un elocuente y fervoroso panegírico. Las buenas beatas solemnizaron la inauguración de su iglesia con otros muchos actos de devoción».....

El acta en que se dá noticia de esta gran solemnidad se conserva en el Archivo de Ntro. Monasterio.

(1) El Rvdo. P. Enrich en su obra citada dice:..... «¡Cuál sería el sentimiento de estas buenas religiosas al hallar en tal estado al que esperaban sería su padre y director! Fácil es de concebir. Por esto, desde dos leguas antes de esta capital, enviaron al capellán que las acompañaba, a visitarlo en su nombre; y el P., (Ignacio García) agradecido a esta expresión de cariño, les echó su bendición; y por cuanto no podría ya servir las, y ni siquiera asistir a la apertura del nuevo monasterio, suplicó a los superiores permitiesen que su corazón fuese enterrado al lado de la tarima del altar mayor de su iglesia» t. 2 pág. 223.

«.....un cirujano le sacó el corazón, qué, en virtud de lo que queda dicho, el canónigo magistral D. Estanislao Andía de Irrarázabal llevó a las religiosas del nuevo monasterio de Ntra. Sra. de Pastoriza o de Sta. Rosa; donde fué enterrado en el presbiterio, al lado del evangelio, entre la grada del altar mayor y la pared». pág. 236.

El deseo de la gloria de Dios la devoción particular de Santa Rosa y la consideración de que las Terceras Dominicanas eran los custodios de Santa María de Pastoriza, lo impulsaron a dar su plena aprobación al pensamiento de elevar el Beaterio a Convento de la 2.^a Orden, como antes se ha dicho y a promover su realización en cuanto estuvo a sus alcances. El dirigió a este fin con advertencias y sabios consejos a la Priora Sor Josefa de San Ignacio Torrejón, autora del proyecto; escribió repetidas veces a los Religiosos más influyentes de la Compañía que residían en Madrid para obtener un despacho favorable; obtenido éste, se empeñó con el P. Procurador de la Compañía que había en Lima para que cooperase a zanjar las dificultades que se ofreciesen en orden a las Monjas fundadoras que habían de venir; hizo, en una palabra, cuanto habría hecho el dueño absoluto de toda la obra. Por esto es que aunque el Monasterio de Monjas Rosas ha tenido muchos protectores, como lo fueron el Ilmo. señor Alday que sobre haber dado considerables sumas para la fundación, asignó una cuota semanal para auxilio de los alimentos (1), el señor Canónigo Magistral D. Estanislao Irrarrázabal, (2),

(1) El Ilmo. Sr. Alday fundó una capellanía de cincuenta pesos cada año en favor del capellán del Monasterio, con la obligación de 25 misas.

(2) El día de la conmemoración de los fieles difuntos se cantan, después de la misa conventual, cuatro responsos por la comunidad ahí reunida; el 2.^o es por el Sr. Pdo. Dn. Estanislao Irrarrázabal.

Provisor del Monasterio, para el cual fué su verdadero padre; el señor Marqués de la Pica (1), que personalmente solicitó informes y prestó muchos otros servicios; los señores Traslaviña y Medina (2) que protegieron singularmente a la Comunidad y varios otros; a pesar de todo esto, el Monasterio mencionado ha considerado al V. P. Ignacio García como al primero de sus protectores, y nunca cesará su gratitud.

En vísperas de ver coronados sus desvelos, el Señor determinó llevárselo. Cuando las Religiosas fundadoras llegaron a Chile, ya estaba el V. P. postrado de su última enfermedad. Recibida la noticia de ese acontecimiento para él tan grato, dirigió los ojos al cielo y recomendó tierna-

(1) El Sr. Marqués de la Pica recibió del Señor el premio de sus bondades para con la fundación; tuvo la inmensa dicha que dos de sus hijitas vistieran nuestro santo hábito el 8 de Septiembre de 1755 y fueron connovicias con su tia la R. M. Luisa del Sdo. C. de Jesús.

En 1807 ingresó a nuestra comunidad una nieta. Como bienhechor nuestro participa de los sufragios que N. O. esparcida por todo el mundo hace en el «Aniversario de los bienhechores» que cada año se celebra en «el primer día después de la octava de Sn. Agustín». Como padre de las RR. participa del «Aniversario de Ntros. padres y madres» que se hace, como el anterior, en toda la Orden, «el día tercero después de la Purificación de la Sma. Virgen». Esto no impide los sufragios y oraciones especiales de nuestra comunidad para todo el que nos hace algún bien y entre estas es, sin duda, el mayor el que generosamente nos dá por Hna. a su hija.

(2) Los Ss. Traslaviña y Medina merecen nuestro agradecido recuerdo mas por la voluntad con que sirvieron a la

mente la fundación a los circunstantes. Las Monjas le mandaron una bella imagen de Santa Rosa para que se consolase y al verla la abrazó con toda la efusión de su corazón, y así permaneció largo rato en dulcísimos coloquios, habiéndosele alcanzado a percibir: «alcanzad, Santa mía, se cumpla en mí en todo y por todo la voluntad de Dios». Recobradás un poco sus fuerzas con este consuelo, pudo dictar la carta siguiente:

«Madres fundadoras muy estimadas en Jesucristo: Ví, veneré con toda mi alma, con todo mi afecto, con todo mi corazón, la bellísima imagen de mi estimadísima Santa Rosa. Bien sé que tiene poder para darme alivio en estas penosas agonías en que me hallo; mas no quiero pedir ni pidan para mí sino lo que fuere la voluntad de mi adorable y adorado Señor Jesús. De donde quiera que me hallare, haré cuanto pudiere por Vuestras Reverencias, como hasta aquí lo hice en tiempo de mi vida mortal. Por caridad les pido rueguen

fundación que por la cantidad de sus dádivas. Nos es de mucha edificación oír los recuerdos que nos conserva la tradición. *Nos legaron sus esclavas* y cuanto pudieron disponer; mas que regalo aquellas eran una carga; pero ¡ellos las estimaban tanto! Su cariño por las religiosas era lo que les daba un aprecio por ellas que excede a todo encarecimiento. Cada año el 22 y el 23 de Nobre. se canta «Vigilia» por la comunidad, petición que hicieron los dos y se canta una misa y responso. Esta es la manifestación de nuestra gratitud. El día de la conmemoración de los Fieles Difuntos se canta por la comunidad un responso por el alma de estos amados bienhechores.

a Santa Rosa que me ayude a llegar presto a ver al Sumo Bien, por quien suspira esta ardiente alma. Adiós, Madres. Santiago y Setiembre 30, a las 7 y media de la noche; y por no poder firmar, pido al P. Javier Cevallos firme por mí.—*Ignacio García*».

Tal fué la despedida del P. Ignacio, y a los dos días ya estaba en la eternidad. No logró ver siquiera el resultado de sus afanes; pero quizás Dios quiso anticiparle el premio por lo mismo que debieron serle tan gratos. ¡Recibe, varón admirable, estas pocas líneas como un humilde homenaje de la gratitud y alta consideración que te debemos! ¡Ojalá consiguiéramos vivir como tú viviste, imitando tus eminentes virtudes!!!

Ahora, ese Monasterio que tuvo desde sus principios tan insignes protectores y que inspiró tanto interés y simpatía, ha continuado sin interrupción mereciendo las mismas atenciones en la existencia secular que cuenta. Siempre ha estado al nivel de las comunidades más arregladas y edificantes, y como en los de otras Ordenes, él conserva su tradición gloriosa de almas eminentes en observancia y santidad; tradición que en gran parte no es desconocida del público. Es muy digno de notarse que una sola Maestra de Novicias, la Madre Torrejón, después de haber sido la tercera prelada del Monasterio, tuvo la dicha de formar en su escuela diez de esas almas que más descollaron en grandes ejemplos. Sus nombres fueron Sor María Rosa Vivar; Sor Marcela y Sor Ignacia Irrázabal; Sor Francisca Rojas y Argandoña; Sor

Juana Jáuregui; Sor Tomasa Hermida, Sor María Josefa Cañas; Sor Luisa de Jesús, María y José Huidobro; Sor Manuela de las Mercedes y Sor Mercedes de la Purificación Valdés. Existe la Historia de esta última, escrita en un tomo en folio por el R. P. Mro. Fr. Sebastián Díaz, Prior de la Recolectión Dominicana"....

Después del incendio de la iglesia de la Compañía, en 1863, los restos del Vdo. Pdre. García se trasladaron a nuestra iglesia. El R. Pdre. Enrich en su obra dice: "...
.....«Por lo cual el 21 del siguiente Enero nosotros mismos lo exhumamos, en presencia del teniente cura de la Catedral, del arquitecto don Tránsito Cárdenas y de otros testigos; y llevándolo al mencionado monasterio, se lo entregamos a las Rds. MM. religiosas, en presencia de Monseñor Víctor Eyzaguirre y del Sr. don Francisco Martínez, pro-vicario de esta diócesis y accidentalmente administrador de ella, por ausencia del Rvmo. Sr. Arzobispo, quien cerró y aseguró con su sello la caja en que se dejó depositado.

«Al día siguiente el mismo señor Martínez abrió un acta, para probar la identidad de su cuerpo, la cual continuó y terminó el Sr. Provisor don Miguel Arístegui; quien, en vista de las diversas informaciones, dió un testimonio de ser aquellos los restos del verdadero cuerpo del finado P. Ignacio García; el cual testimonio, metido dentro de una redoma de cristal, encerróse, junto con aquéllos, los retazos de la sotana y pedazos de la primera caja, en una de zinc. Esta, después de haber sido

bien soldada y sellada con el sello de S. S., fué puesta dentro de otra de caoba, y el 27 de Abril fué enterrada sobre la grada del presbiterio; al pie de la pilastra del lado del evangelio, debajo de una losa de mármol blanco, con su correspondiente inscripción en latín; e hizo su oración fúnebre el R. P. Capdevila, de la misma Compañía, en las solemnes exequias que se le hicieron con esta ocasión. El acta en que se da razón de todo lo hecho y del número y clasificación de los huesos que se encontraron, por haber consumido los restantes la humedad, se conserva en el archivo de dicho Monasterio».

Se conserva en el atrio del refectorio un retrato del siervo de Dios; por su antigüedad creemos fué obsequio de la Compañía. En la sacristía exterior hay otro mandado hacer por la comunidad.

Existen unos cuadernos y un tomo grueso en 4.º en que el P. apuntaba cada día los afectos que había tenido en la oración, y muchos de los propósitos que había hecho en ella. Además un pañuelo de su uso (1). Todo se conserva como piadosa reliquia. Pero, lo que se conserva aún más fresco es el sentimiento de gratitud; por lo cual la última Hna. profesa lo recuerda con tanto afecto como pudieran hacerlo Ntras. M. M. Fundadoras.

Mucho llama la atención a los extranjeros ver en el altar mayor a Ntra. Sra. de Pastoriza y no

(1) La novena a Ntra. Sra. de Pastoriza, por él escrita, es una joya que nos recuerda el amor a María Sma. que ardía en ese corazón de Apóstol.

del Rosario y las imágenes de Sn. Ignacio y de Sn. Francisco Javier. En la última reparación que se hizo a la iglesia (1904), los amigos de la comunidad proponían que los dos nichos debían de ser ocupados por Stos. de N. O.; pero N. Madre contestó siempre: «la ingratitud no es virtud del cielo». Y es digno de admiración que siendo nuestra comunidad numerosa, con varias jóvenes ardientes y amantes hasta el delirio de las glorias de su Orden, no sólo no replican a la contestación dada sino que hay varias se sienten mortificadas por la proposición. Si algún día el Señor quiere darnos con qué, será una felicidad reformar los altares laterales; pero, esperamos confiadas, el mayor existirá siempre como hoy, pues lo consideramos como el monumento de nuestra gratitud. En esto no hacemos más que seguir el espíritu de N. O. y los muchos ejemplos que nos enseña su historia.

Faltó a la Fundación el apoyo de varón tan santo; pero lo encontró en sus dignos hermanos de religión. Mientras los jesuitas estuvieron en Chile, hicieron cuanto les era posible por el adelanto espiritual de las HH. Sus servicios hechos con tanto desinterés y afecto nos hace ver en los hijos de San Ignacio a los de Ntro. Padre Sto. Domingo y vemos cumplido en nosotras esa preciosa unión que tanto nos hace gozar en la historia de N. O. ¡Cuántos rasgos que nos entusiasman encontramos en las relaciones de dominicos y jesuitas!

Al ser expulsada la Compañía de Jesús por el

decreto cruel de Carlos III, dirigieron a nuestra comunidad una carta de despedida que hemos leído siempre con nueva impresión; nos conmueve su noble gratitud, pero más aún la resignación en una prueba tan dolorosa. Ella es como sigue:

J. H. S.

Muy Rvda. M. Priora y Religiosa Comunidad: Llegóse el día en que la Compañía de Jhs., desterrada de esta ciudad, se vea precisada a ejecutar los designios que sobre ella tenía premeditada la Divina Providencia. Se va la Compañía de Jhs. y nosotros sus individuos, queriendo al presente dar a VV. RR. una señal de nuestro reconocimiento, las decimos, entre lágrimas y sollozos, el último adiós. Corta correspondencia, a la verdad, es esta para unas personas Religiosas que han sido siempre nuestras Hijas, nuestras Madres y nuestras Bienhechoras, y que, singularmente, en este conflicto han dado hacia nosotros las pruebas del amor más generoso. Es verdad, es corta la correspondencia, pero ¿qué pueden ofrecer los que se hallan sumergidos en tanta aflicción? Los que están en este valle desterrados sólo lágrimas son lo que pueden ofrecer de su cosecha: nosotros, en quienes se ve duplicado este título, ofreceremos el llanto y la compunción; y, cuando no baste esto, el afecto y buena voluntad suplirán de algún modo nuestra cortedad en este caso; pues, teniendo siempre fijas en nuestra memoria a VV. RR. rogaremos al Señor que, si a nosotros nos corrige

piadoso, mortificándonos con medios tan sensibles, a VV. RR. las prospere en todo bien; adelantándolas siempre más y más en sus caminos que con tanto fervor han emprendido. Esperamos que movido Dios de nuestras súplicas nos concederá algún día el fruto de nuestras oraciones; el cual obtenido hará que seamos más exactos en el cumplimiento de nuestras obligaciones asistiendo y consolando a VV. RR. con más ardor del que hasta aquí hemos observado (1). Rogamos a VV. RR. nos perdonen estos defectos como también los otros malos ejemplos que las hemos dado en los ejercicios que debíamos practicar en orden a VV. RR. Con esto nos iremos un tanto consolados; y si bien la distancia nos prohibirá en adelante la comunicación que hasta aquí habíamos

(1) La promesa hecha por la Compañía de Jesús el año 1767 se ha cumplido fielmente desde su vuelta a Chile hasta el presente, (1906). Nos es de sumo agrado dejar aquí constancia de nuestra gratitud para con los dignos Hnos. del Vble. Padre García. Todos los Rectores se han impuesto el deber de atender bondadosos a todas nuestras peticiones y nos dan el gusto de dirigir (con pocas excepciones) nuestros ejercicios espirituales de cada año y el retiro mensual de un día. El Rdo. Padre Solá, actual Rector, nos ha concedido también que uno de los Rds. Padres sea el Panegirista de Ntro. Sto. Padre en su fiesta principal; dándonos con esto el grandísimo placer de oír narrar glorias tan puras a quienes las conocen y saben apreciar. Algunos de estos panegíricos han sido muy notables en la opinión del público, a nosotras nos han entusiasmado todos, porque todos han sido sinceros admiradores del más amante y más amado Padre.

tenido no será capaz de borrar de nuestras memorias lo mucho que VV. RR. nos tienen obligados. Pediremos, pues, incesantemente al Señor aumento en VV. RR. el fervor y virtudes propias de su estado; que las consuele, que las aliente, que las lleve a su santo Reino en donde las esperamos ver (en caso de no conseguir lo arriba indicado) en compañía de María Stma., etc., alabando las providencias de Ntro. Dios que por tales medios nos conduce a nuestro fin. El mismo bendiga a VV. RR. y las guarde más en su santo amor y gracia.

En este que fué max. colegio de Sn. Miguel, 18 de Octubre de 1767.

Aftmo. de VV. RR. su más rendido capellán.—
Francisco Madariaga, J. H. S.

En esta época gobernaba el Monasterio en calidad de Presidenta la Madre M. Luisa del Corazón de Jesús (Portales Andía de Irarrázabal).

Al despedirse los jesuítas dejaron a nuestra comunidad un tesoro de reliquias. Cada altar de nuestra iglesia tiene un relicario grande; dos también grandes hay en el coro; una firma de Sn. Ignacio que se le atribuye origen extraordinario; todas éstas sabemos las dejaron. Hay dos relicarios pequeños perfectamente unidos: uno tiene reliquias de casi todos los Stos. Apóstoles y el otro de todos los santos y beatas jesuítas que había hasta el siglo dieciocho. Nos parece que

éstos también serán recuerdos de aquella triste época.

La M. María Luisa del Corazón de Jesús quedó de Presidenta al regresar a su casa la Madre Fundadora. Siguiendo su ejemplo, vistieron nuestro santo hábito varias de su familia. En 1786 ingresó otra sobrina, en 1791 dos más y en el siglo XIX continuaron sus parientes hasta el presente.

El primer capítulo para elección de Priora fué en 1770, cuatro años después de la partida de Ntra. M. Fundadora. En este tiempo era Maestra de novicias la M. Josefa de Sta. Rosa (Torrejón) que cosechó muy sazonados frutos. Esto nos induce a creer que el Ilmo. Sr. Obispo retardaría el Capítulo por mantener en su puesto a la que tan acertadamente lo desempeñaba. Los votos de la Comunidad la elegirían Priora, como efectivamente sucedió, y nada más natural que la inmediata sucesora de la Fundadora fuera esta tan benemérita Madre a quien debía, en su mayor parte, el Monasterio su fundación, y al cual fundado prestó el valioso contingente de su experiencia adquirida en algunos años de retiro y práctica de las virtudes religiosas.

Natural parece que diéramos noticias de las Hnas. que nos han precedido y que tanto lustre dieron a nuestro amado hábito; más que por la nobleza de su sangre y títulos de grandeza, por sus eminentes virtudes; pero carecemos en absoluto de posibilidad, no se conserva escrito sino una pequeñez, y la tradición, que nos cuenta cosas asombrosas, es tan insuficiente y tan difícil

de unir con la historia, por la razón misma de ser hechos del todo extraordinarios, que renunciamos a referir lo que no encontramos escrito y confirmado por la tradición.

Ntra. Madre Fundadora no tuvo tiempo de concluir su obra respecto al Archivo; le faltó el «Libro de Defunciones» y esta falta se remedió sólo en 1855 de modo muy insuficiente. Antes en el mismo «Libro de Profesiones» (cuando no se olvidaba) se ponía al pie de la partida de profesión el día de su muerte y, a una rara, la virtud en que más sobresalió. Lamentando en tiempos pasados este descuido nos dijeron: «eran todas iguales, con leer a una se conocía a todas, las virtudes heroicas les eran tan familiares que no creían sino cumplir con su deber, y les parecía que con saber que su muerte fué la del justo, debía suponerse lo demás». Lo segundo creemos puede ser la causa, pero no lo primero, pues «las almas son tan variadas como las caras», según dicen. A Ntra. Madre fundadora la conocemos por sus obras, que fueron grandes, y por la «Oración fúnebre» que se dijo en los funerales que hizo nuestra comunidad al tener noticia de su muerte, acaecida en Lima. Tres de las Hnas. tuvieron la suerte de que sus confesores dejaran escrito su recuerdo; éstos los escribiremos tal como los encontramos, ya que el no haberlas conocido nos priva del agrado que tendríamos de juzgarlas por nosotras mismas. De la Hna. M. Francisca de Pastoriza (Rojas y Argandoña) se conserva la «Oración fúnebre» que se consiguió copiar de la

Biblioteca Nacional; pero en los libros no encontramos más que lo que dice de muchas otras.

Al ver el descuido que ha habido en hacer conocer las virtudes que se han practicado en esta nuestra amada casa, e ignorando, tal vez, que es enfermedad de la familia dominicana que se ha tomado por lema: «obrar más que narrar», alguien ha temido que este descuido toque también a nuestros bienhechores. Nos es de especial agrado dejar aquí constancia que la gratitud la heredamos junto con el hábito que vestimos; y así el nombre de nuestros bienhechores lo conocemos junto con las Constituciones de N. O. y su recuerdo lo leemos con frecuencia. Si la ingratitud, como miseria humana que es, tocase a alguna de Ntras. Hnas., no busquemos la causa en la Escuela que la educó en la religión; digamos simplemente: no se ha penetrado del espíritu de su Orden. Basta leer el capítulo de Nuestras Constituciones que habla «de los Sufragios». Manda celebrar, en toda la Orden, y en día fijo, para que todos estemos «unidos en un solo corazón», 4 Aniversarios: 1.º por nuestros padres y madres y pagar así la deuda de gratitud filial. El 2.º lugar, en el orden de los Aniversarios, lo ocupan *nuestros bienhechores*; 3.º por los religiosos y religiosas y con éste se ve unida toda la familia del Querubín de Caleruega: los que nos precedieron en la partida y los que aún quedamos en el destierro. 4.º por los «que están sepultados en nuestros cementerios». Al pedir la gracia de estar, después de muertos, formando parte de nuestra familia,

se supone especial afecto a N. O. y esto basta para empeñar la gratitud de toda ella. Si después de esto hubiese duda, puede leerse la «Historia de la O. de Predicadores» en cualquiera de las Provincias en que está dividida.

Esto es lo que se hace por los bienhechores en toda la Orden. En nuestro Monasterio su nombre queda unido a la historia del mismo; mientras viven, nuestras oraciones los acompañan en todos los actos solemnes de su vida y después de muertos nuestra plegaria por ellos es aún más continua; su nombre se trasmite a las que vienen después y su recuerdo no muere jamás. Un sacerdote respetable ha manifestado mucha admiración porque damos el título de bienhechor a un ascendiente suyo que dió una pequeña limosna en los primeros años de la Fundación. Su nombre no aparece como «insigne bienhechor», pero sí se encuentra en los libros con memoria de lo que por la Fundación hizo, y los sufragios por su alma se hacen hasta el presente.

**Ntra. Mdre. Fundadora M.^a Antonia del E.
Santo (Vaudin)**

Al leer la «Oración Fúnebre» de Ntra. Mdre. Fundadora dos virtudes heroicas notamos en ella: la humildad y el desprendimiento de todo aquello que es natural y hasta una virtud amar.

S. R. vino de Lima en calidad de Maestra de Novicias; tenía solo treinta años de edad y nueve de

religión. Sus padres eran nobles y ricos españoles que se establecieron en Pisco; pero parece que su residencia era en Lima cuando Ntra. Mdre. tomó el hábito en el «Monasterio de Sta. Rosa» de esa ciudad, a los 21 años de edad y cuando el mundo le brindaba todos sus encantos y la pasión la solicitaba a un estado muy diverso. La Divina Providencia la tenía destinada para ser nuestra Fundadora, y al efecto, la dotó de cualidades extraordinarias. Por muerte de la M. Laura Rosa principió a gobernar un mes después de instalada la Fundación.

La humildad de Ntra Mdre. se descubre en todas sus obras. S. R. olvidaba el puesto de Fundadora y Prelada; se acusaba en capítulo como la última súbdita y prevenía a la M. Superiora para que le diese las más ásperas penitencias. No solo se consideraba indigna de ocupar el primer puesto, sino que se postraba materialmente a los pies de todas. Se impuso por ejercicio diario ir besando hincada de rodillas los lugares sobre que pisaban las Religiosas en el coro. El orador al llegar a esta parte exclama: «¡Luzbel, espíritu soberbio! ángel desvanecido, que quisiste fijar tu asiento a la frente del Solio del Altísimo ¿qué dijiste cuando veías a la M. María Antonia dejar el Solio de su Prelacia para sellar con sus labios las castas huellas de sus súbditas? Mas ¡oh! cuánto te confundiste cuando dejándose ver postrada a la puerta del Coro, hacía que la pisasen y pasasen las Religiosas sobre ella! Señores, la planta de la mujer fué destinada, allá en el Paraíso, para hollar

la soberbia del demonio; pero aquí, en el Paraíso de las Rosas, las plantas de esas vírgenes pisando a la Mdre. María Antonia, hollaban a la misma humildad para más y más confundir la presunción de Luzbel».

La Prelacia era para S. R. una carga de enorme peso; trabajaba por verse libre de ella y nos parece que esto y las consideraciones de que se veía rodeada fueron las que la empujaron a volverse a Lima terminada la licencia, dejando a sus hijas que amaba con ternura de madre y de las cuales era amada con cariño filial. Allá en su casa Madre no se vió libre del gobierno, fué elegida Priora varias veces; pero le quedaba para dar rienda a su fervor, los intervalos de un trienio a otro. De súbdita desempeñaba los oficios más humildes (si los hay en la Casa del Señor); es decir, aquellos que se reservan a las religiosas jóvenes, como ser: el de Refectolera y otros que no necesitan fuerzas físicas.

En este acto de dejar la Fundación para volver a su Monasterio, vemos nosotras muchas virtudes heroicas puestas en práctica que nos edifican y confunden. La obediencia le señaló tiempo y S. R. obedeció ciegamente sin acudir a nueva licencia.

Su humildad le impedía creer que su permanencia en ésta era necesaria para cimentar la observancia; había trabajado en formar a las nuevas religiosas y no vaciló en volver a su amada casa Madre. Esta lección muda, pero la más elocuente, nos habla muy alto de esa alma noble que supo ahogar afecciones tan tiernas y delicadas

por cumplir los deberes de hija amante y sumisa. ¡Cuánto debió de sufrir al dar este paso! Eran 33 hijas; entre éstas habría mucha variedad de caracteres y las habría (podemos suponerlo por las familias) ardientes y sensibles y siendo todas, o la mayoría muy jóvenes, habría muchas que sin saber apreciar aquel heroísmo lo atribuirían a indiferencia. ¡Es tan variado el juicio humano! Buscamos un mismo fin, pero los medios son según nuestro modo de entender, pues que la imaginación no profesa regla. En nuestro pobre modo de entender, y juzgando por lo que a nosotras nos hubiera pasado, consideramos este acto tan heroico como el de Sta. Juana Francisca de Chantal al dejar su hogar para seguir la Voz del muy Amado. Podrá ser nuestra comparación exagerada; no la aseguramos; pero, sabemos por experiencia, que los lazos que unen en la Religión, son tan fuertes y estrechos como los que forma la naturaleza, y creemos que Nuestra Madre Fundadora al ver las lágrimas de sus amantes hijas y más aún al oír sus quejas, revestidas de capa de justicia, se sentiría morir; pero, el Señor que le exigía este sacrificio para ejemplo nuestro, le dió la fuerza y triunfó de sí misma, que es la mayor victoria.

El orador que hizo su «Oración Fúnebre» creemos fué su confesor y P. dominico, dice... «Si hubiera de pintarse la mortificación con sus propios colores, no habría más que hacer que poner a la Madre M. Antonia delante de los ojos». Enumera sus penitencias asombrosas que omitimos deta-

llar, pero puede verse en nuestro Archivo el libro de «Defunciones». Nos basta saber que se propuso imitar a Ntro. Sto. Padre Domingo y a Ntra. M. Sta. Rosa. Las disciplinas eran tan continuas y tan fuertes que las Hnas. le golpeaban la puerta para rogarle que las suspendiera y con ruegos y súplicas algunas veces consiguieron quitarle la disciplina. Esto es más significativo en aquellos tiempos en que todas *abusaban* de la penitencia.

Su espíritu de oración era grande. Durante el día sus ocupaciones de Prelada y su carácter emprendedor, que nada dejaba por hacer, le quitaban el tiempo; pero le quedaba la noche para dar desahogo a su alma y gozar de las delicias de su Amado. Dice su panegirista: «En el silencio de
« la noche se va al Coro a dilatar su corazón, a
« descansar en el regazo de su amado Jesús, a
« desplegar las velas del discurso, hasta engolfarse en el abismo de la Divinidad, a entregar-
« se, digámoslo de una vez, a la oración más fervorosa; ejercicio en que logró tan ventajosas
« medras, tan soberanas ilustraciones, cuantas
« consiguen los espíritus fervorosos que con más
« empeño se esmeran en su práctica (1). Va,
« pues, a la oración tarde de la noche... qué asombro! aquí es donde su naturaleza fatigada hasta lo sumo, clama por el descanso, por el sueño,
« quiere éste embargar sus sentidos con una dulce
« suavidad; pero la fervorosa M. Antonia trata

(1) Sus confesores aseguraban había alcanzado el grado de íntima unión con Dios.

« de espantarlo con tanta tiranía que ya se para,
« ya se pone en cruz, ya se dá de golpes, sin que
« el sueño deje de importunarla, hasta que por
« último se aplica picantes a los ojos»... Con esto
pudo decirse con verdad que «no quedó parte
de su cuerpo que no experimentase su peculiar
dolor».

Su pobreza era suma, pues se impuso la regla
de enseñar ante todo con el ejemplo. «Hubo vez
que sus hijas, compadecidas de su pobre Madre,
« se desnudaron de sus propios hábitos porque la
« M. María Antonia ha vendido los suyos a fin
« de socorrer con su producto las necesidades de
« sus súbditas. Excesos a que la obligaban las
« grandes estrecheces que padeció este Monas-
« terio en sus principios».—Con razón se ha dicho
de Ntra. Madre que «fué una Rosa rodeada de
espinas; pero con sus puntas a la inversa: toda
crueldad para sí, toda suavidad para sus súbditas». Antes de mandar persuadía la necesidad de
una obra y luego convidaba a ejecutarla; pero
qué raro es esto en quien tan bien sabe obedecer.
No se limitaba a obedecer a sus Prelados y al
confesor, sin más discernimiento que el indis-
pensable para conocer su voluntad; halló el se-
creto de obedecer en el mismo hecho de mandar
y encuentra arbitrio para obedecer aún a las sir-
vientes; pues tenía por lema: *«No vine a ser ser-
vida sino a servir»*. Sin comprometer su autori-
dad S. R. mandaba y obedecía: mandaba y ayu-
daba la ejecución del mandato.

Al respeto y estimación de nuestras leyes debe

Ntra. Rda. Madre el que la contuvieran en los límites del deber: sin declinar a la diestra ni a la siniestra; S. R. consideraba en ellas «al antemural que sirve de guarda a la divina Ley y que postrado aquel ha de caer esta, como consecuencia necesaria». Estas consideraciones la hacían velar, sin darse descanso, la observancia de las más menudas reglas, «hasta rayar en visos de escrupulosidad». Se consideraba Fundadora de un convento de la más rígida observancia y esto la hacía temblar. S. R. comprendía que según el cimiento sería la duración del edificio; sabía muy bien que la relajación nunca tiene por principio faltas graves; por esto insiste, convence y da ejemplo para que se observen «*las menudencias*». Si por humana miseria se deslizaba en lo más pequeño, se acusaba en «Capítulo» y pide se le impongan las más ásperas penitencias, aún sobre la Regla.

Desde Lima escribía a sus hijas por todos los correos y sus cartas todas respiran ternura maternal y conocimiento de la delicada misión que el Señor le confiara. «*Mi espíritu se vivifica al contemplar que tengo hijas tan observantes de sus leyes*», decía en una carta. En otra dirigida a la M. Priora le dice: *Hija mía: espero que la observancia no se disminuya un átomo... Hija, consuella mi corazón; pues estás en el oficio y Dios quiere que seas la que enmiendes cualquiera defecto de esta tu pobre Madre*.

Tanto le preocupaba la obra que el Señor le había confiado que desde su casa Madre se desvela

por las hijas de su amor. No pueden leerse sus cartas sin sentir la impresión filial; es tanta su ternura maternal! Se complacía en enviar hasta las cosas más insignificantes que sabía podía gustar a las HH. La urnita que sirve para las elecciones de Priora fué regalo de S. R. El adorno de plata que había en el Comulgatorio y varias otras cosas, indicaba además el uso que debía hacerse de ellas. Como no pudo dejar arreglado el atrio del Refectorio o Deprofundis; (1) cuando tuvo noticia que ya había las celdas necesarias, mandó el diseño acompañado de una carta con la explicación para que lo hicieran y dice:«por que es de religión constitucional y de ceremonial, que a una y otra estamos obligadas;... lo dije muchas veces que se vea el capítulo del ceremonial sobre bendición de la mesa y todo lo que reconvine a esa santa comunidad sobre esta materia; que tendrán esas Rdas. MM. presente. Y no sólo es incomodidad como se lavan las manos; en pié en el ángulo (del claustro), es indecencia, y por eso deseo se cumpla, por que quiero se tenga ese acto con toda la formalidad que pide la circunspección religiosa, para que la serie de los actos de comunidad se cumplan en sus lugares propios y tenga satisfacción mi conciencia de que se hagan como se debe..... No hice esto que debía hacer y quiero morirme con la quietud que esté como se debe; que si hubiera puesto la casa en planta se hubiera hecho como lo demás». «Manos

1) Por falta de local.

a la obra que Dios ayudará en todo a mi deseo, que no es satisfacción de gusto propio sino de la obligación que tenemos de cumplirlo». Hace la explicación como si lo tuviera a la vista y dice: *para que se vea que no me he olvidado por trasmutar».*

El primer claustro estaba edificado cuando llegó a ésta Ntra. Rda. Madre, por eso no pudo distribuirlo según era necesario.

A los 83 años, estando ya para ir a su Patria, aún piensa en sus hijas y en su obra. Escribe así: «He recibido el santo Viático y la sagrada Unción: a todas y a cada una en particular intimo » la observancia y exacto cumplimiento de religión. No miren en poco las cosas que parecen « menudencias, porque éstas hacen mucho bulto « en la presencia de Dios. Yo me prometo que « mis hijas lo harán mejor y con más fervor que « el con que yo se los pido».

Luego que se tuvo noticia de la muerte de tan admirable Madre y Maestra se hizo solemnes funerales en nuestra iglesia; la Oración Fúnebre que se dijo entonces es la que nos ha proporcionado el consuelo de poder sacar de ella algunas noticias. Otras son del recuerdo que de su memoria hace el libro de «Defunciones».

Ntra. Madre dejó en Chile muchos admiradores de su virtud y gran talento. A su muerte le dedicaron muchos versos; de ellos se hizo una pequeña corona fúnebre que conservamos como precioso recuerdo. Ponemos a continuación algunos.

Que estista que progreditur quasi aurora con

surgens pulchra ut Luna, electa ut Sol, terribilis ut Castrorum acies ordinata.

ROMANCE ENDECASÍLABO.

¿Quién es ésta que sube hacia el Olimpio
Con gravedad tan dulce y majestuosa
Imitando en su curso luminoso
Al bello nacimiento de la Aurora?

¿Por qué más luce cuanto más eleva,
Y su luz a los ojos no incomoda,
Como el dorado resplandor del Alba
Antes que el sol apure su carroza?

¿Quién es ésta que deja avergozada
Con su belleza a la Luna hermosa
Exaltada sobre ella y las estrellas
Que a su alta dignidad sirven de alfombra?

¿Quién es ésta elegida en su pureza
Como el rayo del sol que se acrisola
Por mano del Artífice Supremo
Que quiere hacer ostentación de su obra?

¿Quién es en fin aquélla que camina
Seguida de luciente bella tropa
A quienes sirve su virtud de escudo
Que confunde al infierno y lo destroza?

Aún ¿no le conocéis por estas señas
Que así caracteriza a la esposa
Cuando al tálamo tierno de su Amado
(Vence la muerte) corre presurosa?

¡Aún no le conocéis! sabed que es ella
La santa y admirable María Antonia
Que vuela con sus hijas al Empíreo
Desde el Jardín precioso de sus Rosas.

Estas son el ejército famoso
Y el escuadrón más digno de sus glorias
Que en el fino lucir de sus virtudes
Excede al Sol, la Luna y a la Aurora.

*Mulierem fortem quis
invenit? procul et de
ultimus finibus pretium
ejus.*

Aplicación literal de
este capítulo de los Pro-
verbios, a la Rda. Ma-
dre María Antonia del
Espíritu Santo, Funda-
dora del Monasterio de
Religiosas de Sta. Rosa.

ENDECHAS

¿Cuál es la mujer fuerte
Que de distantes tierras
Es preciso adquirirlas
Valiendo mil riquezas?

La que cual Nave hermosa
Proveída y siempre atenta
Conduce el pan de lejos
Que a los suyos sustenta?

La que a los suyos viste
Con las Divinas telas
Que defienden al alma
Con su virtud y fuerza?

Del calor del pecado
De hielos de tibieza?

La que vino a enseñar
Sabiduría inmensa
Residiendo en sus labios
La virtud y clemencia?

Sin duda sólo pudo
Ser tal mujer aquella
Que sus hijas proclaman
Beatísima y perfecta.

Aquella que su Esposo
Con dulce complacencia
La elogia y la corona
De fortunas inmensas.

Aquel corazón grande
En quien su Esposo espera

Que jamás fallarán
Para su honor preseas?

Aquella que conoce
Que alabanza completa
Sólo puede adquirirla
Por quien al Señor tema.

Salomón al pintarla
Sólo nos dió esta seña
Y los colores dicen
Que María Antonia es esta.

.....
.....

Vino Antonia de Lima
Tan humilde y secreta
Que a no ser sus virtudes
Nadie de ella supiera.

Fundó este Monasterio
Para que en él florezcan
Las virtudes cristianas
Con regla más perfecta.

Y a cada alma que logra
Un monumento eleva
Tan eterno a su gloria
Como la gloria mesma.

DÉCIMA

Dulce Madre a cuya gloria
En ese Orbe de zafir
Nada se puede añadir
Sino adorar tu memoria.
Recibe la fe notoria
De nuestro amoroso anhelo
Y a cada una con desvelo
Infunde tu perfección
Hasta llegar la ocasión
De obedecerte en el Cielo.

Madre amada: tu misión no ha terminado aún,
ni terminará mientras tengas una hija en el des-
tiero. Ruega al muy Amado de tu alma, nos dé
a cada una la virtud que más nos falta, pues tú las
practicaste todas con perfección, y a todas tu
fidelidad a la casa Madre; que, como tú, sepamos

posponer todo otro afecto por servirla y sacrificar toda pasión por darle paz y honor. No descanses hasta tenernos a todas a tu lado, allá en el regazo de Ntra. común Madre Sma., gozando las delicias del perfecto Amor.

La menor de tus hijas, que te admira y venera, que aprecia tu obra, tal vez no tanto cuanto merece, pero sí cuanto ella sabe comprenderla; que la ama (¡perdona su atrevimiento!) tanto como tú; te pide le alcances la perfecta conformidad de su voluntad con la Divina y un amor que, cual el de la Magdalena, baste para perdonar sus extravíos y pagar la enorme deuda que tiene contraída para con Aquel que la eligió, sin mérito alguno. Pídele, Madre amante, santifique el precioso cenital, tanto cuanto lo ama.

Ntra. Madre Fundadora fué elegida por Dios de un modo ordinario; pero tan visible que no cabe duda. Parece ser ésta la forma que usa generalmente el Rey Supremo cuando intima sus órdenes a la generación de su siervo Domingo. La voz del Superior, un accidente natural, etc., es la señal cierta que nos da de su Voluntad. Ntro. amado Padre Sto. Domingo principió su apostolado por el Langüedoc y ahí tuvo su cuna y se mecía N. O. No leemos que para ir allá tuviese un llamamiento extraordinario; pero sí vemos que las circunstancias ordinarias y más que todo, la obediencia a su Obispo, lo llevaron al campo mismo que el Señor le tenía destinado para dar principio a la sublime misión que debía confiarle.

Como obra de Dios que era, la Fundación se vió luego llena de bendiciones, y con la mayor de todas, que es las buenas y abundantes vocaciones. Según dejamos escrito, antes de un año había veinte novicias y varias pretendientes; todas señoritas de la alta sociedad, y lo que vale más, almas elegidas por el Esposo Celestial, generosas y abnegadas, que no se enredaban como la gallina, porque su descanso era en las alturas. La misma fortaleza con que rompieron las cadenas que las ataban a su virtuoso hogar, conservaron siempre para quitar los estorbos que las impidiera el fin de su vocación. Escribimos esto con vergüenza y confusión propia, pues no son los ejemplos los que nos han faltado para llegar adonde el Sumo Bien nos ha llamado; no nos ha faltado la gracia ni los continuos beneficios; ¡somos mezquinas y cobardes!...

No faltó tampoco a la Fundación el sello de las obras de Dios: la contradicción. Nuestra Madre no se preocupó de dejarnos escritos sus sufrimientos y privaciones: pero sabemos que las rentas fueron muy escasas y que el demonio se sintió alarmado con tanto fervor. Hubo siete energúmenas, que si bien «fueron santas», según nos ha conservado la tradición, debieron dar harto en qué merecer a la comunidad en ciernes. Nada nos ha quedado escrito, y nos hubiera sido muy agradable saber la actitud que en tales casos tomaba Ntra. hábil Madre.

De toda esa falange de almas privilegiadas conocemos su nombre y su origen por los Libros del

Monasterio; pero ordinariamente a la fecha de su muerte se agrega sucintamente: «murió santamente», «murió con gran fama de santidad» y algunas se olvidó hasta la fecha de su muerte. Muchas interpretaciones dan a este descuido; pero, juzgando por nosotras mismas, suponemos que la arredró la magnitud de la empresa; es atrevimiento narrar lo que solo se vislumbra, sin preparación de ningún género. La virtud para ser debidamente apreciada debe ser conocida en práctica o en teoría. Nosotras hubiéramos conservado el mismo respetuoso silencio, si el Sr. Vic. Gl. Pdo. Dn. M. Antonio Román, que busca nuestro aprovechamiento por todos los medios a su alcance, no hubiera usado de su autoridad para imponernos obediencia. Si de gigantes hacemos pigmeas, no es por falta de voluntad; es simplemente porque para tal obra no contamos más que con el deseo de obedecer.

De la M. Petronila de Sn. Ignacio (Tagle y Cerda) nos dice: «el «Libro de Defunciones» lo que sigue: «Hija legítima del Sr. don Francisco « Tagle y de la Sra. Dña. Ana Josefa de la Cerda, tomó nuestro santo hábito el día 4 de Enero del año 1755; le dió la profesión el 7 de Mayo de 1756, el Sr. Pdo. Don Estanislao Irrázabal. Vivió en la religión 63 años 38 días, desempeñando los primeros destinos de la Comunidad con mucha expedición y acierto; haciéndose querer de todas por sus virtudes y

« gran talento. En sus primeros años sufrió muchas persecuciones del demonio, que le hicieron adquirir una profunda humildad. La primera vez que fué electa Prelada, ella se excusó diciendo: que habiendo sido energúmena ¿cómo podría dirigir a la Comunidad? Este acto de humildad sirvió solo para confirmar la elección». «Tuvo el cargo de Priora tres veces, los que desempeñó con mucho acierto; formando en este tiempo un gran número de religiosas, que fueron imitadoras de sus virtudes y siempre conservaron con reverencia su nombre, por la observancia exacta que siempre vieron en ella. «Murió el 12 de Febrero de 1818».

De la Hna. Marcela del Corazón de María (Andía Irarrázabal y Portales) nos dice el mismo Libro: «hija legítima del Sr. Dn. Miguel Andía Irarrázabal y de la Sra. Dña. Francisca Portales. Tomó nuestro santo hábito el día 8 de Septiembre de 1755. Le dió la profesión el día 10 de Octubre de 1756 el Sr. Pdo. Don Estanislao Andía Irarrázabal, su hermano. Fué religiosa de gran santidad. Después de muerta se apareció a la M. Nicolasa de San Rafael. Como esta Madre dudase de las apariciones, ella le había dicho: «cuando yo me muera vendré a verla». Efectivamente, un día de Ntra. M. Sta. Rosa, como la M. Nicolasa no hubiese ido a la fiesta (1) por estar en cama enferma, se le

(1) La misa solemne.

« apareció y le dijo: «Todo se premia en el cielo» y le habló otras cosas de la Eternidad. Como traía una venda sobre sus ojos, de mucho resplandor, la M. Nicolasa le preguntó: «¿por qué es esa venda y ese brillo de sus ojos? Ella le contestó: «es el premio de haber juzgado siempre bien de mis Hnas.»—Poco después murió la Hna. Nicolasa».

De la M. Nicolasa no sabemos sino que murió santamente. Fué gemela en religión con su hermana Sor Manuela de San Joaquín (Vicuña e Hidalgo). Tomaron el hábito el 6 de Septiembre de 1756 y profesaron el 19 de Diciembre de 1757.

Sor Ignacia del Tránsito, hermana de Sor Marcela y su gemela en Religión, nos dice la tradición que fué notablemente bonita; razón por la cual nunca se dejó ver en el locutorio sino velada y por el claustro siempre caminaba llevando cubierto el rostro.

El «Libro de Defunciones» nos ha conservado lo siguiente: «..... la purificó el Señor con una larga y penosa enfermedad de 35 años que pasó postrada en cama. Dios la regaló en ella con algunos favores y aún se complacía en satisfacer sus pequeñas necesidades. Un día en que sufría gran desgano de comer, le preguntó la enfermera qué podría comer, contestó ella: «una perdita». La enfermera se desconsoló por no ser tiempo y no tener posibilidad de proporcionársela; más, al salir de la celda oye que la llaman

« y le dicen: *cógela hijita* y ve una perdiz que
« volaba por un ángulo de la celda. La cogió y
« corrió a la cocina a hacerla guisar. Después que
« la comió la enferma dijo: «¡gracias a Dios! qué
« rica estaba».

Dice lo escrito que «la enfermera se sorprendió al ver cómo Dios había complacido los deseos de la enferma». A nosotras nos parece que no se sorprendió, pues debía estar acostumbrada a ver las finezas del Amado para con sus fieles servidoras. Nos parece que al ser testigo de una tan extraordinaria prueba del Amor Divino se sentiría abrasar en deseos de corresponder a aquel que tanto nos ama y que se confundiría de verse elegida para un estado en que tanto se puede agradar al Dueño Adorado, si somos dóciles y generosas como Sor Ignacia.

Durante su larga enfermedad no se le oyó nunca una queja y «era tan recatada que mantenía siempre corridas las cortinas de la cama». La fecha de su muerte no aparece en el Libro.

Años después (1807) las dos Hnas. Irarrázabal conquistaron para el claustro a su sobrina Sor Antonia del Tránsito, hija del heredero del mayorazgo. No nos han quedado noticias especiales de ella; pero encontramos la solicitud elevada al Prelado; creemos que las Hnas. la leerán con gusto y la ponemos aquí.

Ilmo. Señor: doña Antonia Irarrázabal hija legítima de los Marqueses de la Pica, don José

Santos Bravo de Sarabia y doña Mercedes Cagigal del Solar, con el mayor respeto ante V. S. Ilma. parezco y digo: que penetrada de los mas vivos deseos de consagrarme a la vida religiosa, siguiendo los impulsos de una vocación probada en el discurso de nueve años, desde cuyo tiempo declararé mis ansias a las R. R. de Sta. Rosa, suplicándoles se dignasen admitirme en su gremio en la primera oportunidad. Obtuve de S. S. R. R. la graciosa oferta de un hueco, pero en las críticas circunstancias de verme precisada a reprimir y contener los afectos a mi destino para entregarme a los deberes de la naturaleza en el cuidado de una madre acometida siempre de un grave mal que le hacía en sumo grado necesaria mi asistencia. Esta oferta que no pudo tener efecto, por las causas dichas, he reclamado ahora y experimentado la misma benignidad en las expresadas religiosas; quiénes, movidas sin duda, de la gratitud que les inspira el reconocimiento al empeño y servicios con que han acreditado mis antepasados su piedad a favor de dicho Monasterio; me han reiterado la promesa de colocarme en el primer hueco; pero deseosa de poner el sello de su mayor beneplácito en un asunto para mí del mayor interés, a V. S. Ilma. pido y suplico que, interponiendo su respetable autoridad, se digne dirigir al dicho Monasterio, una recomendación para que en la presente vacante de Sor Josefa Cañas se me admita con preferencia a cualesquiera otra pretendiente, que es gracia que espero de su superior benignidad.—ANTONIA IRARRÁZABAL.

Santiago, y Septiembre 11 de 1806.—Remítese este escrito a la Rvda. M. Priora del Monasterio de Sta. Rosa, recomendando la solicitud de doña Antonia Irarrázabal, para que instruyendo de ella a su comunidad se le tenga presente para la preferencia en el hueco que hay vacante, en atención a lo antiguo de su pretensión y al mérito de su Casa para con el Monasterio. EL OBISPO.—*Herrera.*

Iltmo. Señor: En virtud del decreto de V. S. Iltma. de fecha 11 del que rige, he consultado con esta Comunidad sobre la solicitud de doña Antonia Irarrázabal, aquíen desde luego confesamos ser muy acreedora a que esta comunidad la sirva por los motivos que dan mérito a la recomendación que S. S. Iltma. indica en su superior Decreto; pero haciéndose cargo la comunidad que el año pasado nos ordenó S. S. Iltma. que la agraciada por S. S. Iltma. Sor M. Isidora de Sta. Rosa ocupase el primer hueco vacante por fallecimiento de alguna religiosa, nos hallamos en el caso de no resultar lugar alguno para que se verifique la entrada de la enunciada doña Antonia. Así, no le queda mas advitrio a esta Comunidad, que para acceder gustosa a la recomendación de V. S. Iltma. y corresponder a las muchas obligaciones que el Monasterio tiene contraídas con la Casa de los S. S. Marqueses de la Pica se digne V. S. Iltma. mandar que Sor M. Isidora de Sta. Rosa quede de supernumeraria en conformidad a la gracia que se dignó V. S. Iltma. dispensarle, y que doña Antonia Irarrázabal ocupe el lugar de

la finada Sor M. Josefa del C. de Jesús. Monasterio de Ntra. M. Sta. Rosa de Sta. María de Pasto-
riza, y Septiembre 16 de 1806.—Sor *María Merce-*
des de Sta. Rosa, Priora.

Santiago y Septiembre 17 de 1806.—Visto el informe que precede, por el que resulta que la Rda. M. Priora y comunidad del Monast. de Sta. Rosa han aprobado la persona de doña Antonia Irarrázabal para religiosa de velo negro y conve-
nido en su solicitud; concedemos licencia para que desde luego sea admitida y recibida en calidad de supernumeraria, según y como fué admitida Sor M. Isidora de Sta. Rosa y en su lugar; respec-
to de que ésta debe de ocupar el hueco del núme-
ro que ha resultado vacante por fin y muerte de Sor María del C. de Jesús, con arreglo a la provi-
dencia que se dió cuando fué recibida la antedi-
cha Sor M. Isidora de Santa Rosa, en cuya conse-
cuencia la Rda. M. Priora admitirá en la clausura a la mencionada doña Antonia Irarrázabal, a su tiempo y cuando tenga practicadas todas las dili-
gencias necesarias para tomar el hábito de no-
vicia.—FRANCISCO JOSÉ, Obispo de Salta.—Ante
mí.—*Nicolás de Herrera*, Notario.

La constante pretendiente obtuvo el hueco, co-
mo se ve; pero el Señor quiso probarla todavía
algún tiempo. No sabemos qué nuevos inconve-
nientes se le presentaron, pero en los libros apa-
rece su toma de hábito en Noviembre de 1807.

En aquellos tiempos de oro había dos y tres
pretendientes para cada hueco, y aún cuando en
las Agustinas y Franciscanas no había número

determinado, la devoción a N. Sta. Madre las cautivaba y luchaban hasta obtener hueco en nuestro Monasterio. Varias veces, según consta de las solicitudes, el Prelado concedió hueco de supernumeraria; eran vocaciones tan probadas y las razones que alegaban no dejaban otra respuesta que acceder.

Causa devoción leer las solicitudes de estas fervorosas pretendientes; con gran confianza y afecto filial solicitan del Sr. Obispo interponga su «*superior beneplácito*», «*su paternal amor*», «*su grande influencia*» para ser preferidas en el hueco que quedara vacante. El señor Obispo a todas atiende, a todo provee para que sus amadas ovejitas entren a gozar los saludables pastos que proporciona el Redil que cuida la Pastora Divina.

Las HH. Alcalde y Rivera, tomaron el hábito el 31 de Enero de 1755. Fueron de las primeras en solicitar su admisión; la contestación a la solicitud está firmada por la M. Laura Rosa que gobernó sólo el primer mes de la Fundación.

La M. Mercedes de Sta. Rosa «*fué Maestra de novicias y formó un buen número de religiosas en las que supo infundir la más perfecta observancia de nuestras Reglas y Constituciones*». Gobernó dos períodos de cinco años; ignoramos la causa; pero es probable sería por estar la Iglesia en Sede Vacante. En su primer período de 1789 a 1794 tuvo el dolor de anunciar a N. M. Fundadora

la muerte de *Sor Mercedes de la Purificación* en una carta que insertamos más adelante. En el segundo de 1805 a 1810 murió N. M. Fundadora y a S. R. le cupo consolar a la Comunidad pagando la inmensa deuda de gratitud que, después de 41 años, se conservaba su recuerdo como en los días mismos de la triste separación. Creemos que S. R. fué también la que estableció que en el «Aniversario por Ntras. HH.» se cante un Responso especial por N. M. Fundadora.

En este mismo día se canta otro Responso por la última Priora que ha muerto.

En el «Libro de Defunciones» dice: «Sobresalía principalmente en el silencio y recogimiento y en un amor entrañable a la santa pobreza; no tenía sino lo muy indispensable y gustaba cuando le faltaba algo, pedirlo de limosna a sus novicias. Aun cuando su familia se esmeraba en saber sus necesidades, jamás se las comunicaba».

«Su muerte fué muy ligera; pero ella la tenía anunciada y fué ejemplar su perfecta conformidad con la Voluntad Divina».

De Sor Teresa de San José no hemos encontrado sino su expediente de ingreso. Por él consta que se le retardó la profesión dos meses más que a su hermana.

Ntra. Madre Fundadora no admitía a la profesión sino después de conocer muy bien el carácter e inclinación de la novicia. Ninguna en su tiempo, profesó antes de trece meses de noviciado y sí hay varias con quince y más meses.

En 1799 tomó el hábito Sor Mariana de Jesús (Alcalde y Bascuñán), hija de los Señores «Condes de Quinta Alegre». Nos imaginamos sería sobrina de las anteriores. Esta religiosa dejó un pequeño legado para que con sus réditos se le apliquen tres misas en la setena del Sr. Sn. José.

La Hna. Josefa de los Dolores (Peñalillo y Barbosa) fué tenida en su tiempo por alma de gran santidad y favorecida de la gracia con dones extraordinarios. Comunicaba por escrito a su confesor, el Rdo. Pdre. Manuel Alvarez de la Compañía de Jesús, cuanto pasaba en su alma. Al salir de Chile la Compañía, el R. P. Alvarez, que tenía gran estimación de su penitente, dejó al Sr. Obispo las cartas que por obediencia a él se habían escrito. Estas cartas se fueron heredando entre los Prelados sucesores hasta que el Illmo. Sr. Obispo Don José Miguel Arístegui las recogió, y después de hacer un extracto de lo principal que contienen, las entregó al Monasterio y se conservan en el Archivo. El extracto hecho por el Illmo. Sr. Obispo lo ponemos a continuación, tal como lo hemos encontrado en el «Libro de Defunciones» y en otros antiguos manuscritos.

Al entregar las cartas al Monasterio el Illmo. Sr. Arístegui hizo notar que habiendo entrado ratas al estante o cajón que las contenía, mordieron todo el margen y parte en blanco, pero no faltaba una letra en la parte escrita.

Las cartas solo dan noticia hasta el año 1767, fecha de la última, y habiendo muerto la Hna. Dolores en 1822, nos queda mucho tiempo ignorado. Siguiendo las huellas hemos encontrado un antiguo manuscrito que nos dice conservó hasta su muerte gran fama de santidad; «el Gobierno la tenía en gran veneración y consultaba con ella asuntos de importancia». El Sr. Ministro venía a hablar con ella y se quedaba maravillado al oírla referir la situación de la Sala del Ministerio y sus aderezos hasta los más mínimos detalles. Ella se había encerrado en el beaterio a los doce años, cuando el Gobierno era todavía colonial; por noticias no podía saber por que no tenía comunicación con seglares. El Sr. Ministro venía con especial licencia del Sr. Obispo, que, según parece, la tenía en gran concepto.

Dice la tradición que tenía muy buen talento. Según los Libros del Monasterio, vivió 68 años después de vestir nuestro santo hábito.

Extracto de algunas cosas mas principales que contienen las cartas que por obediencia escribía Sor Dolores (en el siglo Peñalillo) Religiosa de velo blanco en el Monasterio de Sta. Rosa de esta ciudad de Santiago de Chile, a su confesor el Padre Manuel Alvarez de la Compañía de Jesús.

Nacimiento. — Nació la Hermana Dolores el 25 de Marzo de 1739. Desde antes de tener uso de

razón amó el retiro y la soledad. De siete a ocho años la entraron sus padres a recogimiento, no para que fuese Religiosa, sinó para que aprendiese la música; pero ya Dios la llamaba a otro camino, y empezó a darse a la penitencia teniendo sus disciplinas y mortificaciones en la media noche porque no la dejaban a otras horas. A los 12 años entró al monasterio siendo entonces solo beaterio, y a los 15 hizo voto de castidad, y desde aquí principiaron los beneficios y luces más particulares de Dios. A la Religión entró contra la voluntad de sus padres y estos como enojados primeros y después por estar muy pobres en nada la socorrían teniendo que mantenerse con obras de mano en los ratos que podía para proporcionarse algunas cosas de las más precisas.

Oración mental.— Ordinariamente eran seis horas al día y los de fiesta, y algunos otros en que no estaba muy ocupada, en servicio de la Comunidad eran siete horas, llegando por lo que explicó, al más alto grado de contemplación y unión con Dios.

Oración vocal.— Siempre tuvo particular devoción a los Santos desde que tuvo uso de razón; y rezaba diariamente a los 9 coros de los Angeles, 9 Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri: otros tantos a los Santos Patriarcas, Santos Profetas, Mártires, Confesores, Vírgenes, Santos de la Orden y demás que reza la Iglesia. Rezaba también 12 Credos a los S. S. Apóstoles, 15 Credos a las llagas del Señor, 33 Padre Nuestro a la corona de espinas. Los salmos penitenciales. El oficio de

difuntos, la recomendación del alma por los que mueren y no tienen quien se las rece. Las letanías de los santos por todas las naciones del universo, los 100 Padre nuestro en que se conmuta el oficio a las de velo blanco y el Salterio cuando había tiempo.

Enfermedades que padecía.—Dolores agudísimos en todo un lado del cuerpo, con el que jamás atinaron los médicos. Temblor en todo el cuerpo y sonidos interiores en los huesos, encogimiento y tirantés de nervios, dolor de cabeza, sienes, cerebro y todo el casco, lo que principalmente le apuraba los Jueves y Viernes de cada semana, dolor al corazón y opresión que no la dejaba respirar y de aquí nació un acerbo dolor a la tabla exterior del pecho y de las espaldas y esto solía durar siete días seguidos. Dolor de ciática y reuma repartida por todo el cuerpo. Calambres, dolor de ojos, de oídos que se le repartía por las muelas, dientes y garganta que le impedía pasar no solo todo alimento, sino hasta el agua y esto le producía una especie de mal de hora; sin estar libres los pies y manos de agudos dolores. La particularidad que aunque el dolor de pecho y espalda eran tan acerbos que no podía ni aún hacer el movimiento preciso para comer, cesaba éste cuando escribía al confesor. De resultas de estas enfermedades estuvo muchas veces declarada por ética, y desahuciada completamente de los médicos.

Tentaciones.—Fué tentada de muchas y gravísimas tentaciones, ya de odio a los prójimos ya de desesperación a la divina Misericordia, de so-

berbia, de disgusto por la vida religiosa, de no creer los Misterios de la Religión y contra la castidad, permitiendo Dios que aún llegase el Demonio a aparecérselo en figura humana para tentarla, más, de todas salió siempre vencedora. A esto se juntaba una conciencia sumamente tímida y delicada y una imaginación vivísima que en todo veía y descubría faltas, que la reducían a los últimos extremos de angustias y aflicción interior. Regularmente en cada acción, aún de las más santas, experimentaba una alternativa de razones y argumentos en favor y en contra que la paralizaban sin saber que hacer temiendo en todo ofender a Dios. En medio de este laberinto no tenía más consuelo que escribir al confesor, y esperar sus consejos, lo que también la mortificaba sobre manera con la idea de que sus cartas podrían ir a parar a manos extrañas.

Penitencias.—Que le permitía hacer un confesor antes del Padre Alvarez. Una corona de acero por tres cuartos de hora en las fiestas de Ntro. Señor, Ntra. Señora y otros Santos (porque no era siempre) con tres órdenes de púas y todas eran 225. Las vísperas de estas fiestas se ponía una cruz al pecho con 72 púas de acero y siete cilicios juntos con unos cordeles anudados con que se fajaba el cuerpo de pies a cabeza. En las plantas de los pies se ponía plantillas de cilicios que sólo podía aguantar tres horas sin que se lo conociesen. Cinco disciplinas al día por espacio cada una de tres Miserere. Tomaba tres veces al día alguna yerba amarga y otras veces siete según la li-

cencia que le daban. Un día sí, y otro nó, tenía disciplina de sangre. Reposaba en cama de dos tablas ensambladas con doce palos de tres puntas, remachadas con algunos clavos atravesados, y la cabecera otro palo. Esta cama no se permitía a raíz, sino con una colcha bajo del cuerpo y sólo por cinco cuartos de hora. Tenía oración con una cruz muy pesada a cuestras por tres cuartos de hora, otros tres cuartos de hora postrada en cruz en tierra.

Una vez se picó las venas para con su sangre hacer carta de esclavitud al Señor y tampoco se le permitió volverlo a repetir. Por un mes fué azotada en las espaldas y abofeteada por mano ajena con otras muchas mortificaciones en el refectorio que se las quitó la Prelada. Se ortigaba el cuerpo en forma de disciplina. Diariamente eran cinco los cilicios que usaba y se los ponía tres veces al día: tres horas por la mañana, tres en la tarde, y otras tres a la noche.

En una ocasión que su confesor le prohibió cilicios y disciplinas hizo lo siguiente: Se hizo dar disciplina por mano ajena en las espaldas, se ciñó todo el cuerpo con cordeles anudados, desde los pies hasta los brazos, la cama muy incómoda, todas las veces que pudo sin ser vista se ortigó todo el cuerpo y se dió muchos pellizcos, arrastró la lengua por el suelo, se postró a los pies de una sirviente y le pidió, como lo hizo, que los pusiese en la boca por espacio de tres Salmos penitenciales, y que le diese de bofetadas, anduvo de rodillas

desnudas, escogiendo lo más áspero, y otras muchas que hizo en el Refectorio.

Otras virtudes.—A más de la penitencia, cultivaba todas las virtudes y en especial la humildad. Tenía de sí misma el concepto más bajo y de ser la pecadora más ruin. Jamás hacía cosa que no fuese por obediencia, aún en las más santas. Su pobreza era suma, no solo en la carencia de varias cosillas que se permiten con anuencia de los Prelados; pero aún en el desprendimiento y deseos de carecer hasta de lo necesario para la vida. La castidad la conservó siempre y la cultivó en el esmero más santo, mereciendo por esto que Dios la llamase con los títulos de hija y de esposa en diversas ocasiones. Su amor a Dios y caridad para con los prójimos parece era su virtud favorita, principalmente en el deseo de evitar los pecados y ofensas que podían cometer: llegaba a desear que Dios la borrara del libro de la vida, y la condenase con tal que no hubiese pecadores. No había instante, aún durmiendo, que no estuviese en la presencia de Dios, y para esto guardaba un perfecto recogimiento en todos los sentidos. Sus ansias de padecer eran ilimitadas, y así siempre estaba solicitando, ya del confesor, ya de la Prelada, continuas licencias para las más ingeniosas mortificaciones que muchas veces se las estorbaban por el estado de su salud, ordinariamente desahuciada de los médicos. En diferentes ocasiones tuvo que sufrir injustas reprecensiones y apodos los más humillantes sin que tratase de desvanecer las torcidas ideas que se

formaban de su conducta, antes gloriábase en su interior de que así Dios la favoreciese en la adquisición y ejercicios de las virtudes a que se animaba con la memoria de la Pasión del Salvador, para cuya meditación tenía repartidos los siete días de la semana en diversos pasos, y en las palabras que habló en la Cruz.

Consuelos extraordinarios.—Tuvo muchas y diversas visiones todas intelectuales, principalmente en la oración, causando en el exterior un embargo de todos los sentidos y facultades humanas que duraba horas, y algunas ocasiones días enteros. Las principales son las siguientes. No pasaba día que no viese la Humanidad Sma. del Señor en la figura de Jesús Nazareno, con una muy pesada Cruz, y cuando esto escribía, iban ya corridos siete años a que la veía.

El día de Pentecostés y el de la Sma. Trinidad, sintió una vez atravesársele el corazón con una flecha, causando operaciones muy divinas.

El día treinta de Agosto, día de Sta. Rosa, Nuestra Madre, después de comulgar, fué conducida al cielo a que viese y gozase de la fiesta que se le hacía a la Santa, y duró hasta las once.

En una ocasión vió al Padre Ignacio García de la Compañía de Jesús, rodeado de gloria.

El año 1766, entre dos y tres de la mañana, oyó cantar con armoniosa música el cántico *Magnificat*.

En los desvelos de una noche, vió a Jesús en figura de un Pastor, y fué arrebatada de los sen-

tidos, oyendo después una música que la enajenó de nuevo.

Se le apareció el Patriarca Sto. Domingo, Nuestro Padre, exhortándola a vida más perfecta, al total desprendimiento del mundo y a que imitase a Sta. Rosa.

Tuvo una visión de un lienzo en que estaban pintados tres Angeles entre muchas flores de Rosas y azucenas, y el Señor la dijo que esos tres Angeles estaban destinados para su guarda y que las flores simbolizaban sus virtudes. Estos Angeles la favorecían mucho y hubo ocasión en que la disciplinaron a media noche y le pasaron la ropa para que se vistiese a tener oración sintiendo todo materialmente.

Tuvo un arrobamiento de sentidos que duró 25 horas considerando las palabras del *Miserere* verso quinto *Tibi soli peccavi* y oyó claro y distintamente por tres veces que le contestaban con dulce voz *Remittuntur tibi*.

Tuvo dos visiones distintas de una palma y un número cuatro que ella interpretó por los años que le quedaban de vida, cuya inteligencia no se verificó, pero la dejaron llena de afectos extraordinarios de amor de Dios y de deseos de gozarle.

Fecha de la última carta 1767.—En una de las ocasiones en que creyó más próxima su muerte, escribió en los términos siguientes a su confesor: “A lo que me pregunta de los instrumentos de penitencia digo: que algunos tengo depositados en poder de la Hna. Ignacia, otros cilicios y disciplinas he dado a mis hermanas de Padre y

Madre, no de religión: a algunas sirvientes pobres he dado cuatro cilicios y dos disciplinas y las plantillas de pies; la corona me la sacaron y no sé quién, lo mismo hicieron con la Cruz grande de hombros, la cruz de pecho con otra disciplina de hierro me suplicó una Religiosa que la depositase en su poder por si acaso me moría, que me guardaría todo sigilo; yo la resistí muy mucho a esta Religiosa como a la Hna. Ignacia, pero tanto me instaron que al cabo se los dí a guardar, diciéndoles que solo me resolvía a dárselos porque presumía estar hética y no careciesen otros prójimos de usarlos estando en mi poder, a una hermana y prima hermana que tengo en las Agustinas, envié tres cilicios y una disciplina, no depositado sino dado con licencia todo de la Prelada, que la he pedido para todo con disfraz.

El Sr. V. G. Dr. Dñ. José Miguel Arístegui dió el siguiente certificado, cuando el R. P. Provincial Fray José Benitez llevó a Roma al General de la Orden este extracto de su vida:

«Atestiguo que el extracto de la vida y virtudes de la Hna. Dolores Peñalillo, contenido en las cinco fojas que preceden, está conforme en el que hizo en años anteriores extraído de sus cartas originales a su confesor que leí y se conservan en el archivo del Monasterio de Sta. Rosa, a que perteneció dicha religiosa. Debo añadir que según los libros y tradiciones del Monasterio, Sor Josefa de los Dolores, fué hija legítima de Don Alonso de Peña y Lillo y de doña Ignacia Barbosa, que entró en el Monasterio el día 18 de Di-

ciembre de 1754 y profesó el 15 de Octubre de 1756, habiéndose demorado el noviciado porque la Comunidad quería que profesara de velo negro, y no lo hizo así porque no tuvo como entregar la dote. La profesión se la dió el Pbro. Dn. Juan Javier Larrañeta, capellán del Monasterio. Murió Sor Dolores a las diez de la mañana del día 27 de Agosto de 1822 y fué sepultada en el medio del coro en el lugar que se coloca el facistol. En los últimos años de su vida era reputada por una religiosa de mucha virtud, mas nada se notaba de extraordinario o sobrenatural. Doy este testimonio a petición de la M. R. M. Priora del Monasterio, hoy 20 de Diciembre de 1861.— JOSÉ MIGUEL ARÍSTEGUI, V. G.

Sor Juana de los Dolores (Xáuregui o Jáuregui y Aranibar) fué del mismo noviciado de las anteriores. Nos imaginamos, por lo que la tradición cuenta, que fué una violetita que recreó muy dulcemente al Amado con el buen olor de sus virtudes y muy principalmente con la paciencia y rectitud de intención. Siempre que sentía algún desagrado se dirigía al Tabernáculo y con gran fé y piedad le decía: «Allá vá esa flor, Señor.» Se cuenta y lo leemos en un antiguo manuscrito, que cuando ella murió, contando solo tres años de religiosa, una piedra de destilar se cubrió de azucenas, rosas y otras flores. Este caso tan extraordinario, se atribuyó por la Comunidad a una manifestación que N. S. hacía de haber recibido las flores que ella le enviaba.

Dice el manuscrito y lo ha repetido la tradi-

ción, que la «Prelada hizo raspar la piedra y es la que sirve ahora para el servicio de la sacristía». Se conserva la misma al presente.

La acción de la Prelada fué muy censurada hasta muchos tiempos. No sabemos que hubiéramos hecho nosotras, pero nos parece muy natural, dada la Escuela que se quiso dar y se dió al nuevo Monasterio. Se trataba de evitar el escollo que encuentra siempre la juventud, si se aficiona a lo sobrenatural, que confunde la flor con la raíz y quiere tener aquéllas sin cultivar éstas. Para juzgar, si aquello fué rigor, necesitaríamos conocer las causas que motivaron esa determinación.

Debe haber fallecido Sor Juana, en 1759, pues tomó el hábito en 1756.

Mucho hemos hojeado buscando las huellas de Sor María Rosa del Carmen (Vivar y Azúa); pues las noticias que de ella tenemos nos la presentan como alma favorecida de muchas gracias extraordinarias. El resultado de muchas investigaciones, ha sido el de siempre.

Al hacer su «renuncia» para ingresar en nuestra Comunidad, la primera cláusula es para dar libertad y asegurar el porvenir de una esclava que heredó de sus padres junto con un buen patrimonio. Su noviciado fué de dos años; por lo poco que hemos podido descubrir, nos imaginamos que Ntra. Mdre. Fundadora le retardó la profesión hasta comprender qué espíritu la guiaba y si los favores extraordinarios la impedían seguir la vi-

da común y ordinaria; pues en tal caso no habría tenido lugar en nuestra Comunidad que se dirige a todas por el camino recto de la observancia de nuestras leyes.

El «Libro de Defunciones» dice textualmente: «Fué muy observante y recibió de N. S. la gracia especial de penetrar los sufrimientos interiores de sus H. H. Religiosas; a quiénes daba los consejos y reglas mas adecuadas a sus circunstancias».

«Según lo manifestaba a su confesor se encontraba, en espíritu, en la revolución de Francia; daba detalles muy pormenores de lo que allá pasaba. Su confesor lo anotaba y todo salió confirmado.

Tomó el hábito el 5 de Noviembre de 1762 y profesó el 19 de Octubre de 1764.

M. R. Padre Prior: En virtud de la orden y mandato de V. P. R. paso a hacer esta sucinta relación de las cosas sobrenaturales que acaecieron a la hermana Ignacia de la Sma. Trinidad Religiosa de velo blanco en el monasterio de Santa Rosa de esta ciudad de Santiago, según que la supe por su misma relación; y aunque por haber pasado más de treinta años se me habrán olvidado muchas cosas, no obstante referiré como fuesen ocurriendo. Prescindiendo por ahora el cómo hube comunicación con esta santa religiosa, que por tal la tengo en mi concepto.

En nuestras primeras visitas todo se redujo a cosas indiferentes y cosas que ella supo de otras religiosas, así de su Monasterio como de otros.

Entre ellas no dejé de notar que en tercera persona me decía cosas que habían pasado por mí mismo, no hice mayor caudal de ellas, aunque un día sucedióme lo mismo que otras y me ocurrió al pensamiento el decir: más que esta creatura me ve el interior; e inmediatamente me respondió: esté usted cierto que más claro que su cara, porque así lo quiere el Señor. Desde ese punto empezó a declararse contándome el cómo entró en el convento: cuando aún no era más que Beaterio, conducida por el Padre Ignacio García de la Compañía de Jesús, quien la sacó de casa de la señora a cuyo cargo estaba; haciéndome relación que desde edad (según le había dicho el mismo Padre) de seis años, poco más o menos, empezó a ayunar tres días en la semana a pan y agua y los demás manteniéndose con yerbas que cogía en la huerta de su casa (estoy algo dudoso si desde esta edad o poco después empezó su ayuno).

Por relación de doña Nicolasa Orrego, que se crió en la misma casa de la dicha Ignacia, supe que desde niña fué muy perseguida de los demonios, pues me cuenta que daba grandes caídas en parte donde no había tropiezo, lo que ocasionaba a la pobre muchos malos tratamientos de su señora, como así mismo que habiendo encontrado en un rincón de una pieza la cama de esta misma que se reducía a unas grandes piedras (díjome que estas piedras no supo cómo pudo conducir las) con que la tenía cerrada y dentro lleno de cascotes de ladrillos y tejas; llamó a todas las de casa con grande enojo para que viesan a qué se reducían

las simplezas de aquella muchacha, tratándola muy mal de palabras: tanto que una hermana le hubo de dar en cara hiciese escarnio de lo que debía servirle de ejemplo. Dijome también que andaba tan embebida en Dios, que los días que eran de fiesta y de comunión la llevaba con otras mujeres de la casa a la iglesia, y la dejaban de intento para que tomase la delantera, «ciertas de que no daría con ellas y pasaría de largo», lo que efectivamente sucedía así y era menester sujetarla para que volviese. (Esta es relación de la referida doña Nicolasa).

Cuando vino la Mdre. Antonia a establecer la clausura, me dijo había traído una muchacha, no sé si de Lima o agregada en esta ciudad, la que viendo el aprecio que dicha Mdre. Fundadora hacía de ella, dió en perseguirla por espacio de dos años; de suerte que su pan cotidiano eran las lágrimas y lo que sobre todo sentía era habérsele quedado en casa de su Señora una imagen de Santa Rosa (bien viejecita, la que tuve en mi poder algún tiempo) que era con quien se desahogaba en sus tribulaciones; más como había salido contra su gusto de la casa, no se atrevía a pedírsela, cierta de que no se la mandaría; mas el Señor que atiende al deseo de sus pobres dispuso de que un día estando la Comunidad en el Refectorio diesen grandes golpes en la portería, y acudiendo la portera, y no hallando quien respondiese, volvió a su asiento; inmediatamente volvieron a golpear por segunda vez y acaeció lo mismo; volvieron por tercera vez, y entonces mandó la Prelada

abriesen la puerta y viesen quien golpeaba, lo que efectuado, hallaron la imagen misma de dicha hermana, sin que se hallase persona viviente que pudiera haberla traído.

A cierta persona la echaron del convento, y cuando hubo de salir, pasó a su celda a decirle que conocía que aquel castigo le enviaba el Señor por la persecución que le había ocasionado. Después de algunos años me dijo que una noche oyó un gran ruido de bolillos (se ocupaba en hacer trencillas) y que preguntando quien era le respondieron: Fulana, nombrando a la consabida y que inmediatamente se la arrebataron de la vista.

De apariciones de ánimas eran muy continuas tanto de personas conocidas como extrañas, entre ellas me dijo había sido arrebatada al coro y le halló lleno de niños (estaban cantando el *Laudate pueri Dominum*) con sus caras tristecitas y le dijeron ser los niños del Purgatorio a lo que replicó ella: ¿pues, como en el Purgatorio hay niños? sí, Madre, le respondieron, que como nosotros morimos de poca edad, nuestros padres creyendo vamos derecho al cielo, omiten el hacernos sufragios y estamos detenidos hasta salir por nuestras cabales. Entonces le dijo el Señor: por estos me ruegas.

Queriendo darme a entender el horror que le ocasionaban éstas apariciones, me dijo un día con ocasión de acabar de morir una religiosa, de este convento, que a esta le parecía no la tendría miedo, pero le sucedió tan al contrario que habiéndosela aparecido fué tan grande su pavor,

que la misma alma le dijo: *no estás ahora para que yo pueda hablarte, yo volveré.*

Supe por una religiosa que confesaba en aquel monasterio que en la celda de una enferma hablando de una avenida que hubo ahora veinte o mas años, dijo la hermana Ignacia que el Señor amenazaba a esta ciudad con otra mayor, a lo que dijo la enferma; que porqué no se interesaba ella en aplacar la ira del Señor, a lo que respondió ella: qué he de hacer, yo ya le he dicho al Señor que descargue sobre mí su azote para que perdone al pueblo. Hízolo su Majestad postrándola de suerte que todos los días venía a consolarla San Zacarías, representando aquella edad en que murió exhortándola a la paciencia, y diciéndola ello pasaría, la que con mucha gracia hacía el papel del Santo, remedando la habla balbuciente; y el báculo que traía como para sostener su ancianidad; díjome también que a los pies de la cama tenía en estos días atravesada la muerte y no hallaba como encarecer su fealdad, añadiendo que estando acostada no la veía y que para verla, era menester levantar la cabeza, y ella le hacía señas diciendo que aún no era tiempo.

Sabedora de que yo no guardaba el sigilo necesario en estas materias me reprendió un día, con tanta seriedad, diciendo no comunicaba conmigo esas cosas para que las anduviese vociferando por afuera, que me causó mucho miedo. Habiendo acaecido poco después la muerte o asesinato que hicieron unos Catalanes, en un paisano suyo, tratando en la conversación de esta lastimosa

muerte, le dije yo que ese difunto era amigo mío, y él había sido quien me regaló una docena de flores de las primeras que vinieron de España, que se las remití para su Santo, San Ignacio (cuya fiesta hacía) a lo que me respondió: Pues tenga el consuelo de que está en carrera de salvación. Llegado que fuí al convento, me preguntó el Padre Prior que, qué me había dicho la Hna. Ignacia, respondí lo que vá relacionado; e inmediatamente mandó a lo del boticario Pica (cuyo recomendado era el difunto) avisando esto mismo, que cuando lo supe me causó bastante vergüenza, y estuve en duda de ver a la hermana temiendo nueva reprensión cierto de que nó lo ignoraba; siéndome preciso el hablarla, inmediatamente (por evitarme el rubor con que iba) me tocó el punto, y me dijo había hecho bien en decirlo en aquella ocasión.

Cuando empezó a tener los arrobamientos en público, el primero fué en el coro a presencia de toda la Comunidad, día octavo del Corpus. Yo deseaba grandemente saber como había sucedido aunque nunca la pregunté de cosa sobrenatural, a menos que ella me lo dijese, salvo una sola vez, que demoraba mucho un navío de España, que venía muy interesado para esta ciudad, viendo su mucha demora, pues, pasaba de siete meses sin que aún hubiese noticia de haber arribado a algún puerto. Doña Juana de Aldunate y su esposo don Ignacio Frigarai me suplicaron indagase de la Hermana Ignacia si se había perdido, o arribado a algún puerto, y habiéndolo hecho me

respondió inmediatamente. No está perdido, en todo este mes estará en Valparaíso.

Era en principio del mes de Septiembre, y el día 24, día de la revelación de nuestra Señora de las Mercedes, llegó el propio del puerto, con la noticia de haber entrado en él dicho navío. Dichos S. S. lo saben esto, pues con anticipación, les dí el aviso de la respuesta de la Hna. Ignacia, previniéndoles lo reservasen para sí por ser estas cosas delicadas. Y en otra ocasión me dijo se le había aparecido Nuestra Señora con su Santísimo Hijo como de edad de cinco años, y no hallaba cómo ponderar lo rico de la chupua y que toda afanada en buscar asiento para el Niño Dios, y este Señor sacó un pedazo de pan y se lo dió con lo que perdió el Misterio de vista y se anegó en la Divinidad; dijome más, que como esto causase, como es regular, tanta novedad, las Monjas la esperaron esa noche a que saliese del Coro, (adonde ella se recogía mientras la quiete, donde ella no asistía por dispensación que para ello tenía del Sr. Provisor) y la entraron a la Sala, y rodeándola le preguntaban que, como era el cielo, y si había chocolate, duraznos, etc. y a todas les respondía que sí.

En estos arrobamientos, dijome era llevada a unas ciudades muy grandes y por caminos muy largos, tanto que estando muy fatigada, los Santos Angeles le hacían su camita, para que descansase: yo no tuve la precaución de preguntarle qué ciudades fuesen, ni menos el motivo de arrebatarla a ellas, aunque por lo mucho que ponderaba

la grandeza de la ciudad, y lo largo de los caminos, me ocurría ser la China.

Algunos años en los días del Viernes Santo, me dijo le ponían un peso tan grande sobre el hombro, como si la cargaran una gran piedra de molino de manera que, «andaba topeando con las paredes, como una gran borracha» y añadió que un día de ellos, la llevó el Señor por todos los grados de oración y decíala en la Septima Morada, y cuando se vió en ella le pareció estaba en llamas de fuego. También me dijo en otra ocasión que conocía tenía muy poco amor de Dios, pero a mi Señora la Virgen (que así nombraba a esta Soberana Señora) no hallaba términos con qué ponderar lo mucho que la quería.

Las hermanas Valdés Carrera, Sor Mercedes de la Purificación y Sor Manuela de las Mercedes tomaron el hábito el 3 de Julio de 1762 y profesaron al siguiente año en el día de Ntro. Sto. Padre Domingo.

Nos imaginamos que el amado y amante Padre sentiría en ese día aumentarse su gloria recibiendo, en su ya numerosa familia, a estas hijas que tanto habían de complacer al Cordero Inmaculado con su seguimiento.

De la Madre Manuela sabemos que fué Maestra de novicias y Priora. El libro de «Defunciones» nos dice: «Esta religiosa fué de mucha virtud y desempeñó el cargo de Maestra de novi-

cias con mucho acierto. Era muy devota de los Dolores de la Sma. Virgen y en este día tuvo revelación de su muerte que debía ser el día de la Ascensión, como se cumplió. Expiró a las doce del día y su cuerpo quedó en cruz». Esto sucedió en Mayo de 1825.

Fué Priora en el trienio de 1798 a 1801.

De Sor Mercedes de la Purificación tenemos las noticias que a continuación copiamos:

La celda, testigo de tantas maravillas, se había conservado con estimación y respeto hasta Octubre de 1905 en que se emprendió la reconstrucción del segundo claustro donde estaba. Necesitamos acogernos, con todas nuestras fuerzas, al desprendimiento religioso y llamar en nuestro auxilio a nuestros santos votos el día que la obediencia nos hizo salir de ese amado rinconcito para poner el trabajo ¡no la íbamos a ver ya más! Cambiarla con otra hermana era muy pasable; pero ¡abandonarla para ser destruida!

El Señor parece ha querido darnos algún consuelo. Temíamos que en la nueva distribución del terreno, se perdiera hasta la memoria del lugar que ocupó; pero el celestial Consolador ha permitido que una mata de camelia sea el distintivo inequívoco. De las otras celdas no se pudo salvar el jardín y en esa quedó esta mata que Ntra. Madre había regalado a un caballero que nos sirve con gran caridad. El creyó que nosotras le teníamos cariño al árbol y «no tuvo valor para sacarla».

El señor Síndico alabó esta cobardía y se dió trazas como dejarla, debiendo hacer en el patiecito un terraplén que deja a la mata de camelia perdida, talvez más de la mitad; pero ella es la que nos dirá que ahí mismo estaba la celda de la hermana Purificación y sus flores albas como la pureza, nos recordarán las virtudes que ella practicó para agradar al Celestial Jardinero.

Extracto de algunas cosas mas principales que contiene la vida de Sor Mercedes de la Purificación (en el siglo Valdés), Religiosa de coro en el Monasterio de Sta. Rosa de Santiago de Chile. Escrita por el M. Rvdo. Fr. Sebastián Díaz, de la Recoleta Dominica.

Nació la Hna. Mercedes de la Purificación en la ciudad de Santiago de Chile, a 14 del mes de Julio del año 1738. Fueron sus padres el Maestre de Campo D. Domingo Valdés, y doña Francisca Borjas de la Carrera; personas distinguidas por su calidad, por su piedad y por la crecida copia de bienes temporales que Dios puso en sus manos para el socorro de los pobres. A la edad de siete u ocho años la entraron sus padres a recogimiento en el Monasterio de las Monjas Claras de esta ciudad para que se educase al lado de sus tres tías monjas que allí tenía. Desde entonces manifestó una tierna devoción a María Santísima, pensando todo el día en ella, invocándola en todas sus aflicciones, y consultándola todas sus

dudas como a verdadera Madre. Desde esta edad se entregó a la oración, frecuencia de Sacramentos y mortificaciones interiores y exteriores, ayudando dos días a la semana, y usando cilicios y disciplinas. Creció más en fervor hasta la edad de trece para catorce años en dicho Monasterio. Vuelta a la casa de sus padres, trataron de casarla, pero ella resistió fuertemente por amor a la virginidad, y consiguió la victoria. Un día que se componía con ornatos un poco superfluos contra su costumbre, fué reprendida fuertemente de una imagen del Señor, que estaba allí presente, y que ella miró por casualidad, se le presentó en ademán de quien reprende severamente, con un ceño terrible y espantoso; ella cayó en tierra desmayada y estuvo a punto de morir. Desde este día ya no pensó más que en unirse a Dios, abrazarse de su Cruz, y para el divino efecto resolvió tomar el hábito y hacerse religiosa en el Monasterio de Sta. Rosa, lo que ejecutó el día 3 de Julio de 1762; profesó cumplido el año de noviciado haciendo sus votos solemnes de Obediencia, Pobreza y Castidad y Clausura según la regla de San Agustín y constituciones de Ntro. Padre Sto. Domingo.

Oración mental.—Su oración era continua y llegó al último grado de contemplación infusa a que suelen llegar las almas en esta vida.

Enfermedades que padeció.—Sufrió una espantosa y terrible enfermedad nerviosa, y otros accidentes por el tiempo de veinte y seis años

continuos, sin que jamás se hubiese oído la menor queja ni desahogo.

Penitencias.—Usaba un saco compuesto de puntas agudas de navajas añadiendo a esto las disciplinas y cilicios aun estando enferma en cama.

Otras virtudes.—A más de la penitencia, cultivaba todas las virtudes y en especial la humildad la poseyó en el último grado. Jamás hacía cosa que no fuese por obediencia, aun en las cosas más santas; su pobreza era suma, no sólo en la privación de varias cosas necesarias para la vida sino también en el deseo de no tenerlas. La castidad la conservó siempre con privilegio singular, porque nunca sintió tentaciones contra esta virtud.

En toda su vida no cometió jamás pecado mortal, y todo el tiempo que fué monja careció de las culpas leves deliberadas; y de culpabilidad intrínseca. Su amor de Dios y caridad para los prójimos parece era su virtud favorita, socorriéndolos en todas sus necesidades espirituales y temporales, y esto desde sus más tiernos años. No había instante en que no estuviera en la presencia de Dios y para esto guardaba siempre un perfecto recogimiento en todos los sentidos. Sus ansias de padecer eran ilimitadas, y en una ocasión que clamaba al Señor le diera a sentir los trabajos de su pasión santísima, y cuanto habían padecido los Stos. Mártires por orden de los tiranos, mereció que el Señor le dijese: *Humíllate mucho que te voy a dar un fuego en que te abrasarás y será tanto que si no te conservara la vi-*

da por milagro la perdieras muchas veces: Añadiéndole que: como Sta. Rosa de Lima había sido Rosa de penitencia, a ella la haría Rosa de paciencia.

Consuelos extraordinarios.—Tuvo muchas y diversas visiones, todas intelectuales, a excepción de una en que se le apareció María Santísima, y la vió con ojos corporales. Las veces que el Señor la consoló con su presencia y la de su Santísima Madre fueron innumerables. Cada vez que le repetía el ataque de la enfermedad era también unas de las que el Señor le venía a prevenir y fortalecer con su presencia. No siendo posible enumerar las acciones de una enfermedad que carecía de período fijo, tampoco lo es reducir a cálculo guarismal las veces que Sor Mercedes lograría la inestimable dicha de ver a Ntro. Señor en esta vida. Una vez con la ocasión de una excesiva necesidad le pidió al Señor que así como veía caer copos de nieve sobre la tierra, lloviese fuego sobre su corazón. Dios que estaba mirando la capacidad de aquella alma le envió prontamente tal incendio que comenzó a abrasarse en llamas de amor divino, hasta el último punto de consumirse o haber muerto, a no suspender su Majestad la acción de su poderosa mano. Dos veces que no se le proporcionó la reconciliación por medio del Sacramento de la penitencia, se le apareció el Señor y la estuvo oyendo la acusación de sus faltas, diciéndole al fin por vía de absolución lo que a la Magdalena: *Tus pecados se te perdonan, anda en paz.*

Otras dos veces la comulgó el Señor acercándole la sagrada forma a la boca y pecho de Sor Mercedes sin ministerio de sacerdote.

Una ocasión fué herido su corazón por virtud divina con un instrumento de un dardo, repitiéndose esta trasverberación otras varias veces, dejándola una profunda llaga desde lo externo del pecho hasta lo interior del corazón mismo.

Un día de la Ascensión del Señor al tiempo que se rezaba la Nona en el coro fué extraída de sus sentidos, pareciéndole que su corazón se lo sacaban del cuerpo, y lo llevaban al cielo, quedando ella como muerta.

El día de Pentecostés sintió venir sobre su cabeza con tanta vehemencia como si fuera rayo, un fuego de tal actividad que en un momento la inflamó toda interior y exteriormente.

Le anunció el Señor que tres días antes de su muerte le darían tantas ansias de verlo y tanto incendio de fuego que le sería un nuevo y terrible martirio con que le consumiría su vida y le prometió que allí no llegarían los espíritus inmundos, y todo se cumplió.

Su muerte.—Estando para morir se le apareció Jesucristo con su Sma. Madre y una multitud de ángeles llenando toda la celda de celestiales resplandores, y le dijo el Señor que ya se le acercaba su muerte la que sería muy preciosa a sus divinos ojos, y los ángeles entonaron cánticos de Celestial armonía, y luego se puso en Cruz y así consumió su vida en día Sábado vísperas de Reyes, 5 de Enero de 1793.

Luego que se supo la muerte de esta sierva de Dios todas las personas de la ciudad se sintieron conmovidas de ternura y devoción y se agolparon al Monasterio a pedir reliquias de ella.

A las tres o cuatro horas de su muerte se apareció gloriosa a una persona con un vestido de resplandecientes luces, a otras personas se apareció adornada de corona, palma y una rosa, sin duda para simbolizar el cumplimiento de lo que el Señor le había dicho: de que había de ser Rosa de paciencia.

Otras muchas veces se ha aparecido gloriosa y ha sanado a varias. Sor María de San Javier, religiosa de este Monasterio, tenía una enfermedad en las piernas y los pies muchos años antes que muriese la sierva de Dios; se le hinchaban con unos dolores muy agudos, de suerte que se hallaba del todo inhábil. Una noche le apuró sobre manera la enfermedad, los pies parecía que le reventaban con tanta sensibilidad que ni la ropa de la cama podía sufrir; se encomendó a la sierva de Dios, Sor Mercedes, que ya había muerto. En el mismo instante sanó repentinamente, cuando más apurada estaba, y nunca más sufrió semejante enfermedad.

Certifico que el resumen que precede de la vida de Sor Mercedes de la Purificación (Valdés), formado por las religiosas del Monasterio de Santa Rosa de esta ciudad, está conforme a la historia que de dicha Sierva de Dios, escribió el

M. R. Padre Maestro y Doctor Fr. Sebastián Díaz su contemporáneo, de cuya historia se conserva un ejemplar en nuestra Biblioteca.—
Santiago de Chile, Recolección Dominicana,
24 de Diciembre de 1861.—FRAY DOMINGO ARACENA.

Copia de la carta que escribió la Priora del Monasterio de Santa Rosa, en Santiago de Chile, a la Madre María Antonia del Espíritu Santo, fundadora del dicho Monasterio y residente ya en Lima.

Mi Madre Antonia:—La víspera de Reyes se llevó el Señor para sí, a Ntra. hermana Mercedes de la Purificación (Valdés en el siglo). Hemos experimentado y sabido de ella cosas muy particulares después de su muerte, que se siguió a una enfermedad de veintiséis años: pues en su trato nunca mudó el estado y método en que Su Rvcia. la dejó. Siempre muy exacta, muy paciente, caritativa, humilde, siempre alegre en sus mayores padecimientos, muy limosnera, muy sufrida y en fin, esto y no más se observaba en la hermana Purificación; pero el Señor tenía en ella depositado un sin número de favores, lo que sólo sabían sus confesores, y al tiempo de morir que habló conmigo algunas veces, y con las enfermeras que fueron testigos de varias cosas. Ya Su Rvcia. sabe que desde que entró siempre fué delicada y enfermisa, y que se le daban oficios suaves por su poca salud. Muchos ha que sólo estaba para depositaria, por estar tan agravada, que de su

cama al estrado no más pasaba, y siempre pedía ser ella la última en las asistencias, teniéndose por inútil a la Religión. Quince o más días pasó tan agravado, que decía el médico, era fiebre la que tenía, pero sentada sin arrimarse pasaba noche y día. Ya que no pudo vestirse por sí o desnudarse lo hacía la enfermera, y siempre sentada, como digo, hasta que murió, que estando en la misma postura se postró en cruz y así expiró, día Viernes, a las doce y media de la noche, en este año.

En los últimos ejercicios que dieron los Jesuitas, se halló Sor Mercedes con excesivos deseos de padecer, y pidió al Señor con ansias le diese a sentir los trabajos de su pasión y cuanto habían padecido los Santos Mártires de los tiranos; se le apareció el Señor y le dijo: *que si Ntra. Madre Sta. Rosa había sido Rosa de penitencia, a ella la haría Rosa de paciencia*, y que le daría un fuego que le causaría un continuo padecer, y desde ese día se aumentaron todos su males y experimentó de la cabeza al estómago tal incendio que no había cosa que lo templase y de la cintura a los pies excesivo hielo. Así pasó los veintiséis años de su padecer, sin que bastase a templarlo o minorarlo, ni comer, beber y ponerse emplastos de vinagre y sumo de frío que trae la medicina, de suerte que los médicos que ignoraban la causa, se espantaban de que viviese. Cuando la sangraban, que era muy a menudo, salía la sangre corrompida. Lo que bebía se reducía a espíritu de nitro y de vinagre, su comida un cuarto de pollo que

no acababa, cocido con más vinagre que caldo. Así ha pasado más de milagro, como decían los médicos. más de cinco años. Después de aceptarle el Señor la oferta la hirió con un dardo de fuego en el corazón, tanto que pensó morir a la violencia, y quedó por muchos años externa herida. Después le pidió a Su Majestad se la quitara, y sólo fuera interna, y aseguran sentía como una llaga viva, y esto le duró hasta morir, y fueron muchas las veces que le renovaba este favor y esta herida. Los efectos que le causaba fueron manifiestos y muchos al tiempo de morir; y después que los vimos todas, esto es que el fuego y la palpitación del corazón era tanta que se apercibía el golpe en la almohada, como si con la mano golpeasen. Dijo ella que el golpe lo había sentido como la péndula de un reloj; el espinazo algunas veces se le hundía tanto que en su lugar cabía un brazo, otras con deformidad se le salía con exceso y lo mismo las costillas del pecho, esto era, más o menos, según los excesos del amor. Digo que vimos las costillas del pecho levantadas, quedando así por algún tiempo; después se puso todo en su lugar. Nunca, por agravada que estuviera, dejó que le pusiese alguna los defensivos y nadie supo que eran para el corazón, los que salían como yesca de secos a poco rato de tenerlos. Ella ha dicho que su fuego y hielo sólo en el purgatorio se pasa. Considere Su Rvcia. qué dolores, fatigas y caimientos tendría con este desarmamiento de pecho y espaldas, y nunca se le oyó un ¡ay! y mudaba muchas veces de semblante; ya

mortal, ya tan encendida que parecía reventaban las mejillas, frente y aun cabeza en sangre, y en estas ocasiones se observaba en sus ojos un género de brillo y hermosura extraña. Ella tenía casi continuo y familiar trato con el Señor y con su Sma. Madre. Siempre que le daba algún trabajo mayor o le aumentaba su padecer la prevenía de antemano, regalaba, esforzaba con caricias; llamándola hija; y en un día de la Ascensión le sacó el corazón y se lo llevó al Cielo, adonde gozó lo que se puede pensar y nunca decir, dijo que había quedado su cuerpo tan yerto como un cadáver.

Dos veces la confesó el Señor y le dijo las mismas palabras que a María Magdalena al absolverla, y dos veces la comulgó en el coro y otra en su celda que se olvidó la enfermera y pasó Nuestro Amo por su celda y se entró la forma a su cama.

Ocho días antes de morir la visitó el Señor con su Santísima Madre y muchos ángeles con música de ellos mismos y traían corona y palma muy rica. Díjole el Señor que ya se acercaba su muerte, la que sería muy preciosa en sus ojos; que tres días antes le darían tantas ansias de verlo y tanto fuego, que sería nuevo y terrible martirio con que se consumiría su vida; que los demonios no la tentarían, ni los permitiría llegar. Todo se verificó, pues desde el Miércoles creció tanto el fuego que decía se atabardillaba; las ansias eran tantas que quien en tantos años había encubierto y ocultado tanto favor, en estos días aún el médico lo conoció y diciéndonos el Viernes a la tarde después de

pulsarla: «Madre, todavía el pulso no demuestra cosa de muerte». Dijo ella con gran ansia: «hágase la voluntad de Dios, quizá cogeremos parte del Sábado» y así sucedió, pues murió a las doce y media de la noche.

Desde las ocho se le quitó el habla y quedó con un modo de sollozo hasta que expiró, sin la menor fatiga ni agonía, solo con sudor tan copioso que mojó hasta la frazada; antes de morir dijo que: aunque ella deseaba morir conforme había vivido sin que se supiese lo que por ella había pasado, el Señor quería lo dijese y le había dicho su Majestad que su muerte sería la admiración de la ciudad, y así sucedió, pues la emoción ha sido tanta, que así que murió sus mismos Confesores sin poderse ir a la mano, publicaban todo lo dicho y no se hablaba de otra cosa. Los hombres lloraban sintiendo en sus almas extraños movimientos, como lo publicaban el día que murió. Y otras varias veces se apercibió no solo en el convento, sino también en las vecindades una fragancia del cielo que se parecía en nada a las de acá. El número de gente fué tanta a verla y el día de las honras que de propósito no quisieron hacer convites y con todo ni las guardias podían contener la gente que fué excesiva. Don Javier, su hermano, costó las honras, hizo un gran túmulo. Asistió el señor Obispo y lo más ilustre de la ciudad, sin que, como digo, hubiese precedido convite. Dijo que los Angeles cuidarían de su cuerpo, y no se puede dudar de esto, pues el Padre Provincial de Sto. Domingo, en cuyas manos murió,

con su compañero el Padre Fray Diego Rodríguez y otras personas doctas se empeñaron a fin de que se le sacase el corazón; a lo que yo, toda perpleja, no hallé qué resolución tomar. Seis de las monjas se previnieron ocultas unas de otras, pero comunicándose la una a otra solamente, para ir a extraer alguna porción de su sangre a hora segura de la noche, y no obstante de hallarse dos por aquí, dos por allí y dos por otra parte, prevenidas con los instrumentos proporcionados al efecto, ninguna logró conseguirlo, ocupadas algunas (según me parece) de sueño bastantemente extraño a quien vela con algún deseo y otras de impedimento que no pudieron hallar. Así su cuerpo fué sepultado intacto y flexible como si estuviera vivo, en la sepultura común de las Religiosas. En sus funerales predicó sus virtudes el muy Rdo. Padre Mtro. Fray Francisco Cano, Prior actual del convento grande de Predicadores, con edificación de los oyentes. Sus trastecillos se solicitan como reliquias, lo que también ella había predicho, cuando diciendo los médicos que se pasaba a calentura, mandaron le apartasen lo necesario, y ella consintiendo en ello dijo: que éstos serían los que después de su muerte todos procurarían poseer, como efectivamente ha sido, pues hasta los pañitos en que ponía los defensivos me los han hurtado las monjas y solo al tiempo de morir supieron que estos se aplicaban al corazón y no al bazo como lo suponían. Fueron sus confesores, después del Padre Antomas de la Compa-

ña, el P. Mtro. Cruz y después el Padre Vásquez, ambos ex-provinciales dominicos.

Gozó en dos días de la Ascensión del Señor (según me parece) aquellas delicias que Dios tiene preparadas para los que le temen, que no caben bajo la comprensión del hombre; y un día del Espíritu Santo fué herida nuevamente de tal modo que el Señor la dijo que para conservar la vida era necesario de milagro. Estos y otros favores alcanzó de la benignidad de su Esposo, que siempre la favorecía por medio de su Santísima Madre».

La carta original tiene algo más escrito; pero al encargado de sacar la copia del Monasterio de Lima le parecía de poca importancia.

La Priora que debió firmarla es la Mdre. Mercedes de Sta. Rosa (Alcalde y Rivera) que gobernaba en esa época.

Para el Capítulo General que celebró N. O. en 1862, el Rdo. Pdre. Provincial Fr. José Benítez, quiso llevar alguna noticia de este Monasterio y como de sus individuos no había nada escrito, se sacó el extracto anterior de la Vida que de la sierva de Dios, escribió el R. Padre Díaz. Se dice que este trabajo fué debido a un milagro con que Sor Mercedes favoreció al autor. También llevó el R. P. P. el extracto que de las cartas de la Hna. Josefa de los Dolores hizo el Ilmo. Sr. Obispo de Himeria.

La tradición nos ha conservado el recuerdo de la Hna. Ignacia del Tránsito como un portento de la gracia que la conservó en la más perfecta inocencia y la adornó de favores extraordinarios.

Según el juicio humano, se hubiera creído al nacer, que llegaba al mundo a aumentar el número de los desgraciados; era huerfanita y ni siquiera tuvo noticias de su madre, ¡cuanto menos recibir de ella una caricia! Su educación debía recibirla de caridad; y como esta virtud es conocida de pocos con toda su belleza, la niña sufrió las consecuencias de la orfandad, hasta que el Rvdo. Pdre. Ignacio García, la Mano visible de la Providencia, la colocó en el beaterio.

Su confesor, en una carta que por obediencia escribió a su superior el R. P. Prior de Sto. Domingo, treinta años después de la muerte de la H. Ignacia, nos dá noticia de esta alma privilegiada. La carta estaba muy borrada por el tiempo cuando se hicieron las copias que de ella se sacaron; falta la conclusión y con ella la firma; pero siempre se ha tenido esta por muy verídica y en la antigüedad muy conocido de la comunidad el autor de ella. Con el tiempo hemos olvidado su nombre; pero sabemos fué un hermano nuestro, agraciado por el Señor con el beneficio de ser el confidente de una alma de S. M. tan amada.

Grande debió de ser el concepto que se formó N. M. Fundadora de la Hna. Ignacia para concederle el favor de admitirla al hábito. Dispensó en ella lo que no se ha vuelto a dispensar hasta el presente.

Un antiguo manuscrito dice que una vez, en la solemnidad del Corpus, la Hna. Ignacia se arrojó y se mantuvo a gran altura hasta que la Prelada la obligó a volver en sí. Este favor, que presencié toda la comunidad, fué en el lugar de las conversas y muy cerca de la reja del coro.

Encontramos una inscripción latina que traducida por el Sr. Vrio. Gl. Pdo. Dn. M. Antonio Román, por cuya obediencia se ha emprendido este trabajo, dice así:

«Murió Sor Ignacia en el mes de Enero de 1794. Monja del Monasterio chileno de Dominicas de Sta. Rosa, dotada del don de profecía y de otros favores, como piadosamente se cree, e ilustre por su fama de santidad y de todas las virtudes. Yace en sepultura especial».

Especial sería la sepultura, pero no se cuidó de dejarla señalada a la posteridad, por lo cual no sabemos si su cuerpo fué, con el tiempo, a la sepultura común o si aún existe en lugar separado.

La carta de su confesor a que nos hemos referido es la siguiente:

Coquimbo ha sido tierra fecunda en vocaciones para nuestra Orden, no será fuera de propósito dediquemos aquí un recuerdo a esa falange de almas generosas que tan bien supieron fructificar el grano de la buena semilla, que los conquistadores sembraron en su suelo, antes que en la capital. Si hubiéramos recibido el don de la inspiración, dedicaríamos afectuosos cantos a estas «golondrinas» que han surcado el Océano buscando el

calor que les daría la vida para volar a su Patria por toda una eternidad.

Ya que de muchas de ellas no nos ha quedado más que el fraternal recuerdo, queremos, siquiera, dejar escrito su nombre en estas páginas que nos ha dictado el más tierno afecto. Esperamos que viendo ellas la intención de quien las traza, dirigirán una mirada de filial afecto a la Madre Religión que con sus cuidados y enseñanzas les ha dado la felicidad de que gozan (como piadosamente lo creemos; y que recogiendo ellas nuestra obediencia, que ha rayado en atrevimiento, la presentarán a la «Reina del Rosal» para que ciña con ella la frente de su siervo Domingo que, como amante Padre, no sabe despreciar a sus hijas pequeñas que no tienen que ofrecerle sino su amor y gratitud.—Sor Javiera de San Agustín (Egaña y Marín), vistió nuestro santo hábito el 8 de Mayo de 1755.—Sor Mercedes del Auxilio, (Rojas y Argandoña), tomó el hábito el 21 de Abril 1762, y su hermana Sor M^a. Francisca de Pastoriza el 7 de Mayo de 1764.—Sor Francisca de P. de Sto. Domingo, (Carvallo y Noriega), el 28 de Mayo de 1820.—Sor Carmen del Smo. Sacramento, (Chorroco y Corbalán), el 27 de Octubre de 1857.—Sor Marcelina de San Javier, (Guzmán Recabarren), el 3 de Agosto de 1826.—Sor Rosa de Sta. María, (Marín y Matte), el 7 de Enero de 1857.

Los libros del Monasterio afilian a la Religiosa al pueblo que las vió nacer, pues ahí han recibido el agua regeneradora. Más de una de las nombra-

das será su familia de la capital, pero ellas son hijas de Coquimbo y los aires de Andacollo las han fortalecido en su heroica resolución. Sí, Madre queridísima.

Sor María Francisca de Pastoriza

(Rojas y Argandoña).

De la Oración Fúnebre que hizo en sus exequias el Rdo. Pdre. Mtro. en Sda. Teología Fr. Francisco Cano, ex-provincial de N. O., extractamos lo que sigue: María Francisca fué una alma prevenida por la gracia desde sus mas tiernos años; muy pequeñita vió arder un horno encendido y al verlo, se le representó el fuego eterno, con tanta viveza, que no bastó consuelo a su intenso llanto. Poco antes de morir le reveló N. S. que este fué su primer llamamiento. — Desde esta época ya no hubo para ella entretenciones de ningún género, buscaba ansiosa el modo de servir a Dios N. S. en vida perfecta. No encontró mejor camino que el yermo; se convidó con dos sirvientes para emprender la fuga al desierto, donde debían alimentarse de hierbas silvestres. Dispuestas ya a la partida, le arredra a la niña M. Francisca el pensamiento de que allá no podrá cumplir con el precepto de oír misa y así el Señor la ata a su casa. Esto hizo que su panegirista la llamase «la Sta. Teresa de su siglo».

A imitación de Ntra. Sta. Madre fabricó una celdita donde sin mas compañía que su Angel se

entregaba sin treguas a la oración y penitencias asombrosas; sin salir de ahí sinó para la iglesia o a visitar a los enfermos y pobres necesitados. No hablaba con sus domésticos sino para enseñarles la Doctrina o si enfermaban que se constituía en esclava suya.

En edad ya de elegir estado clamaba sin cesar a su Dueño le manifestase su voluntad y como debía servirlo siente en el fondo de su alma una voz que le dice: «Sé monja Rosa»; pero encuentra la oposición mas tenaz a su resolución; su padre se niega con obstinación a los humildes ruegos y rehusa con terquedad todo empeño. Cuando ya logró rendir a su padre, su madre hasta entonces de su partido, siente herido su amor maternal y con halagos, cáriños, ruegos y con cuanto conocemos de ternura, quiere hacerla desistir de su propósito; cae desmayada a sus pies; pero M. Francisca sabe que antes de sus padres, está solo Dios y sin vacilar corre en seguimiento de aquel que la ha elegido.

Vistió nuestro santo hábito el 7 de Mayo de 1764. Desde su noviciado fué modelo de todas las virtudes; pero se distinguió principalmente en la humildad, pues se creía culpable de todos los males del mundo y de ahí un odio a su cuerpo que lo hacía esclavo de su agigantado espíritu. Su caridad fué perfecta, amaba a sus hermanas más que a sí misma, por servir las no reservó su propia vida; en enfermedades de gran contagio, ella las sirvió siempre, y se cuenta que cuando había epidemia, el número de enfermas le agotaba las

fuerzas físicas; pero, «el ángel de la caridad», se quitaba los zapatos y con esto creía ya aliviada la carga de su cuerpo. Su obediencia no conoció límites y se sujetó a ella aún en sus menores ápices. Con el continuo vencimiento, alcanzó tal dominio de sí misma que parecía insensible. Su espíritu de penitencia deja confundida nuestra cobardía. El cilicio y la disciplina no dejaron de atormentar su cuerpo, hasta que la enfermedad vino a darle el martirio de ella tan deseado.

Fueron tantos y tan grandes los dolores, que desde la cabeza a los pies no tenía parte sana. Causa admiración, cómo un cuerpo humano puede conservar la vida en medio de tantos males. A sus padecimientos físicos se agregaban las angustias, sequedades y demás sufrimientos del alma; y tiene aliento aún para salir de fiadora y aliviar a sus prójimos, pidiendo venga sobre ella lo que para otros está decretado; eran objeto de su principal afecto para hacer estos cambios, las almas del Purgatorio.

Sus confesores están de acuerdo en decir que conservó intacta la gracia recibida en el bautismo. El panegirista, que parece haber sido su confesor, teme hablar de sus dones sobrenaturales y prefiere callar antes que faltar «a las Constituciones Apostólicas, asegurando hechos extraordinarios»; pero sabemos que el Señor no se deja vencer en generosidad y que es pródigo con quien generosamente le sirve. No dudamos recibiría consuelos y favores de aquellos que el Muy

Amado reserva a sus excogidos y es preferible callarlos que desfigurarlos con el entusiasmo (1).

Con fecha 26 de Mayo de 1798 escribió a su hermano, el Ilmo. Señor Obispo de Sta. Cruz de la Sierra, Dr. Don Manuel Nicolás de Rojas y Argandoña, la siguiente carta, que creemos leerán con gusto las hermanas:

Ilmo. Señor, mi venerado hermano:

«Habiendo recibido la feliz nueva de estar
« próxima mi muerte, me despido en esta vida
« mortal de mi amado Obispo, reconviniéndole en
« ésta lo mucho que la ha favorecido N. S. como
« Padre, para más obligarlo y constituirlo Pastor
« verdadero de tanta oveja que se alimenta de
« sus pregones evangélicos, cada día más y más.
« Yo no me despido porque desde el cielo lo cui-
« daré. Admita las cláusulas que le harán saber
« de parte de Dios, pues para este fin lo puso en esa
« dignidad. Todos temamos a Dios que El nos da-
« rá su amor, mucho es lo que se nos espera; allá
« nos veremos todos. Feliz familia que la Virgen
« Sma. la patrocina.

«Procure en su diócesis la devoción al Sr. San
« Pedro que amonesta N. S. que los S. S. Obispos
« concedan cuarenta días de indulgencia por re-
« zar un credo en reverencia de la confesión del
« Santo, y otros cuarenta días por rezar cinco pa-
« dre nuestro y cinco avemaría en reverencia de
« los cinco mejores Señores; también se amones-
« ta esta devoción. Y adiós que me voy a mi Pa-
« tria; no me llore .

(1) Esta copia no tiene fecha.

Su hermana que le desea todo bien.—*Sor María Francisca de Pastoriza*.

En Agosto de ese mismo año, 1798, partió a su Patria esta peregrina Rosa a recibir el premio de sus heroicas virtudes; contaba 34 años de vida religiosa.

Se conserva otra copia de una carta que escribió a su sobrino don Luis Carvallo y dice así:

Hijito:—Yo no puedo escribir largo por la enfermedad que cargo; pero en breves palabras te « responderé. El estado de sacerdote es el que
« quiere Dios de ti, de clérigo. Son tentaciones
« del demonio con que ha perdido a tantos, esos
« pensamientos tan altos. Confía en Dios, des-
« confía de ti. Estás perdonado de Dios, sirve
« siempre con temor de perder su gracia; te sal-
« vas por los méritos de N. S. Jesucristo. Tendrás
« feliz viaje que así clama N. S. Grande es la dig-
« nidad de un sacerdote; pero no por eso has de
« omitirlo; pero sí tienes más obligación de ser
« santo. N. S. dice: *«quien me ama me teme»* y
« así no extrañes esos temores y desconsuelos en
« que vives. El que está dejado de la Mano de
« Dios, según su vida, ese pasa sin esos temores.
« Yo toda mi vida la he pasado así; a la vejez me
« ha dado Dios N. S. la serenidad. No desprecies
« mis cláusulas que no son de imaginación.

«A todos mis sobrinos, especialmente a Fran-
« cisco Noriega, que yo lo eduqué, diles de mi par-
« te que vivan en santo temor de Dios, guardando
« su santa ley; que hasta aquí no hay pariente
« nuestro en el infierno, no lo haya en adelante.

« No lo digas a nadie en esta ciudad hasta que yo
« me muera, lo dirás por allá a donde vas.

« Estás perdonado de Dios, no lo dudes, perse-
« vera en su santo temor y amor. No puedo es-
« cribir más y adiós. El Señor te lleve con toda
« felicidad.

«Tu tía.—*Sor María Francisca de Pastoriza.*»

El cadáver de la Hna. M. Francisca se conservó caliente por muchas horas. Este extraordinario caso se tuvo por una gracia concedida al alma que lo animó y como una prueba del amor divino que la abrasó en vida.

Las Hnas. Rojas y Argandoña eran sobrinas del Sr. Arzobispo de La Plata don Pedro Miguel de Argandoña; hemos visto la copia de una carta de él al Ilmo. Sr. Alday, fecha 17 de Marzo de 1774, y dice:

«La numerosa familia que tengo en esa capital
« y en la ciudad de la Serena me escriben la cari-
« dad que merecen de V. S. I., y en particular las
« cuatro monjitas que tengo en ese Carmen anti-
« tigo y el (monasterio de Santa Rosa), cuya
« benevolencia es propia de V. S. I., a quien re-
« pito mis gracias.»

Hubo en la familia otro hermano sacerdote, el Sr. don Pedro Antonio Rojas y Argandoña, que fué Pdo. de la Catedral de Santiago, dignidad Maestrescuela. Un Sr. Obispo lo conceptuó «de mucha virtud y recogimiento». Murió en 1819.

Creemos no faltar sintiendo envidia de esta familia tan privilegiada: «No hay pariente nuestro en el infierno»! ¡No hay enemigo de Dios! Que la sierva de Dios alcance de su muy Amado esta gracia para las familias de sus HH.

En 1820 tomó el hábito Sor Francisco de P. de Sto. Domingo (Carvallo y Noriega) creemos sería sobrina, pues también era coquimbana.

El libro de «Defunciones» del Monasterio nos da noticias solo de la muerte de la M. Luisa de Jesús, María y José (G. Huidobro y Morandé). Tomó el hábito en 1766, pero llegó a una edad muy avanzada, así que la tradición no está muy lejos. En 1807, a la muerte de Ntra. Mdre. Fundadora, la encontramos de Superiora. En el período de 1810 a 1818 gobernó de Priora. Suponemos que las perturbaciones políticas de la Independencia serían la causa de retardar la elección cinco años más de lo canónico.

La Mdre. M. Luisa de Jesús, María y José tuvo dos hermanos sacerdotes: D. Rafaely D. Francisco de Borja G. Huidobro, ambos recibieron el grado de doctor en teología en la Universidad de San Felipe en 1773.

D. Rafael fué canónigo de la Catedral de Santiago y de ella era arcedián cuando murió en 1813. Era muy puntual en la asistencia al Coro, recogido y circunspecto; confesor de Monasterios y

caritativo con los pobres. Tuvo el cargo de comisario subdelegado de Cruzada.

D. Francisco de Borja se fué a España después del fallecimiento de su señor padre. Allá se ordenó de sacerdote en 1784 y terminó por irse a la Cartuja de Jerez. En su retiro testó en 1807; pero se ignora cuando murió.

En 1824 se ordenó de sacerdote un sobrino de la Mdre. Luisa, el Sr. D. Rafael G. Huidobro y Aldunate, que murió en 1863.

Era esta Madre de «muy buen talento», de carácter jovial y muy alegre. Se cuenta que su primera visita a N.^a M. Fundadora la hizo sola, escondida de su señora madre (en aquellos tiempos). Luego volvió con la señora, quien decía a Ntra. Mdre.: «Esta loca la engaña, Madre, sí, no será monja». Decía con mucha gracia, que ella no sabía tener oración sino hablando con N. S. en versos. Ya muy viejecita y postrada en su celda, se entretenía con su canto al Amado de su alma. A la enfermera le decía: «apunte, hijita», y dictaba sus inspiraciones. Cuidaba la fiesta de Ntro. P. Sto. Domingo y todos los años le preparaba una Canción; ya es una plegaria, ya una queja filial, etc.

El carácter jovial con que nos la han dado a conocer se deja comprender en sus quejas a Ntro. Padre.

El libro de «Defunciones» nos dice: «murió en olor de santidad. Al expirar el Sr. Canónigo don J. Alejo Bezanilla, que la asistía, vió salir de su boca una luz muy linda que subía, y sin poderse

contener, dió un grito y dijo: «Sólo por morir en la Religión se puede ser monja». En su muerte se encontraron religiosas que hemos alcanzado y confirmaban esta impresión del Sr. Bezanilla.

Era el señor Bezanilla sacerdote muy respetable y tenido por la Comunidad como persona de gran santidad. Nosotras le debemos un paternal cariño, que probó con hechos. Siendo Pdo. de la Iglesia Metropolitana no renunció nuestra capellanía, no pudo resolverse a «dejar a las Rosas» y puso sotacapellán para que dijese la misa, reservando para él todo lo demás que se ofreciera.

Las Jaculatorias de la M. Luisa tuvieron mucha popularidad. El Ilmo. y Rvmo. Sr. Vicuña les concedió 80 días de indulgencias, por esta razón las RR. copiaban algunas y las daban a sus familias. Los RR. PP. de la Rta. Dominica imprimieron un cuadernito que aún existen algunos ejemplares. De las poesías que se conservan pondremos algunas:

Humilde y manso cordero	Del peso de mis pecados.
Que en esa columna atado	Te suplico, mi Jesús,
Al rigor de los azotes	Por las tres caídas que haz
Caíste en tierra desollado.	[dado
Suplícode, Jesús mío,	No permitas que yo caiga,
Que al verte tan maltratado	Viva ni muera en pecado,
Mi corazón de dolor,	Antes sí, con vuestra cruz
Muera a tus pies abrazado	Viva yo siempre abrazada.
Y en el lago de esa sangre	Oh! que encuentro tan te-
Lávame de mis pecados.	[rrible
Dulcísimo Nazareno	Tuviste Virgen María!
Que con esa cruz cargado	Mirando a Jesús vuestro Hijo
Vas cayendo y levantando	Casi no le conocías!

Como ciego de la sangre
Golpes, polvo y salivas,
Entre aquella vil canalla
Que al monte lo conducía
Para clavarlo en la cruz
¡Ay! qué dolor, Madre mía!
Ruégote por esas penas
Que a mi buen Jesús le pidas
No me aparte yo de El
Y lo tenga siempre a la vista.

AL SS. SACRAMENTO

La ternura de tu pecho
Me penetra el corazón
Al mirarte en un sagrario
Disfrazado por mi amor.

Oh! qué finezas de amante
Estás mostrando ¡Dios mío!
Muerto por amor al hombre
Y de amores más cautivo.

Cierto que al mirarte ¡oh
[Dios!
Entre ese velo escondido
No sé qué es lo que me pasa
No sé si muero o si vivo.

Así como el ciervo herido
Busca la fuente del agua
Así mi alma a Ti, Dios mío.
Sedienta busca tus llagas.

MÁXIMAS

No desprecies a tu prójimo,
Sujeta tu pensamiento,
No manches la caridad,
¡Déjale a Dios sus derechos!

Todo el mundo es un engaño,
No hay que apreciar en la vida,
Solo Dios es nuestro lleno,
Y lo demás es mentira!

¿Para qué sirve el aplauso
Ni tampoco la alabanza?
Si el corazón está en Dios
Ni sosiego ni descanso.

No hagas caso de tus penas
Y mira siempre adelante
Y al premio que se te espera,
¡Trabaja por lo restante!

El tiempo que se ha perdido
Esa es cosa irremediable,
Procuremos con fervor
Recuperar lo restante,

Líbrame de la amargura
Que en tu presencia tendré,
Déjame llorar con tiempo
Lo que entonces no podré.

VERSOS

A N. P. STO. DOMINGO

Ve ante mis ojos,
¡Dulce, Padre mío!
Ve ante mis ojos
En el cielo empíreo.

Trabajos, dolores,
Fatigas, desvelos,
Tanto te costó
Por ganar el cielo

Y, pues, allá estás
Tan de gloria lleno
No olvides a tu hija
Que está en el destierro.

Estoy sin amparo
Y en gran desconsuelo
Privada de tí
¡Que tanto te quiero!

Y, pues, el Señor
Piadoso y benigno
Quiso encomendarme
A tu patrocinio.

Me hallo muy enferma

Y así yo confío

No te negarás

Al consuelo mío.

La salud pretendo;

Y la solicito,

Para toda emplearla

En vuestro servicio.

Si no me conviene,

Yo me sacrifico

Si es gusto de Dios

También será mío;

Pero con el cargo,

Así te lo pido,

Busques quién te cuide

Con amor más fino.

Si quieres llevarme

Yo me iré contigo,

Estaré a tus pies

¡Dulce Padre mío!

Ya yo me despido,

Adiós, mi querido,

En mi corazón

Te llevo conmigo.

OTROS

Atiende a mis quejas

¡Dulce Padré mío!

Escucha piadoso

Mira que te digo:

Siempre te has mostrado

Benigno conmigo

Y en esta ocasión

Me echas en olvido!

Cuando yo esperaba

Usaras conmigo

De vuestras piedades

Siendo tú mi asilo.

Pues en vuestros días,

De ti he merecido,

Te muestres afable,

Benigno conmigo.

Quisiera decirte

Mas ya te lo digo

Corazón.....

Tienes ya conmigo.

Si te has enojado

Díme por qué ha sido

Yo me enmendaré

¡Santo Padre mío!

Yo siempre te quiero

Como te he querido

Aunque tú te muestres

Esquivo conmigo.

Aquesta mi pena

Nunca tendrá alivio

Hasta que consiga

Verme allá contigo.

Vámonos, pues, luego,

Si ya no te sirvo

Para mí en la vida

Todo me es martirio.

No dilates tanto,

Vamos, Padre mío,

Que solo en el cielo

Podré hallar alivio.

Parece que la enfermedad la abatiría, a veces; pero su virtud encontraba el medio de aliviarla cantando a su Amado y así dice:

En los lazos de tu amor

Me tienes aprisionada

Y en una cruz de tormentos

Me has puesto crucificada.

A la humillación, mi Dios,

Mi carne siempre resiste,

Vos te abrazaste con ella

Y así humillado moriste.

Si Vos, Suma Santidad,
Tanto, tanto padeciste
¿Qué mucho que yo padezca
Si Vos ejemplo me diste?

Dame el corazón de un Pablo
Tan valiente y esforzado
Que todo lo desafíe
Fija en mi Crucificado.

Tu Pasión es mi esperanza,
Y tu vida mi consuelo,
En ella quiero aprender
Para caminar al cielo.

Mientras no hay resignación,
Mi Dios, en tu voluntad
Estamos manos vacías,
No hay virtud, no hay santi-
[dad.

El camino que me has dado
Es muy penoso, mi Dios,
Oculto a las creaturas
Mas para el alma es mejor.

Es cierto que el amor propio
Se queja, dice, ¡ay dolor!
Mentira, que con tu gracia
Todo lo puedo, mi Dios!

Desaprópiame de todo
Para vivir sepultada
En la vida y en la muerte,
Sólo con Vos abrazada.

Esfuérzame a padecer
Y lléname de paciencia
Que son precisas las cruces
Para gozar tu presencia.

No copiamos otros muchos por no cansar a los lectores.

Hemos escogido aquellas poesías que nos han parecido retratan mejor su alma y su carácter. De los apuntes que hacían las enfermeras se formó un cuaderno que existe en el Archivo. Hace poco Ntra. Madre hizo arreglar un cuadernito, con gusto y esmero, que contenía una noticia sucinta de la R. M. Luisa y sus poesías: «La Confesión» y «Salve a N. P. Sto. Domingo». Uno de ellos fué para regalar al Sr. Don Francisco Echáurren G. Huidobro, caballero que compromete nuestra gratitud con su atención y bondades. Parece supo apreciar el obsequio tanto como lo esperábamos; contestó con el siguiente «memorándum»: «Santiago, 26 de Diciembre de 1905. «Francisco Echáurren saluda afectuosamente a las RR. Dominicas

« de Sta. Rosa, y les manifiesta su profunda gratitud por el delicado obsequio de Pascua que le enviaron ayer tarde; obsequio que le ha procurado agradables recuerdos de la niñez en casa de su abuela materna, donde, con notoria frecuencia, se hablaba con cariñoso respeto de la tía abuela Sor Luisa y con el calificativo de Santa; y deplora que se haya omitido en tan precioso recuerdo, en que la tipografía en que está escrito brilla por su perfección y lucidez, la fecha de la muerte de tan Santa como Ilustre Religiosa! por último el supraescrito agradece las buenas Oraciones de las excelentes hermanas de la que fué Vble. Mdre. Sor Luisa G. Huidobro».

Las que conocieron viejecita a la M. Luisa recordaban su viveza y gracia y habían oído decir a sus Maestras que en su juventud fué el alma de las Visitas del Prelado. Parece se entretenían haciendo que su conversación fuera en versos.

Tuvo por connovicia a Sor Isabel de Sta. Rosa (Palacios y Aguirre) nieta de los SS. Marqueses de Montepío. Nada nos ha quedado escrito de esta nuestra Hna. solo sabemos que fué alma privilegiada. Dicen los doctores que ser buena religiosa, cumplidora del deber, amante y practicante de la Regla que ha profesado, es sinónimo de Santa.

Fueron estas dos las últimas novicias que admitió Ntra. Mdre. Fundadora; pero no alcanzó a darles la profesión. La M. Luisa debe haber muerto después del año 1827; pero no sabemos en cual de los siguientes.

Un antiguo manuscrito nos dá noticias de Sor Josefa del Corazón de Jesús (Cañas y Aldunate). Fué religiosa ejemplar por su virtud; sobresalía en humildad. Se dice que en una ocasión, siendo portera, tuvo un gran sufrimiento y en el momento en que ella lo ofrecía al Señor, cayó a sus manos un papelito que decía: «*Sufre por mi amor*». Había pedido al Señor la olvidasen los de su familia y le fué concedido. Un día, un bienhechor de la Comunidad que la apreciaba mucho, le dijo: «tengo sentimiento con su familia por que la atienden poco». Dicen que ella se perturbó un poco, pues le daban en una herida que tarda toda la vida en cicatrizar. El caballero murió luego y se le apareció para pedirle oraciones; le dijo pagaba en el Purgatorio las palabras dichas a ella, por que «*el Señor ceta mucho la paz de sus esposas*».

El libro de «Defunciones» dice: Fué religiosa muy observante y humilde; como se veía predominada de un gran terror a la muerte, abrió por sí misma una sepultura debajo de su cama donde durmió por muchos años; se descubrió solo después de su muerte».

No se sabe la fecha de su muerte. Tomó el hábito en 1780 y profesó en 1781.

Sor María Antonia del E. Santo (Palazuelos y Aldunate). No hemos podido averiguar el parentesco que esta Madre tuvo con el Sr. Don Diego Portales y Palazuelos que fué Ministro de Chile; sabemos que él la llamó tía. Poco antes de hacer su último viaje a Valparaíso, del que no había de

volver, el Sr. Portales vino al locutorio a hablar con la M. Antonia. Cuando volvía a su casa pasó a saludar a una señora conocida de las monjas (no sabemos si cultivaba amistad y le dijo, riéndose con cierta ironía: «Me ha mandado a llamar mi tía para decirme que no vaya a Valparaíso por que Vidaurre me vá a traicionar ¡las ocurrencias de mi tía!» Cuando sucedió la muerte trágica del Sr. Don Diego, la M. Antonia la supo antes que llegase noticia a Santiago. Dicen se le apareció el incrédulo sobrino y le dijo: *«me he salvado por que perdoné a mi enemigo»*.

La que escribe oyó esto a su señor padre, el que, a su vez, lo oyó a la misma señora a quién le dijo el Sr. Portales la «ocurrencia» de su tía. Al llegar al Monasterio preguntó a las antiguas sobre el particular, y confirmaron lo que ella había oído.

El libro de «Defunciones» dice: «Fué de gran « virtud y se vieron en ella cosas singulares. El « Señor le reveló algunas cosas que se cumplieron « a la letra».

Tomó el hábito el 30 de Agosto de 1791; profesó el 4 de Marzo de 1793 y murió el 1.º de Enero de 1849.

La familia Guzmán a que pertenecieron las Hnas. Francisca de San José (Guzmán Fontecilla), Ignacia del Tránsito (Guzmán Palacios) y Marcelina de San Javier (Guzmán Recabárren) tiene para nosotras la atracción que produce la

propia sangre, y la miramos con cierta respetuosa simpatía. Desde nuestra infancia, hemos oído que son vástagos ilustres de los Guzmanes que dieron el ser natural a Ntro. amado Pdre. Sto. Domingo. Esto sabido, y la noticia de tantos santos dados a Ntra. O., y otras muchas que había fuera de ella, nos hace sentir veneración y entusiasmo por las H. H. que dejamos nombradas.

De la familia de Ntro. Pdre., sabemos que su padre don Felix fué tenido por santo de sus contemporáneos. Don Antonio, su hermano mayor, fué sacerdote secular y vivió toda su vida sepultado en un hospital al servicio de los enfermos, donde murió en olor de santidad. El B. Mamerto se hizo discípulo de su hermano y pasó a ser hijo de la Orden por él fundada y su Vicario en el gobierno de las Religiosas de Madrid. Con el último de la familia, que fué Ntro. Querúbico Padre Domingo, la Beata Juana de Aza puso el remate a su corona de madre de santos; colocando en ella la piedra mas preciosa y de mas exquisito mérito.

El Calendario dominicano nos dá todavía a Sor María y Sor Blanca de Guzmán con el título de Venerables.

Pero ni esta natural simpatía, unida a los méritos personales de las H. H., fué motivo para quitar la timidez de nuestras antiguas M. M. Nada hemos conseguido saber de Sor Ignacia del Tránsito y de la Hna. Francisca de Sn. José, escrito hay muy poco; lo que de ella diremos lo hemos recogido de los recuerdos que hemos oído a sus contemporáneas.

El 15 de Septiembre hace N. O. conmemoración de los prodigios que N. S. ha obrado en Soriano (Italia) para glorificar a su siervo Domingo de Guzmán. Este día, en 1847, fué el elegido por el amado para que su digna hija Sor Francisca de San José celebrase sus bodas que la hacían feliz por una Eternidad. Enferma de algún tiempo—sufría hidropesía—vió llegar su último día con la serenidad que le daba su ejemplar vida. Su prudencia y caridad le dictó el pensamiento de vestirse para no dar ese trabajo después de muerta. Se votó sobre la tarima que antiguamente había en todas las celdas y pidió tocaran la «matraca» para reunir a la comunidad. Juntas ya todas las Hnas. quisieron entonar el Credo, como era costumbre entonces; pero ella dijo no era tiempo aún, que avisaría. A la hora indicada por ella, se cantó el Credo y cuando la Comunidad cantaba el responso de Ntro. Sto. Padre Domingo: «*O spem miram*», inclinó la cabeza y entregó su alma que, sin duda, el amante Padre recibió para presentarla al que es Justo y Remunerador.

Una muerte tan preciosa era, sin duda, fruto de una vida santa y lo fué la de la Hna. Francisca. Carácter, por natural fuerte y altivo, consiguió tal dominio de sí misma que llegó a ser la misma suavidad; tan humilde que cualquiera hubiera creído era ese su natural.

Llamada por el Señor a un alto grado de santidad; cuidó el de prepararle un camino sembrado de humillaciones. Por su alta alcurnia y por cuanto la rodeaba, según el juicio humano, parecía

estar llamada a desempeñar los cargos de la Comunidad; pero, en la Casa del Señor, aquello está muy olvidado y cada una ocupa el lugar que necesita para su santificación. A la Hna. Francisca le había sido designado por el Amante Divino, el camino de la humillación y se las encontraba a cada paso; las que sabía aprovechar mereciendo gran bien para su alma y la admiración provechosa de sus Hnas.

Una de sus contemporáneas, muy joven en aquella época, nos refería, con gran edificación, actos de humildad que dejan ver a la verdadera Santa. Entre otros: un año al dar los Oficios acordados por el Consejo, en contra la costumbre inquebrantable hasta entonces, se le dió a la Hna. Francisca el Oficio de «Sub-cantora» y a otra Hna., menos antigua, el de «Vicaria de Coro», es decir: iba ella a ser segunda con compañera menos antigua; caso nunca visto, pues la antigüedad en Religión se respeta más que la edad. La Hna. Francisca, muy lejos de creer herido su amor propio, se complacía muy sinceramente en este cambio nunca hecho y reconocía en ello un acto de justicia; por que la compañera, según su juicio, era más apta para Vicaria; Oficio que ella «no habría podido desempeñar por inútil». Su contento no paró en palabras. Con su respectiva licencia, preparó un festejo, tan grande como lo permite la profesión religiosa, a la nueva Vicaria que creía «lo haría también». El adorno del Nacimiento se hizo, en su mayor parte, con la «crecida mesada de la Hna. Panchita» y dicen jamás se

estar llamada a desempeñar los cargos de la Comunidad; pero, en la Casa del Señor, aquello está muy olvidado y cada una ocupa el lugar que necesita para su santificación. A la Hna. Francisca le había sido designado por el Amante Divino, el camino de la humillación y se las encontraba a cada paso; las que sabía aprovechar mereciendo gran bien para su alma y la admiración provechosa de sus Hnas.

Una de sus contemporáneas, muy joven en aquella época, nos refería, con gran edificación, actos de humildad que dejan ver a la verdadera Santa. Entre otros: un año al dar los Oficios acordados por el Consejo, en contra la costumbre inquebrantable hasta entonces, se le dió a la Hna. Francisca el Oficio de «Sub-cantora» y a otra Hna., menos antigua, el de «Vicaria de Coro», es decir: iba ella a ser segunda con compañera menos antigua; caso nunca visto, pues la antigüedad en Religión se respeta más que la edad. La Hna. Francisca, muy lejos de creer herido su amor propio, se complacía muy sinceramente en este cambio nunca hecho y reconocía en ello un acto de justicia; por que la compañera, según su juicio, era más apta para Vicaria; Oficio que ella «no habría podido desempeñar por inútil». Su contento no paró en palabras. Con su respectiva licencia, preparó un festejo, tan grande como lo permite la profesión religiosa, a la nueva Vicaria que creía «lo haría también». El adorno del Nacimiento se hizo, en su mayor parte, con la «crecida mesada de la Hna. Panchita» y dicen jamás se

le oyó una palabra que diese a conocer la parte que en ello le cabía; por el contrario, tanta era su humildad que las religiosas jóvenes se hubieran engañado con la apariencia; si en su deseo de saberlo todo, no hubieran preguntado a las antiguas por el origen de cuanto veían.

En 1853, con motivo de la reedificación de la iglesia, hubo necesidad de cambiar el cementerio. Hacía seis años que la Hna. Francisca descansaba sepultada en tierra y pudiéramos decir en mucha profundidad, pues el monasterio está más de un metro más bajo que la calle. En las excavaciones salió el cuerpo de la Sierva de Dios como acabado de sepultar; sin nada de ese aspecto que aterra en un cadáver. Los peones la conocieron y dieron un grito diciendo: «¡Misiá Panchita Guzmán!» La M. Priora se perturbó y temiendo dar más importancia que la que tenía un caso tan extraordinario, la hizo sepultar nuevamente. Dió parte de lo ocurrido al Iltmo. y Rmo. Sr. Valdivieso, quien mandó la pusieran en un lugar aparente para que los Drs. SS. Javier Tocornal y Sazié examinasen el cadáver. Se hizo lo ordenado; se lavó y se le cambió toda la ropa, que la humedad había consumido en gran parte. Los Drs. hicieron un tajo en el cuerpo el que amaneció cicatrizado al día siguiente como si fuera carne viva, declarando el caso completamente extraordinario. El Rmo. Sr. Arzobispo ordenó se pusiera en sepultura especial y se hizo enterrar en el Coro. Un antiguo manuscrito dice se enterró también una botella con un pergamino escrito con la relación de cuanto había

ocurrido. Se señaló el lugar con un ladrillo de mármol.

Veintitrés años después, al trasladar los restos de las Hnas. al actual cementerio, no se encontró rastro alguno del cuerpo de la Hna. Francisca. Salió el cajón y algunas cenizas; pero hueso ninguno, ni tampoco la botella que se decía haberse enterrado. Es bien singular, sin duda, que en seis años sepultada sin ninguna precaución, conservara hasta su flexibilidad, y que bastaran veintitrés años para consumir hasta el último hueso. Nos toca adorar rendidas los juicios de Dios y en todo caso reconocer en el primer prodigio la Mano remuneradora de N. S. que quiso dar a ese cuerpo que tanto se sujetó al espíritu el premio de que la tierra lo respetara.

Se decía por sus contemporáneas que su confesor, conocedor del tesoro que encerraba esa alma, decía que había volado al Cielo: y en un arranque de entusiasmo decía: «De sus pies me quisiera colgar, porque esa alma va derecho al Cielo». No causaba extrañeza oír esto, pues era tenida de todas por santa. Si con el caso extraordinario de la incorrupción de su cuerpo se hubiera querido hacer un proceso de su vida, es innegable que la Comunidad entera hubiera justificado la fama de santidad que se le daba. Treinta años después de la primera traslación encontramos nosotras el recuerdo de tan gran santa y oíamos con gusto referir hechos edificantes de esta alma generosa que «supo morir a todo lo que no era Dios». Nos contaba una de las Hnas., testigo de la trasla-

ción y su contemporánea, que al mudarle la ropa, el cinto, por ser bendito, lo separaron y lo colgaron en un limo que estaba al secarse. El limo revivió y nosotras lo conocimos. La Hna. que nos refería esto agregaba: «¡era tan santa la Hna. Panchita! ¡era tan vencida! Una pequeña viveza que se le escapara, se la hacía pagar cara, la penitencia era su arma favorita». Y la que esto nos decía sabía, por propia experiencia, cuánto cuesta ser santa!

La Hna. Francisca vistió nuestro santo hábito el 12 de Julio de 1820. Tenía al morir sólo veintisiete años de Religión.

La M. Marcelina de Sn. Javier (Guzmán Recabárren)

Hemos buscado manuscritos para encontrar las huellas que nos dejó esta Madre que hemos admirado siempre por los recuerdos que nos ha dejado la tradición; pero en esta, como en otras muchas, hemos tenido que repetir: no se ha escrito nada. Sus contemporáneas (mucho menores que S. R.) que nosotras hemos alcanzado, nos la recuerdan como un prodigio de vencimiento. Carácter fuerte y de viveza altiva tenía mucho que violentar para practicar las virtudes que alcanzó. De un tesón ejemplar para el cumplimiento del deber, era la primera en asistir a los actos de comunidad y desempeñaba en ellos todos los oficios de las jóvenes, desde la lección del refectorio.

Era apasionada por la exactitud en los toques de coro y hasta muy anciana se la veía en el campanario con el cordel de la campana en la mano esperando la hora de tocar.

La viveza de su genio le daba mucho en qué merecer porque su conciencia se sentía inquieta con frecuencia y de ahí el afán por quitar todo obstáculo a su paz. Por su clara inteligencia y su mucha observancia parecía llamada a regir la Comunidad: pero, sus aspiraciones a ser perfecta la hacían huír de los cargos; instó y consiguió dispensa de la voz activa y pasiva con lo que quedó libre de lo que S. R. tanto temía.

Su última enfermedad fué un atroz martirio que sufrió con verdadero heroísmo por amor a sus votos. No permitía que la tocasen y su enfermedad necesitaba de servicios íntimos indispensables. Se industrió, con gran sufrimiento suyo, como pudieran servirla sin tocarla: como la hidropesía la hacía verter mucha agua de las piernas, pasaba sentada en la orilla de la cama con las piernas sobre sábanas y en esta incómoda postura pasó mucho tiempo. Su familia se alarmó al tener noticia de su falta de comodidad y le mandó un elegante y cómodo sillón. S. R. lo miró y con la viveza que le era natural, dijo: «llévense eso que yo no quiero irme al infierno». La obediencia la hizo aceptar una silla de madera tosca, pero que tenía la ventaja de darle algún alivio.

Hemos admirado siempre y ha sido materia de piadosas conversaciones la muerte de la M. Sn. Javier, nos parece verla morir en la cruz care-

ciendo de todo consuelo sensible. En ratos de fervor hemos envidiado a la que fué tan semejante a Ntro. divino Modelo que murió en el más completo abandono. Su Madre Sma. y las piadosas mujeres lo acompañaban, pero sin poderle dar alivio. Su Eterno Padre parecía olvidarlo, etc., etc. La Madre Sn. Javier en su cuerpo la hemos visto crucificada; sus HH. la rodeaban, pero sin poder aliviarla, pues su Amado la quería crucificada y que sintiera las llagas de los clavos que el amor a sus votos le hacían. Pero su desolación espiritual fué aún mayor. Alma llamada a muy alta perfección, sentía la necesidad de una esmerada dirección y la encontraba a su satisfacción en el Ilmo. Sr. Arístegui. El día que debían sacramentarla salió el Sr. Obispo para el campo, también enfermo, por lo que la Madre se vió privada de su asistencia, que le habría sido de tanto consuelo; pero era piedra de gran valor y el Divino Artífice la pulía con esmero para que apareciera con todo su brillo en la corona que labra la familia dominicana.

Hemos oído a las Hnas. y a personas de la familia de la M. Sn. Javier que habiéndose perdido un papel de algún interés, había disgustos de familia y temores de entrar en pleitos. La Madre llamó a una persona de la familia y le dijo: «busquen ese papel en tal parte». Estaba donde S. R. dijo con todos los pormenores que indicó. ¿Cómo lo supo? Este fué su secreto que nadie mereció saberlo. No pudo ser sino por un especial favor

del Señor, pues no había medio humano que se lo hiciera saber.

Murió santamente el 11 de Febrero de 1876 (1).

Las H. H. que hemos conocido de entonces, están conformes en asegurar que en vida de la Madre se sentía el mal olor propio de una enfermedad tan terrible y que no se podía tomar las medidas necesarias para impedirlo; pero desde el momento que expiró cesó todo mal olor y no lo tuvo en todo el tiempo que estuvo insepulta y es sabido que a Ntras. H. H. se las echa al cajón sólo en el momento de colocarlas en el nicho y que los oficios de entierro y sufragios pasan siempre de veinticuatro horas en que la difunta está rodeada de sus hermanas a todas horas.

Estas almas son de las que llamamos labradas a cincel y parece pudiéramos decir que la sierra y el escoplo también ayudaron a perfeccionarla.

La familia de Guzmán ha continuado dando sacerdotes y monjas que honran la sotana y hábito que visten. Ntra. Comunidad es deudora de grandes y muy importantes servicios hechos por el Sr. Pbo. Dn. Santiago Vial Guzmán, pariente inmediato de las tres Hnas. nuestras. Por espacio de veintidós años nos ha servido en todas circunstancias y en la forma que le ha sido posible; pero principalmente les somos deudoras de una santa y sabia dirección y creemos deber a su consejo, que acompaña siempre de fervorosa oración, muchos bienes espirituales que gozamos en co-

(1) Tenía 49 años 6 meses de religión.

mún y en particular. Que estas líneas trazadas al acaso, sean un débil testimonio de la gratitud que le profesamos. Quiera el Señor conservarlo, que creemos él continuará en sus beneficios.

En 1821 se dictó la ley de Cementerio General; a él debían ir los cadáveres de las monjas. Más fácil es comprender que explicar el dolor que causaría en las Comunidades esta determinación. ¡Con qué fervor pedirían al Señor les prolongase la vida hasta que fuese mitigada! Se decía, no sabemos con qué fundamento, que el robo de ropas era frecuente, esto aumentaba el dolor de ver salir a la H. muerta, con cierto pavor que es fácil imaginar. El rigor de la ley duró hasta 1828; de trece religiosas sepultadas en el Cementerio General en los siete años, una sola fué de nuestras hermanas y es cosa sabida que rara vez pasan tres años sin que tengamos que lamentar la muerte de alguna y a veces de varias.

Este tristísimo tributo lo pagó una de las primeras religiosas. Sor Josefa de Sto. Domingo (Lémus y Castillo), argentina de Mendoza. Fué protegida por el Sr. Dn. Diego Portales Irarrázaval, padre de las Hnas. Portales Larraín. Con razón dijo una Hna. que si las musas no hubieran tanto de ellas, habría dedicado sus cantos a esta desgraciada Hermana, que, en tierra extraña, el Señor le alargó la vida para que pagase, ella por todas, el tributo fatal. Tenía Sor Josefa al morir

en 1822, 67 años de religiosa y es probable que al tomar el hábito tuviera más de 20.

Al ser mitigado aquel rigor, el Gobierno ordenó la entrega de los restos mortales a los respectivos Monasterios. El 16 de Enero de 1828 volvió nuestra Sor Josefa a descansar a los pies de sus Hermanas, gracia que para sí tanto deseó y pidió tan encarecidamente Ntro. Sto. Padre Domingo.

Hemos oído que las HH. antiguas en medio de la consternación que les causaba aquella separación, por tantos motivos durísima, acordaron tajar con tijeras el hábito y capa después de estar en el cajón. Toda precaución les parecía poca en aquellos tiempos de tanto respeto por las religiosas ¿qué habría que hacer ahora en tiempos de igualdad?

Nuestra pequeña iglesia dedicada en 1754 con la solemnidad que dijimos al principio, estaba en 1851 en mal estado por su vejez; los temblores de ese año la dejaron ruinoso. El barrio necesitaba iglesia mas vasta y la Comunidad anhelaba un templo menos indigno del Dios que mora en los altares. La empresa necesitaba un héroe para su realización. No había recursos, y se intentaba hacer una iglesia sólida por su material; de arquitectura moderna, modesta, pero que fuera obra de arte y de gusto. Fácil era deseirlo; pero su realización parecía imposible.

El Señor Dueño de cuanto existe, tenía preparada ya a la que debía acometer empresa tan ar-

dua. En 1851 fué elegida Priora la M. Josefa del Smo. Sacramento (Grez e Ipinza); desde su elección no se dió descanso hasta ver colocada la primera piedra de la iglesia proyectada. Ese día la M. Josefa lo ocupó en dar gracias al Señor y pedirle auxilios; mientras duró la ceremonia de la primera piedra, S. R. pasó postrada en el coro; humillada y confusa por la obra que se le confiaba, pediría al Señor aceptase su ofrenda. Amante muy ferviente del Smo. Sacramento, le pareció poco la iglesia sola, y pretendió comprar terreno al frente para hacer una elegante plazuela, que diera belleza a la iglesia y sirviera para sacar la procesión en la solemnidad de Corpus. Esto no lo realizó por que no le vendieron el terreno deseado.

Alma de mucha fe la M. Josefa, emprendió la obra fiada solo en la divina Providencia, y no quedó confundida en su esperanza. El Sr. don Francisco Ruiz Tagle regaló todas las maderas y, según dicho de los entendidos, es lo mejor que había entonces. Le traían limosna personas desconocidas y sucedió más de una vez que no tenía con qué pagar los trabajadores, iba llena de fe a rebuscar en la Caja vacía y encontraba toda la plata necesaria.

Era síndico el Sr. D. M. Antonio Tocornal, sobrino de la Madre, y servía a nuestra comunidad con cariño verdaderamente paternal. Tomó a su cargo la dirección de la obra y tanto él como las otras hermanas se encargaron de favorecer a la

atrevida tía, que en sus aflicciones acudía confiada «a los muchachos».

Se recuerda que, con frecuencia, no había comida para los trabajadores; «la M. Pepa» daba la voz de alarma y a las doce llegaba un fondo con la comida preparada que enviaban los caritativos Srs. Tocornal (¡Dios se los habrá pagado!) El Sr. síndico sufría al comprender que las religiosas debían carecer hasta de lo necesario y le decía a la Mdre. con tono suplicante: «*Pepa, no le niegues nada a las monjas ¡pobrecitas! si no tienes manda a casa*». La cariñosa Madre no se hacía rogar para aceptar y cuando ocurría alguna urgente necesidad en la Comunidad, mandaba su papelito al Sr. D. M. Antonio, el que remitía al instante lo que le pedía.

Al terminar su gobierno la M. Josefa, en 1854, la iglesia estaba ya casi concluida, le faltaban solo los altares. Según opiniones de extranjeros y muchos entendidos en el arte arquitectónico, dicen que nuestra iglesia es notable por su estilo y buena construcción; el enmaderado se hizo reconocer en 1887 por temores que existían, y en esta vez como en 1904 al ser refaccionada, tuvimos el gusto de oír decir que pocas iglesias existen con una enmaderación tan sólida por su material y tan bien construida,

Para dar ensanche a la iglesia fué necesario destruir el antiguo coro, portería, locutorios y confesonarios; la Mdre. Josefa hizo todo esto nuevo y logró dejarlo concluido.

Era la Madre de un carácter muy vivo, bien

educada y muy atrayente. De Priora se conquistó la estimación y respeto de todas las familias de las religiosas. Todos querían ayudarla y en todas sus amigas encontró apoyo para la obra de sus desvelos. Había caballeros que decían gozaban con el exquisito trato de la M. Sacramento, como generalmente se la llamaba. Nadie, sin saberlo, podía creer que hacía más de 40 años vivía separada de la sociedad; su lenguaje era el de la época y a cada edad sabía hablarle su idioma.

En aquella época en que ella vivió, era una excepción notable; pues había que aprender el lenguaje conventual como punto de Regla, y usar palabras «*a la moderna*», por triviales que fueran, se tenía por mundanidad impropia de una religiosa. La M. Josefa aceptó esta educación hasta cierto punto; pero como le hacían falta frases que expresaran su pensamiento, con mucha gracia sacudía la preocupación y si alguna palabra o pensamiento quedaba fuera de su comprensión, con su natural viveza decía: «se lo preguntaré a *los muchachos*» y efectivamente se constituía discípula de sus sobrinos.

Al acabar de Priora fué elegida Maestra de Novicias, cargo que desempeñó a satisfacción de la Comunidad y en el que mostró la energía que acompañaba a su natural dulce y afectuoso. Tuvo seis novicias que profesaron.

Hemos oído un rasgo que nos manifiesta el carácter y celo de la M. Josefa. Anciana ya, un día no pudo levantarse a la hora de costumbre por sentirse mal. Sentada en su cama, acompañaba a

la comunidad con su imaginación, cuando oye que se acerca «la procesión de difuntos» y la Vicaria de coro, que sería alguna de sus novicias, había perdido la nota y traía el canto en confusión. La Madre no pudo soportar aquello, se bajó de su cama, abrió su puerta en forma de ser oída y no vista, y al pasar la procesión, S. R. les dió la nota con tanta precisión que siguieron el canto muy ordenado.

Al morir en 1864 contaba 46 años de religiosa, y el Sr. Capellán que la asistía, admiró la buena educación que le acompañó hasta su fin. Siempre fué respetuosa, atenta, agradecida y cariñosa.

La Necrología de esta Madre la escribió la H. Rosario del Smo. Sacramento (Lira), Secretaria entonces. Tiene el mérito de ser escrita por una contemporánea que pudo apreciarla de cerca, por eso nos damos el gusto de transcribirla.

...«Toda la comunidad lamenta su muerte: sus
« contemporáneas pierden una inmejorable com-
« pañera; las jóvenes una verdadera madre; y to-
« das una hermana llena de caridad. Esta era su
« virtud característica que la hacía ponerse siem-
« pre al nivel de la última profesa; pero de un
« modo digno, inspirando respeto a la par que ca-
« riño y confianza.

«La caridad en la Madre Sacramento no se ex-
« presaba sólo de la manera común: compadecién-
« dose de la afligida, de la enferma o de la nece-
« sitada; tenía algo de más noble, tomaba parte
« en cuanto tocaba a sus hermanas y procuraba
« satisfacer hasta sus más pequeños deseos. Cuan-

« do no podía por sí proporcionarles lo que deseaban, persuadía a otras que lo hicieran, diciendo: « ¿por qué no hemos de complacer a esta Hna. las que tenemos posibilidad de hacerlo? » Esta misma virtud la hacía ser perspicaz para conocer las buenas cualidades de sus Hnas.; no perdía ocasión para hablar de ellas con entusiasmo; era al mismo tiempo ciega para ver las faltas ajenas, e ingeniosa para disculparlas.

« La que era tan cariñosa y complaciente con las particulares, ya se deja comprender lo que sería con la comunidad. En efecto, se la vió desempeñar oficios de año hasta su muerte, aun en medio de largas y molestas enfermedades. Siendo anciana, se prestaba para suplir el oficio de otra con mejor voluntad que una recién profesa. En el coro se ofrecía siempre para hacer lo que regularmente se encarga a la menor de todas, sin que pareciera hacía favor, ante sí parecía recibirlo »

Fué devotísima de Ntro. Angélico Dr. Sto. Tomás y a su solicitud se debió el culto que por muchos años recibió en nuestra iglesia, cuya dotación pía pasó en 1898 al Seminario de los Stos. Angeles Custodios,

La Hna. Rosario habla de las obras que emprendió; del carácter vivo y atrayente, etc., que omitimos por ser lo mismo que dejamos escrito y que recogimos de la tradición; y concluye excusando su « atrevimiento » y dice:

« La que, por razón de su oficio, ha hecho esta imperfecta reseña de la que fué Madre Josefa del

Smo. Sacramento, si bien se honra al hablar de una Madre a quien debió especial gratitud, hubiera querido, sin embargo, que otra pluma más culta hiciera la narración de sus virtudes del modo que lo merece».

El Sr. Dn. Manuel Antonio Tocornal conservó siempre mucha estimación y respeto por su santa tía. El gobierno lo mandó de Ministro o Embajador a una de las Cortes de Europa; el Soberano ante quien iba acreditado le regaló un relicario con un pedacito de pañal del Niño Jesús. El Sr. Tocornal creyó no podía hacer mayor estimación de tan valioso obsequio que traerlo al Monasterio para que su tía fuera la que guardara tan preciosa joya.

Por ignorancia se cometió el error de romper la auténtica al colocarlo en el fanal donde hoy se conserva; esto nos ha impedido trasladarlo a un relicario digno del objeto, para poder ofrecerlo a la veneración de los fieles que asisten a nuestra iglesia.

Lás H. H. Portales Larraín, Madres Catalina del Rosario, Antonia de Sto. Domingo y Rosa del Sagrado Corazón de Jesús, tomaron el hábito la primera en 1786 y las otras dos en 1791; pero vivieron hasta el año 1851 y 1852.

El confesor nos dejó escrita la memoria de la que fué Madre Catalina del Rosario: la transcribimos tal como la encontramos escrita con letra de Monseñor Eyzaguirre.

«Fué uno de aquellos seres privilegiados que la
« Divina Providencia depara para llenar en este
« mundo misiones importantes. Antes de entrar
« en Religión estaba preparada de virtudes, que
« supieron inspirarle con la educación y el ejem-
« plo sus virtuosos padres. Desde los primeros pa-
« sos que dió en su vida monástica para caminar
« a la perfección, eligió la virtud de la caridad
« por norte de su carrera, la cultivó de tal modo y
« la arraigó en su corazón, que adquirió aquella
« santa constancia y ferviente celo para ejecutar-
« la prodigando sus cuidados, sin reserva de las
« horas de reposo, no sólo a sus hermanas, sino
« que de mil maneras ingeniosas la extendía aún
« fuera del Monasterio».

«Dotada de fortaleza, de alma elevada y de un
« corazón magnánimo y sensible, la joven Cata-
« lina se hizo amar y respetar aún de las ancia-
« nas. Algunos años después brillaba en el Mo-
« nasterio no sólo por el conjunto de virtudes que
« la adornaban, sino por su inteligencia clara y
« despejada que la colocó consejera de las Prela-
« das. No pasó mucho tiempo sin que le confiaran
« el cargo de Priora, y dió frutos tan sazonados
« en su gobierno, ya por la prudencia y celo, ya
« por la fiel observancia de la Constitución, en que
« ella era la primera que campeaba con su ejem-
« plo; ya por el amor y afabilidad con que trata-
« ba a sus súbditas hermanas, y ya, en fin, por
« su contracción al adelanto de los intereses ma-
« teriales del convento, que la volvieron a confe-
« rir cuarta vez este cargo. Adquirió tanta des-

« treza en los años que gobernó, y estudió tan
« detenidamente todos los ramos de la adminis-
« tración; que su cabeza era un archivo para re-
« solver todas las dudas que se ofrecían a las Pre-
« ladas sucesoras, y llegó a ser la conservadora
« de las tradiciones del convento desde la funda-
« ción».

«Terminó su vida el día 24 de Mayo de 1851,
« después de quince años de martirizante enfer-
« medad que la postró. Desde el lecho del dolor,
« en que más resplandecieron sus heroicas virtu-
« des, era acatada y reverenciada de todas, su
« voz majestuosa se dejó oír aún en los últimos
« momentos para implorar con la palma del mar-
« tirio la corona que esperaba de su Esposo ama-
« do en la gloria».

Mucho oímos hablar a las antiguas del don de gobierno de la M. Catalina y era común decir que hubiera podido seguir gobernando desde su cama. Esto no es comprensible a nuestro pobre entender que tiene por regla que para mandar es necesario ver; y para corregir indispensable dar el ejemplo; pero la Madre sobre un gran talento tendría dones extraordinarios, porque la opinión general era esa.

El expediente de ingreso nos dá una idea de su energía para no retroceder ante ningún obstáculo. No había hueco, ella implora del Sr. Obispo ser supernumeraria y junta tantas razones, alega tales títulos que S.S. I. accede.

De la M. Rosa del Sdo. C. de Jesús nos dice el libro de «Defunciones»: «En su larga vida fué mo-

« delo de perfectas religiosas. Favorecida del don
« de la inocencia y enriquecida con las virtudes
« de la humildad y obediencia, se granjeó la esti-
« mación de sus Hnas. Su penosa y prolongada
« enfermedad, que tantos años le causó crueles
« padecimientos, fué para manifestar con la ex-
« periencia su cristiana resignación y su vehe-
« mente deseo de unirse con su Dios y Señor. En
« sus últimos momentos cruzó sus brazos y se en-
« tregó a su Creador. Murió; pero, sin duda, para
« vivir eternamente en la mansión de los justos,
« el 28 de Octubre de 1852».

De la M. Antonia de Sto. Domingo nos dice el mismo libro: «Fué religiosa muy observante y la
« virtud en que resplandeció principalmente fué
« la humildad; pues siempre se creía inferior a
« todas y a pesar de sufrir una molesta enferme-
« dad en la cabeza, no se eximía de los mas pe-
« nosos servicios de la Comunidad; siendo muy
« asidua en el trabajo y tenía suma complacencia
« en ayudar a todas las Hnas.; cuidando aún de
« proporcionarles aquellas cosas que podían ser-
« les agradables».

«Tuvo conocimiento de la hora de su muerte,
« por lo que pidió al confesor le diera pronto los
« Stos. Sacramentos y una hora después de ha-
« berlos recibido, expiró con mucha serenidad».



El corazón de Santo Domingo esparcía un
aroma semejante al del incienso en los días de verano.
—(*Beato Jordán de Sajonia*).

Un antiguo manuscrito nos dice de la Hna. Tomasa del Carmen (Armida o Hermida y Cañas): «Antes de ser religiosa tuvo una grave enfermedad y cuando todos creían próximo su fin, ella dijo a su confesor: «No me muero hasta que haya vivido cinco años de monja Rosa» y así se verificó.

El libro de «Defunciones» dice: «Esta religiosa fué muy ejemplar. Su devoción predilecta era la Pasión de N. Señor Jesucristo; por lo que mereció que El imprimiera en su cuerpo las señales de los azotes, sogá al cuello y la llaga que formó la cruz en el hombro. Esto se supo solo al vestirla después de muerta. La enfermera maravillada de lo que veía, llamó a la Comunidad y todas admiraron lo que llamaron «prodigio»; pues la enfermedad que ella sufrió no podía ser la causa de lo que veían.

En su renuncia encontramos una dotación para que se le apliquen anualmente las misas de la Semana Santa en que el Evangelio es de la Pasión del Señor.

Parece que la devoción de la Pasión será distintivo de las Dominicas que se han formado según el espíritu de Ntro. Sto. Padre Domingo. Sabemos todas lo que pasó en la gruta de Segovia el Querubín de Caleruega. El Ilmo. Sr. M. Vigil en su historia «La O. de Predicadores dice: «Se admiten 140 casos de estigmatización bien probados en el curso de los siglos, y que han pertenecido con preferencia a las órdenes religiosas. La de Santo Domingo marcha a la cabeza con (60) sesenta ca-

sos y la de Sn. Francisco la sigue con cuarenta casos en todas sus ramas o familia».

El Sr. Trapiello y Sierra en «Sto. Domingo y su Orden» nota el mismo número y pone los nombres de todas esas almas privilegiadas y hemos notado que solo siete casos pertenecen a varones quedando cincuenta y tres entre religiosas.

Parece natural que esta gracia se reserve a aquellas almas que mas se han penetrado de los Dolores del Hombre Dios; por esto decíamos es un distintivo dominicano la devoción especial a la Pasión del Señor.

Aquí terminamos el primer siglo de existencia de nuestro Monasterio. Mucho nos queda por decir, tanto de acontecimientos en general como de noticias de nuestras HH.; pero la falta de datos por la pérdida de algunos manuscritos, nos impide darnos el grato consuelo de dejar escrito el ejemplo de las HH. que nos precedieron, para edificación y estímulo nuestro.

En el segundo siglo, si encontramos los manuscritos, daremos noticia de algunos hechos que solucionan el principio de la Fundación con el presente.

1855-1882

La M. Josefa del Smo. Sacramento no alcanzó a concluir la iglesia que tantos sacrificios le costara; tres años de tanto trabajo, en su edad, pedían

siquiera el descanso de cambiar ocupaciones. En Mayo de 1854 concluyó su trienio y fué elegida Priora la M. Carmen de San Ignacio (Baeza y Cuadra). El Señor, Dueño de la obra, tenía preparada a la que debía continuarla. La iglesia siguió edificándose hasta su conclusión, asistida siempre por el Sr. síndico don M. Antonio Tocornal, y las limosnas tampoco faltaron. Los altares se hicieron como se conservan hasta hoy; en el altar mayor se volvió a colocar a Ntra. Sra. de Pastoriza, a Sn. Ignacio y a Sn. Francisco Javier. Se decía que siendo la iglesia nueva no existía el compromiso contraído con el V. P. García; que el trono debía de ser ocupado por Ntra. Madre del Smo. Rosario y los nichos por santos de la Orden Dominica. El silencio fué la única contestación, y el monumento de nuestra gratitud permanece y, Dios mediante, permanecerá siempre.

Los altares colaterales adolecen de grave defecto, debido a la condescendencia. Para dejar satisfecha la devoción de todas, se mandaron hacer cuadros especiales sin preocuparse mucho ni poco del efecto que produciría la riña con la historia. Ntras. MM. antiguas consultaron la idea con su Prelado el que se las aceptó y S. S. I. y R. tomó de su cuenta mandarlos hacer. El valor artístico, dicen, no es escaso; pero llegando a la historia a todos causa risa, sin saber que la concepción de esos cuadros es obra exclusiva del corazón gobernado por la piedad. El altar del Calvario es el único que no nos pide nuevo cuadro. Ntra. Madre del Smo. Rosario tiene a sus pies a Sn. José y a

Sto. Tomás de Aquino; el Señor Cautivo, a Sn. Francisco de Asís y a Sta. Catalina de Sena, que vivieron separados por dos siglos de tiempo; el Señor B. Pastor, a Sn. Agustín y a Sta. María Magdalena, protectora de nuestra Orden. Así concibieron en la antigüedad la falta de altares con el deber con que se creían obligadas con Sn. Agustín y Sn. Francisco, y la devoción que les clamaba por ver en su altar a Sn. José, Sta. María Magdalena y a Sta. Catalina.

Esta idea de ver en un solo cuadro santos de distinto siglo, dicen fué muy común; pero actualmente les causa novedad a todos y lo manifiestan, a veces, con demasiada gracia. A nosotras no nos gusta y se ha hablado mucho de nuevos cuadros cuando tengamos posibilidad; pero respetamos el motivo que se los inspiró y celebramos esa piedad sencilla que les acercaba tanto el cielo.

El cortinaje del Tabernáculo se encargó a Europa y Monseñor Eyzaguirre lo trajo muy a satisfacción de la Comunidad; era de valor por el material fino de sus bordados y de gusto por la ejecución. Duró éste cincuenta años; en la última reparación (1904) se hizo necesario mudarlo.

En uno de los viajes que el Ilmo. y Rvmo. Señor Valdivieso hizo a Europa (no sabemos el año) trajo varias cosas para nuestra iglesia y sacristía y también el órgano. La iglesia estaba ya concluida y se había construido con dos coros chicos porque así lo pedía la arquitectura que se le dió. El órgano resultó muy grande; pero, según la opinión de peritos, muy bueno y de valor. Nuestras

Mdres. no se resignaron a venderlo porque proporcionarse otro bueno, no estaba en lo posible. Hicieron construir el actual coro, que suplió la necesidad que se deseaba, pero, dicen los entendidos, es lunar que resalta como un remiendo ordinario en vestido rico. Sin embargo, no era posible otro arreglo y así estará hasta que haya otra nueva iglesia o se descubra un nuevo sistema de coro que esté en armonía con la arquitectura de la actual.

También fueron traídos por Ntro. amado Señor Valdivieso los cuatro bonitos relicarios que se colocan en el altar cuando no se descubre; generalmente para la fiesta de Ntra. Sra. de Dolores; y son con reliquia de Ntro. Pdre. Sto. Domingo, Ntra. Sta. Madre Rosa, Beatos Juan Masías y Martín de Porras.

La sacristía, en este tiempo, quedó junto a la iglesia, pues no había capilla y los confesonarios en lugar enteramente separado. Más tarde, en 1873 a 1876, por orden del Ilmo. y Rmo. Sr. Valdivieso, se dió cumplimiento al Decreto de la Santa Sede que mandaba colocar los confesonarios en la misma iglesia. Entonces se edificó la capillita que tiene en su altar a Sn. Joaquín, Sta. Ana y la Sma. Virgen y se colocaron los confesonarios en la forma que está actualmente. La sacristía interior que había es la exterior ahora, y se quitó a la portería la parte que ocupa la interior.

Al revisar nuestro «Libro de Defunciones» vemos que en el tiempo trascurrido desde el 27 de

Junio de 1855 al 3 de Agosto de 1856, cinco de Ntras. Mdres. antiguas han ido a recibir su premio en el descanso eterno; y nos imaginamos como quedarían los ánimos de las Hnas. que, en poco mas de un año, tuvieron que soportar esa dolorosa separación repetida tantas veces. Los seculares no comprenden esto; a fuerza de oír han llegado a creer que en los claustros habitan cuerpos sin alma; muertos que no tienen vida sensible y....mil cosas; pero ¡qué engaño! Si pudieran contemplar por una vez el cuadro que ofrece a la consideración la separación entre religiosas se convencerían que los lazos que forma la profesión de una misma Regla, que nos hace hijas de una misma Madre y de un mismo Padre, son tan fuertes y estrechos como los de la naturaleza. Un doctor que tuvo que examinar a varias religiosas al día siguiente de morir una de nuestras Hnas. se impresionó agradablemente y decía «¡qué bonita es esta union!» Las palabras de las Hnas. estaban en perfecta armonía con lo que el pulso acusaba sufrir el físico ¡Quiera Ntra. común Madre SSma. estrecharnos cada vez mas, y que «formando un solo corazón y una sola alma» lleguemos a su regazo Maternal adornadas de la más perfecta fraternidad!

El 27 de Junio de 1855 murió la M. Nicolasa de los Dolores (Luco). En Octubre del mismo año la M. Ignacia de Sn. Miguel (Rosas y Salas). En Junio de 1856 las Mdres. Ana Josefa del Smo. Sacramento (Vega) y M. del Rosario de Sn. Rafael

(Matta y Ureta); en Agosto 3, la M. Josefa del C. de María (Bezanilla y Bezanilla).

Un antiguo manuscrito y la tradición nos ha conservado el recuerdo de la M. Ignacia de San Miguel (Rosas y Salas). Fué Maestra de novicias y como era de natural muy serio y de una rigidez extrema al imponerle el cargo contestó: «Yo no puedo ser Maestra dispensando; si se me deja libertad de conciencia acepto». En aquel tiempo no estaba dispensada la comida de vigilia y las dos novicias que tuvo entraron muy jovencitas; pero había que aceptar la Regla sin las pequeñas dispensas que la prudencia aconseja hasta habituar a la naturaleza al cambio de vida. Era entretenido oír a sus novicias recordar aquel tiempo y hasta el presente las hermanas jóvenes tienen recuerdos muy agradables de la Mdre. San Miguel. Apesar de su rigidez, se hace simpático su recuerdo por su observancia y por el amor a su Orden que era sobre toda ponderación. Hasta el fin de su vida no consintió la eximieran de Hebdomadaria, aun para la lección del Refectorio. Ya muy anciana la Prelada le prohibió la asistencia al coro por que su enfermedad era molesta a las demás. S. R. se sometió humildemente, pero sufría mucho al verse privada de lo que era su mas delicioso solaz.

Para la M. Ignacia solo el Sumo Pontífice era superior a un Padre dominico. El último lego con hábito era en su concepto superior a toda dignidad terrena. Conocía su Orden con sus Reglas y Ceremonial con toda perfección y en practicarlos

cifrabá su dicha. Esta estimación por su Orden lejos de hacerla odiosa a los que a ella no pertenecían, le daba estimación en el concepto de todos y el Ilmo. y Rmo. Sr. Valdivieso celebraba la ocurrencia de preferir un Padre dominico a un Arzobispo para dar solemnidad a una profesión religiosa. A su ojos tenía más brillo el bicolor dominicano que la mitra y pectoral.

Cuidaba la fiesta de Santa Catalina y para su día se afanaba en conseguir todo lo bueno de la época. El R. P. Provincial y la comunidad debían asistir, y como su familia era rica, le enviaban regalos para toda la comunidad asistente. Un padre anciano y gracioso decía: «A la M. Ignacita la conocen en el convento hasta los ratones».

Una de sus novicias decía: era de muy buena capacidad; genio fuerte, pero de tanto vencimiento que nos ejemplarizaba, S. R. se quejaba a veces por el «genio que Dios le había dado»; pero yo creo que ese genio la hizo ganar muchas coronas. Las vivezas que se le escapaban la hacían practicar muchos actos de humildad. Era muy asidua en el trabajo; su ocupación favorita era hacer flores de esmalte y formar ramos para la fiesta de Santa Catalina. Su caridad para con las enfermas era grande, las visitaba con frecuencia y las aliviaba como podía».

«Su mortificación interior debió de ser muy grande a juzgar por los actos heroicos que se notaron en su última enfermedad, que fueron varios. Después que recibió los últimos sacramentos y las absoluciones del caso, guardó absoluto silen-

cio que interrumpía sólo para hablar con su confesor. Veintidós días pasó sin tomar el más mínimo alimento; si se quería mojarle los labios para aliviarla, con la cabeza indicaba que no era necesario. El doctor se asombraba a la vista de tanta fortaleza, pues decía que los dolores debían de ser muy grandes y no le salía ni un ay. Solo al morir lanzó un suspiro o quejido tan triste que hizo comprender cuánto sufría al acabarse su vida».

Murió en 1855 y tenía 53 años de vida religiosa.

De la M. Josefa del Cor. de María (Bezanilla) dice un antiguo manuscrito: «Murió santamente después de sufrir una enfermedad gravísima de parálisis con admirable resignación y paciencia. Al morir oyó la comunidad cantar el responsorio de Ntro. Sto. Padre Domingo: *O spem miram*. Las voces se sentían en el aire».

Creemos que esta Madre se distinguiría en su filial afecto con nuestro amantísimo Padre y que él correspondió como acostumbra hacerlo.

En el período de 1841 a 1845 fué Priora (1) y murió en 1856, a los 48 años de vida religiosa.

En el mismo año murió la M. Rosario de Sn.

(1) En 1851 fué Maestra de novicias y formó cuatro religiosas ejemplares. Este noviciado tuvo la particularidad de que dos de ellas vivieron pocos años. La Hna. Isabel del Tránsito (Salcedo) vivió ocho años después de su profesión y la Hna. Rosalía solo cinco. Como es muy raro la que ha vivido menos de 20 años, llama la atención ver dos casos entre connovicias.

Rafael (Matta y Ureta). Fué Maestra de novicias en el período que gobernó la M. Josefa del C. de María y formó tres novicias. Tuvo el cargo de Priora en dos períodos. Murió en 1856 y tenía de religión 57 años.

En este año 1856 la Iglesia chilena era probada por el Esposo celestial y nuestra comunidad, como hija amante, participaba de todos los sufrimientos que en amargo cáliz empinaba el Ilmo. y Rmo. Prelado por defender los derechos y conservar la libertad de su amada Esposa.

Diferencia de juicios sucitó un grave conflicto entre la Iglesia y el Estado. Ntro. santo y sabio Prelado no podía ceder, pues no era cuestión de voluntad sino de conciencia. Tanto se agravó el asunto, que se condenó al dignísimo señor Arzobispo a salir desterrado. El recuerdo que nos ha quedado de tan amadísimo y amante Prelado nos excusa de pintar la consternación de nuestra Comunidad y sus fervientes plegarias. Hemos presenciado como se ora cuando siquiera a distancia, la Iglesia sufre; hemos sufrido también cuando Ntro. Ilmo. y Rmo. Prelado padece por las ofensas que recibe la Iglesia; no nos es difícil comprender lo que aquella vez sería; pero no habríamos podido imaginar el criterio de Ntras. Mdres. en tan odiosa cuestión, si no lo hubiéramos encontrado escrito en la correspondencia epistolar que se conserva en nuestro Archivo. Esas cartas nos hacen ver muy claro que nuestras Mdres. y

Hnas. se sentían penetradas del espíritu dominicano y que este inspiraba todas sus acciones y palabras ¡qué amor tan ardiente por la Iglesia! Antes de ella no existe otro afecto en la tierra, ni aún la filial ternura por el dignísimo Prelado. Leyendo esas cartas la imaginación se traslada a siglos remotos y se siente llena de variadas impresiones al considerar que la profesión de una misma Regla pueda asemejar en el espíritu a personas de distinto siglo y nación. El amor a la Iglesia y a las almas fué lo que movió a Ntro. querúbico Padre Sto. Domingo a fundar su Orden, hace siete siglos; la Iglesia ha sufrido crueles persecuciones y la Orden Dominicana, siempre fiel a su bandera, ha tenido la honra de enjugar sus lágrimas dándole hijos que combatan y mueran por ella. Quién no conoce a la doctora del amor Santa Catalina de Sena? Esta virgen dominicana no se contentó con servir a la Iglesia con los dones extraordinarios con que N. S. la regaló; dió su vida, sufrió el martirio dado por manos de los demonios, para aplacar a la Justicia divina y volver la paz a la Esposa del Cordero inmaculado.

Grande era el afecto de las Rosas dominicanas por su santo Prelado y lo muestran muy bien sus cartas; pero, dicen en ellas, que «más quisieran verlo muerto que traicionar su conciencia», «más quisiéramos saber que le cortan la cabeza que el que falte a la fidelidad que debe a la Iglesia». Estas enérgicas palabras hicieron decir a una de nuestras Hermanas: «¡qué raro es que una mujer ame

así!» Pero no ignoraba que ella hubiera sido *tan rara* en el mismo caso.

Conjurada la tormenta, el gozo igualó al anterior dolor y después de dar gracias al Autor de todo bien, se pensó en saludar al Rmo. Sr. Arzobispo y pedirle recreación para celebrar sus triunfos. En la filial confianza que le tenían, no vacilaron las Hnas. en hacer sus versos y mandárselos, bien seguras que era su Padre el festejado y el que leería su composición. Sin preparación y sin melindres escribieron los siguientes versos:

A Ntro. amadísimo Padre (Illmo. y Rmo. Sr. Valdivieso)

Millones de parabienes
Tus hijas Rosas te damos
(Y también los recibimos
Pues todas hemos triunfado).

Gloria a Dios en las alturas,
La paz alumbre en el suelo
Gracias, gracias a María
Que nos ha dado el consuelo.

Repetidos parabienes
A Ntro. Prelado damos,
En acción de gracias digo
Que el *Te-Deum* lo cantamos.

Una corona de gloria
El Señor te ha preparado
Y tus hijas muy amantes
Son las que te han ayudado.

Para celebrar tus triunfos
Que con valor has peleado
Recreación te pedimos
Las que sean de tu agrado.

No nos quedó escrita la contestación que, tal vez pasó por muchas manos hasta extraviarse, pero no dudamos que la recreación se concedería y los versos serían comentados por el sabio Prelado y adivinaría quién fuese la autora de ellos.

En 1857 murió la Hna. Rosalía del Nazareno (Lillo y Castillo). La tradición nos recuerda a esta Hermana como una florecita fragante y delicada que los rayos del sol marchitan cuando principia a dar su perfume. De natural dulce y muy sensible se hacía querer por su virtud; muy silenciosa y humilde. Murió cuando solo contaba seis años de religiosa.

El año 1858 fué también triste para nuestra comunidad, tres de las Hnas. murieron en solo siete meses. De las tres sólo nos quedó noticia escrita de la Hna. Manuela del Carmen (Lillo y Caso) de velo blanco. El manuscrito que conserva su memoria dice que era inteligente y de mucha virtud. Vivió tísica algunos años, y siendo su enfermedad tan propensa al mal humor a ella no se le notaba nunca esos cambios; para ella era igual ser atendida la primera o la última, recibía los servicios siempre con gratitud y humildad. No salía de

su celda sino para visitar a Ntro. Amo Sacramentado. En una de estas visitas, durante las recreaciones de Pascua, oyó que la Hna. Pastoriza (Cristi y Humeres) cantaba con acompañamiento de piano, versitos al Niño Divino. La Hna. Manuela se acercó a una de las Madres que estaba en el coro y le dijo: «La Hna. Pastoriza está cantando y yo la estoy viendo muerta en el carrito, en el lugar en que nos colocan». Ocho días después atacó a la Hna. Pastoriza un fuerte tífus («chavalongo») y murió el 20 de Enero.

La Hna. Manuela gustaba mucho de la poesía; pero nos quedaron pocas composiciones suyas. Creemos que algunas de las que se conservan, las escribió el año 1854 con motivo de la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción.

Al morir en 1858 tenía treinta y un años de religiosa.

Ponemos aquí algunas de sus poesías.

La pureza de María
Es gracia muy singular
Fué concebida sin mancha
De pecado original.

Los ángeles en el cielo
La alaban con alegría
Y en la tierra confesamos
La pureza de María.

Dios la crió pura y limpia
Para poder encarnar
En sus vírgenes entrañas
¡Es cosa muy singular!

Al corazón oprimido
Esta Señora lo ensancha,
Y yo digo a boca llena
¡Fué concebida sin mancha!

Y así en el cielo María
Ocupa el mejor lugar
Es de fe que es limpia y pura
De pecado original.

Es tan grande la pureza
De María y su hermosura
Que es más pura que los santos
Y las demás criaturas.

Satanás no quiere que hablen
De esta admirable Princesa
Se enfurece cuando dicen
Es tan grande su pureza.

Huye con velocidad
A las cavernas oscuras
Porque le lastima el nombre
De María y su hermosura.

Los ángeles en el cielo	Que los Angeles más pura
La alaban con dulces cantos	Y solo es menos que Dios
En sonoras voces dicen:	De María la hermosura.
¡Es más pura que los santos!	A la diestra de Dios Padre
El trono en que Dios la	Es la Reina y la Señora
[tiene	Alegría de los santos
Es de una eminente altura	De el alma la encantadora.
Que excede a todos los san-	Conózcante, Madre mía,
[tos	Para que todos te adoren
Y a las demás criaturas.	Y que sepan de que sois
De María la hermosura	Refugio de pecadores.
De el alma la encantadora	Jamás podré comprender
Refugio de pecadores	Lo que tu pecho atesora,
De la mañana la aurora.	Aunque piense día y noche
Es mas santa que los santos	De la mañana a la aurora.

En 1859 se estableció en nuestra Comunidad la Santa y sabia ley de la Iglesia sobre confesores ordinarios; era un gran paso dado en el camino de la perfección y N. S. bendijo a las abnegadas Hnas. que voluntariamente abrazaron esta perfección que debió serles muy dura. Todas las que no habían profesado bajo esta ley, eran libres para someterse o nó. Dictada por inspiración divina, prevenía todos los obstáculos que pudiera tener su ejecución. Muchas eran ancianas que no tenían la penetración necesaria para comprender la importancia de la ley; a otras les faltaba ya la energía para un vencimiento de esta naturaleza. Como en todas las reformas que se han implantado, el buen espíritu se hizo notar en nuestras Hnas. Inmediatamente abrazaron el sacrificio todas las que alcanzaron a comprender la importancia que tenía.

El Señor a quién servían, se los recompensó

dándoles grandes bienes a sus almas. Así se los oíamos repetir después de algunos años.

Nuestra Madre Priora dió noticia de este paso dado en el camino de la perfección religiosa a nuestras Hnas. argentinas de Córdoba y le contestó la Priora una afectuosa y entusiasta felicitación, y con gracia familiar dice: «es la nota chillona de las comunidades». Es este convento de Ntra. Orden, notable y de mucha estimación por la rigurosa observancia de nuestras leyes. Hijas de él fueron las fundadoras de dominicas y carmelitas de Buenos Aires y Córdoba.

Fueron los primeros confesores ordinarios el Sr. Vrio. Gl. Dn. Casimiro Vargas y los RR. PP. Fr. José Benitez y Fr. Domingo Aracena. Extraordinarios el Sr. Pdo. Dn. Ramón Astorga y el Pbo. Dn. Luis Lira. Mas tarde se redujo a dos los ordinarios y en 1888 quedó solo uno. Fué el primero el Sr. Pbo. Dn. Santiago Vial Guzmán que había estado el período anterior con el Sr. Pdo. Dn. Miguel R. Prado.

En 1861 Ntras. Hnas. recibieron de Ntro. Smo. Padre Pío IX la contestación de una carta que el año anterior le habían dirigido con motivo de la persecución de que era objeto el S. Pontífice. Ella dice así:

«A nuestras amadas hijas en Cristo, Luisa de Sn. Rafael, Priora y Religiosas congregadas del Monasterio de Sta. Rosa de Santiago de Chile.

PIO PAPA IX

«Amadas hijas en Cristo, salud y apostólica bendición.

El afecto de piedad, fe, adhesión y reverencia que existe profundamente arraigado en vosotras hacia nuestra soberana dignidad, lo lleva también en sí la carta que con benevolencia recibimos de vosotras con fecha 30 de Mayo del pasado año. No pudo suceder que las acerbidades de Ntras. desgracias no afectaran y aún contristarán vuestros corazones con profundísimo dolor. No causó en el Nuestro vuestra carta menor consuelo y deseamos, amadas hijas en Cristo, que perseveréis unánimes en la oración y ruegos para alcanzar de Dios en breve la paz y tranquilidad. En tamaña tempestad acudamos al socorro de la poderosísima Reina del Cielo y Tierra, la Virgen María Inmaculada Madre de Dios, para que merezcamos ser amparados por su protección. Pedimos al Dios Omnipotente con fervorosos ruegos que mantenga en su Santa Paz a todas vosotras, amadas hijas en Cristo, y que os preserve de todo peligro de alma y cuerpo.

Deseamos, amadas hijas en Cristo, que la apostólica bendición que con el afecto de corazón paternal os damos amorosamente a todas vosotras, sea indicio de tan gran bien.

Dado en Roma, en Sn. Pedro, el 26 de Junio de 1861, año diez y seis de Nuestro Pontificado.—Pío PAPA IX».

Suponemos que la carta dirigida por Ntra. M. Priora iría acompañada de alguna limosna; era frecuente enviarle algo cuando las circunstancias lo permitían. En las cuentas del trienio 1867 a 1870 encontramos una partida de Data que dice: «Por mil pesos enviados a Ntro. S. S. Padre Pío IX».

En 1862 murió santamente la Hna. Carmen del SSmo. Sacramento (Chorroco y Corbalán). Nos sentimos ofuscadas por nuestra insuficiencia al querer transmitir a la posteridad el recuerdo de esta Hna. de quien todas hemos oído contar cosas prodigiosas; pero la tradición está ya tan perdida que se confunden los hechos, y el carácter extraordinario que revisten, exigen mayor certeza en la relación. A las que confiaban saber muchas noticias de esta alma privilegiada, les pedimos nos perdonen. Hemos indagado lo posible, pero constantes en nuestro propósito, no hemos querido escribir nada que no esté confirmado con una constante y fiel tradición. Encontramos escrito la mayor parte de lo que aquí diremos; es poco, pero merece ser creído porque la tradición ha sido constante y se escribió luego que murió la Hna. Carmen.

Ntro. Señor que gusta de comunicarse con los humildes y sencillos encontró sus complacencias en esta alma privilegiada. En ella no tuvo lugar aquel «*nadie es profeta en su tierra*», pues desde su infancia fué venerada en su pueblo de la Serena como un prodigio de santidad. Su humildad y sencillez era de todos admirada y su caridad era

la de un apóstol. Para vencer la natural repugnancia, violentaba su delicadeza hasta el heroísmo; si visitaba a un enfermo que la hiciese sentir alguna resistencia, chupaba la puz o lamía la inmundicia. Tanta fama le había dado su santidad que en la Serena se cree hasta ahora, que su resolución de ser monja fué debido al deseo de huír de la estimación que la rodeaba. Puede ser este el móvil de su vocación; pero es más probable que el Señor se la inspirara por ser el claustro el lugar donde ordinariamente se apacientan las ovejas escogidas que el Pastor divino regala con saludables y escogidos pastos.

Su viaje desde la Serena a esta era difícil de realizar. Su hermano, el señor Deán se oponía con todas sus fuerzas; le era muy duro separarse de su santa hermana y ponía todo obstáculo.

Buscó la compañía de unos respetables caballeros y con un hermano suyo emprendió el viaje por tierra que duró quince días; en todo este tiempo, decían sus compañeros, que no comió cosa alguna; se enfermó gravemente y querían volverse para dar al señor Deán el consuelo, ya que el Señor parecía oponerse a que se continuara el viaje. Llegaron a una posada y pidieron un cuarto para ella y los caballeros y el hermano se quedaron afuera para recogerse más tarde a otra pieza que se les había preparado. De repente les sorprende una gran claridad que sale de la pieza en que estaba recogida la Hna. Carmen. Examinan aquella luz y sienten en su alma cierta mudanza, cierto cambio y una secreta consolación

que los hace sentirse felices y todos convinieron en que aquello era algo extraordinario que gozaba la «beata». Al día siguiente aparece curada y sin pelo. Fácil es comprender las mil preguntas que le harían, a las que contestó solo con un perfecto silencio. Su hermano la urgió de tal manera que viéndose ya sorprendida consintió en decirle algo, pero a condición de no decirlo a nadie. Dijo que N. Señor, la Sma. Virgen del Rosario, Ntro. Padre Sto. Domingo y la Sta. Madre Rosa la visitaron en la noche y le cortaron el pelo; traían una palangana de plata en que lo depositaron para llevárselo. Los caballeros referían todo lo ocurrido aquí y en la Serena y decían que estaban dispuestos a declararlo bajo la religión del juramento si se les exigía, esto y muchas otras cosas extraordinarias que notaron durante el viaje.

La fama de que venía precedida y las cualidades personales que gustaron a la Comunidad hizo fácil su admisión. En el noviciado se hizo notar por su silencio y humildad y en su cara dicen se notaba algo muy agradable que Ntras. Mdres. llamaban «la imagen de su sencillez y candor».

Una noche se enfermó mucho. La Maestra se afligió por las exigencias de salud que en todos tiempos ha habido. Comunicó a la enfermera su aflicción y la llevó a ver a la novicia que parecía dormía. Se acercan las dos a su cama y la ven «hecha un Cristo» por las heridas y sangre que la cubría. El temor de prevenir a la Comunidad en contra de la novicia por una grave enfermedad que creían ocultaría, se callaron y viéndose inca-

paces de darle alivio la dejaron dormir, como parecía. Al día siguiente se levantaron muy temprano y la fueron a ver. Cuál sería y qué agradable la impresión al verla sana y buena, sin rastro de las llagas que la noche anterior tanto las hizo sufrir.

Dice el manuscrito que fueron muchos los actos extraordinarios que se vieron en la Hna. Carmen; pero no hubo cuidado de escribirlos y ya el tiempo los ha confundido. De la tradición, muy bien conservada, recogemos lo siguiente.

Una noche, fuera de costumbre, la Hna. Carmen salió de su celda al claustro en hora avanzada. En ese tiempo las acequias eran bajas y por temor de los aniegos las compuertas se quitaban, lo que hacía fácil el acceso a los rateros. Esa noche había entrado uno y la Hna. Carmen se encontró con él: «Hermanito, le dijo, váyase por donde entró, por que si lo ven lo mandan preso». El hombre salió y contó por fuera que Santa Rosa, con corona, le había dicho lo que queda indicado y que él se había confundido, etc.

Parece que su Angel de Guarda la asistía con esmero y le daba gusto en todo. Esto solo es presumible por lo que se notaba, pues ella guardaba completa reserva. Cierta día una de las Madres necesitaba a su confesor que era el Ilmo. Sr. Arístegui; parece que era compañera de oficio con la Hna. Carmen; esta supo los deseos de la Madre y le dijo: «espérela, sí, vendrá». Un rato después un desconocido habló en el torno y dió recado del Sr. Obispo para que lo esperasen a tal hora. Al

hablar a S. S. I. la confesada le preguntó «¿por qué ha venido hoy?» — «por que me fué a llamar a su nombre un joven que no he visto nunca». La favorecida y las Hnas. que presenciaron lo ocurrido, no dudaron que el Angel de la Hna. Carmen era el autor de aquel favor; ya fuera haciéndolo él directamente, o induciendo al de la favorecida para que fuera tan diligente como él.

Parece tuvo conocimiento del día de su muerte mucho antes que sucediera, por indicios que dejó comprender. El día en que murió, ni el doctor, ni las Hnas. creían había proximidad de su fin; pero ella instó le administrasen los últimos Sacramentos que recibió con edificación. Poco despues dió su alma al Criador el mismo día 31 de Enero, como lo había dicho, del año de 1862.

Tuvo en vida mucha fama de santidad y le atribuían el don de profecía; le consultaban muchas personas su porvenir y ella con su natural sencillez les anunciaba el estado que abrazaría, lo que se cumplía a la letra. Hay una señora (no la nombramos por no estar autorizadas) que dice ser deudora de gracias muy especiales que le alcanzó «la Carmelita Chorroco» y que le reveló su porvenir tal como se ha realizado. Dicen trabaja por escribir su Vida con el objeto de mover las voluntades en favor del proceso de beatificación. No sería la única persona que tal cosa pretendiera; ya se ha intentado dar algunos pasos; pero se estrellan con la dificultad de nuestra ignorancia. No hay escrito sino una mínima noticia y la tradición está tan perdida que nadie se atrevería a

asegurar otra cosa que lo que queda dicho. Se dice en la Serena que predijo que el Iltmo. Señor Orrego sería su Obispo; y aún dicen dejó un regalito que se encontró al morir con la dedicatoria «*al Iltmo. Sr. Orrego, Obispo de la Serena*». Nosotras no negamos ni afirmamos este dicho; nos es desconocido, pero no nos parece imposible, pues la virtud de la Hna. Carmen nos da derecho para creer que el Amo a quien servía la regaló con dones y gracias que ella supo ocultar con avaricia; pero, se sabe que fueron muchas y grandes.

Existe su retrato hecho por un señor que la conoció de seglar. Por la fisonomía que nos ha conservado la tradición creemos que el retrato está parecido al original.

El Iltmo. Sr. Obispo de Antédone Dn. J. Guillermo Cáster, sobrino de la Hna. Carmen, nos ha referido textualmente lo que por tradición conocíamos ya. En el mes de Setbre. de 1861 el Señor Deán Chorroco dijo en casa del Sr. Obispo: «La Carmelita (así llamaba a su hermana) me ha escrito llamándome, pero no quiero ir porque será para decirme que me voy a morir». Venció el deseo de complacer a su venerada hermana y vino a esta en el mes de Octubre. La Hna. Carmen se confesó con él y le dijo que el día 31 de Enero, onomástico del Sr. Deán, no recibiera visitas porque sería el día de su muerte. El Señor Chorroco guardó la reserva del caso: pero a las instancias que hacía la familia para que diese una carta al Iltmo. Sr. Cáster «para ver a la monja» en los primeros días de Febrero, el Sr. Deán

contestó: «no la verá». El 31 de Enero el amante hermano cerró su puerta, y las numerosas visitas tenían que volverse sin lograr hablarlo. Por fin, un amigo íntimo consiguió llegar hasta su pieza y lo encontró arrodillado y anegado en lágrimas. Solo entonces refirió lo que queda dicho y la correspondencia que se recibió después confirmó el caso.

Nos ha dicho el Sr. Obispo que el Sr. Deán tenía muchos papeles para escribir la Vida de la Hna. Carmen y con este objeto se los dió a Monseñor Eyzaguirre; pero a la muerte de este señor nada se había hecho y los papeles no se sabe de ellos.

En este mismo año 1862 murió la Hna. Carmen del C. de Jesús (Nobajas y Velasquez). Era natural de Valparaíso y de familia muy conocida; por humildad no fué religiosa de coro sino de las que se llamaban de «velo blanco».

Se dice que siendo todavía muy joven en la religión, Ntro. Señor le manifestó que un hermano suyo se había extraviado en su conducta y le inspiraba se lo hiciese comprender y le aconsejara salir de ese estado. Ella no se atrevió a hacer lo que el Salvador divino le manifestaba ser su voluntad; tal vez no confiaba mucho de sí misma y temió ser víctima de una ilusión. Luchó algún tiempo, pero la venció su inclinación a callar. El hermano murió y, decían las Madres, que se le apareció en malas condiciones lo que le causó tan

honda impresión que su cerebro se perturbó y quedó insana hasta su muerte.

Oíamos con gusto hablar de la «H. Carmelita»; locura muy pacífica era la suya, y como era muy inteligente se conservan recuerdos entretenidos de ella. En la Visita canónica del Prelado, el Illmo. Sr. Valdivieso la llamaba para conversar con ella y celebraba las contestaciones que le daba sobre toda materia, aun de liturgia.

Se recuerda con gratitud el singular favor que el «Dueño del Rosal» ha concedido a nuestra comunidad desde la fundación. Ha habido tres enfermas del cerebro que corresponde una para cada época hasta el presente y ninguna ha dado que hacer de modo que haya que tomar medidas odiosas; la obediencia ha sido suficiente para tenerlas tranquilas. Las tres han probado que N. S. las cuida de un modo especial para que no hagan el mal que por su enfermedad pudieran hacer. Para ellas la noche ha sido día y con su vela de sebo en la mano se constituían guardianes nocturnos por todo el convento. El peligro de incendio ha sido frecuente, pero nunca ha sucedido ni amago por culpa de ellas.

Esto hacía decir a una de las religiosas que nuestra madre del Rosario, el Sto. Padre Domingo y la Sta. Madre Rosa cuidan de nosotras de modo visible y nos comprometen con su ternura en asistirnos.

En Febrero de 1864 el señor síndico don M. Antonio Tocornal, recibió una comisión del gobierno que lo obligó a hacer la renuncia de síndico. El Ilmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo nombró en su lugar al Sr. don Juan Nepomuceno Iñiguez que comprometió nuestra gratitud, sirviendo a la Comunidad hasta 1874.

En Octubre del mismo año murió la Madre Josefa del Smo. Sacramento (Grez). Su recuerdo quedó escrito al hablar de la reedificación de la Iglesia en 1854.

En Mayo de 1865 murió Sor Teresa de Jesús (Hurtado y Zisternas). El Libro de Defunciones nos la dá a conocer y dice:

«Tomó el hábito en este Monasterio el 15 de Julio de 1841. La Hna. Teresa era de genio vivo, pero muy dócil; humilde por natural y muy obediente. Las vivezas de su genio la ponían, a veces, en la necesidad de hacer actos de humillación, los que practicaba con ejemplo. Cuando venía al caso, hablaba de sus defectos naturales con una ingenuidad que hacía ver el poco o ningún amor propio que tenía. En su última enfermedad exhortaba frecuentemente a las que la asistían para que aprovecharan el tiempo sirviendo a Dios y no lo perdieran imprudentemente como ella lo había perdido». Vivió veinticuatro años en la religión.

En 1866 dejaron el destierro para ir a su amada Patria las Rdas. Mdres. Lorenza de San Agustín (Albano y Vergara), Carmen de San Ignacio (Baeza y Cuadra) y Sor Dolores de las Mercedes (Ugarte y Salinas).

El «Recuerdo» de las tres lo escribió la Hna. Rosario del SSmo. Sacramento (Lira y Calvo), que era secretaria muy celosa de sus deberes. Nos damos el gusto de copiarlo como lo hemos encontrado, pues tiene el mérito de la sinceridad y nos es muy conocido el juicio recto e imparcial de la que lo escribió.

«La M. Lorenza de San Agustín (Albano) tomó
« el hábito en este Monasterio el 15 de Abril de
« 1830. Murió el 20 de Febrero de 1866».

«Esta religiosa, adornada de muchas virtudes,
« nos ha ejemplarizado principalmente con su pa-
« ciencia. De naturaleza delicada, desde su novi-
« ciado llevó la Cruz de las enfermedades; pero, en
« medio de ellas, era muy exacta en la observan-
« cia religiosa, y asidua en el cumplimiento de los
« oficios de Comunidad que le encargaba la obe-
« diencia. El ardiente amor que tenía a Dios y al
« prójimo se explicaban bien en el interés que
« manifestaba por la salvación de estos, y el em-
« peño con que procuraba desagraviar a S. D.
« Majestad de las ofensas que recibe de las crea-
« turas; especialmente en tiempos de regocijos
« públicos. Sobre esto se encontró, después de su
« muerte un papel escrito de su mano, por orden
« del confesor, en que decía le había dado a en-

« tender N. Señor que le era muy agradable esta
« devoción».

« A consecuencia de esta caridad, durante la re-
« volución política que estalló en esta república
« en 1851, se afectó sobremanera con las muertes
« y las desgracias en que se vió envuelto el país;
« y a fin de ver terminada la guerra civil en que
« se habían empeñado los partidos, se aplicó con
« tanto ardor a solicitar la misericordia de Dios,
« en favor de las necesidades públicas, con pro-
« longada oración y mortificaciones superiores a
« sus fuerzas físicas, que a causa de ellas le so-
« brevino una grave y penosa enfermedad (zara-
« tán). Talvez se ofrecería a Dios en sacrificio, y
« su oblación sería aceptada; pues desde enton-
« ces no tuvo un día de salud hasta su muerte; la
« mejoría de una enfermedad era siempre el
« anuncio de otra».

« En este tiempo particularmente, se puso en
« ejercicio su paciencia, sufriendo con admirable
« constancia, no sólo sus dolores, sino las priva-
« ciones y demás consecuencias que siguen a la en-
« fermedad; que siempre mortifican mas que ella
« misma y cuyos sufrimientos pasan sin testigos,
« conocidos solo de aquel que nos ha de juzgar.

« Fué muy devota de la Sda. Comunión y con
« dificultad la dejaba, a pesar del trabajo que le
« costaba permanecer en ayunas, y del gran sa-
« crificio que era para su carácter prudente, mor-
« tificar en que se la dieran en su celda cuando
« no podía ir al Coro.

« La M. Carmen de Sn. Ignacio (Baeza y Cua-
« dra) tomó el hábito el 12 de Julio de 1804 y
« murió el 9 de Junio de 1866.

« La M. Sn. Ignacio fué siempre muy observan-
« te; de carácter suave y genio dócil. Muy sobre-
« saliente en humildad y de una caridad que
« jamás se le oía una palabra que pudiera pare-
« cer murmuración. De conciencia tímida, sufría
« mucho con los temores que ella le forjaba; pero,
« en esas circunstancias particularmente, mani-
« festaba su docilidad sometién dose a lo que le
« aconsejaban, no sólo las personas a quienes
« debía rendimiento sino también a sus iguales y
« aun a las que le eran inferiores. Era muy
« devota del Oficio divino del que con dificultad
« se creía dispensada alguna vez. Poco tiempo
« antes de su muerte, convaleciente de una enfer-
« medad, no hallándose capaz de ir a rezar al coro
« y no siéndole fácil el rezar sola, la vimos, con
« ejemplo, varias veces, ponerse en la puerta del
« ante-coro en un asiento bajo para oír desde allí
« lo que rezaba la comunidad, acompañando en
« lo que sabía de memoria. Nunca pretendía su-
« perioridad en la comunidad y esto se hacía no-
« tar más después de haber sido Priora; concluído
« su gobierno, no tomaba más ingerencia en los
« asuntos del Monasterio, cuando no tocaban a su
« oficio, que el que pudiera la última profes a.

« Durante el trienio que gobernó el Monasterio
« concluyó la iglesia y demás edificios que dejó
« principiados la M. Josefa del Smo. Sacramento.
« Edificó las piezas que sirvieron por mucho tiem-

« po de enfermería y ropería. Estos trabajos le
« demandaron muchos apuros por tener que ha-
« cerlos en circunstancias de estar bastante ago-
« tados los recursos del Monasterio a causa de las
« obras que anteriormente se habían hecho.

« Nos parece oportuno recordar en este lugar la
« gratitud que esta comunidad debe conservar a
« la Sra. Doña Dolores Ramírez de Ortúzar y al
« Sr. D. José Benítez por los servicios que presta-
« ron al Monasterio en esa época, facilitando di-
« nero sin ningún interés; lo que el Sr. Benítez
« hizo no sólo una vez sino repetidas ocasiones.

« La M. San Ignacio fué religiosa muy útil
« para el desempeño de los oficios de comunidad
« hasta su muerte. Cuando falleció estaba de sa-
« cristana y contaba 62 años de vida religiosa;
« servía su oficio con tanta actividad que se ocu-
« paba hasta de ayudar a su compañera a compo-
« ner los encajes que se rompían, cosa que en su
« edad parece increíble si no lo hubiéramos visto.
« Era muy prolija y aplicada a la costura como lo
« prueban los ornamentos y otras muchas cosas
« hechas por ella que, hasta hace poco, se conser-
« vaban en la Sacristía.

« Su genio sumamente retirado, junto con su
« humildad, contribuyó para que sus virtudes
« fuesen poco conocidas, la mayor parte de su
« vida. Su última enfermedad duró sólo seis ho-
« ras; en ella se dispuso de la manera más ferve-
« rosa para su muerte. Fué muy notable la resig-
« nación y santo abandono con que la aceptó luego
« que se le indicó el parecer del médico, y la tran-

«quilidad con que permaneció hasta su último
«momento, en el que, sin duda, principió una
«vida eternamente feliz, y en la que le habrá
«dado el premio merecido Aquel Señor que sola-
«mente conocía sus virtudes».

Fué maestra y formó una religiosa que fué
ejemplar de súbditas y Preladas.

El Sr. Pbro. Dn. Blas Cañas manifestaba mucha
estimación por la M. Sn. Ignacio; hemos encon-
trado cartas en que él la titula tía; pero no sabe-
mos qué parentesco tendrían.

La ignorancia y falta de moralidad en el pue-
blo alarmaba a Ntro. Ilmo. y Rvmo. Prelado y a
todos los buenos católicos. Nuestra Comunidad
creyó llegado el caso de abrir, a su costa, una Es-
cuela gratuita para niñas del pueblo, bajo la vigi-
lancia del Sr. Cura de Santa Ana. En 1866 se au-
torizó por el Rvmo. Sr. Valdivieso el gasto para
instalarla, pero no hemos encontrado noticia nin-
guna de la forma en que se estableció. En 1868 la
encontramos instalada en casa arrendada y auto-
rizado un gasto por dos mil pesos (\$ 2,000) para
mejorar su condición y proveerla de útiles. El
Rvmo. Sr. Arzobispo debía de interesarse mucho
por este pobre plantel de instrucción; encontra-
mos comunicaciones suyas en que descende a los
menores avisos para que dé el fruto que la Comu-
nidad se propone al imponerse el sacrificio de cos-
tear una escuela.

En 1880 el Sr. Cura Olea propuso a la Comunidad establecer nuestra Escuela en la misma Parroquia, para lo cual solicitó de la Comunidad cinco mil pesos (\$ 5,000) para edificar una casita. Le fueron concedidos y en ella funcionó la «Escuela de Santa Rosa» por muchos años; pero las necesidades cada día más urgentes de nuestro pueblo y circunstancias especiales, hicieron comprender que la Escuela debía tomar otro giro y se pensó en entregar la dirección de ella a la Sociedad de Señoras del «Centro Cristiano». En 1904 se consultó a Ntro. Prelado, el que acogió la idea con entusiasmo, pues así quedaba este barrio, tan destituido de moralidad, con otra Escuela a más de la parroquial. La Sociedad de Señoras aceptó con gusto nuestra propuesta y en Marzo de 1905 se abrió la nueva Escuela en la mejor casa que posee el Monasterio.

Nos es grato dejar constancia de nuestra gratitud para con las abnegadas Sras. del «Centro Cristiano». La Escuela de Santa Rosa bajo su dirección ha conseguido notables mejoras. La continua vigilancia de las señoras ha despertado verdadero entusiasmo en el barrio y el año 1906 ha llegado la matrícula a setenta alumnas; número muy crecido para la Casa que tiene patio chico y poca comodidad para el objeto.

El día de Ntra. Madre Sma. del Rosario es el señalado para las primeras comuniones. El año 1905, primero de la Fundación de la Escuela, trece niñas, muy bien preparadas, recibieron por vez primera al dulce Jesús Sacramentado. La ce-

remonia fué sencilla, pero muy tierna. El Sr. Pbro. don Justino Cerda les dirigió la palabra en un discurso lleno de unción que nos hizo recordar los felices tiempos de nuestra infancia.

Las Sras. no se han conformado con la sola Escuela, tienen también un concurrido Patronato que, según nuestras noticias, hace mucho bien.

Nuestras aspiraciones para con esta obra que es el «complemento de nuestra vocación dominicana» y la realización de nuestro ideal, son muy grandes. Si el Señor, Dueño de ella, quiere aumentar nuestras entradas, «los talleres de María del Rosario» serán un hecho que por ahora solo acariciamos con el pensamiento. Hay tanto entusiasmo en nuestra Comunidad por la Escuela Patronato, que creemos que nunca se habrá deseado rentas sino ahora que sus aspiraciones se estrellan con la falta de recursos.

En 1867, en 18 de Marzo murió la M. Luisa de San Rafael (Ugarte y Ramírez); fué la primera Priora que murió en el cargo. De un antiguo manuscrito extractamos su noticia que es también la que la tradición nos ha conservado.

Fué la M. Luisa alma llamada por Dios a la soledad desde su mas tierna infancia. Se cuenta que siendo muy pequeñita se huyó de su casa para irse al desierto a hacer vida mortificada y se hubiera ahogado en una acequia de molino, si aquel que la había elegido para sí, no hiciera de que su

nodriza notase su falta y la buscara. La encontró en el momento mismo que se preparaba a pasar a la otra orilla.

A los 23 años tomó nuestro santo hábito el 1.º de Abril de 1823. Alma de mucho recogimiento y oración toda su delicia era el coro y estarse a los pies de Jesús Sacramentado; el locutorio y el trato con los de afuera era para su carácter un verdadero martirio. El gobierno de la Comunidad se le hacía muy duro, principalmente por el trato con seglares que necesariamente tiene que entender una Prelada. Pedía al Señor que si le daba igual gloria en una cama postrada y aún con la muerte que en la Prelacia, prefería lo primero. Era común sentir de sus confesores que la M. Luisa era esencialmente mística, de mucha y muy subida oración. Decía S. R. a una religiosa, a quién le tenía mucha confianza, que un cuarteto, que pondremos aquí, le era suave y delicioso alimento porque cada verso le había servido de oración por muchos años; dice así

Olvido de lo criado,
Memoria del Criador,
Atención al interior
Y estarse amando al Amado.

Su carácter suave, su prudencia y, sobre todo, su caridad la hacían amar de todas. Con las enfermas se esmeraba su caridad, pedía para hacer ella los oficios más repugnantes a la naturaleza y las enfermedades más odiosas cautivaban su aten-

ción. Hubo en su tiempo una enferma de zaratán y la asistía sin tomar la más pequeña precaución para sí; tanto se exponía que la misma enferma se lamentaba de su imprudencia porque temía se le pegara y «ni a un perro quisiera ella ver con enfermedad tan terrible».

Su devoción favorita era a las pobrecitas almas del Purgatorio; tenía voto de Animas y por ellas era cuanto hacía. Una noche en que S. R. sufría un fuerte dolor de muelas, que tal vez ofrecería por ellas, se le apareció un sacerdote conocido y le pidió por tres veces lo encomendara a Dios Nuestro Señor.

Fué elegida Priora cuatro veces y en el último período dijo que no lo acabaría y que su muerte sería tan ligera que no la alcanzaría su confesor; que le llamasen a un sacerdote que vivía cerca. Así se cumplió; a los cuatro meses de gobierno murió después de una corta enfermedad en que solo alcanzó a administrarle la Extremaunción el sacerdote que S. R. había indicado.

Le sucedió en el gobierno una religiosa que la veneraba mucho. La nueva Priora se sentía agobiada con el peso del cargo y deseaba mucho poder consultar con la que había sido su Madre y director tantos años. A las 4 de la mañana se levantó un día creyendo que ya la habían despertado, cuando comprendió la equivocación se sentó a esperar la hora, siempre preocupada de las dudas que la afligían, pero sin pensar en la M. Luisa ni en persona alguna; en ese momento siente que la abraza su querida Madre con tanta ternura como

una madre que abraza a su hija después de mucho tiempo de ausencia (hacía seis meses de su muerte). «¿Cómo ha venido, Madre, S. R. aquí?» le dijo la religiosa favorecida y ella le contestó: «El Señor me ha dado licencia para que venga a darle un abrazo»—y ¿cómo le ha ido por allá?— «Ha sido muy grande la Misericordia del Señor y el favor de la Stma. Virgen para conmigo; dígales a todas que aprovechen el tiempo; que no lo pierdan, porque es precioso; que en la hora de la muerte es mucha la amargura que se siente por haberlo perdido etc.» Dicho esto desapareció.

Esta misma religiosa sufría una enfermedad que ningún médico sabía comprender y con ella no habría podido ser Priora, pues le privaba la asistencia al coro. En vida la M. Luisa hizo cuanto pudo por sanarla, pero la enfermedad seguía desconocida. Dos o tres días después de su muerte, la religiosa arrojó siete u ocho varas de lombriz solitaria con lo que el doctor pudo comprender la enfermedad y darle el remedio necesario para votar la cabeza y resto que le quedaba. Dicen que el doctor que la asistía, que era muy afamado, se admiraba que hubiese podido arrojar la cabeza por el lugar en que se había formado y mucho más que hubiera sido tan sin novedad para la naturaleza, pues siguió desempeñando su oficio y quedó completamente sana.

Esta noticia la habíamos oído muchas veces narrar a las antiguas Hnas., pero se nos había olvidado con todos sus pormenores; lo hemos hallado escrito por distintas autoras en papeles privados

y ésto y la aparición aparecen relatados sin contradicción y tal como lo habíamos oído.

En este mismo año de 1867, el 15 de Abril, antes de un mes de la dolorosa separación de la R. M. Luisa, murió la R. M. María de la O. del S. C. de Jesús (Villota y Cotapos); una de nuestras MM. antiguas más notables por su virtud y sano criterio. Virtud muy sencilla y de aquellas que tan simpática se hacen por su incondicional amor al deber.

Vistió nuestro santo hábito el 26 de Marzo de 1811 y llegó a una gran ancianidad; dicen que era un retrato vivo de San Alfonso M. de Ligorio por lo encorvado de su cuerpo, su venerable ancianidad y su perfecta conformidad con la voluntad Divina, virtud que procuraba inculcar y persuadir a todas las personas que trataba. Por su prudencia, discreción y dulzura, inspiraba tal confianza, que todas la consideraban como consejera y madre de la comunidad; tenía tal unción en su palabra que persuadía sin violencia. Su caridad era muy grande; siempre dispuesta a servir a todas y participaba de las aflicciones y congojas de todas; pero las novicias y jóvenes profesas le excitaban principalmente su caridad; se compadecía de sus debilidades, procuraba ayudarlas en las tentaciones para hacerlas invencibles y en el cumplimiento del oficio de obediencia para aligerar su peso. Pero su campo predilecto era las enfermas de gravedad; S. R. se constituía su enfermera y madre y no dejaba su puesto hasta que muertas las amortajaba; oficio que no cedía a na-

die, a pesar de que sus años se lo hacían ya muy dificultoso.

El 11 de Enero de 1845 fué elegida Priora, después de haber sido Supriora. Desempeñó ambos cargos como podía esperarse de su virtud y prudencia.

Antes y después de ser Priora se había impuesto una obligación estricta de hacer toda la ropa a las novicias. Luego que una pretendiente era admitida, la H. María decía: «esto me toca a mí» y se tomaba la ropa para coserla por su propia mano, pues la máquina no existía aún.

Su devoción favorita era el Sdo. Corazón de Jesús. A su generosidad se debe la Fundación Pía que nos permite dedicar una modesta fiesta exterior al más amante y al más amado de los Corazones. En su renuncia legó tres mil pesos (\$ 3,000) y esa es la base del capital que, ayudada de otras pequeñas donaciones, costea, con sus intereses, la fiesta.

Los últimos años los pasó la H. María en una gran postración, en que lució su acopio de grandes virtudes. Su paciencia y silencio fueron admirables; jamás se le oía una queja directa o indirecta de la enfermedad ni de las enfermeras. Su humildad era profunda y su gratitud sincera; se confundía por el más mínimo servicio que se le hiciera. Suspiraba con ansias por el momento feliz que la uniera a su Dios y Señor para siempre y decía que este deseo la ponía en el caso de hacer repetidos actos de conformidad con la voluntad de su Dueño.

Muy esperada fué para ella la muerte; pero el último accidente fué un ataque parcial al cerebro que la privó del uso de la palabra, pero no le quitó el conocimiento. La Prelada le propuso, como es costumbre, que si quería renovar los votos y con su semblante suave y dulce, como siempre, indicó que sí. Colocó sus manos sobre la Regla que la Prelada tenía entre las suyas y con la mente hizo la fórmula de la profesión. Al terminar cogió la Regla, la estrechó sobre su pecho y la cubrió de besos. ¡Reconocía que sus santas leyes eran las que la habían conducido a aquel feliz término! Se le preguntó si necesitaba a su confesor y contestó que nó. Los tres días que duró el ataque no se le notó la más mínima mudanza; a cada momento se llevaba el escapulario a la boca para besarlo. ¡Madre inolvidable! hasta su último movimiento fué una lección elocuente! ¡Cuánta fué tu gratitud a la Celestial Madre que te trajo a su Orden, bien lo probaste hasta tu último instante. No dudo que ya te hallarás gozando del premio de tus virtudes, allá en el regazo de la que es Reina y Señora del Cielo, como hija muy verdadera del Querubín de Caleruega; no te olvides de la que fué tu casa y arca de salvación: pídele al muy Amado, que nos abrase en su amor y nos dé tantas gracias para cumplir el deber, que se vea en cada Hna. tuya un ejemplar animado de esas Reglas que amaste y practicaste hasta el fin de tu destierro.

Tuvo la M. María dos hermanas carmelitas de San Rafael: Sor Juana que murió muy joven, y la

R. M. Josefa que conquistó fama de santidad y de excelente Priora. Después de la muerte de las tres Hnas. Villota, cuatro sobrinas nietas resolvieron ocupar su lugar en los claustros. Parece que la M. María hubiese sido más diligente en conquistarlas para su Orden y aún, que desde el Cielo hubiera querido hacer manifestación de su amor a la Comunidad de sus afectos. Tres hermanas Alzérrecas solicitaron nuestro hábito; pero, por nuestras leyes, solo pudieron ser admitidas dos; la otra ingresó al Carmen de San Rafael y tomó el nombre de Sor M. Concepción del Crucificado. Según la opinión de sus Hnas. en religión y la de sus confesores, alcanzó gran virtud y sirvió a su Comunidad con abnegación y cariño.

Otra sobrina nieta, Juana Chopitéa, fué dominica en España. De ella se habla en el libro «Dña. Dorotéa Chopitéa». En la revolución española de 1870, más o menos, el convento en que habitaba Sor Juana fué saqueado y sufrieron Ntras. Hnas. lo indecible. El esposo de la Sra. Dorotéa, logró sacar a su cuñada rodeado de gente armada y él en su coche con revólver en mano. Sor Juana, después de diez años de exclaustración, volvió a reunirse con sus hermanas en su amado convento, dejando, por segunda vez, los halagos del hogar, una hermana santa en su estado y los cariños de sobrinos que con ternura maternal había educado durante su estadía en medio de las riquezas y brillo del mundo.

Cuando se tuvo noticia en nuestra comunidad del peligro que corrían nuestras Hnas. españolas

de ser exclaustradas, la consternación fué muy grande y en la imposibilidad de traer a todas a nuestra casa, Ntra. Madre Priora escribió a Sor Juana, en Barcelona, ofreciéndole nuestro convento. Ella, que nunca creería llegase a la realidad un atentado tan cobarde entre valientes españoles, contestó agradeciendo muy sinceramente la oferta y manifestando la resolución inquebrantable de seguir la suerte de sus Hnas. a donde fuese el Señor servido de llevarlas. Las cosas no sucedieron como ella las esperaba; pero tuvo la dicha de morir en su convento y con el mérito de renunciar segunda vez y voluntariamente a esa libertad tan deseada del ser humano.

En 1868 se estableció en nuestra comunidad el Postulado, como una preparación al noviciado; pues antes principiaba el noviciado desde el mismo día de la entrada. Esto tenía graves inconvenientes, como se comprende, y no era el menor el que el latín tenían que aprender a leerlo antes de entrar porque la novicia hace semana de «lecciónera» desde que viste el hábito. Sucedió, no pocas veces, que el estudio que había hecho una pretendiente, le era mas bien un inconveniente para aprenderlo bien. Les enseñaban la pronunciación equivocada o se acostumbraban ellas a pronunciar mal y de aquí el trabajo para hacerlas olvidar su «saber».

Las primeras postulantes fueron las Hnas. Alzérreca Sor Carmen de Sto. Tomás y Sor Merce-

des de Sta. Ana. Ambas han sido Priora y la última Maestra de Novicias que ha formado toda la comunidad joven que existe al presente (1906).

En la correspondencia epistolar que hemos podido recoger, nos encontramos algunas cartas de Ntro. Iltmo. Prelado, cuando aun era gobernador eclesiástico de Valparaíso. Nos sorprendió agradablemente, pues sabíamos que nuestra comunidad había cultivado relaciones de muy sincera amistad con el entonces señor Casanova; pero ignorábamos se conservara alguna de esas estimables cartas que oíamos comentar con entusiasmo. Sabíamos que la amistad de la R. M. Trinidad con el Sr. Casanova, que principió cuando S. S. Iltma. y Rma. era minorista y la Madre señorita Trinidad, no se enfrió nunca, pues no los unía la amistad egoísta del mundo sino la uniformidad de sus nobles y generosos sentimientos; ambos ambicionaban una gloria que no es humo; los dos tenían un mismo ideal. Y nosotras podemos agregar que Ntro. Rmo. y muy amado Prelado «devuelve a la mitra todo el honor y la gloria que de la mitra recibe» y que Ntra. Rda. M. Trinidad también pagó a su hábito «todo el honor que de él recibió». Todo esto sabíamos; pero creíamos perdido todo documento escrito que nos lo recordara fielmente. Al encontrar algunos pocos luego pensamos dejarlos en estos apuntes, con la seguridad de que Ntras. Hnas. los leerán con gusto. Hemos esco-

gido sólo algunos párrafos, pues para muestra bastan.

Con fecha 11 de Agosto de 1868 escribía a Ntra. R. M. Priora:

....«Agradezco muchísimo a V. R. la fina carta con que se ha servido favorecerme y el obsequio con que me ha querido honrar. A su nombre los colocaré en los copones esos preciosos cobertores, y pediré al Señor Sacramentado que la llene de su divino amor».....

«Siento infinito el mal estado de la salud de la H. Trinidad y quiera Dios darle la resignación necesaria. Es verdad que siempre pido al Señor por V. R., H. Trinidad y por toda esa Comunidad a quien debo tanto y santo aprecio que no merezco ni sé pagar.

Disponga de su Afmo. C. y S.—*Mariano Casanova*».

En Enero de 1870 Ntra. Madre, instada talvez por la comunidad, que apreciaba todas las obras del Sr. Casanova y que tanto gusto hubiera sentido en poder ayudarlas según su deseo; le envió 200 pesos y un bonito crucifijo para su amado Seminario. Contestó con su habitual cortesía y amabilidad lo siguiente:

«Valparaíso, 7 de Enero de 1870.

.....
«Acabo de recibir su muy apreciable de ayer y juntamente 200 pesos, que los agradezco infinito, y más que, siendo yo hambriento me los diera para mí

«Las primeras lágrimas que los seminaristas de Valparaíso derramarán delante de Dios será al pie del Crucifijo que V. R. les obsequia. Después de haber escuchado las humildes súplicas de tantas almas santas, oirá también las humildes preces de los que aspiran al sacerdocio» (1).

El Señor Dueño de la Viña se encarga de señalar a sus Obreros el campo de acción que corresponde a cada uno. A Ntro. Rvmo. Sr. Arzobispo le señaló un campo tan vasto que de sacerdote particular no podía dedicar su tiempo a formar futuras monjas. Nosotras debemos a Ntro. amadísimo Prelado la única vocación (2) de su confesonario. Ella se secó en flor, porque no perseveró; pero recibimos el honor de que S. S. Ilmo. juzgase a nuestra Comunidad digna de continuar la

(1). Puesto ya el Ilmo. y Rvmo. Sr. Casanova a la cabeza de la Iglesia chilena, se deja comprender qué lugar se le daría en nuestra estimación y respeto. No nos gloriamos de ser las primeras en el afecto de Ntro. Ilmo. Prelado (para el hijo fiel esa morada no tiene lugar ínfimo); pero no cedemos a nadie el puesto en primera fila de hijas verdaderamente tales. Bien sabido es que nuestro afecto filial ha sido probado, no con palabras ni con manifestaciones que significan prodigalidad solamente; esto sería dar lo que no es nuestro y ofender nuestra solemne profesión. Hay otra cosa que nos pertenece y vale más: nuestra voluntad y la filial docilidad con que nuestro juicio se somete (gracias al Señor) no ya a sus decretos y comunes insinuaciones, este sería respeto servil solamente, humillamos nuestro juicio ante su palabra, sin otro límite que la conciencia y aún esta, si hay motivo para temer que alguna pasión la ofusque.

(2) Para religiosa claustrada.

obra de santificación perfecta a una discípula que le era muy amada.

La Srta. por su parte correspondió dignamente a la recomendación de su ilustre Padre espiritual. Se hizo estimar de todas y ella estimó y estima aún a nuestra Comunidad que la considera como miembro suyo. Han trascurrido 38 años después que la Srta. N. dejó nuestro amado hábito y su recuerdo vive con nosotras y ella continúa con sus atenciones y cariños. El Señor le tenía destinada otra misión de virgen cristiana; pero sin menoscabo de la mutua estimación. Se conserva una carta que ella escribió desde su casa, poco después de salir. La hemos leído varias veces porque ella nos manifiesta muy claro la nobleza de su alma y nos prueba que no fué estimación a la vida religiosa ni aprecio a la Comunidad lo que le faltó. ¿Qué fué? Ese es secreto de Dios.

Las relaciones de Ntra. Comunidad con la Cía. de Jesús se han conservado, desde la Fundación hasta el presente, sin sufrir el menor quebranto. Lo recordamos con satisfacción. Los R. R. P. P. Rectores han sido siempre atentos y muy servidores; y la Comunidad siempre ha tenido uno de sus miembros que a nombre de todos nos honren con su estimación y amistad. ¿Quién de nosotras no conoce de nombre, por lo menos, a los Rvdos. Padres León, Gorordo, Capdevila y tantos otros? Estos recuerdos nos han sido siempre muy gratos y al ver algunas cartas que se han conservado no

hemos querido resistir al deseo de poner algunas, pues creemos servirá a nuestras hermanas de estímulo y solaz.

El R. P. Juan B. Pujol fué confesor de algunas Hnas. y tenía tal aprecio por nuestra Comunidad que donde quiera que lo llevara la obediencia, escribía a Ntra. Madre cartas tan edificantes y tan llenas de interés por nuestro bien espiritual, que se revela claro ser el hermano del Vble. P. García. Con fecha 10 de Octubre de 1869 escribe de Buenos Aires agradeciendo muy encarecidamente unos escapularios que se le habían enviado. En tono de sentimiento pregunta después: «¿cuántas novicias hay?» y se queja cariñosamente que nada le digan sobre el particular, sabiendo de que a él le interesa tanto nuestra prosperidad.

Con fecha 26 de Agosto de 1877 escribía desde Valparaíso:

«Mi respetable M. Priora; recibí con miles de agradecimientos el bonito escapulario del Sdo. C. de Jesús que se sirvió enviarme, y que es una prueba que V. y su comunidad no se han olvidado de este pobre viejo, y tampoco podré olvidar jamás a las buenas M. M. Rosas y a su digna Prelada. Ellas quieren mucho a la Compañía y por muchos títulos esta les está obligada. Yo las aprecio también por un motivo especial, por que son muy santas. Sí, son fervorosas, y cumplen con su obligación de serlo. ¿Sería posible que una religiosa que vive y mora en los Sdos. CC. de Jesús y de María fuese tibia? ¿que no arda en amor quién está metida en un horno de amor? no fuese

muy humilde quién vive en la misma humildad? ¿no fuese la misma santidad, mansedumbre etc. el corazón de la religiosa que vive, come, duerme, ora etc. con Jesús y María? Esto es imposible al que medita y ama: y yo sé que todas las religiosas Rosas aman mucho a su divino Esposo a imitación de Santa Rosa. Ah! M. M. qué horror! ¡qué horror en el mundo! donde se peca tanto y se persigue a Dios! ¡Qué paraíso! qué paraíso ese convento en que todas viven como ángeles, alaban, bendicen y aman a su Dios!

Yo me uno en espíritu con esa generosa Comunidad, y las pido que pidan, rueguen, supliquen e importunen al cielo entero para que yo también arda en amor de Jesús y María. ¿Qué es lo que puedo vivir? M. M. alcáncenme que mi muerte sea un suspiro de amor a Jesús y a María.

«R. M. Priora, pido al Señor le dé tino y acierto en su gobierno, y fuerzas para llevar la cruz que el mismo Señor le ha impuesto. No desmayar, adelante. De V. y toda su comunidad A. S. y C.
Juan B. Pujol, S. J.

¿Quién de nosotras leerá esa carta que no se sienta humillada hasta lo profundo? ¿Quién no se sentirá obligada a trabajar con mas empeño para conseguir ser lo que ese siervo de Dios cree que somos por el solo hecho de ser llamadas a esta santa morada? Entre otras muchas cartas escogimos esta porque hemos oído a varias que nada las humilla más y les sirve de estímulo más provechoso que la estimación que reciben por su hábito. Vergüenza, por vernos tan lejos de merecer-

la, y estímulo por que nos obligan a devolver al hábito todo el honor y gloria que de él recibimos.

Alguna de las Hnas. preguntará: Ntros. H. H. dominicos ¿qué lugar han ocupado? El que les corresponde como Hnos. En nuestra estimación, nada hay superior a ese *lazo bicolor* que nos une; pero, fieles al deber, Ntras. Mdres. han creído prudente, para conservar el orden y armonía que debe reinar entre los hijos de un mismo Padre, no mezclarles en nuestra dirección espiritual. La experiencia ha probado que esta medida es muy prudente. Gracias al Señor y a esta cautela, jamás ha habido un motivo de desagrado, por culpa nuestra, entre Ntro. Iltmo. y Rmo. Prelado y los Padres Dominicos. Nuestra pasión por el hábito, podría alguna vez cegarnos y hacernos olvidar lo que debemos tener muy sabido. Con esta medida, Ntro. Rmo. Prelado sabe que puede gobernarnos como a hijas que le profesamos adhesión inquebrantable y Ntros. Hnos. también saben que nuestro fraternal afecto solo tiene por límites el deber. Ellos han sido siempre verdaderos Hnos.; dispuestos siempre a servirnos y jamás han pretendido, ni indirectamente mezclarse en nuestra dirección. Ntro. respeto y estimación por el clero secular y nuestra gratitud por algunos sacerdotes que manifestamos, a veces con entusiasmo, les parece tan justo como a nosotras.

El Rvmo. Padre Visitador Fr. Secundino Fernández, tuvo por nosotras afecto y ternura ver-

daderamente paternal; pero con tanta cordura y prudencia que su autoridad no intentó pasar rejas adentro. Se le notaba muy feliz porque comprendió perfectamente la discreción con que nos gobiernan Ntros. Superiores que en nada entibia el afecto a N. O. y a cuanto le pertenece. Nos estimó verdaderas dominicas, adictas a la Orden, tanto como pueden serlo las Hnas. nuestras que dependen de N. Rvmo. Pdre. M. General.

Los Rvdos. Pdres. españoles que nos han tratado, han notado desde la antigüedad hasta ahora, que vestimos el bicolor dominicano con amor y conscientes del honor y gloria que a él debemos.

Alguien se atrevió a herir este filial afecto diciendo que no éramos dominicas de corazón porque nos faltaba estimación a N. O. Cualquier ofensa se hubiera recibido con menos calor; pero ¡desconocernos por hijas amantes! Se discurrió en nuestras recreaciones, de mil maneras, y es fácil de comprender los ayes de aquella herida, todas la hemos sentido. Pero una de las Hnas., tal vez más sensible, menos sufrida o no sé por qué, con la energía que le daba su «profundo dolor» discurrió así: «Si las enfermedades morales se curaran como las físicas, nosotras podríamos sacar de nuestras venas el *serum*» para curar la inconstancia. Si fuera posible la inyección hipodérmica, N. O. no hubiera sufrido tantas decepciones». Probó este su pensamiento con tales razones y ejemplos, que hubo que ceder el paso a la verdad, que nunca riñe con la caridad, ni mucho menos con la humildad.

Una religiosa fría para con la madre que le dió el ser a la vida religiosa, se miraría en nuestra Comunidad con la misma compasión que nos inspira una hija que no consagra al servicio de la que le dió el ser a la vida natural, todas las facultades y ternuras de que ha sido dotada. No cabe, imaginar siquiera, que pueda existir una causa para trocar su hábito; ni en orden a la Religión ni al individuo. Dejar el hogar y en él a una madre tierna ¿por qué? si por pobre, si porque es desgraciada en sus hijos etc. ¡qué horror nos causaría un corazón tan cobarde! Si el deseo de más comodidad en esta triste vida del destierro, sería un soldado desertado que (si entra a la patria) no podrá llegar al Trono de su Madre y Reina Soberana para que le ciña la corona conquistada, luchando bajo su bandera. ¿No es acaso, ser fiel vasallo de María Inmaculada, sinónimo de dominicana perfecta? Se ha sentado como conclusión invariable que la religiosa que no ama su vocación es porque su cerebro sufre perturbación o porque padece una enfermedad moral.

La que esto escribe recuerda como los ratos de más agradable expansión aquellos recreos en que las Hnas. toman por tema recordar las glorias de N. O.; los motivos de gratitud para con N. Señor por el beneficio de darnos cabida en su Orden tan amada; la responsabilidad que pesa sobre nosotras si no correspondemos a un beneficio que reconocemos ser el más grande después del bautismo, etc. Cuando estas conversaciones llegan ya a hacer de los corazones hornos sin capacidad para

contener sus llamas y estas se salen al exterior ¡cuánto se goza! Cómo cada una, según su carácter, manifiesta su modo de sentir, ninguna aparece solo como oyente y si alguna indica un pensamiento que signifique lo mismo que ya se ha repetido muchas veces; pero en forma nueva; aquí es de verse el entusiasmo con que cada una hace suyo ese pensamiento y lo completa con un ejemplo o con una reflexión. Sentimos no recordar sino los últimos que hemos oído porque agradaría a las Hnas. verlos todos reunidos, sería útil en los momentos de prueba tenerlos presente; pues si una los dice, todas son las que lo sienten, y la palabra no es sino la expresión del sentimiento.

Hubo, en tiempos pasados, una novicia que se había ganado todas las voluntades por su inteligencia; pero, sea por falta de criterio, sea porque sus afecciones pertenecían a otra Orden, se sentía muy mortificada y hasta tomaba mal ejemplo de estas recreaciones, que nunca toman el giro de comparaciones ni mucho menos se desestima a las otras Ordenes. Por no perjudicar a la novicia, que por lo demás se manifestaba contenta, las que notamos esto nos guardamos de decirlo, hasta algún tiempo después. La novicia salió sin su voluntad y sin saberse el voto de la Comunidad, pues la obligó a salir una circunstancia especial; pero sucedió un caso raro: la apreciaban todas y muy pocas sintieron su salida. Ahora que todas saben su falta de amor a la Orden que con tanta generosidad la había acogido, descifran el enig-

ma diciendo que el amante Padre Domingo obtuvo de N. S. que se rodearan las cosas para que sus hijas viviesen tranquilas amando lo que deben amar sin peligro de la paz, que es el más rico tesoro de una Comunidad religiosa.

Cuatro años pasaron sin que la muerte afligiera a Ntras. HH. con el duro trance de la separación. El 18 de Abril de 1871 murió la R. M. Rosa del Buen Pastor (Iñiguez y Ovalle).

La tradición nos ha conservado el recuerdo de esta benemérita Mdre. y nos la pinta de una inteligencia más que regular unida a un candor y sencillez de niño que llamaba la atención. Su virtud predilecta era la caridad y ésta la practicaba en todas las formas, pues parecía le era connatural. Para S. R. no había defecto en su prójimo y ha quedado proverbial el que toda persona que trataba le parecía *«señora, bonita como el oro y santa»*; cualidades que muchas veces encontraba solo ella. Los pobres le merecían toda su compasión y para ellos imploraba la caridad de su familia con mucha frecuencia y como la Prelada le prohibiese pedir tanto se servía de su ingenio para pedir sin faltar y decía con mucha gracia: «Ellos debían agradecerme el bien que les hago en pedirles; para ellos es la ganancia»; y esto lo decía persuadida de hacer el bien primero a los suyos.

Su pobreza era extrema. Su familia se esmeraba en regalarla cuanto podía servirle; pero o lo

entregaba a la obediencia para comodidad de otras Hnas. o con la licencia respectiva lo daba a los pobres. Un día hablaba en el locutorio de la muerte de la R. M. María de la O., de sus virtudes, etc. Consu natural sencillez dijo: «Yo heredé esta toca y las frazadas de su cama». Su hermana la Sra. Francisca se mortificó mucho y le dijo con asombro: Rosa, por Dios, ¿y las que te mandé hace poco?—«Calla, tonta, le contestó, ¿no sabes lo que es voto de pobreza? La Madre las dió a una pobrecita que tenía mucha necesidad; para mí están muy buenas las frazadas de la Mdre. María».

Debía de ser una inteligencia poco común porque sacerdotes muy respetables se entretenían con su trato y no era persona cultivada ni de alguna instrucción. El Rvmo. Sr. Valdivieso y el Iltmo. Sr. Montes le ponían temas sobre mística y también el Sr. D. Casimiro Vargas. S. R. conversaba con todos con una sencillez de niño; pero su raciocinio sería notable, porque el Iltmo. y Rvmo. Sr. Casanova recuerda hasta ahora la inteligencia de la M. Buen Pastor.

Su amor a Jesús Sacramentado y su deseo de recibirlo diariamente fué el móvil de su vocación y este amor y este deseo creemos la santificó en el claustro. Todo su empeño era que ninguna Hna. faltara un día a la Comunión; para S. R. este Manjar divino era el alimento y vida de la religiosa y no creía existiese razón alguna para privarse de él.

Su muerte fué la del justo; tranquila en su al-

ma, pero angustiosa en el físico, pues su enfermedad al corazón le producía asfixia y congojas que S. R. sufría con santa resignación.

En 1876 se dió el decreto para la venta de los fundos del Monasterio. Eran tres: El Peral, que compró el Sr. Don Zócimo Errázuriz; Los Guindos, el Sr. Don José Miguel Iñiguez y Llolleo el Sr. Don Vicente Ruiz Tagle.

Tanto habíamos oído hablar de nuestras antiguas riquezas que ya nos traía humilladas la idea de que Ntras. M. M. antiguas hubiesen derrochado, inocentemente, los bienes de la Iglesia, de los que solo nos pertenecen los usufructos. ¿En qué las han gastado? decíamos; nuestro convento es el mismo desde la Fundación; la iglesia se trabajó con limosnas y con las privaciones de Ntras. Hnas. ¿Donde estará esta riqueza? ¿Quién nos la daría? Estas reflexiones nos hacíamos cuando recibimos la orden de hacer estos apuntes y revisar nuestro Archivo. Con la avidez que despierta el amor filial herido, nos pusimos a buscar los títulos con que poseíamos los fundos, y los nombres de los bienhechores, que tan raro nos parecía no conocer. Inútil empeño. De las renunciadas de religiosas se comprende que fueron comprados con las dotes de las H. H. y que algunas legaron algo para completar el pago; pero, estas donaciones, que ninguna pasa de tres mil pesos, tienen cargas piadosas para celebrar alguna festividad y

muchas, según consta del Libro de Inventarios, no se logró recogerlas.

Los fundos estaban dotados de animales: vacunos, caballares y lanares en buena cantidad, tenían herramientas y su cánon era: El Peral 600 pesos; Los Guindos, 1,000 pesos; Llolleo 900 pesos, o sea dos mil quinientos pesos al año por los tres. Quedaba todavía otra entrada, algunos dotes reconocidos a censo del cuatro y cinco % que creemos será el capital que reconoce ahora la Tesorería General. El capital que produjo la venta de los fundos se conserva rebajando solo cinco mil pesos que se dió para la Prensa Católica y que recibió la imprenta de «El Estandarte Católico»; siete mil pesos que dió para necesidades de la Iglesia; once mil pesos que se pagaron al Sr. Riccardi por artículos que nunca pensamos comprar, cuatro mil pesos para salvar un compromiso contraído por el Sr. Presb. Don Juan Cordero, que era nuestro Capellán. El resto es lo que constituye nuestra riqueza, es decir, tenemos lo mismo que Ntras. MM. de la antigüedad, recibiendo mejor interés y somos verdaderamente pobres.

Hemos oído muchos juicios sobre la venta de los fundos; llega la osadía hasta herir a la Autoridad que decretó su venta y a las «monjas que se guían por afectos» etc. ¿Fué prudente su venta? no nos toca averiguarlo; pero sabemos que los perjuicios tan comentados no son efectivos, si se examinan las cosas con serenidad. Se dice que se vendieron “regalados”, que son propiedad de mucho valor etc. ¿Valían entonces los terrenos

lo que valen hoy? ¿Estaban los fundos trabajados como los tienen sus dueños? ¿Tenía nuestra Comunidad fondos para darles el valor posible y persona quien se los administrasen? Estas tres preguntas hacemos nosotras, si se nos contestan afirmativamente diremos que hablan razonablemente; pero no haremos concierto con los que así piensan; somos súbditas, los fundos eran propiedad de la Iglesia, a ella le tocaba velar y dictar la ley que más conviniera. Se temió que la plata en bonos se nos escapara sin darnos cuenta. Ahí está el Tribunal de Cuentas Diocesanas; él puede contestar a los de fuera; nosotras tenemos los libros de cada trienio separados y archivados; quien quiera saber las *riquezas* del pasado puede darse la tarea de averiguarlo.

En la antigüedad se daba mucha limosna del sobrante de intereses y esta sería la razón por qué se nos creía ricas; no contaban con las privaciones que se imponían aquellas almas nobles para ayudar al socorro de las necesidades ajenas. Ntras. Hnas. necesitaban de muy poco para vivir; eran muy estrictas en la pobreza y su naturaleza robusta les hacía mirar como regalo lo que ahora se juzga necesario, mirado aún con microscopio por conciencias delicadas. En las cuentas del trienio de 1877 a 1880, aparece dado de limosna una cantidad superior a la que ahora se invierte en gastos extraordinarios. 1,000 pesos a la Imprenta de *El Estandarte Católico* de una vez y 500 pesos anuales. Se repartían 95 pesos mensuales en mesadas a familias pobres. Se daba una mensua-

lidad que no bajaba de 10 pesos a las escuelas de Sto. Tomás de Aquino, Patrocinio de Sn. José y a la iglesia del Salvador que estaba en construcción. La lista de erogaciones para las diversas inundaciones y otras necesidades públicas, es larga y ninguna baja de 100 pesos.

Ahora el capital produce mejor interés; pero las necesidades aumentan con motivo de las naturalezas enfermizas y la carestía, que excede sobre toda ponderación. El deseo de hacer el bien es ahora lo que antes; pero nuestras entradas son escasas para nuestras propias necesidades; y para mantener el Culto divino debemos privarnos de muchas cosas necesarias. El que ahora pidamos en lugar de dar, como antes, no se debe a que antes fuéramos ricos, como tanto se ha dicho, sino al cambio de los tiempos.

Por la correspondencia oficial que se conserva en el Archivo, se comprende que nuestra Comunidad se impresionó mucho con la inundación del Mapocho en 1877. Las licencias para las limosnas; para poner a disposición del Sr. Cura la Casa que entonces ocupaba la escuela, para que hospede en ella a los inundados sin hogar, etc., así nos lo hace comprender. Pero lo que nos hace un efecto de más ternura aún, es el ofrecimiento a la Comunidad de Carmelitas de San Rafael para que viniesen a hospedarse en nuestra pobre Casa mientras pasa el diluvio.

No se conservan las cartas que irían y vendrían entre los Monasterios; pero el Illmo. Sr. Mon-

tes (1) en su contestación a la licencia deja comprender cierta paternal ternura por el ofrecimiento que S. S. supo comprender con toda la generosidad que en sí encerraba. Ntra. Comunidad estaba completa, con sus 33 religiosas, y las Carmelitas eran también con su número 21 completo. ¿Qué pensaban hacer nuestras Madres? Ellas lo sabrían, porque la Caridad es ingeniosa; nosotras no lo podemos comprender.

Al año siguiente encontramos otro rasgo que nos permite juzgar de la generosidad que movía a Ntras. Madres en toda circunstancia. Las monjas de los Edos. Pontificios sufrían las consecuencias del cambio de gobierno y de la prisión de su Augusto Soberano y Padre. Ntra. Comunidad se sentía conmovida al imaginarse lo que Ntras. Hnas. en J. C. experimentarían; todas ocupaban su recuerdo, pues todas eran esposas del Cordero Inmaculado; pero ¡las dominicas!, ¡las hijas de María del Rosario y la porción predilecta del Patriarca de Guzmán! ¿qué será de ellas? Es probable que Ntros. discretos Prelados no dieron licencia para acudir en su socorro con fondos de Comunidad, pues sabían no se podía sacar más sin grandes privaciones; lo cierto es que licencia no aparece. Pero suponemos que entre sus deudos Ntra. Madre conseguiría \$ 500 para enviarles porque encontramos una carta del Rvdo. Pdre. Procurador Gnrl. de N. O., agradeciendo a nombre de las Hnas. dominicas de Roma la donación de quinientos pesos. Conmueve y hace llorar una

(1). Entonces Vicario General.

gratitud tan sincera que prueba las urgentes necesidades que remedió aquella pequeña limosna.

En 1877 se hizo necesario hacer nuevo cementerio. El que había, por los cambios de confesorios y otros, quedó en malas condiciones. Para hacer el actual, que queda debajo del coro, en el lugar que acostumbra colocarlo N. O. para seguir la costumbre de los primeros conventos; pues leemos en la Vida de Ntro. Querúbico Padre, que quería ser enterrado en su Convento «para descansar a los pies de sus hermanos».

Para hacer esta obra fué necesario hacer oratorio interior, pues quedábamos incomunicadas con la Iglesia exterior. Nuestro espacioso refectorio se transformó en capillita y Ntro. adorado Señor Sacramentado cambió de Prisión, morando en la clausura mientras duró la obra. Grande debió de ser el entusiasmo de Ntras. Hnas. por tener tan cerca de sí al Huésped divino. Ntra. Madre Priora debió de comunicar a las Mdres. Capuchinas esta grata nueva y su carta sería un canto de amor al Amante Prisionero; encontramos la carta contestación de «Sor María Sacramento» y por ella comprendemos lo que aquella sería. La M. María debía de ser muy alegre y jovial, según se deja ver en su carta; concluye con la siguiente poesía:

«Si algún día yo debiera
Felicitarte gustosa,

Hoy creo debe de ser,
Al veros tan fervorosa.
Decidle, pues, a mi Amado
Que, aunque cercado de Rosas,
No se olvide de estas pobres
Pues son también sus esposas».

P. D.—«Estas *jaculatorias* tienen concedidas ochenta días de indulgencias. Por estar el Sr. Arzobispo en ejercicios me las ha concedido *su retrato* que lo tengo aquí en la sacristía.—SOR MARÍA SACRAMENTO, Hna. Capuchina».

Las relaciones entre «Capuchinas» y «Rosas» eran muy estrechas. Los goces y los dolores de ambas Comunidades eran mutuos. Las Rosas regalaban a las Capuchinas una carretada de carbón desde la Fundación hasta 1886 en que el Illmo. Sr. Vrio. don Joaquín Larrain G. suprimió la licencia porque dijo éramos más pobres nosotras, con renta y fama de ricas, que las Madres Capuchinas que viven de limosnas; pues la prodigalidad nos había colocado, decía S. S. I., en la categoría de pobres de solemnidad. Ordenó a Ntra. M. Priora escribiese a la M. Abadesa avisándole que no podía seguir haciéndoles aquel favor. Lo que costó a Ntra. Madre cumplir esta obediencia, testigo fué la que esto escribe. Su juicio estaba del todo sometido al de su Prelado y la razón le hacía ver muy claro la prudencia de esa orden; pero... «¡esas pobrecitas!... ¿Tendrán

quién les dé lo que sus Hnas. les quitan?» La lucha entre la caridad fraterna y el deber superior fué cruel; pero triunfó éste, como era de esperar.

Sería largo y prolijo hacer mención de las fraternales relaciones de nuestra Comunidad con todas las antiguas y nuevas Casas religiosas. La historia de N. O. nos hace conocer que el egoísmo no ha contagiado al espíritu de nuestro Instituto. Para todos los que se han fundado después, el nuestro ha sido siempre su hermano cariñoso que, como mayor, le dá su protección; conservando siempre su lugar la Orden gemela franciscana y las antiguas que vieron nacer a la nuestra. Creemos, con legítima satisfacción, poder decir que, en este particular, nuestra Comunidad, ha sido dominica siempre. Los Monasterios todos son considerados por nosotras como Casas de nuestra propia familia. En más de uno hay religiosas que deben su felicidad a la caridad de alguna de Ntras. Hnas. o a la generosidad de nuestra Comunidad. Las Congregaciones modernas, siempre que hemos podido servir las, se ha hecho con gusto y las consideramos como hermanas muy estimadas.

Para edificación nuestra y como un recuerdo de sincera estimación a la memoria del Sr. Dn. Domingo Fernández Matta, queremos referir aquí una escena que nos conmovió profundamente. Este caballero, tipo perfecto del antiguo noble español, tenía gran cariño por las monjas; pero nuestra Comunidad, sobre todas, era su preferi-

da, pues a su cuñada la Mdre. Juana M. de Sn. Luis, la apreciaba muy de veras y este aprecio lo hacía extensivo a toda la Comunidad. Era muy sabido de las que pretendían limosna para dotes, de que sin la recomendación de la M. Sn. Luis iban seguras a golpear a las puertas del Sr. Fernández. Había en cierto Monasterio una novicia que por faltarle parte de su dote no podía realizar su profesión. En medio de la amargura que esta cruel privación la hacía beber, escribe a una amiga haciéndole comprender su situación y en términos capaces de mover a las piedras le pide el servicio de que le busque de limosna lo que le falta y le nombra al Sr. Don Domingo como insigne protector de vocaciones religiosas. La fiel amiga anduvo un día entero golpeando a todas las puertas para obtener lo que necesitaba; pero inútiles todos sus pasos; no había sonado la hora en que terminara la prueba. Vino aquí a solicitar el empeño de la Mdre. San Luis en circunstancias que la Providencia había traído de visita al Sr. Dn. Domingo con su señora y una hija y estaba en el locutorio con Ntra. Madre y la M. Sn. Luis. El Sr. Fernández hizo pasar al locutorio a la Sra., y ésta, con habilidad muy humilde, le pasó la carta de su amiga novicia, escrita, no con tinta, con sangre del corazón. El la hizo leer a su hijita, que con la impresión que le produjo la narración verbal dió a la lectura toda la expresión que necesitaba. Ntra. Madre, conmovida hasta el extremo, reconoció en la novicia a una antigua amiga, y sin esperar a que la Mdre. San Luis cumpliera

su misión, abogó en su favor, hizo un cumplido elogio de ella y le pidió al virtuoso caballero completara sus bondades y protegiera a su amiga. El Sr. Fernández, muy conmovido, dijo a la señorita portadora: «Diga a su amiguita que la Mdre. Priora de las Rosas le dará lo que le falta; que la Enriqueta lo llevará mañana». Así fué, y la Sra. Enriqueta, portadora de las llaves que abriría las puertas del Paraíso a la futura religiosa, se vió en el compromiso de ayudar a celebrar la fiesta de profesión. La afligida novicia ha sido de gran utilidad a su Comunidad; casi desde que profesó ha desempeñado los cargos de Maestra y Superiora de su Comunidad. El Sr. Dn. Domingo habrá recibido ya (así lo esperamos) el premio de su generosa acción, que no es sino repetición de las que con frecuencia hacía.

Después de la muerte de la Madre Buen Pastor, encontramos en el «Libro de Defunciones» a la Hna. Tadea de la Purificación (Fernández y Riesco), a las M. M. María de Sta. Rosa (Morandé y Prado) y Rita de Sn. Francisco (Soffia y Escandón). Nada encontramos escrito que nos las den a conocer; la tradición las recuerda con cariño; pero no nos ha conservado su retrato moral. La M. María de Santa Rosa murió muy anciana. Vivió en la Religión 69 años y tomó el hábito mayor de edad, no se sabe cuántos años tenía.

En 1877 la R. M. Sabina de Sn. Joaquín (Guzmán y Flores), dejaba el destierro y, según el

testimonio que de su virtud escribió una Hña. y los recuerdos que sus novicias nos han conservado, nos parece que esta alma privilegiada pasó de su cama a la Patria, por la cual suspiraba.

Fué Maestra de Novicias y después Priora en el trienio de 1870 a 1873. Después de ejemplarizar con su observancia y con la práctica de la humildad y demás virtudes propias de la perfecta vida común, N. S. quiso manifestar su santidad con la prueba de la enfermedad. Los años y una penosa enfermedad la postraron en cama por más de dos años. Al principio le quedó movimiento en la cabeza y en los brazos; pero luego perdió el uso de éstos y sólo podía mover las manos; poco después quedó ciega y la hidropesía vino a completar su martirio. En medio de tantos dolores, privaciones y tanta mortificación que trae en su seguimiento la enfermedad, la M. S. Joaquín aparecía siempre alegre, siempre contenta y su única queja era de que la cuidaban demasiado; que la hacían perder el mérito que podía tener en lo «*poco*» que sufría por la mucha asistencia que le prodigaban y llena de sentimiento decía con frecuencia a N. S.: «Señor, ¿qué tengo yo que ofrecerte? soy tan indigna y me veo rodeada de cuidados». Como hija muy verdadera de N. Sto. Padre Domingo, sentía sed de padecer y el grande amor a su dulce Dueño Jesús le ocultaba la cruz en que se veía postrada. Todas su exclamaciones era para pedir al Señor la admitiera por víctima, pues ella no deseaba sino asemejarse en algo a su Amor Crucificado. Hablar de la muerte con la M. Sn. Joaquín, dicen

las que la conocieron, era para sentir deseo de morir. Con mucho entusiasmo invitaba a cantar «Vamos a la Gloria» y principiaba S. R. la primera. Diariamente había que darle noticia en qué iglesia se celebraba el turno de Jubileo Circulante para visitarlo con su espíritu. El silencio de la M. S. Joaquín, dicen, era más elocuente que la palabra. Como estaba ciega, se complacían en mirarla en esa suspensión que parecía darle tantos goces. Cuando la hablaban parecía hacerse mucha violencia para hablar con las creaturas; pero nunca pudieron sorprender una palabra que hiciese comprender los regalos que su divino Dueño le hacía. Por indicios y por palabras que se leyeron creyéndose sola, se cree que una vez la visitó N. S. Niño en forma visible, y otra vez la SSma. Virgen y no cabe duda que consolaciones interiores tendría muchas la que tanto amaba el padecer.

Era digno de verse la visita del médico a esta santa enferma. El se quedaba contemplándola con admiración al ver tanto sufrimiento físico en un solo cuerpo y lleno de compasión le hacía comprender su dolor por no poderla aliviar y ella, con una cara siempre sonriente y llena de felicidad le contestaba que no sufría cuánto ella deseaba. El médico entusiasmado decía por fuera y aquí también: «La M. Sn. Joaquín es santa, por eso no se muere». Y efectivamente, alguna causa sobrenatural la detenía en la tierra, pues la hidropesía invadió el corazón mucho tiempo y no hubiera podido vivir por razón natural.

Parece tendría noticia del tiempo de su muerte. El R. P. Manuel Arellano, confesor ordinario y confesor de la M. S. Joaquín cuando salía a misiones le manifestaba cuanto sentía tener que ausentarse y dejarla en tanto peligro de muerte y S. R. le contestaba: «Váyase tranquilo, Padre, yo lo esperaré; no me muero todavía porque le faltan piedras a mi corona y no puedo irme sin ellas». Y así sucedía. Esto se supo por el mismo Padre que no dudaba que su paciente hija hubiera tenido conocimiento del día de su muerte.

Fué a recibir el premio de sus heroicas virtudes el 15 de Enero de 1877. Vivió cuarenta años en la Religión.

En 1878 nuestra Comunidad sufrió la dura prueba de la orfandad con la muerte del Ilmo. y Rmo. Sr. Valdivieso. Nada nos ha quedado escrito sobre el profundo dolor de Ntras. Hnas.; pero es difícil imaginarlo, sabemos cuanta estimación y filial afecto se le profesaba. La tradición y la correspondencia oficial nos dicen que nuestra Comunidad tributó a su memoria el honor que su gratitud les dictaba. Se celebraron solemnes funerales e hizo su elogio fúnebre el Sr. Presb. Don Ramón Angel Jara, digno Obispo de San Carlos de Ancud.

Rigió los destinos de la Iglesia chilena como Vrio. Capitular, el Ilmo. Sr. Obispo de Martirópolis Dr. Dn. Joaquín Larraín Gandarillas que

fué para nosotras tierno y celoso padre. Su recuerdo vive entre nosotras y lo acompaña sincera gratitud.

En este mismo año nuestra Comunidad saludaba y ofrecía su incondicional adhesión al nuevo Soberano Pontífice León XIII, por conducto del Emo. Monseñor Machi. Se le envió un obsequio, que no sabemos en qué consistió; pero una carta del Sr. Dn. Fernando Alamos, encargado de entregarla en Roma, hace notar la estimación con que fué recibido por S. S. Al pié de la carta que acompañaba el obsequio, el S. P. escribió de su puño y letra: «Gracias por vuestro obsequio, os envió la bendición con toda mi alma.—LEÓN P. XIII».

Enero de 1879».

Nada más quedó escrito; pero se comprende cuánto se gozaría con esas pocas palabras. Pio IX había tenido muchas veces palabras de cariño para nuestra comunidad; su muerte había sido por dobles motivos muy sentida; esta manifestación del nuevo Padre de la cristiandad venía a servir de bálsamo a esa cruel herida.

Nada hemos encontrado que nos dé alguna luz de lo que ocurriría desde este año 1879 hasta 1881. En este año el 11 de Junio, murió la Hna. Juana

de Sto. Domingo (Moreira y Silva). Tomó el hábito el 8 de Noviembre de 1843. Fué tísica desde sus primeros años; de muy clara inteligencia y de muy sólida virtud. De carácter muy tímido y sus contemporáneas la recuerdan con cariño y compasión por lo mucho que la hacía sufrir su conciencia escrupulosa. Su clara inteligencia se ofuscaba tanto que no discurría más que lo que pudiera comprender una pobrecita sin instrucción de ningún género; pero su docilidad la hacía someterse a cualquiera que tratara de convencerla y mucho más a su confesor. Las dudas que se le ocurrían a la «Hna. Juanita» muchas veces nos han servido de saludable recreación; pues nos hacen comprender los caminos que el Señor prepara a sus almas para purificarlas y pulirlas.

Hermana María de Santa Margarita (Silva y Fernández)

(VELO BLANCO)

Hemos oído a las Hnas. que nada influye en su alma para despertarlas de la soñolencia que, sin darnos cuenta, nos trae la miseria humana, que la muerte de alguna Hna. En ninguna circunstancia nuestro hábito, dicen, nos parece más atrayente que en ese momento; nunca las bondades de N. S. que nos escogió entre miles nos conmueve más. Parece realmente que en ese momento nuestros ojos ven más claro y como en conjunto los beneficios de que cada día nos vemos colmadas. Tiene

nuestro ceremonial todo el encanto de esa sencillez cristiana que alguna llamó «sublime poesía»; pero que, según nuestro lenguaje llamaríamos inspiración de la fe; y su ejecución produce tan variados sentimientos que si cultiváramos las bellas artes, sería ese sin duda el momento de las mejores inspiraciones. ¡Esa salve cantada con voces trémulas por el dolor, qué de misterios no encierra! El responso de Ntro. Sto. Padre en que se le recuerda su promesa de asistirnos ¡cuántas esperanzas hace sentir! El dolor resignado de las que quedan y su cariño oficioso que nada omite para que la que se va lleve buen acopio de méritos con que granjear la voluntad del Juez Supremo; la paz, el santo abandono de la que parte, todo y cada parte del cuadro conmueve nuestro sér y produce impresiones tan fuertes, que sin el hábito de dominar los nervios, se verían ataques con frecuencia; pero es principio muy arraigado en nuestra escuela: «la naturaleza la da Dios, el triunfo lo da el vencimiento». Romanticismo no cabe con profesión dominica que es de verdad y sencillez.

Si siempre estas impresiones son nuevas, pocas veces se habrán sentido con mas fuerzas que al ver morir a la Hna. María de Sta. Margarita. Fué su vida un martirio de penas interiores; para ella no había goce posible, pues su imaginación le traía siempre a la vista el «*pecado mortal*» en cuanto hacía y decía. La miseria, la debilidad humana, la falta de reflexión eran para su conciencia desconocidas y no había medio de hacérselo comprender porque su cerebro se había debilitado de tan

to sufrir. La oración mental, el santo sacrificio de la misa y el rosario eran los fuertes en que se defendía de su feroz enemigo «*el pecado mortal*».

Su recogimiento en la oración era ejemplar y oírla rezar causaba mucha devoción. Ella no sacaba su alimento de la sustancia de la oración vocal porque esto había sido distracción; en la pronunciación pausada y ferviente estaba su devoción, y así rezaba palabra a palabra sin suprimir una letra ni una coma y su compostura exterior era tan recogida que nadie hubiera dudado que su alma gozaba de las delicias que el Señor reserva a sus escogidos.

Para la oración debía haber un silencio que no interrumpiera la música ni el ruido de cosa alguna. Sirve de recreación a las Hnas. jóvenes las anécdotas que recuerdan de la Hna. Margarita en oración. La ingenuidad con que decía sus sentimientos, la hacía graciosa y era muy celebrada. En una fiesta de Ntra. Sta. Madre o del Corpus, la música religiosa fué con orquesta y de algún mérito. Las Hnas. afectas a la música se sentían como en un cielo. Hablaban después de lo excepcionalmente buena de la parte musical, con un entusiasmo de artistas y ella contestó: ¡Bendito sea Dios! yo no he podido tener otra oración que pedir al Señor se cortaran todas las cuerdas o los instrumentos para que me dejaran tener sosiego».

La que en su vida no supo si no sufrir a la hora de su muerte se vió llena de felicidad y paz. Al anunciarle la gravedad de su enfermedad le ofrecieron al confesor; lo aceptó muy tranquila y la

que antes en una hora no concluía la confesión, ahora le bastó un cuarto de hora y no necesitó mas al confesor. Recibió la Extremaunción y comulgó con envidiable paz y al sacerdote que la asistía como también al doctor les repetía: «Me es indiferente vivir o morir, si el Señor quiere sanarme, bendito sea, si quiere llevarme, que se cumpla su voluntad. No quiero mas que cumplir la voluntad de Dios. La que, según su juicio, había vivido siempre en *pecado mortal*, desde su infancia, ahora decía con mucha tranquilidad: Gracias a Dios, no he cometido pecado mortal en toda mi vida religiosa. Renovó sus votos con admirable serenidad; conservó su conocimiento hasta el último momento y repetía, con voz confusa, pero perceptible, las jaculatorias y actos que las Hnas. decían a su lado. Expiró sin el menor movimiento, como entregándose a dulce sueño, sin embargo que la asfixia era la causa de su fin.

Murió el 12 de Mayo de 1906 a los ochenta años de edad y 43 de Religión.

No sabemos a qué época se refiere un recuerdo de la antigüedad que hemos oído narrar. Lo refiere una Madre de las más antiguas que hemos conocido y aseguraba ser muy cierto. Lo referimos tal como lo hemos oído porque al fin sabemos por experiencia que Ntro. Dueño y Señor no se deja vencer en generosidad y que paga con usura los pequeños vencimientos que se hacen ayudadas de su gracia.

Había en la enfermería una hermana gravemente enferma, se esperaba su muerte como único término. Como es costumbre, toda la Comunidad estaba ocupada de servir a Ntra. Hna. en aquel trance y las pocas religiosas que faltaban era por estar enfermas o porque sus oficios las detenían. Los claustros y principalmente el segundo se veían desiertos y el silencio de la noche aumentaba su aspecto solitario. La primera enfermera no conocía al enemigo «miedo» ni comprendía que alguien lo pudiera tener. En cambio la segunda se estremecía hasta de su propia sombra. Se necesitó de algo que había quedado en una celda del segundo claustro y la primera enfermera pidió a la segunda fuera a traerlo. La Hna. salió al instante, pero ¿cómo iría? La Prelada que comprendió el vencimiento de su virtuosa hija, salió en su seguimiento, pero sin ser vista por ella, y acompañándola a cierta distancia. Lo que pasaría en su alma no se sabe; pero la M. Priora, dicen, aseguraba ser muy cierto, que S. R. iba viendo en la sombra que hacía en la pared el cuerpo de la Hna. una imagen de N. S. con la cruz auestas.

No negamos ni afirmamos este hecho, pues no sabemos a quien se refiere; lo ponemos aquí porque no lo juzgamos increíble, y aún sin otros datos, es siempre edificante, ya que la tradición nos cuenta tantos ejemplos de los favores que el Señor regalaba a Ntras Hnas.

La M. Josefa de Jesús María (Cerde Concha)

La primera página de estos «recuerdos» corresponde por orden y por derecho a la R. M. Josefa de Jesús María. De sus manos recibí el santo hábito y S. R. fué también la que recibió mi juramento de pertenecer a J. C. hasta la muerte. Al dedicar a su memoria estas desaliñadas líneas, quiero dejar constancia de mi sincera gratitud a la que admiré siempre por su virtud.

No intento narrar hechos extraordinarios; estos son favores del Señor que no está en nuestra mano obtener; sólo deseo recordar las virtudes que he visto practicar, para edificación mía y de mis hermanas.

Hija de padres virtuosísimos, pudo obtener fácilmente el permiso para hacerse religiosa a los 17 años. Sus hermanas mayores debían tomar estado en ese mismo tiempo; pero el Sr. Cerda, su padre, tuvo la feliz idea de hacer retardar los enlaces hasta haber consagrado al Señor la primera flor de su hogar. Era la Madre Jesús María de un candor angelical, que la hacía muy agradable. Con suma gracia nos refería cómo S. R. vistió todos los trajes que sus hermanas tenían preparados para sus bodas; todas las visitas de despedida, decía, «las hice con lo mejor que tenían las novias».

Conforme a la costumbre de la época, sus padres quisieron probar su vocación y la sacaban a todos los espectáculos que ofrecía el mundo; pero

su pureza era tal, que aquello le pasaba muy por encima, sin siquiera darse cuenta del peligro. Sus contemporáneas del siglo contaban anécdotas de la viveza y expedición con que se sometió a todas las pruebas. Nosotras se lo preguntamos, con el propósito de gozar oyendo su sencillez que nos manifestaba tan de relieve su alma pura como la de un ángel. Más tarde, cuando la enfermedad la postró, decía con mucha gracia, que estaba pagando los pecados de su juventud y el abuso que había hecho de sus piernas.

Religiosa ya, se dió de lleno a la oración y recogimiento. Hay motivos para creer que gustó en abundancia las delicias de la contemplación; pero su alma era «huerto cerrado» y en su parte exterior nada tenía de singular. Humilde sin afectación, parecía ignorar su antigua nobleza, de la cual jamás hablaba, y tenía tanta estimación de su prójimo, que no se le notaba la menor inclinación a hacer distinción a las de su rango.

Su obediencia era extrema. Tenía muchas relaciones espirituales con el Ilmo. Sr. don Rafael Fernández, su primo. Estaba tan sujeta a obedecerle, que bastaba le dijese *Rafaelito*: es más perfecto esto o aquello, para que S. R. creyese oír la voz de lo alto que le ordenaba obrar, y ya no conocía la dificultad. Su última enfermedad fué un tumor maligno (1). El Sr. Fernández, para aliviarle algo el último trance, que, según los doctores, debía ser de dolores muy agudos, le

(1) Zaratán.

aconsejó una operación y la supo convencer con tanta sabiduría que S. R. tomó su dicho como la voluntad del Señor que le exigía aquel sacrificio, como una expiación de sus pecados, y la llevó a efecto.

El Señor quiso que como enfermera y por la confianza que me dispensaba, asistiese yo, aunque muy joven a la operación, y creo que en esto me concedió, sobre cumplir mi deber, el consuelo de poder servir a la que tanto derecho tenía a mis atenciones, y más aún, grabar en esa edad el ejemplo que recibí de tanta generosidad y abnegación. Con la curiosidad propia de la edad, la interrogaba sobre las impresiones que recibiera en ese trance que nos parecía superior a la muerte, y S. R., con una emoción que revelaba algo extraordinario, nos decía: «No niegue, hijita, sacrificio ninguno a su Jesús»; abraza todos los sacrificios que El le pida..... ¡paga muy bien nuestros vencimientos!» Decía que en el momento de la operación se había unido a la Pasión de N. S. y que se había considerado en el Calvario *«crucificada con mi Jesús y no supe más»*. El Sr. Fernández decía que el momento de la operación había sido un éxtasis y para las que la vimos entonces y la oímos después, no era difícil comprenderlo. Su intención era muy recta y obraba por un móvil extraordinario en esta acción que alguien podría calificar de imperfecta.

Desempeñó todos los oficios de súbdita y llegó a ser Superiora y últimamente Priora. Concluido su trienio pasó con tanto gusto a ocupar su lugar

en la Comunidad, que se la veía radiante de felicidad. Dejó de gobernar como si quitara de sus hombros un enorme peso y se sujetó a la obediencia más exacta, tan alegre y tan contenta como no la vimos siendo Priora.

En su familia era muy estimada, puede decirse que era venerada. S. R. tenía para todos un cariño y todos sus hermanos y sobrinos tenían motivos para creerse preferidos. La consultaban y su opinión era muy respetada. Y era en este punto donde realmente nos admiraba y veíamos la obra de la gracia. Encerrada a los diez y siete años; con un carácter tan vivo que parecía no haberse fijado en nada, y a todo sabía darle solución. Pero, donde su corazón se sentía lleno de gozo, era ayudando a las hermanas y sobrinas a realizar sus monjíos. Tuvo una Hna. en la Visitación y otra en esta; y en sus días tres sobrinas se hicieron religiosas. Estos goces la indemnizaban de las penas de la vida.

Amaba su estado con santa pasión; por eso una nueva religiosa era, en su concepto, el tesoro más apreciable después del sacerdote. Las penas que le impuso el Priorato a su conciencia tímida fueron grandes; pero tuvo el consuelo de dar la profesión a dos religiosas, y esto era para S. R. delicioso solaz.

Concluyó su gobierno en Octubre de 1885 y poco después se agravó hasta verse obligada a establecerse en la enfermería. Los dolores de su enfermedad que, según un inteligente doctor, son los más agudos que conoce la ciencia, no la hacían

perder nada de su dulzura habitual. Si se quejaba, era con tanta moderación, y su resignación era tanta, que ejemplarizaba. Por distraerla le hacíamos alguna broma y la aceptaba con tan buen humor, que parecía estar buena y sana. Todos sus suspiros amorosos eran para «Jesús, María y José»; su amada casita de Nazareth la veía a todas horas y en compañía de las tres personas encontraba el secreto de hallar dulce lo que naturalmente era amargo.

No es raro que un alma tan preparada por el sufrimiento recibiese extraordinarios consuelos. Le llevaron una noche una reliquia de Sta. Catalina de Sena. S. R. la recibió con entusiasmo y, contemplándola, se quedó enajenada, tan notablemente, que las presentes ahí lo pudieron observar. Le preguntamos a solas qué había visto, y con su encantadora sencillez nos dijo que «el patrón (así llamaba al Sr. Pbro. don Santiago Vial, que era su confesor y el de la Comunidad) no quería que me contara». Después de su muerte nos dijo el Sr. Vial que había sido una visión con que la regaló Sta. Catalina.

Cuando S. R. estaba muy grave, murió su hermana la Sra. Manuela. Por evitarle impresiones se le ocultó la noticia. Entró el Sr. Vial a confesarla y se le advirtió que no le dijese, pero S. R. luego que lo habló, le contó que su hermana Manuela había muerto.—«¿Cómo lo sabe?», le dijo. No me quieren decir por no afligirme, le contestó, pero ella acaba de estar conmigo.

El 8 de Octubre de 1886 (acababa de cumplir

cuarenta y tres años de vida de claustro y sesenta de edad), pidió a la R. M. Mercedes de Sta. Ana, Priora entonces y muy joven, le admitiese la renovación de los votos, como se acostumbra en el aniversario de la profesión. Hizo su acto con la sencillez y fervor de sus primeros años, hasta darle el abrazo a Ntra. Madre, que la contemplaba con una impresión que hasta el presente no se le ha podido borrar (1905).

Dejó el destierro para ir a su patria, el 12 de este mismo mes y año, legándonos ejemplos de esclarecidas virtudes y la seguridad de tener en el Cielo una poderosa intercesora. El Sr. Fernández decía que de su cama había volado al cielo.

En varias Comunidades dijeron que habían sido favorecidas con visitas de la R. M. Jesús María. Nosotras no recibimos este favor, tal vez porque no lo necesitábamos para asegurarnos de su predestinación; pero sí nos quedó su recuerdo, que conservamos con respeto y admiración. La noche de su muerte, el doctor dijo que estaba muy bien y que no había proximidad. Se fué Ntra. Madre a su celda, dejándola con su hermana y una enfermera. En la media noche, despierta Ntra. Madre al ruido que hacen las cortinas para abrirse, mira asustada y ve la cara de la M. Jesús María tal como estaba a esa hora; en el mismo momento la enfermera le avisa que la enferma está muy mal. Acudió al instante y pudo estar a su lado y darle todos los auxilios del caso. Ntra. Madre no era ilusa ni aprensiva, pero «la carita de la M. Jesús María» le quedó grabada por mucho tiempo y con-

sideró esto como una gracia especial que el Señor hacía a su sierva en premio de la obediencia y adhesión que guardaba a la Priora.

El año 1886 fué muy notable y de muchos goces para nuestra comunidad. Toda la América Latina y la Madre Patria celebraban con gran entusiasmo el tercer centenario del nacimiento de Ntra. M. Sta. Rosa, Patrona de América. El Vble. Cabildo Eclesiástico quiso renovar la antigua y simpática costumbre de llevar la imagen de la Sta. Madre en procesión, desde nuestra iglesia a la Catedral. Las religiosas arreglaron unas lindas andas de plata, que bondadosamente prestó el Sr. Don J. Nicolás de la Cerda, y se colocó la imagen de la Santa. Con lo que pudo utilizarse de lo que había en casa, se arregló un elegante templete para llevar la religiosa más grande. El 29 de Abril, a las 3 P. M. se reunió en nuestra iglesia el Vble. Cabildo con traje coral, y sacó la procesión con mucha solemnidad para ir a cantar las Vísperas a la Catedral. La prensa diaria hizo grandes elogios de las andas.

La Asamblea Católica celebró una Velada literaria y pidieron aquí la mejor imagen de la Santa Madre para que presidiera el acto. Todas estas manifestaciones llenaban nuestros corazones de gozo.

Pero las principales fiestas religiosas se hicieron en nuestra iglesia. Atravesaba nuestra comunidad por una gran crisis, debida a circunstan-

cias especiales; pero no ahorró sacrificios para dar culto a la Sta. Madre. El 28 se dió principio a un solemne triduo. Sirvió el altar el R. P. Fr. Vicente Villalobos, Prior de la Recoleta, con todo el personal venido de la misma. Predicó un lindo panegírico el Sr. Pbo. Don Francisco Bello. El 29 cantó la misa el R. P. Provincial Fr. J. Miguel Luco, y el sermón, que fué muy notable, lo predicó el R. P. Fr. Domingo Cabrera. El 30 pontificó el Illmo. Sr. Larrain Gandarillas, Vrio. C. entonces, y predicó el R. P. José León, S. J.

Se pidió con anticipación a Roma una indulgencia plenaria que pudiera lucrarse el 30. Se concedió y llegó oportunamente.

La M. Trinidad del Sagrado Corazón de Jesús **(Ruiz Tagle Larrain)**

Esta alma generosa parece fué llamada por el Amado desde su infancia. Nacida en hogar cristianísimo, no la deslumbró jamás la riqueza ni el brillo que la rodeaba. Su anhelo fué siempre consagrarse al Esposo celestial; pero su señor padre quiso retenerla a su lado hasta los veinticinco años. Vivía en medio de la sociedad, pero nunca perteneció a ella. Se cuenta que el Illmo. y Rmo. Sr. Casanova, aun minorista, iba a pasar las recreaciones con la familia Ruiz Tagle a su hacienda La Cabra y, como veía a la joven Trinidad tan despreocupada de su grandeza y ocupada en servir personalmente a los pobres ejercitantes, se

sentía inspirado y dirigía palabras de admiración y entusiasmo al «hermoso espectáculo que presenciaba». La Madre Trinidad, a su vez, conservó siempre el grato recuerdo del entonces «Mariano» y creía ver desde esa época al futuro Arzobispo de Santiago que S. R. celebró como si viera a un hermano suyo elevado a la más alta jerarquía de la Iglesia.

Nos contaba la Madre que su señor padre estaba firme en no separarse aun de S. R.—Ella se sentía agobiada por esta negativa y en su oración dijo un día al Señor: «Señor, si a un hombre mortal hubiese yo prometido mi amor, él hubiera roto los lazos que me detienen, y Vos me dejáis padecer: ¿es esto posible? Al día siguiente tuvo el consentimiento y vino a vestir nuestro santo hábito el 28 de Abril de 1853.

Por su ardiente devoción al Sdo. Corazón quería hacer su profesión el día de esta fiesta y aguardó, en efecto, dos meses; pero un sacerdote respetable desaprobó a la Prelada esta dilación y le dijo que no era lícito privar a esa alma de la inmensa dicha de sus votos y de las gracias a ellos reservadas, y profesó el 11 de Junio, día de la Sma. Trinidad. S. R. conservaba cierto escrúpulo, porque, según decía, había sido ingrata con la Stma. Trinidad en su entusiasmo por el Sdo. Corazón.

La H. Trinidad desde muy luego fué el báculo y consejera de las Preladas, pues desde su ingreso a la comunidad se hizo notar por su inteligencia, buen juicio y amor a la observancia. Los Prelados de entonces la estimaban mucho y hu-

biera sido para ellos muy agradable verla de Priora desde sus primeros años, pues su cordura suplía lo que le faltaba de edad; pero las electoras juzgaban que no había llegado el caso de una dispensa de ese género, porque la comunidad contaba con sujetos capaces de desempeñar tan pesada carga sin necesidad de acudir a ninguna dispensa.

Fué Maestra de Novicias y formó dos religiosas. En el trienio del 79 al 82 fué Priora que hizo grandes bienes a su comunidad, a la cual amaba como a la niña de sus ojos. Ayudada por el Ilmo. Sr. Larrain, su primo, que era V. C., pudo emprender obras que otra cualquiera no hubiera intentado.

Había terminado su gobierno cuando la conocimos y a S. R. debemos muchas de las convicciones que han sido el móvil de nuestra conducta. Era muy cariñosa y atrayente. La religiosa joven encontraba en S. R. cierto imán que la atraía. Sin quitar nada a la gravedad de sus años, sabía bajarse a nuestra imperfecta juventud: conversaba con tanta jovialidad y hacía su trato tan agradable que se creía una en presencia de otra de su edad y abría su corazón a la expansión, la que aprovechaba S. R. para instruirnos en nuestros deberes religiosos y sembrar en los corazones la buena semilla. Recordamos que, siendo novicias, en la recreación nos llamó a su lado y con muchos cariños y con gran interés por nosotras nos mostró su labor. Era ésta un trabajo de conchitas que hacía para Ntra. Madre. Nos llamó

la atención la prolijidad y S. R. tomó pie de nuestra admiración para hacernos alabar al Criador de esas conchitas; lo que hacía con tanta naturalidad y gracia que se dejaba ver claro su espíritu contemplativo.

Nos edificaba mucho la pobreza de la M. Trinidad. Habiendo sido tan rica y regalona, no conservaba ni las reliquias de su grandeza. Sus últimos años los pasó en una celdita de la enfermería. Nunca desocupada. Si no estaba en cama, que era lo más general, trabajaba siempre. Lo más común era verla haciendo remiendos, y los hacía con tal primor, que parecía había aprendido este arte prácticamente desde sus primeros años. Hemos oído que la inclinación a regalar es una semi-pasión en la monja chilena. La M. Trinidad no conocía esta imperfección; hizo su voto solemne y ahí lo inmoló todo. Se gloriaba con decir que las manos de la religiosa eran del Amado y que en El sólo debían ocuparse. Los trabajos dados por la obediencia llamaba ocuparse en el buen Jesús. Con una insinuación habría tenido de los suyos cuanto hubiera querido; pero esa alma noble amaba su profesión y no habría caído jamás en esa debilidad, contraria a sus votos y a la vida común.

Una de las hermanas le regaló una tarjetita con la «cruz de la perfección dibujada por ella. La Madre celebró mucho el obsequio, pues retrataba el ideal por ella acariciado. Cuando se consagró el Iltmo. y Rvmo. Sr. Casanova le escribió y por todo regalo le mandó esta «preciosa cruz»

que en sus «haberes» era lo que tenía de más mérito. Nosotras, que carecíamos de esa santa simplicidad, nos avergonzábamos mucho y tratábamos de convencerla que mandara su carta sola; pero S. R. creía que un regalo menos modesto le haría mala impresión a su muy amado Prelado y en esa pobre tarjeta creía decirle todas las aspiraciones de su alma. Nos fué agradable sorpresa cuando tuvimos el honor de recibir la primera visita de S. S. Iltma. y Rvma., oír agradecer el obsequio de «la Hna. Trinidad» como si hubiese sido de gran mérito para llamar su atención. Nos pareció que el Señor quería hacernos comprender que el nuevo Sr. Arzobispo no era indiferente a esas pequeñeces, que encierran, sin embargo, el gran secreto de la perfección; quiso darnos lección de sencillez y curar nuestro espíritu que adolecía aún de tanto contagio mundano.

Decía la Madre que una monja Rosa debía ser notable por su sencillez, que era el espíritu de su Orden. Nos refería, con íntima satisfacción, que el Iltmo. y Rvmo. Sr. Valdivieso decía que la monja Rosa era distinta de todas; que al hacer la visita se notaba muy palpablemente la alegría y sencillez como su carácter distintivo. «Servir a Dios con alegría», era su consejo a las jóvenes.

Antes de ser religiosa, la M. Gandarillas, carmelita de Sn. José, prima suya, la invitaba se hiciese carmelita. Ella inflexiblemente le contestaba: «Imita tú a Sta. Teresa, yo iré a seguir las huellas de Sta. Rosa; y así, por distinto camino, llegaremos a un mismo fin». Amaba a su Sta. Ma-

dre con delirio. Para celebrar el tercer centenario de su nacimiento, no omitió sacrificio ni trabajo de ningún género; era entonces cuando se le notaba deseo de dinero, porque hubiera querido hacer fiestas regias en honor de esa Perla preciosa».

Tenía especial devoción a los Dolores de Ntra. Stma. Madre y nos aconsejaba que escribiésemos el *Magnificat* y el himno *Stabat Mater* para que regalásemos a nuestra familia.

Tenía mucha penetración para conocer las vocaciones. Había una Srta. de la más alta sociedad que pretendía ser admitida en nuestra Comunidad. La M. Trinidad, que en esa época era muy joven, entró a la portería y oyó que la pretendiente expresaba sus ardientes deseos con una energía grande. La Madre la oyó, según nos han contado, y dijo: «Esta no es monja, tiene mucha cáscara». Así fué y la pretendiente murió algunos años después, pero no monja. Una de sus sobrinas quiso ser religiosa y estaba muy determinada a serlo. La Madre, aunque estimaba su vocación más que todos los tesoros, le dijo: «Tu misión es otra; el Señor quiere de ti otra cosa», etc. La niña se contrarió y sufrió; pero muy luego le escribió diciéndole que su confesor, que era un sacerdote respetable, opinaba como S. R. y que ya no pensaba en ser monja.

En Enero de 1888 la Madre se agravó y su muerte pudo ser repentina sin un especial favor del Señor. El médico no conoció su gravedad; pero S. R. pidió le entrasen a su confesor

que era el Sr. Presbítero Dn. Santiago Vial y que estaba en nuestra casa en ese momento. Se le objetó que esperase una o dos horas más; pero S. R. insistió. Hizo su confesión tan detenida como si supiera era la última de su vida y al terminar la absolución se aletargó y quedó sin conocimiento, murió ese mismo día. Ntra. Madre Priora quedó afligida, creyendo que la confesión hubiera sido incompleta, pero el señor Vial le aseguró que había hablado con él con la convicción de que esa era su última enfermedad y que le había hecho sus encargos y consultado varias cosas; que al darle la absolución notó un movimiento extraño y llamó a la enfermera.

Su misión estaba cumplida y debía ya recibir su premio.

La M. Trinidad fué la fundadora del Mes del Sdo. Corazón que se reza en Comunidad.

La H. Rosario del Stmo. Sacramento.—(Lira y Calvo)

«Mire a la Hna. Rosario y verá la regla viva», nos decía una de las Mdres. cuando éramos recién profesas, y no era esto una exageración. La Hna. Rosario era realmente un modelo de observancia. Nunca olvidaremos las lecciones que de su boca oímos y menos aún los ejemplos. La conocimos ya muy viejecita, y en esa edad seguía el rigor de la observancia, en cuanto se lo permitían sus achaques. Era en extremo prolija y constante en

el trabajo; se ocupó hasta en sus últimos días en el servicio de la Sacristía y nos edificaba tanto verla pendiente siempre del Amado y con tanto espíritu de fe, con tanto amor por Aquel a quien servía. Sus obras nos han admirado siempre por su arte y elegancia. Los cingulos, por ejemplo, que se usan en las grandes fiestas, son obra suya, tan bien concluídos y de tanto valor, que todos pueden creer son parte del terno más rico, y son obra exclusiva de su ingenio, que aprovechó las insignias de un general del ejército que había enviado ese regalo como piadoso despojo. Nos sacaba de nuestro habitual hielo verla trabajar, siempre, pero más aún en lo que toca al servicio inmediato de Jesús Sacramentado, ¡lo hacía con tanto recogimiento y afecto! Si doblaba un purificador, lo hacía con tal arte y con un algo que no sabemos definir sino diciendo que se nos figuraba lo hacía con el corazón. Se empeñaba mucho por comunicar a las religiosas jóvenes su gusto por el trabajo de la sacristía y obsequios al Amor Sacramentado.

Nos era de recreación y agradable solaz consultarla cómo nos quedaría bonito un obsequio; ¡cómo se afanaba por discurrir de donde podíamos sacar lo que nos era necesario! La ventanilla del comulgatorio tenía para S. C. un encanto especial; diariamente debía colocar flores aromáticas en forma de mixtura, y hasta esto lo hacía con especial arte.

Las diamelas eran muy de su gusto por el olor, pero tenía que darles vista con otras flores, y era

digno de admiración verla arrastrar sus años y la enfermedad en busca de platitos de cristal, pues tenía la otra particularidad de servirse siempre sola.

Ha quedado como inmortal recuerdo su gusto por cultivar jardín para Jesús Sacramentado. Se cuenta que le pareció muy mala la tierra del jardín de su celda. Lo cavó por sí misma, acarreó la tierra mala hasta el depósito de basuras en ataditos proporcionados a sus fuerzas y de la misma manera llevó tierra buena hasta llenar una excavación de medio metro, más o menos. Se le proponía que ocupase a las seglares, pero contestaba que el jardincito era un recreo de la monja y no carga para las seglares. Hacía lo que podía por formar en las religiosas jóvenes el gusto por cultivar flores. «Es necesario para el cuerpo y para el alma, decía, la religiosa debe tener distracción y trabajo dentro de su propia celda». Una flor de ese jardín cultivado con tanto sacrificio, era, en su estimación, de gran valor; así que a las criaturas no las obsequiaba sino muy rara vez y por acontecimiento especial; y esto se hacía notar más en ella, porque era muy afectuosa y cada uno de los suyos era en su cariño un hijo único.

La Hna. Rosario era de una inteligencia poco común y de una educación esmerada; su trato se hacía muy agradable y provechoso y su consejo era siempre acertado. Por circunstancias especiales, no logró ingresar a nuestra comunidad sino de edad madura. Esto le había dado lugar a conocer mucho el corazón humano; con lo que sabía

comprender muy bien las debilidades de la juventud y ayudarlas. Los afectos de familia los conocía en todas sus formas; por eso tenía el don de cicatrizar las heridas que hace en el alma joven el recuerdo del hogar. Era tan cariñosa, daba tanta confianza, que se sentía una obligada a bendecir al Señor que en el claustro forma lazos tan estrechos como los que por su amor ha roto.

Cuando la conocimos tenía ya sesenta y cinco años y estaba muy acabada por la enfermedad; pero su espíritu se conservaba con mucho vigor. Criada en la opulencia y heredera de un buen patrimonio, su pobreza era extrema. Su celda y su persona era el orden y aseo más completo, pero no había una cosa que no fuera esencial. Ni sus años ni la enfermedad le servían de excusa para tener la menor excepción. Vistió de bayeta hasta su muerte y esta observancia era muy dura para su enfermedad. En los nueve años que vivimos juntas, rara vez la vimos vestir algo nuevo, porque remendaba con tanta prolijidad lo viejo, que la ropa le duraba mucho. Decía que un remiendo mal hecho era una herida hecha a la santa pobreza y que debía hacerse con amor a esta virtud. Su enfermedad le daba ocasión de ejemplarizarnos muchas veces. La comunión diaria era su mayor necesidad; tarde de la noche le daba el ataque al estómago y la exigía tomar algo, pero no sabía la hora, y la Sda. comunión no podía faltarle. Se vestía y con las fatigas propias de la enfermedad, salía al claustro y caminaba hasta el coro, porque ese reloj era el único que le daba la hora

exacta. Y esto le parecía tan natural, que ni en broma lamentó jamás la falta de un reloj, que tan fácil le hubiera sido obtener, y una dispensa, *en ese caso*, no le hubiera sido negada.

Carácter fuerte, pero tan vencida que en nuestro lenguaje podemos decir que fué escultura con todos los primores de la decoración. Nunca la vimos faltar al silencio. Una religiosa joven que le tenía mucha veneración, le dijo un día que trabajaban juntas: «Hna. Rosario, dígame algo que me enseñe». Ella, que también apreciaba a la que se le ofrecía por discípula, le contestó: «Lo mejor que puedo decirle es que guardemos el silencio, que nos obliga en este momento». ¡Qué ejemplo nos daba no faltando jamás a la sala de recreación y tomando parte en todas las expansiones de las jóvenes, pero sazonzando siempre el lenguaje festivo con un pensamiento edificante. En días de recreación extraordinaria, era la primera en llegar a la Celda Prioral. Nos imaginábamos a las P. P. del yermo dejando la soledad por la obediencia. Fué santa labrada a cincel; pero tan pulida, que llegó a ser perfecta.

En la influenza de 1892 tuvimos muchas víctimas, una fué la Hna. Rosario. La muerte no la encontró desprevenida y puede decirse que la deseaba. Entregó su alma al Creador el 28 de Julio a los 74 años de edad.

Hay en la comunidad un relicario, de algún mérito artístico, que tiene reliquias de santos para todos los días del año, con la particularidad de que la reliquia que no es de mártir, es de algún

santo o beato de Ntra. Orden. En las calamidades públicas se acostumbra sacarlo en procesión por los dos claustros cantando las letanías de «todos los santos». Fué regalo que en su viaje a Europa trajo el Sr. Don Ramón Lira a su hija Rosario.

La M. Juana M. de San Luis (Jaraquemada y Vargas)

Decía una señora que era el más estupendo milagro presenciado por ella el que la M. San Luis recibió por intercesión de N. M. Sta. Rosa. Hasta los quince años, más o menos, fué semi-muda y tenida por cuantos la conocían por muy incapaz. No sabemos si ella o su señora madre hizo promesa a Ntra. M. Sta. Rosa de dar para su iglesia las tres arañas de cristal, que aun, existen, si le alcanzaba la gracia de su curación y se quitaban los inconvenientes para ser «monja Rosa». La gracia fué concedida y pudo vestir nuestro santo hábito a los diecinueve años. Las MM. antiguas recuerdan la admiración con que las profesoras de la niña Juana María contaban el prodigio de que ellas habían sido testigos; lo mismo repetían varias señoras respetables al tomarse las informaciones de costumbre para su admisión, y la misma Madre se gloriaba en decir que había sido (tonta) y que Ntra. Sta. Madre la había sanado.

Fué la única de nuestra comunidad que sufrió la odiosa ley civil que prohibía la profesión reli-

giosa antes de los veinticinco años. Su noviciado fué de casi seis años. El Iltmo. y Rmo. Sr. Valdivieso, que era su confesor, luego que obtuvo la derogación de tan injusta ley, vino personalmente a darle la noticia y se acordó la fiesta de su solemne profesión para el 31 de Mayo de 1852, poco más de dos meses antes de cumplir 25 años.

Dió el velo el Iltmo. y Rmo. Sr. Valdivieso y predicó un lindísimo sermón, según los recuerdos que nos han quedado; pero no se conserva escrito, aun cuando dicen que se publicó entonces en «La Revista Católica».

Era la M. San Luis muy fervorosa y de una fe muy sencilla. En sus visitas extraordinarias al Stmo. Sacramento no le gustaba llevarle sólo su afecto oculto en el corazón, sino que debía manifestárselo con algún obsequio exterior: unas veces era un ramo de flores que le colocaba en las rejas del coro, otras un versito cantado con acompañamiento de una música especial, que todavía se conserva. Sus versitos, expresión de su corazón, nos recuerdan, por el metro y literatura, los de la Sta. Madre:

Mi Amado Dueño,
Mi Viejecito,
¿Cuándo me llevas?
¡Toda soy Tuya!

Las que la oíamos no podíamos contener la risa; pero S. R. prescindía de todo lo criado, ocupada sólo en su Amado. Sus contemporáneas la embro-

maban en la recreación, pero no era motivo para que S. R. variara su método de visitar a «Nuestro Amo».

Fué Maestra de Novicias y formó dos religiosas.

Gobernó dos trienios completos de Priora, quedó de «Priora in cápite», por ser Supriora a la muerte de la R. M. P. Luisa de San Rafael (Ugar-te). En 1888 fué elegida tercera vez, pero no concluyó el trienio, pues murió en Febrero de 1890.

En este año y medio que gobernó hizo la reforma, con el voto del Consejo y voluntad de la Comunidad, de hacer el lavado de nuestra ropa afuera, a fin de disminuir las seglares del servicio. Las RR. del Buen Pastor se hicieron cargo de este servicio.

En este mismo tiempo se principió la obra de edificar las casitas de arriendo que posee el Monasterio, de las cuales siete están en la misma manzana del Monasterio y tres en la que sigue al N., calle de Amunátegui. Esta obra la dirigió graciosamente el bondadoso caballero Sr. D. Narciso Goycolea. No alcanzó a concluirlas, porque la muerte le sorprendió cuando estaba en ello, pero nuestra gratitud lo reconoce como a un bienhechor que se conquistó toda nuestra estimación.

La M. San Luis tenía una devoción muy especial a San Pascual Bailón y a él le tenía encomendada su muerte, para que *«no la encontrara sin comulgar ese día»*. El santo correspondió a esta su devota. Hacía días estaba sacramentada y se le daba la Sda. Comunión diariamente. Por la fal-

ta de salud del Sr. Capellán este alivio a nuestra enferma se hacía difícil; pero por ser recreaciones tuvo que ausentarse y quedó supliendo otro sacerdote. Aún cuando su gravedad era mucha, el doctor ni la Comunidad creían que el desenlace fatal estuviera tan cerca. El 16 de Febrero comulgó, como todos los días, y momentos después le sobrevino una fiebre que le atacó el cerebro y murió ese mismo día a las 6 P. M.

Tenía 63 años de edad y 44 de religión. Amaba su profesión con un entusiasmo que conmovía. Para el aniversario de este día, vestía con «lujo» el mismo velo que recibió, bendecido de manos del Ilmo. y Rvmo. Sr. Valdivieso. Había pedido S. R. que la procesión de la Stma. Cruz se celebrase ese día 31 de Mayo, en lugar del 3, como se hace ahora, y su dicha era grande llevando ella la grande y pesada Cruz de plata con la reliquia del lignum crucis traída de Europa por el Ilmo. y Rvmo. Sr. Valdivieso a nuestra Comunidad, y que es la que ahora recibe nuestros cultos y se lleva en esta procesión.

Recordamos su inmenso gozo al cumplir los 40 años de profesión. «¿Quién más feliz que la religiosa? decía. Una reina que haya gobernado 40 años ¿cuántas espinas habrá recogido? Yo cumpla hoy 40 años de consagración al servicio del Rey inmortal y ¡qué feliz soy!» Y ¿no podría haber agregado que era también reina? «Servir a Dios es reinar», dice el salmista y San Antonino de Florencia lo repetía.

A la M. San Luis le cupo la suerte de ser la fundadora del Mes de María Inmaculada que se reza en nuestra Comunidad. Se hace en privado, porque los recursos no alcanzan para los gastos que origina rezado en la Iglesia exterior.

La Hna. Perpetua de Sn. Vicente (Marcoleta y Palma)

Se distinguió la Hna. San Vicente por su devoción al Culto Divino. Tenía todas sus complacencias en trabajar para la sacristía o para las iglesias pobres. El oficio de sacristana lo desempeñaba con toda perfección y con tanto gusto que las horas que no ocupa la asistencia al coro, las empleaba todas en servicios de este género. En su gusto por el decoro de la Casa del Señor, no olvidaba la santa pobreza, sino que la tenía siempre a la vista, y esto hacía su trabajo mucho más laborioso y pesado. Utilizaba todo lo que había ya usado, lo arreglaba y daba tantas vueltas, que dejaba los ornamentos flamantes sin haber comprado nada nuevo.

No sabemos si será preocupación o exceso de fe (puede ser), pero a las manos de la Hna. Sn. Vicente les encontrábamos un sello especial que atribuíamos a que se ocupaban siempre con el Amado; lo que es evidente, es que a su muerte las manos tuvieron un blanco albo notable.

El Rey Poderoso, que tan pródigo es en recompensas, las dió abundantes a esta su fiel sierva.

Durante su vida el Señor la purificó con un miedo extraordinario a la muerte, y debía tener otras purificaciones en su alma, porque le asomaban al exterior. Se recuerdan dichas gracias suyas, que manifiestan su dificultad para confesarse. Pero el Señor, a quien había servido, le hizo la gracia de que antes de morir se le quitara todo. Recibió la noticia de su próximo fin como cosa grata nueva, tan contenta y con tanta paz, que se dejaba comprender su deseo de ir a la Patria.

Asistida por su confesor, el Ilmo. Sr. Montes, que la atendió con paternal solicitud, entregó su alma al Creador el 14 de Octubre de 1890 a los 60 años de edad y 34 de religión.

La H. Prudencia de Pastoriza (Gamboa y García)

(R. DE VELO BLANCO)

Al recuerdo de la H. Pastoriza hemos visto entusiasmas a las religiosas jóvenes muchas veces. Han oído sus particularidades y quisieran saber los pormenores y tener una noticia extensa de lo mucho que han oído en conjunto y contado confusamente; pero después de catorce años pasados sin imaginarnos que alguna vez nos veríamos obligadas a escribir su «recuerdo», nos han hecho olvidar mucho de lo que en nuestros primeros años admiramos como un portento de inocencia conservada con exceso de penitencia.

La conocimos ya viejecita y muy gastada, pero siempre en servicio activo y haciendo su semana de campanas, desde el toque de despertar. Nos decía una contemporánea suya que el trabajo de la H. Pastoriza había sido como el de tres religiosas activas.

Su inocencia era la de un niño de cinco años. Conversar con ella entretenía como hacerlo con cualquier persona de alguna ilustración; pero hacía su trato más agradable y atrayente un candor de niño, que la tenía tan distante de la tierra. Esta gracia era dádiva del Señor, pero conservada por su mortificación y penitencia. Nunca faltaba en el canasto de su labor un viejo libro titulado: «La religiosa crucificada». Como lo dice su título, era un tratado de severa mortificación y penitencia. Este era su libro favorito, pero no lo dejaba leer a ninguna hermana joven por temor de desalentarla o que se diera con exceso a la mortificación. A éstas nos aconsejaba disciplina sin temor, porque «corrige la sangre», decía; pero el cilicio no es para todas». En su sencillez de niño y nuestra curiosidad juvenil sorprendimos verdaderos portentos de penitencia. Su cama era una estera de colihues y en ella durmió hasta muy poco antes de morir, en que por obediencia abandonó este su mullido lecho. A imitación de N. P. Sto. Domingo tomaba tres disciplinas diarias; usaba dos clases de estos instrumentos: uno de sangre, como los que usa la Comunidad, y otra de cordeles nudosos muy áspera. Decía ella que

ésta era «para preparar». Cilicios tenía para atormentar todo su cuerpo.

De natural tímido, tenía que vencerse mucho en el desempeño de su oficio de campanera y despertadora, porque el miedo la hacía sufrir mucho. Al juicio de Dios temía, porque se encontraba sin méritos, y parece que en el silencio de su alma a veces lucharía con este temor, porque sin ningún preámbulo exclamaba: «Señor, 48 años he despertado a tus esposas y ¡cuántos miedos he sufrido!» En su concepto, esto era lo único bueno que podía poner en la balanza del «descargo».

Cuando ya muy enferma la obediencia la quitó del servicio, lloraba con intensa amargura y preguntaba quien la iba a suplir en despertar; y como en su fe sencilla hacía este oficio con tanta devoción, decía: «Me va a quitar la corona, ella se la va a llevar».

Amaba a N. Padre Sto. Domingo con toda la ternura filial. Por su culto hacía toda clase de sacrificios; por él lo renunciaba todo, incluso los sufragio para su alma. Una persona regaló 400 pesos para que se mandaran decir misas a la H. Pastoriza después de su muerte, pero ella sacó todas las licencias del caso, para que se invirtieran en el culto del Sto. Patriarca.

Sabido es que Ntro. Padre es el más cariñoso de los Fundadores, y en esto no nos ciega el cariño filial. No hemos leído de ningún otro rasgos más tiernos que los que se registran en cada página de la «Vida de Sto. Domingo». ¡Cuántas veces ha sido materia de nuestras recreaciones con-

siderar a este Querubín pasar los Alpes, recorrer la Francia y atravesar los Pirineos con sus alforjitas al hombro y llevando cucharitas de hueso a sus hijas de Madrid! ¡Cuántos otros mil rasgos con Ntras. H. H. de Sn. Sixto en Roma o de la Prulla en Francia; que nos parece ver a una tierna madre más que a un Fundador! Este Padre tan tierno no podía dejar de corresponder a su hija. Nos contaba ella que un día que trabajó mucho por arreglar unas andas en que debía llevar su imagen a la iglesia de los Dominicos, se sintió cansada y con filial confianza le dijo: «Santo glorioso, ¿Con qué me vas a pagar tantos trabajos?» decía que sintió en su oído que le decían: «Con dos sobrinos en mi Orden» Tuvo, en efecto, un sobrino Padre de la Recoleta y una sobrina religiosa conversa (de velo blanco, como se llamaban) en ésta. Presenciamos varios favores que por intercesión de su Santo Padre le concedió el Señor. Ella lo invocaba con plena seguridad de obtener lo que pedía.

Ntra. Sta. Madre era otro de sus afectos. «La Niña» le hacía cuánto ella quería, tenía una familiaridad infantil con la Santa. Adornaba su imagen del coro con flores frescas y le encendía velas siempre que se le proporcionaban. Tenía muchas ganas de tener un par de floreros a su gusto y un día le dijo a la Sta. Madre: «Anda a casa de doña Enriqueta Jara para que te compre unos floreros *cardenillos*». Pocos días después la Sra. mandó un par de floreros de cristal azul oscuro «para la Hna. Pastoriza, que le ponga flores a Sta.

Rosa ahí». Ntra. Madre recibió el paquete que los contenía y la hizo llamar, sin decir para qué. Llegó ella y con risa de satisfacción dice: «¿Madre, mandó floreros doña Enriqueta?—Sí.—«¿Son cardenillos?»—Sí.—«Así le dije a la Niña que los pidiera». Dejamos otras muchas cosas semejantes por no cansar. Ella decía que no tenía más que mandar a la Sta. Madre en busca de su confesor, se lo traía al instante.

Se nos figuraba la Hna. Pastoriza una rosa fragantísima, conservada por las espinas, que agradaba y complacía las miradas del Amado; por eso no nos admiraba nada que el Señor la regalase con favores extraordinarios. Por hechos que nos pasaron a nosotras mismas podemos creer que el Señor le manifestaba muchas cosas; ella no comprendía este dón recibido; pero nosotras lo experimentamos. Cuenta una de las Hnas. que, siendo postulante, tenía en su interior un gran sufrimiento. Al exterior no le salía nada y se manifestaba muy alegre. La Hna. Pastoriza se acercó a ella y al oído le dijo con mucha seguridad. «Eso que la atormenta es del demonio, no le haga caso». Y sería así, porque con su dicho la tentación desapareció. Esta misma Hna. cuenta que un día el confesor la probó con algún rigor; salió del confesonario y se encerró en su celda a desahogarse en llanto. Nadie la había visto, la Hna. Pastoriza no sabía que hubiese estado en el confesonario porque era día extraordinario; sentir el llanto tampoco no podía, porque era sorda y la distancia mucha. Llegó a la puerta de la celda y

golpeó; la Hna. se resistió a salir, pero tuvo que ceder a sus instancias. Luego que la tuvo a su alcance le dijo, sin preguntar nada: «Hijita; no se aflija, los confesores tienen que probar; etc., etc. y le hizo un sermón que manifestaba sabía todo o mucho de lo que ocurría.

La Sra. Enriqueta Jaraquemada de Fernández tenía mucha estimación por esta nuestra Hna. Se preparaba para hacer grandes fiestas en sus bodas de oro; pero le faltaron algunos meses para cumplir sus cincuenta años de vida religiosa.

No sé si fué sueño o de qué manera ella supo, muchos años antes, que se moriría en el mes de Febrero. Todos los años la embromaban por el engaño que había recibido; pero, efectivamente, murió el 3 de Febrero de 1891, a los 72 años de edad. Fué santa de pincel.

La Hna. Mercedes del Resucitado (Zarricueta Vargas)

Fué la Hna. Resucitado «Rosa de paciencia». Enferma desde sus primeros años era un ejemplo para todas. Por la clase de enfermedad que padecía hubiera tenido necesidad de muchas cosas y de ser servida; pero su mucha mortificación la hizo encontrar el secreto de necesitar «lo que todas y como todas». El espíritu de mortificación se veía en la Hna. Resucitado en todas sus acciones. Su estómago se sentía mal con la carne reseca y el doctor le había recomendado comer un biftec

de cena. Para evitar las molestias que ocasiona hacer un biftec jugoso, aprendió a comer la carne cruda y sin sal y lo hacía con tanta naturalidad que parecía hacerlo por gusto. Su cruel enfermedad no le arrancaba ni un ay y se veía siempre tranquila y contenta como si nada sufriera; en la recreación era alegre y tomaba parte en todas las bromas. De natural varonil y de carácter franco y sencillo, hacía alarde de ser prosaica, y de ahí las bromas graciosas y de provecho a las hermanas tímidas o de natural algo melancólico.

Persona bien educada y de alguna ilustración, hacía su trato muy agradable. La Propagación de la fe y la Santa Infancia eran ordinariamente el tema de sus conversaciones. Los niños infieles lastimaban su alma ardiente y se ocupaba en trabajar para las rifas que los RR. PP. de los SS. CC. hacen a favor de la Santa Infancia. Nos era de mucho ejemplo verla trabajar siempre, sabiendo que su enfermedad no le dejaba parte sana y hasta la hacía semi-ciega. Era tan conocido de la Comunidad el celo por las almas de los niños, que en su muerte nos parecía verla rodeada de las almitas rescatadas con su trabajo. Nos fué agradable sorpresa cuando Ntras. Hnas. Dominicas vinieron a cantar el Responso de costumbre, oír un coro de novicitos, tan chicos y en tanto número que no los hemos vuelto a ver, que cantaban el Miserere. Tan celestial nos pareció aquel canto, que todas creímos ver en él la manifestación del agrado que el Señor recibía con el celo de la Hna. Resucitado.

Ntro. Sto. Padre debía de complacerse mucho en esta hija que tanto se había penetrado del espíritu de su Orden. Recordamos con mucha satisfacción las particularidades que tuvo la muerte de la Hna. Nos parece ver en las causas naturales, algo de sobrenatural. Por enfermedad del Señor Capellán, la asistió en sus últimos momentos un Padre de N. O. muy fervoroso. Al cantar la comunidad toda reunida allí, el responso de Ntro. amado Padre «O spem miram», como debemos hacerlo, el Padre tomó parte en el canto y, como era él muy buen cantor, resultó un coro que si el artista nada tenía que admirar, el que sabe comprender las notas del corazón no podía dejar de conmoverse. Nuestras almas sabemos bien que se sintieron trasportadas por el recuerdo a Prulla, San Sixto, Madrid...y nos parecía ver nosotras al Padre amante rodeado de sus hijos e hijas.

Contra todas las leyes de la naturaleza su cadáver estuvo exento de las miserias humanas que por lo cruel de la enfermedad debían haber sido muchas. Treinta y seis horas estuvo insepulta y todo este tiempo sin ataúd, rodeada de todas sus hermanas, sin que se percibiera otro rastro de la muerte, que la falta de vida en su semblante, que tenía el color del alabastro.

Murió el 26 de Noviembre de 1892 a la edad de 56 años de edad y 25 de religión.

Tenía la H. Resucitado la particularidad de que muchos sueños le salían ciertos; ella se reía como de cosa muy natural. Si realmente eran sueños o ella les daba ese nombre, no lo sabemos. Una no-

che soñó que una señora amiga suya había muerto y le hacía algunos encargos para su hermana Luisa. Al día siguiente recibió la noticia de su muerte. Otro día dijo había ido al Purgatorio en sueño y un caballero de tal fisonomía le había dado recado para la H. N. diciéndole que por qué se olvidaba tanto de él. Al oír el retrato que hacía, la H. N. dijo: «Ese es fulano (tío suyo), por que es igual y es cierto que hace tiempo que no hago nada por él».

La H. Gertrudis del Nazareno (Montes y Rosales)

Española, más que de origen, de corazón y carácter. Su padre era español y su ardiente devoción a Ntro. Sto. Padre la hacía amar a la madre Patria tanto como pudiera el más noble corazón.

Fué su nota más alta el fervor y la penitencia. Su trabajo preferido era hacer cilicios y disciplinas. Tuvo algunas discípulas en este arte, pero ninguna le igualó en la competencia para hacerlos. Le daba tal corte al acero que el espíritu más penitente se daba por satisfecho. Su *«regalo de bodas»* a las recién profesas era un terno de tres piezas; pero a las novicias no accedía nunca a darlos, *«porque si enferman, tienen que salirse»*.

Eran famosos los instrumentos de penitencia

fabricados por la H. Gertrudis, y daba muchos a los sacerdotes. Una vez obsequió con una disciplina a un respetable sacerdote deudo suyo. Cuando pudo hablarlo le preguntó cómo le había salido. Tan buena, le contestó, que al primer azote rodé por el suelo, de rodillas.

Tenía una devoción tan sincera por Ntro. Padre que creemos que esto, más que el origen de su familia, le daba ese cariño a España y los españoles. Como era muy graciosa, en todo encontraba el recuerdo de esa tierra de Santos. El pasadizo que tiene los cuadros del A. Santiago, Ntro. Padre y Sn. Ignacio, lo llamaba «*el callejón de los godos*» y le gustaba mucho entretenerse en conversar con ellos.

Su fervor era muy extenso y no tuvo límites en la vejez. Ya viejecita y muy enferma, llamó al Ilmo. Sr. Montes, su sobrino, para confesarse. Al salir de la celda el Sr. Obispo, estaba muy impresionado y dijo a las acompañadoras, con profunda emoción: «Mi tía quiere que la saquen de la cama y la voten en el suelo para azotarla, porque ella no merece otra cosa».

Era muy obediente. La enfermedad al corazón, que sufría, le produjo al fin un derrame cerebral que la dejó con su cerebro perturbado; pero fué entonces cuando se comprendió el hábito de esta virtud que había adquirido. Bastaba decirle: dice la Madre que haga esto o deje de hacer aquello, para que se quedara en la más perfecta obediencia.

Su muerte fué el 30 de Marzo de 1893 a la edad de 74 años y 31 de religión.

La H. Inés de Sto. Domingo (Castro y Gamboa)

(CONVERSA O DE VELO BLANCO)

Decía el R. P. Capdevila S. J.: «Mucho se ha discutido (entre los jesuitas) si la H. Inés era o no santa; y yo digo que a la H. Inés no le faltó santidad». Era él quien podía saberlo mejor, pues había sido su director y hábil consejero por muchos años.

Se nos figuraba esta Hna. una piedra de exquisito valor engastada en lata u otro metal ínfimo. De carácter naturalmente tosco y sin cultivo, por humillarse se hacía aun más inculta. De buena inteligencia, ilustró su espíritu con la lectura y la buena dirección que recibió siempre de los jesuitas. Sabía compartir muy bien la actividad de Marta con la contemplación de María. Trabajaba corporalmente con fuerzas varoniles y se daba a la oración y penitencia con esmero. En este punto se había embebido bien en el espíritu de su orden.

Su oración debía hacerla muy bien, por el fruto que en ella recogía. El Señor quiso llevarla por el camino de la humillación y la vimos sufrir muchas con humildad perfecta. Un Rector de los jesuitas se propuso probarla en este particular y, a título de negarle confesor de la Compañía escri-

bía a Ntra. Madre Mercedes de Santa Ana diciéndole que la H. Inés era una ilusa; que compadecía a la comunidad que tenía que soportarla, etc. La correspondencia fué larga, porque nuestra Madre tomó la defensa de su hija con ardor maternal y refutaba las falsas apreciaciones que de ella se hacían. Pero, comprendiendo que el Señor quería la humillación de su sierva le leía las cartas que llegaban, pero no las que salían y—la vimos nosotras—¡con qué humildad lo recibía todo! Nunca culpaba a nadie, siempre miraba a lo alto, de donde le venía la flecha que la hería. Cuando hubo pasado la prueba vino el R. P. Rector a hablar con ella y le dijo: «En recreación leíamos las cartas mías y las que la M. Priora contestaba. ¿Sabe la M. Sta. Ana? Sí sabe». Y por él solo supo la H. Inés la defensa que de ella se había hecho. La vimos en varios casos sufrir humillaciones bien grandes y recibirlas como verdadera humilde. Le celebrábamos mucho cuando con su modo tosco decía: son *consolaciones* que me manda el Señor.

Fruto de su oración creemos también el conocimiento que alcanzó de la vida espiritual. A la muerte del Señor Vrio. Gl. don M. Parreño se encontraron cartas de la Hna. Inés que él conservaba por gusto. Su último confesor fué el Sr. Pdo. D. B. Grossi. En una vez que acompañó al Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo en la visita al monasterio varias de las Hnas. le oyeron decir: que él creía a la H. Inés santa de los altares; que conservaba, escritas por ella, sus «entretenimientos con Jesús Crucificado», y varias cartas que leía

por gusto y le servían mucho. Debía de tener muchos escritos, porque se dedicaba a escribir con gusto; pero, como es costumbre quemar todos los papeles que se encuentran en las celdas de las que mueren sin revisar ninguno, éstos también fueron al fuego.

Tenía mucho celo por la salvación de las almas; la Propagación de la fe la arrebatava de entusiasmo. La lectura de los «Anales» era su delicia. Le mandaron de Sn. Felipe una planta lindísima de jazmín del Cabo. En un día de la Visita del Ilmo. y Rvmo. Sr. Casanova le abrió su celda y lo entró al jardincito, sin decir nada a nadie antes, pues Ntra. Madre no la habría permitido hacer *negocio* con Ntro. Ilmo. Prelado. Con su modo especial, le mostró el jazmín y cuando ya notó que S. S. Ilma. celebraba su planta le dijo: «Este jazmín lo quisiera yo para la Propagación de la fe, se lo regalo a S. S. Ilma. para que le dé unos doscientos pesos». El Sr. Arzobispo recibió la donación *tan barata* con suma satisfacción y le dijo con mucha gracia: «Me va a costar más caro su regalo, porque sería irrisión que un Arzobispo remitiera doscientos pesos, tendrán que ser quinientos. Y no diga Ud. que me lo da por la Propagación de la fe; es sólo por no tomarse el trabajo de cuidarlo, porque ya se dió un golpe». La buena acogida que el bondadoso Prelado dió a este *regalo* nos hizo olvidar la primera impresión de vergüenza que recibimos al oír la propuesta que nosotras calificábamos de atrevida. Ella se sentía feliz, pero no hizo alarde de su suerte. Su-

pimos por el mismo Sr. Arzobispo que le aplicó misas después de su muerte, que ocurrió poco después.

Un sacerdote que fué su confesor nos contó: Un día vine a confesar a la H. Inés y me preguntó: —Padre ¿por qué el Señor está enojado con S. R? —¿Por qué me pregunta eso?, le dije—Porque cuando yo le pido por S. R. El me vuelve la cara. Efectivamente, el Señor me había pedido un sacrificio y yo había sido poco generoso.

Había una familia de la alta sociedad que tenía gran veneración por la Hna. Inés. No creía rebajarse al juntarse con la familia de ella, muy humilde, por cierto, para venir a la visita, pues la consultaban como a un oráculo. Un día vinieron el caballero y la señora muy afligidos, porque un hijo quería unirse en matrimonio con una persona que ellos no aceptaban y querían el *consejo* y las oraciones de la Hna. Inés.—No se aflijan, les dijo, si ese niño va a ser jesuíta, no se casa.—El joven fué jesuíta y hace poco murió.

Tenía gran devoción a la velación nocturna del Jueves Santo, que invariablemente, por enferma que estuviera, la hacía de toda la noche. El Jueves Santo de 1893 le dijo a una de las Hnas. que también hace la velación toda la noche: «Este es el último año, porque me voy a morir, siga S. C. con esta devoción, que el Señor lo paga muy bien». Pocos días después le dió un horrible sarampión y murió el 13 de Abril de 1893 a la edad de 54 años; tenía 35 de religión.

La asistieron en su enfermedad una de las Hnas.

que era apestada y una seglar. Esta decía, sin cansarse de repetirlo: «he visto morir a una santa», y nos contaba el sufrimiento tan terrible de su enfermedad, llevado con tanta resignación y tan endiosada.

Murió en la Cruz, la que tanto amó el padecer con J. C. Crucificado.

La H. Paula de Sn. Miguel (Ovalle y Ovalle)

La H. Paulita, como la llamábamos todas, era una alma prevenida por la gracia para copiar en sí todas las virtudes. Había en su virtud mucho de un natural privilegiado, pero mucho también de la cooperación a esas gracias. El Señor quiso tenerla, como a esposa predilecta, siempre crucificada con El. La enfermedad la visitó desde sus primeros años; pero esto no la eximía del trabajo que ella buscaba siempre y servía en lo que podía. Por este afán de buscar trabajo, las antiguas la llamaban «hormiguita». Nos ejemplarizaba verla tan enferma y tan contenta siempre, que parecía no sufrir nada. Su obediencia era ciega, no solo a nuestros superiores, sino a cualquiera que le indicara algo. Quien observó la obediencia de la H. Paulita no podía dejar de recordar a las primeras discípulas de Sta. Teresa; para ella no tenía otro límite que el pecado, porque, siéndole lícito exponer las dificultades, ella no sabía más que callar y hacer lo que le decían. Era tan mortificada que parecía no distinguir lo agradable de

lo malo. Su enfermedad le producía un desgano extremado, pero ella jamás indicó lo que pudiera serle menos desagradable. Tenía orden de tomar cierta cantidad de alimento; esto lo cumplía exactamente; costara lo que costara. La vimos algunas veces cumplir esta obediencia, con las lágrimas que se le rodaban; pero sin quejarse y con su semblante siempre alegre, que nos probaba cuánto violentaba a la naturaleza.

Muy silenciosa, parecía estar siempre ocupada en el Amado. En cama, a veces bien mortificada, se le preguntaba: ¿cómo está? y decía con su cara muy alegre: «Cuando estoy mal, estoy bien. Y si sufro, mucho mejor!»

Su caridad era muy ingeniosa. A todas ayudaba como podía. Una le llevaba una costura que le hiciera; otra un tejido; alguna le llevaba una traducción francesa, para que se la diera en castellano y a nadie decía que no podía, recibía todo y a todas dejaba contentas.

Murió el 20 de Noviembre de 1893. Azucenas eran las flores de que se formó el lechito en que es costumbre colocar al cadáver de las Hnas. En esta coincidencia, que nadie reparó al principio, nos parecía ver la imagen de esa alma que creíamos una perfecta azucena de pureza.

Tenía 55 años de edad y 26 de religión.

AÑO de 1894.

Hasta este año nuestro hábito y capa fué de anascote. Mortificaba a las religiosas el uso de este género que, sobre ser muy caro, quitaba al cendal dominicano su belleza en el distintivo de Orden mendicante. Las leyes de N. O. nos mandan vestirnos del género de lana más ordinario que haya en el país. Las miradas de las Hnas. se fijaban en la bayeta o sayal, que nuestros pobres del campo hacen tanto y que es de eso nuestra ropa interior, excepto el túnico. Pasó este deseo clamando al Señor algunos años; el cambio iba a ser brusco y nuestros superiores juzgaban era una imprudencia. Tocó a la R. M. Carmen de Sto. Tomás la suerte de hacer este cambio tan deseado. Instada por gran parte de la comunidad, consultó al Sr. Vrio. Gl. Pbo. Dn. Rafael Fernández C., que, antes de resolver, pidió informe del médico de comunidad. Lo dió muy satisfactorio el Dr. Dn. Gabriel Letelier Silva; y con él se nos concedió la licencia para vestir bayeta en toda nuestra ropa.

Se convino con Ntra. Mdre. que el día de Ntra. Sra. del Carmen vestiríamos por primera vez nuestro nuevo hábito. La ropera hacía un hábito por día y las Hnas. la ayudaban casi con igual trabajo. El 15 de Julio de 1894 N. M. repartió los hábitos y manifestó su deseo de que al día siguiente nos los pusiéramos; pero advirtió que no era un precepto, sino que éramos enteramente li-

bres de acceder o nó. El entusiasmo fué grande; realmente, no creemos que sea mayor el gozo de una reina vistiendo el mejor brocado, hecho especialmente para ella, que el nuestro al vestir el sayal que daba a nuestro hábito su verdadero sello.

La capa se acordó no cambiarla hasta conseguir bayeta negra, pues hacerla teñir en una tintorería era más caro. En 1896 la R. M. Manuela del C. de María pudo darse el gusto de completar la obra y tuvimos nuestras capas de bayeta y con ella quedaba ya nuestro vestuario todo completo.

Nos quedaba por corregir la toca, que encontrábamos ajena de la seriedad del hábito. Se trasformó, por la que hoy usamos en 1900.

La H. Jesús de los Dolores (Valdés y Valdés)

La oración y la pobreza fueron el distintivo de esta Hna.

Nacida en opulento hogar, criada con todos los regalos del tono de su familia, era un ejemplo el desprendimiento y pobreza que practicaba. Todo en su celda y persona respiraba pobreza, orden y aseo.

Era una admiración ver a la Hna. Jesús que, después de una vida, piadosa sí, pero participando de todos los halagos del mundo, gustaba y saboreaba los deleites de la contemplación. Todos sus ratos libres eran para pasarlos haciendo compañía al Amante Prisionero de la Eucaristía.

La infancia de N. S. tenía para ella un atractivo especial. En el «Nacimiento» cuidaba ella del paso de los «Pastores»; ponía en este trabajo todo su empeño y sus hermanas se encargaban de traerle monos y animalitos para que perfeccionara su cuadro. A las Sras. Valdeses se deben las mejores y más valiosas figuras del Nacimiento.

La linda imagen de Ntra. Madre del Smo. Rosario que se coloca en la Iglesia para el Mes, fué también regalo de la Sra. Manuela Valdés a su H. Jesús.

Murió el 2 de Marzo de 1896 a la edad de 70 años y 35 de vida religiosa.

La Hna. Tránsito del Crucificado.— (Prado Rios)

Fué esta religiosa muy piadosa y asistente al coro, trabajaba con singular gusto en todo lo que había de servir a dar mayor belleza al culto divino.

Durante un trienio desempeñó el cargo de Maestra de novicias.

Sufrió su última enfermedad con mucha paciencia, dejando ejemplos de resignación y conformidad con la voluntad del Señor.

Murió a la edad de 75 años y 44 de profesión en Junio de 1896.

Año 1900.

Hacía tiempo que se lamentaba entre nosotras la falta de un Ceremonial en castellano. Lo teníamos en francés, pero esto no nos satisfacía por no estar al alcance de todas. Se había intentado su traducción y siempre nos ocurría la misma dificultad: la aprobación del Rmo. P. General. En 1900 se tuvo noticia de que en España se había hecho la traducción por orden del Rmo. P. General. Ntra. R. M. Priora, que lo era entonces Sor Carmen de Sto. Tomás, encargó ejemplares para toda la Comunidad y, después de solicitar la autorización de nuestro Prelado, quedó establecido el nuevo Ceremonial con gran contento de la Comunidad, que se creía feliz observando lo que se practica en su Orden.

Era digno de ver a nuestras Mdres. antiguas estudiando las ceremonias con sus complicadas inclinaciones, genuflexiones, etc., con tanto entusiasmo como pudieran en sus primeros años.

Nuestro espíritu helado se sentía avergonzado de ese fervor y un ¡gracias a Dios! salía de nuestros labios por haber dado a nuestra Comunidad tanto amor a su Orden y a sus leyes.

La M. Juana de Sn. José (Castillo y Andueza)

El Señor que elige a quién quiere y que llama cuándo quiere dejó a la M. Sn. José saborear los goces del mundo hasta los treinta y dos años de

edad. Heredera de buen patrimonio, gustó de cuanto el mundo brinda en placeres; pero su alma noble sentía el vacío que ellos dejan, hasta que, solicitada por la gracia de la vocación, vistió nuestro santo hábito el 7 de Junio de 1851. ¡Con qué fervor trabajó por recuperar el tiempo perdido! Alma ardiente, emprendió el trabajo de su santificación sin tregua ni descanso. Fruto de su amor al deber fueron los ejemplos que pudiéramos recoger en todos los actos de su vida, aun en las debilidades de una prolongada ancianidad.

En un capítulo de elección de Priora, las vocales habían convenido en elegir a la M. Sn. José. Conociendo que S. R. no aceptaría fácilmente tan pesado cargo, quisieron hacérselo saber antes, con la esperanza de convencerla. La noticia la hirió como un rayo y opuso tan fuertes razones para justificar la necesidad que S. R. tenía de obedecer y sus temores de mandar, que las electoras hubieron de ceder. «Si insisten, les dijo, recurriré a mi Prelado y le daré tantas razones, que no seré confirmada». «He mandado mucho, decía, y a la religión he venido a obedecer».

Como era muy observante y recogida, una Priora de acuerdo con el Consejo la nombró Maestra de Novicias. El Prelado, temiendo talvez, que la rigidez que usaba con su persona fuera su norma con las novicias y se perdieran algunas vocaciones, se negó a confirmar su nombramiento. ¡Qué ejemplos nos dió entonces! No sólo no se sintió ofendida, sino que manifestaba una inmensa gratitud para con su Prelado, que así cuidaba de su alma. Cuan-

do se nombró la Maestra que debía recibir a las postulantes que había por entrar, S. R. sumamente contenta la abrazaba y le decía: «Tengo mucho gusto, sé que S. R. enseñará buenas religiosas, yo no soy capaz de un cargo como ése. Estoy tan agradecida al Sr. Arzobispo, que, si pudiera disponer de algo, *le mandaría un buen regalo*».

Era muy amante del SSmo. Sacramento, comulgaba diariamente aun cuando su salud se sintiera mal; y si alguna religiosa tímida se abstenía algún día, S. R. trabajaba por persuadirla de su error; y aquí era de verla con su ardor de Apóstol. Todos sus ratos libres eran para el Amante Prisionero.

Su exactitud en los actos de comunidad la hacía estar pendiente del reloj; y si la semana demoraba un minuto en llegar al campanario, S. R. le tocaba dos minutos antes. Muy viejecita ya, se la veía con el cordel de la campana en la mano esperando la hora.

Los últimos años de su vida fueron tristes por su enfermedad, pero de mucho ejemplo, porque se veía muy claro el hábito de la virtud que había adquirido. Sus votos los guardó con todas las virtudes a ellos anexas.

Por su excesiva ancianidad N. M. le prohibió la asistencia al coro, que por tantos años había sido su mayor delicia. No se quejó, no replicó una sola palabra; pero era un cuadro que nos conmovía hondamente pasar por su celda a la hora de coro. De pie en la puerta, miraba pasar a las demás y las lágrimas le corrían por las mejillas co

mo al niño que retiran de los brazos de su madre. Bastaba una orden de la obediencia para que la M. Sn. José olvidara todos sus gustos y deseos.

La que había sido lujosa hasta el derroche, amó la pobreza con tanta pasión. Todo en ella respiraba pobreza, pero todo ordenado. Ya muy anciana y enferma, le ponían una lámpara de aceite sobre la mesa y como no podía vivir sin saber la hora le permitían un reloj despertador traído por su familia. Sus noches eran muy malas y se entretenía mirando la hora. Gastar fósforos hería su conciencia y la lámpara no le daba la luz necesaria; buscó por sí misma un paló que alcanzara a la mesa y ahí ponía un palito de fósforo y lo encendía en la lámpara. Así quedaba satisfecha su necesidad y tranquila su conciencia.

Su devoción al Sdo. Corazón era muy grande, por honrarlo a El eran todos sus sacrificios. El santo rosario era su fuerte, lo rezaba diariamente entero, aún ya muy enferma. Con la enfermedad lo olvidó todo, menos el rezo del rosario con sus misterios. No se acordaba de ningún nombre, la memoria le faltó por completo mucho antes de morir; pero el rosario lo supo rezar y lo rezó mientras tuvo vida. La Hna. que velaba junto a su cama la oía rezar con todo el orden de los misterios y cuando la rodeábamos en sus últimos momentos ella rezaba sus avemarías mientras nosotras encomendábamos su alma y rezábamos las preces del Ceremonial. Nos fué grato consuelo cuando minutos antes de expirar colocamos el oído junto a su boca y percibimos: «Santa María,

ruega por nosotros».... Sentimos verdadera envidia de esa muerte y con más ardor repetíamos la jaculatoria: Haced ¡oh Madre mía! que el último aliento de mi vida sea para deciros: Ave María.

Murió la víspera de salir la Comunidad de ejercicios en Septiembre de 1901. El dolor de las hermanas jóvenes por no haber podido cuidar personalmente a la que tantos ejemplos de virtud les había dado, se tradujo por las lágrimas con que regaron su cadáver. A las 9 o 9½ terminó la plática última, la Comunidad se trasladó a la celda de la M. Sn. José en un silencio sepulcral. La ocasión no podía ser más favorable a la contemplación y los espíritus estaban preparados. Las impresiones de entonces hizo época en la juventud y lo recuerdan al presente.

Contaba al morir 82 años de edad y 50 de vida religiosa.

Su cadáver tuvo la particularidad de permanecer flexible, como si estuviera viva, hasta el momento de sepultarla.

La M. Tránsito del E. Santo (Cerde y Concha)

Alma muy dada a la oración fué la M. E. Santo un modelo de humildad. La santa casa de Nazaret era el encanto de su amor. A Jesús, María y José encontraba en todo cuanto veía; a Ellos dedicaba todas sus acciones y en su fe sencilla se creía siempre en su compañía. Semanalmente ba-

ruega por nosotros».... Sentimos verdadera envidia de esa muerte y con más ardor repetíamos la jaculatoria: Haced ¡oh Madre mía! que el último aliento de mi vida sea para deciros: Ave María.

Murió la víspera de salir la Comunidad de ejercicios en Septiembre de 1901. El dolor de las hermanas jóvenes por no haber podido cuidar personalmente a la que tantos ejemplos de virtud les había dado, se tradujo por las lágrimas con que regaron su cadáver. A las 9 o 9½ terminó la plática última, la Comunidad se trasladó a la celda de la M. Sn. José en un silencio sepulcral. La ocasión no podía ser más favorable a la contemplación y los espíritus estaban preparados. Las impresiones de entonces hizo época en la juventud y lo recuerdan al presente.

Contaba al morir 82 años de edad y 50 de vida religiosa.

Su cadáver tuvo la particularidad de permanecer flexible, como si estuviera viva, hasta el momento de sepultarla.

La M. Tránsito del E. Santo (Cerde y Concha)

Alma muy dada a la oración fué la M. E. Santo un modelo de humildad. La santa casa de Nazaret era el encanto de su amor. A Jesús, María y José encontraba en todo cuanto veía; a Ellos dedicaba todas sus acciones y en su fe sencilla se creía siempre en su compañía. Semanalmente ba-

rría su celda por sí misma, aun cuando estuviera delicada y ya anciana y esto lo hacía por reverencia a «Jesús, María y José», pues su celda la consideraba «La Casita de Nazaret» y S. R. era la esclavita del servicio.

Su carácter susceptible y su temperamento nervioso le daba ocasión de ejercitar la humildad y según el dicho de una Hna. «hacía *derroche* de humildad y de humillación». Muy tímida de conciencia, con frecuencia creía haber ofendido a sus Hnas. y al instante iba en busca de la *ofendida*, le daba satisfacción y le pedía perdón postrada en tierra (en venia) como es de regla, cuando realmente se ofende. Esto lo practicaba aun cuando fuese la última profesa la que creía haber ofendido.

Por el «Oficio divino» sentía una gran devoción. Verla en el coro se notaba en su exterior la fe de que se sentía poseída. Pero con serle tan delicioso el cumplimiento de este deber, era a la vez su enorme cruz, por los escrúpulos que la hacían temer siempre haber rezado mal por falta de algún requisito. De ahí el que se le viera con frecuencia enmendando el rezo. Su recogimiento llamaba la atención principalmente en la oración delante del Smo. Sacramento. Permanecía siempre de rodillas y con una inmovilidad que parecía estatua. Fué Maestra de novicias y cuentan éstas que las llevaba al coro alto o tribuna a tener una hora más de oración. Ellas iban muy contentas, pero sin espíritu para tanto recogimiento; pasada la hora se ponían a entretener mirando a la M.

E. Santo que parecía ni respiraba y este era su porte todo el tiempo que pasaba a los pies del Amante divino.

Parece que el Señor purificó su alma con grandes sufrimientos interiores y de ahí la imperiosa necesidad que sentía de hablar con el confesor frecuentemente, y como esto no es cosa fácil, le ocasionaba muchas penas la privación. Tan conocida era en la Comunidad esta cruz de la Madre, que las religiosas jóvenes la tomaron por protectora de esta necesidad después de su muerte y con este motivo tuvo muchos sufragios extraordinarios.

Su última enfermedad fué un tumor maligno que sufrió con heroísmo por amor a sus votos. Nunca se supo por S. R. esta enfermedad porque la ocultó siempre; solo muy a lo último el doctor que la asistía la comprendió por los síntomas, pero no se dejó examinar.

Por su ardiente devoción a la Sta. Familia y su mucho vencimiento, esperábamos que al morir recibiría alguna gracia especial, y creemos, sin ninguna duda, que la recibió grande. Hacía varios días permanecía con sus ojos cerrados, los abría solo por instantes y no bien, el último día nada. En el momento de expirar, abrió los ojos y con una mirada fija, muy expresiva, parecía gozar de una visión que la hacía feliz; luego cerró nuevamente los ojos y dió su alma al Creador el 19 de Enero de 1903. Había cumplido 48 años de religiosa en Diciembre último. En su celda de la enfermería hizo su retiro para renovar

sus votos, acto que efectuó con toda devoción y fervor en manos de N. R. M. Mercedes de Sta. Ana, la misma que en 1886 recibió la última renovación de los votos a su hermana la M. J. de Jesús María. Tenía 68 años de edad.

Por la naturaleza de la enfermedad y por los remedios, su cuerpo quedó muy hinchado; pero las miserias respetaron ese cuerpo que ella supo conservar como templo puro del E. Santo. Murió día Viernes, a las 4 P. M., y permaneció insepulto (por el Domingo) hasta el Lunes a las 10 en que terminaron los sufragios. Todo este tiempo pasó rodeada de sus Hnas. expuesta en el coro sin cajón sobre un lechito de jazmines, que era la flor del tiempo, sin causar la menor molestia al olfato, pues no se sentía otro olor que el de las flores, símbolo de su alma.

La M. Micaela de Sta. Rosa (González de Hontaneda Aguilar)

«El Martín de Porras de las Rosas» se ha llamado a la M. Micaela y parece no carece de fundamento esta comparación. La ilimitada caridad de la Madre tiene su semejanza con el dominico peruano. Para sus Hnas. era todo cariño, para las novicias y recién profesas ya se constituía en tierna abuelita que la hacían acreedora a toda la atención y cariño de ellas.

A los 92 años o más de edad de que murió, nos era de mucho ejemplo verla tan entusiasta por su

vocación como en sus primeros años. Todo su hablar era de su inmensa gratitud a Monseñor Eyzaguirre «*por él y solo por él había tenido la dicha de ingresar en esta comunidad*». Se le preguntó una vez que máxima se pondría en la puerta de su celda y con mucha expresión y energía contestó: «*Estando en el Monasterio, gozo ya vida del cielo*. Esto quiero que pongan porque yo vivo en compañía de ángeles y solo en el cielo puede haber tanta felicidad. Verse rodeada de las Hnas. jóvenes, decirles versos compuestos por S. R., que la interrogaran etc. era su mejor recreo.

Las Preladas encontraron siempre en la M. Micaela un apoyo. S. R. se constituía a ayudarlas en todo sentido; no era inconveniente sus años para desempeñar los oficios de las recién profesas o de las que conservan las fuerzas de la edad.

A Ntros. Prelados amaba y respetaba con todo el espíritu de fe; no veía en ellos más que al representante de Dios y su palabra la oía con la sumisión debida a este respeto.

Con los pobres su caridad era muy ingeniosa. Cuantas las acompañábamos a la «puerta de la obra» teníamos que admirar su paciencia e industria para aliviar tanta miseria. Por numerosos que fueran los trabajadores para todos tenía algo que darles, pues, provista de su licencia, había hecho recogida de cuanto podía serles útil. Tenía un don especial para atraerse a esa gente; por altiva y de mal humor que se manifestaran, la M. Micaela los gobernaba como a humildes pobreci-

tos. «Yo he nacido para tratar con estos rotitos, decía, ellos me conocen y yo los entiendo».

Pero donde se hacía notar aun más la caridad de la Madre era con los animales y pájaros. Nos era agradable entretención verla rodeada de pajaritos y S. R. conversando con ellos y dándoles de comer. Si un grande se iba a comer la comida de los chicos, lo reconvenía y lo mandaba irse porque ya el había comido, y lo que había de particular era que los chicos no se volaban al ver la actitud de la Madre. Al abrir su celda se encontraba con el corredor y el claustro lleno de sus protegidos que la esperaban. Cuando todas nos afanábamos por estirpar las ratas S. R. les daba de comer a «esos pobres animalitos que Dios crió para que nos mortifiquen». «Con el perjuicio que ellos hacen, decía, ganan los pobres trabajadores».

No se sabe la edad de la M. Micaela, vivió en el claustro 61 años y se entró de más de treinta. Al morir conservaba todas sus facultades mentales. Su bondad y cariño parecía haberse aumentado en sus últimos días, para todas tenía una palabra de gratitud y su afán era que sus sobrinas supieran que nada le faltaba y que se veía atendida y cuidada como reina.

Murió el 17 de Febrero de 1904.

1902-1905.

Este trienio fué de mucha labor y grandes mejoras en nuestro Convento.

La Iglesia reclamaba con urgencia se le hiciera una reparación.

En el trienio anterior se pintó la torre y la parte exterior, pero los recursos no dieron para más.

Gracias a la buena administración y a la dirección dada a los trabajos por el Sr. Síndico don Alberto González Errázuriz, pudo en este trienio hacerse un aseo general y renovar la pintura y decoración de todo el interior. El pavimento de ladrillos se trocó por el bonito parquet que ahora tiene. El Tabernáculo, que tantas penas nos costaba verlo tan deteriorado, sin cambiarle la forma se renovó todo en la parte interior. Las antiguas cenefas, muy ricas en su principio y traídas de Europa por Monseñor Eyzaguirre, estaban ya malas y sucias con el servicio de cincuenta años, se tapizó todo con el mejor raso que se encontró en el comercio y las cortinas se hicieron de felpa, también muy rica. Se vió coronado el esfuerzo con el gusto de ver la morada de Jesús. Amante divino, menos indigna del Huésped Real y con la general buena aceptación que han tenido los trabajos hechos. El Ilmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo y varias personas entendidas celebran nuestra iglesia que ha quedado «bonita, elegante y de mucho gusto artístico». Pero el elogio que más llena nuestras aspiraciones es el que hace un respetable

ble sacerdote: «es muy aparente para la oración, porque aquí todo llama al recogimiento».

El patiecito exterior quedaba por arreglar. Su inmediatez a la iglesia y el honor que recibe en la procesión de Corpus lo hacía digno de pensar en él. Se hizo otro esfuerzo y se pavimentó el corredor con baldosa de colores, que, dicen, se vé muy bien.

Nuestro coro estaba enladrillado y muy mal sano. Se cambió este pavimento por tabla encerada, modesta pero de gusto, y se arreglaron las tarimas con formas para las postraciones que se hacían antes sobre las rodillas. Se hizo un aseo general en él.

El departamento para baños estaba muy viejo y malo, se hizo uno nuevo con tinas y baño de lluvia que quedó muy cómodo y de fácil servicio.

La sala de Recreación había quedado también de Ropería desde que se sacó el lavado afuera. Ahora se hizo una Oficina para los roperos y una sala de trabajo que quedó muy cómoda por la buena luz y el abrigo. Se entabló pobrementemente la sala de Recreación, se asearon sus paredes y se colocó en ella tres lindas imágenes de escultura: del Sdo. Corazón, de la Sma. Virgen de Lourdes y de Sn. José. Aquí se reúne la Comunidad para rezar los tres meses: Marzo, Junio y Noviembre.

En «las romerías de peregrinación» a los Santuarios del Rosario, esta sala es Lourdes y Pompeya el coro. Andacollo está solo provisional.

El noviciado era mal sano y muy estrecho. Faltaba también un departamento para el jovenado.

Se arregló el antiguo quitándole los inconvenientes y se hizo la división que faltaba.

En el año 1902 se estableció, con general contento de la Comunidad, el Mes de Ntra. Madre del Rosario para el público, pues en privado se rezaba hacía años. Cuesta grandes sacrificios por la falta de recursos, pero se goza en estos días de verdaderos «días de cielo». Las Hnas. llaman a Octubre el mes de las bendiciones para nuestra Casa. Algunas avivan su fe tanto que dicen que en este mes tenemos el cielo abierto.

En 1903 llegó a nosotras un ejemplar de las «Constituciones para RR. Dominicás», mandadas traducir al español y con comentario hecho por orden del Rvmo. Padre General. El texto, con distinta traducción, era igual a las arregladas para nosotras por el R. P. Fr. Domingo Aracena; pero el Comentario, sobre ser aquel más claro y extenso tenía la aprobación de la Orden. El deseo de uniformarnos con nuestra amada Orden y el atractivo de ver nuestras leyes tan bien explicadas, nos preocupó desde luego. El Señor bendijo nuestra buena voluntad haciendo que el Ilmo. y Rymo. Sr. Arzobispo tuviese noticias por el R. P. Errázuriz de esta traducción que se había publicado en España. El Ilmo. Prelado ofició a Ntra. R. M. Mercedes de Sta. Ana proponiendo el cambio de Constituciones, que conteste oyendo el voto de la Comunidad. Se tocó a Capítulo y reunida la Comunidad en el coro se leyó la comunicación del Ilmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo y se dió tiempo a que leyesen la nueva traducción las que aún no

la conocían bien. Días después se hizo votación secreta y fué aceptada por el voto unánime de la Comunidad reunida en el coro.

El Decreto de aprobación se retardó todavía un año más, se dió solo en Marzo de 1905.

La Hna. Rosa de Sta. María (Marín y Matte)

Si hubiera de ponerse un epitafio al sepulcro de la Hna. Rosa, nosotras escribiríamos: Supo ser agradecida a Dios y a las creaturas. Para realizar su vocación necesitó hacer sacrificios heroicos y romper los lazos del hogar con violencia; para su corazón naturalmente noble y afectuoso, este paso debió de ser muy doloroso. Natural de la Serena, hizo el ánimo a no ver más en la tierra a los seres que amaba; y era muy edificante oírla, después de 48 años de vida religiosa, hablar a los suyos de su inmensa felicidad, con un ardor y entusiasmo como si no hubiera gustado aún las privaciones de la vida religiosa. «Sí, hartó me costó conseguir éste, decía, (mostrando el hábito); pero, si mil veces me viera privada de él, lo que sufrí y mucho más sufriría por conseguirlo». Su gratitud al Señor por este precioso don de la vocación fué el móvil de todas sus grandes acciones.

Con sus hermanas religiosas fué cariñosa y agradecida; un servicio el más pequeño la comprometía y conservaba el recuerdo por toda su vida. De la estimación de su vocación y del cariño por sus hermanas nacía otro afecto especial: el

de los que nos servían. Por los sacerdotes tenía gran veneración; pero sus oraciones y sus afectos eran por los que «tenían paciencia con las monjas». Si alguno de los que tenían esta *virtud* se enfermaba, la H. Rosa no tenía descanso. Novenas, lamparitas a la Santísima Virgen, etc., nada omitía y cuando, ya sano, venía al Monasterio, ella era tan feliz como la que recibía el servicio que se le prestaba.

A nuestros Prelados amaba con filial ternura. Al oírla hablar del Iltmo. y Rmo. Sr. Valdivieso parecía que ya no cabía más afecto; hablaba en seguida del Iltmo. y Rmo. Sr. Casanova y no parecía sino que hablaba de uno mismo. A los SS. Vicarios los estimaba a todos, pero se distinguía muy especialmente con los que tenían «paciencia y cariño por nosotras». Como era muy graciosa, se conservan ocurrencias muy oportunas de su estimación por uno de los SS. Vicarios que ha manifestado grande interés por nosotras.

La estimación de su vocación la hacía desear «dicha tan grande» para cuantas ella apreciaba; hubiera dado su vida y habría hecho cualquier sacrificio por obtener esta gracia para sus sobrinas. La vimos una vez extremadamente impresionada por perder ya la esperanza de ver religiosa a una que ella creía evidentemente se consagraría al Señor. «No me puedo conformar, decía; sí, N. S. quiere para Sí a esta niñita». Para decir esto no sabemos en qué se fundaba; pero sabemos que por los medios naturales el Señor manifestó que (a lo menos por entonces) no la quería en el matrimonio

y la H. Rosa algo debía de saber, porque nosotras le oíamos con gran seguridad afirmar que el enlace no se haría. «Lo que el Señor haga, decía, yo no sé; pero sé que no se hará». Nos llamó más la atención el sufrimiento que le causaba, porque nunca la habíamos oído hablar con esa energía en iguales casos; se conformaba con el «que se haga la voluntad de Dios».

Su devoción a la Sma. Virgen no tenía límites. Todas las advocaciones la cautivaban; pero Ntra. Madre del Rosario de Andacollo la entusiasmaba. Un sacerdote trajo de su peregrinación al santuario una imagen de esta advocación y nuestra Madre la hizo colocar en la puerta de la celda de la H. Rosa. ¡qué instante tan feliz aquel que la hizo ver a su «Chinita» tal como ella la había visto en su Santuario! Una imagen muy antigua de Ntra. Sra. del Carmen era también objeto de sus especiales cuidados. Buscó ella misma una gran repisa y la colocó cerca de su celda; para estas dos imágenes de su «Madre linda» era el gran jardín que cultivó por sus manos hasta el último momento de su vida. Le era de mucho consuelo poner lámpara a la «Chinita» y un cabo de vela de estearina a Ntra. Sra. del Carmen. Como no era posible se le proporcionara siempre, acudía al poder de la gran Reina y Ella proveía. Un día la oímos quejarse con amargura porque no tenía más vela que la de sebo para su celda y le decía a la Stma. Virgen: «Madre mía, no tengo valor para ponerte vela de sebo, mueve tú algún corazón». Accedió a su deseo la Madre sin par y vino al tor-

no una pobre con un paquete de velas «para Ntra. Sra. del Carmen». ¿Por qué no lo llevó a las Carmelitas o a otra iglesia?

Antes de morir, el Señor quiso probar si esta devoción era real y si tenía cimiento sólido. Para reedificar el claustro era necesario que todas saliésemos de él. Ntra. Madre sufrió al tener que darle la noticia; era tan justo que ella amara ese rinconcito, el más apartado del Monasterio y donde tenía tantos atractivos su devoción; debía perder plantas de valor, que cultivaba con esmero para su «Señorita», etc. Pero nos fué de mucha edificación el oír a nuestra Madre que ni la primera impresión la traicionó. Muy tranquila y siempre festiva, aceptó la obediencia de abandonar la celda y ocupar otra; su única petición fué que al trasladar su cadáver al coro lo hicieran con mucha pausa para que le rezaran algo; porque estaba muy cerca la celda que debía ocupar. «Yo había querido morir aquí, bien lejos, para que me rezaran bastante; pero que se haga la voluntad de Dios». Causó tan grata impresión en las religiosas jóvenes este acto de perfecto desprendimiento, en una anciana de 74 años, que al mudarse ella todas tenían gusto en ayudarle y cargar siquiera con un macetero, ya que el ajuar de su celda, propiamente dicho, era tan pobrísimos que fácilmente se trasladaba.

Como es sabido, la Regla dice que nuestras ropas «serán lavadas por nosotras o por lavanderas, según a la Prelada le pareciere». La Hna. Rosa

pidió lavarse por sí misma y lo hizo hasta un mes antes de morirse.

El 8 de Noviembre estuvo a ver a una de las Hnas. que por su enfermedad no puede salir de la celda y dijo había ido a despedirse porque ella, “la pobrecita”, no podría ir a verla cuando cayera a la cama. El 9 de Noviembre, después de comulgar, se fué a la cama; el 11 la vió el doctor y declaró el caso de gravedad, por la edad y que la sacramentaran al día siguiente. Ella preguntó la opinión del doctor y oyó la contestación como el caminante rendido de cansancio que le señalan el “término de la jornada”. “El Miércoles, dijo, me iré, es el día de mi Señorita”. El 12, Domingo, rezábamos “del Patrocinio de la SSma. Virgen a la O. de P.” y en nuestra iglesia se celebraba a Ntra. Sra. de Pastoriza. Se le administró la Santa Unción y luego comprendió que su partida estaba más cerca; es hoy, dijo, cuando la SSma. Virgen me llevará. “¡Madre mía! que salga en paz”. Se despidió de todas con la alegría del que vuelve a su patria, les hizo el encargo de que la sacaran luego del Purgatorio y que le cuidasen las imágenes de su devoción, que ella pediría por todas. Encomendaba su alma a N. Señor Crucificado y se desahogaba con afectos y súplicas. Sufría con perfecta resignación las angustias que le producía la asfixia y aun le quedaban ánimos para prodigar cariños y gratitud a sus hermanas. Hasta el último momento nombró por su nombre a todas las que se le acercaban. Su carácter agradecido lo conservó

siempre. Se llamó al confesor ordinario para que le aplicara la “indulgencia plenaria en artículo de muerte” y le dió las gracias por este servicio que le hacía con tanta energía, que él no pensó siquiera que se hallaba en presencia de una moribunda. Conservó sus facultades mentales y su energía hasta el momento de expirar, que fué con tanta paz que la sombra de la muerte no la cubrió sino un rato después. El Sr. Capellán la creía viva minutos después de expirar.

El cultivo de la tierra, el lavado y el trabajo en general, le habían puesto las manos tan negras y manchadas que al doctor le llamó la atención. Después de muerta sus manos negras y flacas se trasformaron en las manos más blancas y bien formadas. Esto lo vió y observó con admiración toda la comunidad; las azucenas con que estaba cubierta no eran más blancas. ¿Sería esto una manifestación de la Stma. Virgen para con su fiel servidora? Era tan grande el empeño que ponía en su culto. Los Domingos 1.^{os} arreglaba el altar para la estación que hace la comunidad en procesión; ese día no tenía descanso para tomar alimento hasta que su «Señorita» había recibido los cultos, a las 2³/₄ P. M. No tenía el arte nada que envidiar en sus adornos y tal vez causaría risa por el momento; pero el amor se dejaba comprender en abundancia y ese inmenso trabajo que se tomaba con tanto entusiasmo y constancia, confundía nuestro hiel.

Para esta imagen rogó y obtuvo del Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo 80 días de indulgencia por

una «Salve». Con esto ella fué feliz y olvidó la pena de que nuestro Rmo. Prelado dijese que la «imagen era fea».

Murió el 12 de Noviembre de 1905 a los 74 años de edad y 48 de religión.

Ya habíamos recibido la orden de hacer estos apuntes y nos empeñamos mucho por obtener algunas de las poesías con que se divertía en la juventud; pero, días antes de morir, quemó todos sus papeles. Ella nos contaba de un sainete en que tomaba parte Ntro. Padre Sto. Domingo y su Hno. Mannes o Mamerto. Creemos consiguió el objeto que ella se propuso, distraer a Ntro. Prelado en la Visita y decirle lo que en sério no hubiera podido.

Sucedió un accidente muy desagradable a la comunidad; debido a la inesperienza de un sacerdote, lleno de buen espíritu, pero muy joven. La Hna. Rosa contó su historia en versos. Por lo poco que recordamos haberle oído, eran aquellos, aparentemente muy espirituales y místicos; pero encerraban la mas graciosa burla; sin herir ni faltar a la caridad, era una lección provechosa.

Mucho nos preocupaba el tener que dejar la persona del Sr. Don Estanislao Andía de Irarrázaval sin darlo a conocer de las HH. Su nombre figura en la historia del Monasterio desde su fundación en calidad de Provisor; en los libros del mismo, en los primeros años, se vé siempre la fir-

ma de Ntra. Madre Fundadora al lado de la del Sr. Irarrázaval. Su memoria como bienhechor nuestro nos es conocida y de él se hace conmemoración el 1.º de Noviembre de cada año; pero deseábamos algo más. El Sr. Pbro. don Luis Francisco Prieto, sabedor de la empresa, por demás difícil, que nos ha ordenado la obediencia, con una bondad que compromete nuestra gratitud, nos ha proporcionado varios datos y de nuestro Provisor dice lo que a continuación copiamos:

«El Pdo. Don Estanislao Irarrázaval nació en 1716 y murió en Santiago en 1790; fué hijo de don Antonio de Andía Irarrázaval Bravo de Saravia y de Doña Marcela Bravo de Saravia Iturrizarra, señora que era prima hermana de su esposo.

«Obtuvo en oposición la canongía magistral de la Catedral de Santiago, que ocupó en 1749, y, por sucesivos ascensos, llegó a ocupar en el coro la primera dignidad de Deán.

«En la antigua Universidad de San Felipe de Chile se graduó de doctor en teología en 1756; fué elegido Rector de esa corporación en 1761, y más tarde en 1786, se le nombró vice-cancelario.

«Por muchos años fué examinador sinodal del Obispado y Comisario subdelegado de Cruzada.

«Fué don Estanislao hombre pacífico, de buen juicio y de virtud, según testimonio de su propio Prelado, el Illmo. Sr. Alday. De complexión débil, no siempre podía soportar mucho trabajo, y antes de morir sufrió prolongados achaques.

«Las rentas de su beneficio y de muchas capella-

nías que poseía, acostumbró distribuir las a los parientes pobres de varias ramas de su familia.

«Contó entre sus hermanos a los padres Francisco Javier y José Manuel Irarrázaval, ambos jesuitas, y aprehendidos para el extrañamiento en 1767».

Como un recuerdo de gratitud queremos hacer mención del Sr. Pbo. don José Joaquín Bezanilla, capellán que fué del Monasterio por muchos años.

Su señora madre, doña Luisa Abós Padilla, fué natural de Lima y creemos que el recuerdo de ser Ntra. Sta. Madre peruana, compatriota de la señora, le dió tal devoción por el Monasterio que trabajó con ardor por llegar a ser su capellán.

En 1808 quedó el Monasterio sin Capellán, por muerte del Sr. Pbo. don Juan Matías Lozano, que lo fué muchos años. El Cabildo Eclesiástico, en Sede vacante, nombró capellán. El Sr. Bezanilla era segundo Capellán, con nombramiento autorizado y había suplido en ausencia y en enfermedades al Sr. Lozano. La Comunidad solicitaba para el cargo al Sr. Bezanilla, que tan a su satisfacción las servía, pero no les había sido concedido. Viendo él esta buena voluntad de las religiosas, promovió un expediente sobre nulidad del nombramiento hecho por el Cabildo. La cuestión fué larga y el Sr. Bezanilla quedó al fin en posesión de la Capellanía que sirvió siempre con interés y estimación, hasta su muerte en 1822.

Se comprende fácilmente que no lo llevó el interés temporal a solicitar con tanto empeño un

puesto que, si bien era muy honorífico en aquella feliz época, le daba mucho que hacer y la renta era miserable. Los Capellanes que tuvo nuestra Comunidad entonces, merecen todos, nuestro recuerdo agradecido, los animaba el espíritu de fe y confiaban mucho de las oraciones de las religiosas; el interés de tener éstas los hacía trabajar por conquistarlas con el buen desempeño de su cargo.

A mayor gloria de Dios N. S., de la Stma. Virgen Madre Ntra. y de su siervo Sto. Domingo de Guzmán.

Inclito Pdre. Sto. Domingo

Debíamos de tejer una guirnalda con las Rosas de este huertecito para que tú, hortelano fidelísimo, regalaras con ella a la Reina de tus amores que lo confió a tu cuidado. Tus desvelos paternales las han hecho florecer hermosas y variadas; pero para cogerlas con todo su perfume y belleza necesario era la práctica de cultivarlas; y para lucir su valor el ingenio y cultura eran indispensables. ¿Qué hacer? Vino en nuestro auxilio la voz de la obediencia y con ella nuestro amor filial se hizo atrevido; olvidando nuestra insuficiencia emprendimos éste nuestro humilde trabajo.

Concluído ya, nos resta solo depositarlo en tus manos. Tuyo es, Padre amantísimo, como tuyas son tus hijas; y sabes bien que, después de la Trinidad de la tierra, tuyo es su mejor afecto. Acepta nuestra voluntad y obediencia; adórnala con tus propios méritos y al ofrecerlo a la Madre Inmaculada, pídele nos alcance del muy Amado que tu espíritu se infunda en nosotras con todo el amor y celo por las almas que fué tu alimento, y la adhesión a la Iglesia que fué tu divisa. Para los que en la tierra hacen tus veces, pídele una especial protección; y para su menor hija alcanza el perdón divino. Por única recompensa de su esfuerzo, pide que Jesús, María, José y tú, Padre tiernísimo, reciban su alma en el supremo instante y la lleven al lugar que tú le tienes conquistado allá en el regazo de Ntra. Madre Sma.

Así sea.



INDICE

	PAGS.
INTRODUCCION	III
Rda. Madre María Rosa de Jesús, en el siglo Julia Rosa Meza Barahona	1
Dedicatoria.....	112
Fundación del Monasterio y noticia de las prime- ras religiosas (1754-1854).....	114
Madre Laura Rosa de San Joaquín, en el siglo Flores de la Oliva.....	117
Madre Fundadora María Antonia del Espíritu Santo, (Vaudín).....	145
Madre Petronila de San Ignacio (Tagle y Cerda)	159
Sor Marcela del Corazón de Jesús (Andía Irarrá- zabal y Portales).....	160
Sor Ignacia del Tránsito.....	161
Sor Antonia del Tránsito.....	162
M. M. Alcalde y Rivera.....	166
Madre Mercedes de Santa Rosa.....	166
Sor Teresa de San José.....	167
Sor Mariana de Jesús (Alcalde y Bascuñán).....	168

	PAGS.
Sor Josefa de los Dolores (Peñalillo y Barbosa)..	168
Sor Juana de los Dolores (Jáuregui y Araníbal)	178
Sor María Rosa del Carmen (Vivar y Azúa).....	179
Sor Ignacia de la Santísima Trinidad.....	180
Sor Mercedes de la Purificación y Sor Manuela de las Mercedes (Valdés Carrera).....	187
Sor Ignacia del Tránsito.....	202
Sor María Francisca de Pastoriza (Rojas y Ar- gandoña)	205
Sor Francisca de P. de Sto. Domingo (Carvallo y Noriega).....	211
M. Luisa de Jesús, María y José (G. Huidobro y Morandé)	211
Sor Josefa del Corazón de Jesús (Cañas y Aldu- nate).....	218
Sor Antonia del Espíritu Santo (Palazuelos y Aldunate).....	218
Sor Francisca de San José (Guzmán Fontecilla), Sor Ignacia del Tránsito (Guzmán Palacios)	219
Sor Marcelina de San Javier (Guzmán Recaba- rren)	225
Sor Josefa de Santo Domingo (Lemus y Casti- llo)	229
Madre Josefa del Santísimo Sacramento (Grez e Ipinza).....	231
Madre Catalina del Rosario (Portales Larraín)	236
Madre Rosa del Sagrado Corazón de Jesús (Por- tales Larraín).....	238
Madre Antonia de Santo Domingo (Portales La- rrain).....	239
Sor Tomasa del Carmen [(Armida o Hermida y Cañas)	241
Madre Carmen de San Ignacio (Baeza y Cuadra)	243

	PAGS.
Madre Ignacia de San Miguel (Rosas y Salas)....	247
Madre Josefa del Corazón de María (Bezanilla)..	249
Sor Rosalía del Nazareno (Lillo y Castillo).....	253
Sor Manuela del Carmen (Lillo y Caso).....	253
Sor Carmen del Santísimo Sacramento (Chorro- co y Corbalán).....	258
Sor Carmen del Corazón de Jesús (Nobajas y Ve- lásquez).....	264
Sor Teresa de Jesús (Hurtado y Zisternas).....	266
Madre Lorenza de San Agustín (Albano).....	267
Madre Carmen de San Ignacio (Baeza y Cuadra)	269
Madre Luisa de San Rafael (Ugarte y Ramírez).	273
Madre María de la O. de S. C. de Jesús (Villota y Cotapos)	277
Madre Rosa del Buen Pastor (Iñiguez y Ovalle).	292
Madre Sabina de San Joaquín (Guzmán y Flo. res)	303
Hna. María de Santa Margarita (Silva y Fer- nández)	308
Madre Josefa de Jesús María (Cerde y Concha)..	313
Madre Trinidad del Sagrado Corazón de Jesús (Ruiz Tagle Larraín).....	320
Hna. Rosario del Santísimo Sacramento (Lira y Calvo)	326
Madre Juana M. de San Luis (Jaraquemada y Vargas).....	331
Hna. Perpetua de San Vicente (Marcoleta y Pal- ma)	335
Hna. Prudencia de Pastoriza (Gamboa y Gar- cía).....	336
Hna. Mercedes del Resucitado (Zarricueta y Var- gas).....	341
Hna. Gertrudis del Nazareno (Montes y Rosales)	344

Hna. Inés de Santo Domingo (Castro y Gamboa).....	346
Hna. Paula de San Miguel (Ovalle y Ovalle).....	350
Hna. Jesús de los Dolores (Valdés y Valdés).....	353
Hna. Tránsito del Crucificado (Prado y Ríos)....	354
Madre Juana de San José (Castillo y Andueza)..	355
Madre Tránsito del E. Santo (Cerde y Concha)..	359
Madre Micaela de Santa Rosa (González de Hontaneda Aguilar).....	362
Hna. Rosa de Santa María (Marín y Matte).....	368
Al ínclito Padre Santo Domingo.....	379
